



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS (SUAYED)

RESCATE, EDICIÓN Y ESTUDIO DE LA OBRA NARRATIVA PERIODÍSTICA DE
FRANCISCO ZÁRATE RUIZ (1877-1907)

TESIS
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

PRESENTA
ALFREDO LANDEROS JAIME

ASESORA: DRA. LUZ AMÉRICA VIVEROS ANAYA



CIUDAD UNIVERSITARIA, CDMX ENERO DE 2017

SUAYED



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

Investigación realizada gracias al Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) de la UNAM IN402212 “Rescate de obras de escritores mexicanos del siglo XIX”, cuya responsable es la Dra. Belem Clark de Lara. Agradezco a la DGAPA-UNAM la beca recibida.

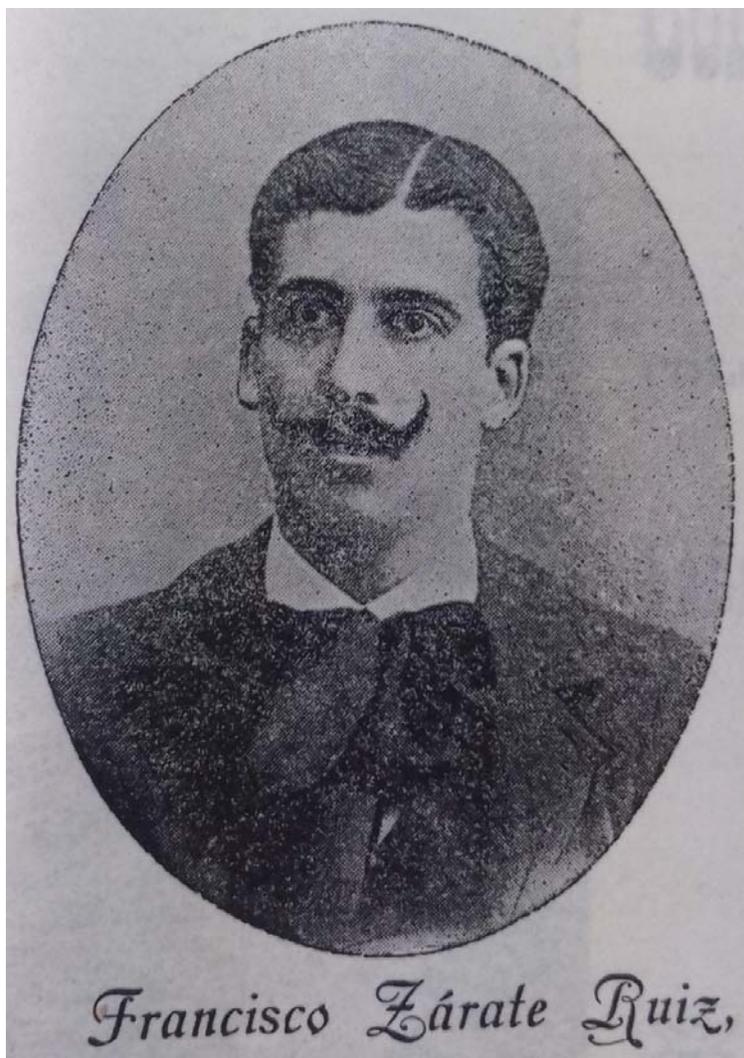
Este trabajo, y lo que representa, está dedicado a mis padres; por estar siempre conmigo y brindarme todo su cariño y apoyo. Agradezco en especial a la doctora Luz América Viveros Anaya, por su generosidad y por compartir su vasto conocimiento conmigo, sus enseñanzas y consejos han sido el complemento ideal para mi formación profesional.

A las doctoras Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, el doctor Fernando Ibarra Chávez y el licenciado Andrés Armando Márquez Mardones, por el interés mostrado, el tiempo dedicado y la atenta lectura, sus acertados comentarios y observaciones enriquecieron esta tesis.

A los profesores del Sistema de Universidad Abierta de la Facultad de Filosofía y Letras. A mis amigos y compañeros becarios del Instituto de Investigaciones Filológicas, de quienes todos los días aprendo algo, en especial a Estefanía Belem Vargas Osorio y Alma Sylvia Gallardo Pérez por ayudarme a realizar el cotejo de los textos y a Luis Reyes Rodríguez, quien me auxilió con el formato de las imágenes que integran el anexo.

*Francisco Zárate Ruiz, no precisamente fantástico,
pero si lo suficientemente alienado como para
reclamar un lugar cerca de Maupassant.*

ANA MARÍA MORALES, *México fantástico.*



* Fotografía tomada de TOLUCA ANTIGUA Y MODERNA (TOLUCA, 1901), [p. 183]. Biblioteca Nacional de México.

INTRODUCCIÓN

El interés personal por elaborar una edición crítica surgió tras colaborar como becario en el proyecto PAPIIT “Rescate de obras de escritores mexicanos del siglo XIX” IN402212, cuya responsable es la Dra. Belem Clark en el Seminario de Edición Crítica de Textos del Instituto de Investigaciones Filológicas, en donde tuve la oportunidad de participar en distintos procesos editoriales y comencé a aprender la aplicación de la metodología con la rigurosidad académica que esta disciplina requiere. Pude complementar este aprendizaje al asistir al seminario de crítica textual que se imparte en la Facultad de Filosofía y Letras, cuya coordinadora es la Dra. Luz América Viveros.

Mientras realizaba una investigación en fuentes hemerográficas, tarea frecuente en mi labor como becario del Instituto, encontré un par de relatos de Francisco Zárate Ruiz. Tras indagar acerca del autor y su obra, con ayuda de mi asesora, descubrí que colaboraba frecuentemente en *El Mundo Ilustrado* y que había un par de volúmenes, de difícil acceso, de sus relatos, editados en 1903, pero también un gran vacío en lo concerniente a la difusión, recepción y crítica del escritor. Al darme cuenta que un cuentista como éste dialoga en sus temas, preocupaciones y propuestas narrativas con otros cuentistas que sólo recientemente han sido editados y recibido atención crítica, decidí emprender la tarea de rescatar y editar su obra, con la finalidad de hacer una pequeña contribución a la historia de la literatura mexicana y a la difusión de un autor que ha sido prácticamente ignorado por la crítica.

Tras estudiar los principios ecdóticos con los que se ha rescatado la obra de escritores modernistas que dejaron versiones de su obra en publicaciones periódicas y en libro como Ciro B. Ceballos, Bernardo Couto Castillo y Rubén M. Campos, me pareció pertinente

retomar algunas de sus soluciones editoriales, provenientes de las propuestas metodológicas de Manuel Blecua, Miguel Ángel Pérez Priego, entre otros, y aplicar los lineamientos editoriales que expone Ana Elena Díaz Alejo expone en su libro *Edición crítica de textos literarios*, así como los que aprendí al participar en los proyectos de edición de las obras de Manuel Gutiérrez Nájera y Juan Sánchez Azcona.

Durante el proceso de recopilación y registro de versiones consulté distintos periódicos y revistas literarias de la última década del siglo XIX y la primera del XX, como *Revista Azul*, *El Imparcial*, *El Nacional*, *Revista Moderna*, *Savia Moderna*, *Gil Blas*, *El Tiempo Ilustrado* y, principalmente, *El Mundo Ilustrado*, semanario de donde provienen la mayoría de los relatos aquí reunidos. Agradezco las facilidades otorgadas por las siguientes instituciones: Hemeroteca Nacional de México, biblioteca Rubén Bonifaz Nuño del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM y la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada, dependiente de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, institución que me permitió obtener las imágenes que integran el Anexo de la presente tesis.

Durante el cotejo, proceso cuyo cuidado sumo permite reconstruir lo más parecido al texto originalmente escrito, las dificultades que enfrenté consistieron en algunos errores tipográficos, pocos en realidad, ya que, en su mayoría, las secciones literarias de las publicaciones de donde provienen los relatos se caracterizan por haber estado al cuidado de reconocidas personalidades literarias. Esto, aunado a que la mayoría de los textos cuentan con un solo testimonio, fue la causa de que el proceso de fijación del texto no ofreciera grandes complicaciones. Una vez fijado el texto procedí con los procesos de enmienda de erratas, actualización y anotación del mismo, para concluir con la advertencia editorial. Elegí seguir el formato que se utiliza en los proyectos Manuel Gutiérrez Nájera y José Tomás de Cuéllar del Seminario de Edición Crítica de Textos del Instituto de Investigaciones Filológicas, porque me parece que ha demostrado ser de gran utilidad en textos decimonónicos y cumple con el propósito de ofrecer un texto cuidado mediante la aplicación rigurosa de la metodología.

El estudio preliminar se divide en tres capítulos: en el primero ofrezco una pequeña biografía de Francisco Zárate Ruiz, tarea compleja, ya que, al no contar con ninguna semblanza o ficha previas, tuvo que ser construida a partir de fuentes diversas como noticias halladas en las publicaciones periódicas, información proveniente de algunos libros y una breve nota proporcionada por María del Carmen Ruiz Castañeda en el *Diccionario de seudónimos*; así como el acta de defunción del autor, que pude obtener en el Registro Civil de la Ciudad de México.

En el segundo capítulo ofrezco un breve acercamiento al género cuento basándome en las reflexiones de teóricos y críticos del surgimiento y desarrollo de este género en México; así como un breve recorrido por algunos datos relevantes sobre el cuento en México hasta el periodo histórico en el que apareció nuestro autor. Lo anterior es únicamente con la finalidad de incluir la obra cuentística de Zárate Ruiz en un contexto teórico e histórico.

Por último, en el tercer capítulo señalo algunos elementos y tópicos que, desde mi punto de vista, permiten caracterizar sus relatos como decadentistas; además de destacar el rasgo más relevante al acercarse de manera global a su obra: los elementos propios de la narrativa fantástica.

Quedan en el tintero, para futuros trabajos, estudiar la relación entre los textos y sus ilustraciones, la posible función de este tipo de cuentos en *El Mundo Ilustrado* como una especie de “nota roja” y el análisis de las temáticas más recurrentes como son el crimen y los desórdenes mentales, por mencionar algunos.

La aportación que pretendo hacer es la de llamar la atención a una voz que recoge y sintetiza los temas, procedimientos y preocupaciones de la narrativa decadentista, y que al mismo tiempo debía buscar el modo de sobrevivir haciendo de la escritura una forma de expresión artística y un *modus vivendi*.

ADVERTENCIA EDITORIAL

La obra narrativa de Francisco Zárate Ruiz ha sido prácticamente ignorada por la crítica y la historiografía literarias. José Mancisidor editó y prologó *Cuentos mexicanos del siglo XIX* [1946], antología en la que se incluyeron “La cabeza del muñeco” y “El río hondo”;¹ sin embargo, en ella no se da cuenta de dónde provienen, ni en qué fecha aparecieron publicados, tampoco se proporciona mayor información sobre el autor. A partir de dicha obra, estos mismos relatos fueron tomados por Rafael David Juárez Oñate para su *Antología del cuento siniestro mexicano* (2001)² y uno de ellos, “La cabeza del muñeco”, por Dolores Phillipps-López en el volumen titulado *Cuentos fantásticos modernistas de Hispanoamérica* (2003).³ Ambos volúmenes carecen de referencias biográficas del autor y de información que nos dé luz sobre la obra, al igual que la antología de Mancisidor, de la cual muy probablemente tomaron estos relatos. Es por eso que decidí emprender la tarea de rescatar la obra narrativa de Francisco Zárate Ruiz de las publicaciones periódicas y presentarla en una edición crítica, que, como define Ana Elena Díaz Alejo, “es la pulcra presentación de la obra de un escritor, debidamente anotada para iluminar su historia: la de la propia voluntad creadora y la de los procesos de copia por los que ha transcurrido su devenir editorial”.⁴

Hasta donde tengo noticia, la obra narrativa de Zárate Ruiz apareció por primera vez en la prensa periódica en 1896 y hasta 1906, un año antes de la muerte del autor. Fue reunida parcialmente en tres volúmenes: *Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito*

¹ José Mancisidor, *CUENTOS MEXICANOS* (MÉXICO, 1946), pp. 729-743.

² Rafael David Juárez Oñate, *ANTOLOGÍA DEL CUENTO SINIESTRO* (MÉXICO, 2001).

³ Dolores Phillipps-López, *CUENTOS FANTÁSTICOS MODERNISTAS* (MADRID, 2003), pp. 207-212.

⁴ Ana Elena Díaz Alejo, *EDICIÓN CRÍTICA* (UNAM, 2015), p. 20.

(1903), *Cuentos funambulescos* (1903) y un volumen que no he localizado, titulado *Cuentos mexicanos de moral* (1902); además, existe una gran cantidad de relatos –que no han sido recogidos– en las siguientes publicaciones periódicas: *Revista Azul*, *El Mundo Ilustrado*, *El Imparcial*, *Revista Moderna*, *El Tiempo Ilustrado*, *Savia Moderna* y *Diario del Hogar*. Localicé dos volúmenes de cuentos, *Cuentos de manicomio* y *Cuentos funambulescos*, en la Universidad de Texas, que me fueron facilitados por el Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) para la realización de este trabajo. Hasta el momento, me ha sido imposible localizar el tercer volumen, *Cuentos mexicanos de moral*, del cual sólo conozco el relato titulado “La oveja”, que fue publicado como primicia en *El Tiempo Ilustrado* (febrero de 1902) y un mes después (marzo de 1902) en *El Mundo Ilustrado*; tengo noticia de la existencia del cuentario por una nota de la gacetilla del periódico *El Tiempo*, en la que se anuncia que “La Subsecretaría de Instrucción Pública ha aprobado para uso de las escuelas primarias, el libro titulado *Cuentos mexicanos de moral*, del cual es autor el conocido literato Francisco Zárate Ruiz”;⁵ no descarto la posibilidad de que aparezca algún ejemplar en el futuro.

Decidí formar un volumen con todos los relatos que no fueron reunidos y editados en libro por el autor, ya que las publicaciones periódicas en que se encuentran desperdigados, y principalmente *El Mundo Ilustrado*, son de difícil acceso actualmente. Ha sido de gran ayuda la Hemeroteca Nacional Digital de México, ya que, gracias a que ofrece una gran cantidad de material digitalizado, pude tener un primer contacto con la obra. Incluyo en este volumen el relato titulado “La oveja. Cuento para niños”, pues me parece un testimonio relevante, ya que muestra un trabajo distinto al resto de la obra narrativa de Francisco Zárate Ruiz encontrada hasta el momento, y mientras no se localice el libro *Cuentos mexicanos de moral* es el único relato conocido de dicha obra.

⁵ Sin firma, “Libro aprobado”, en *El Tiempo*. Diario Católico, año XIX, núm. 5492 (21 de enero de 1902), p. 3.

Todos los demás relatos reunidos cuentan con un único testimonio, hasta donde tengo conocimiento, con la excepción de “Historias vulgares. ¡Pobre!” que fue publicado en la *Revista Azul* (10 de mayo de 1896) y, posteriormente, en *El Imparcial* (9 de mayo de 1898), y “La oveja. Cuento para niños”, que apareció en *El Tiempo Ilustrado* (3 de febrero de 1902) y en *El Mundo Ilustrado* (9 de marzo de 1902), además de formar parte del libro citado.

Para el caso de “Historias vulgares. ¡Pobre!” decidí fijar la versión de la *Revista Azul*, ya que, tras el cotejo de ambas versiones, pude apreciar que la versión publicada en *El Imparcial* adolece de cierto descuido en la formación tipográfica, y se eliminan algunos párrafos, lo cual probablemente no es imputable al autor, sino a razones propias de la premura con que se formaba la hoja del periódico de aparición diaria; en cambio, a pesar de que la *Revista Azul* es una versión anterior, fue una publicación semanal especializada en literatura, fundada por Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo, que llegó a ser considerada portavoz del movimiento modernista en Hispanoamérica. Ofrezco en notas a pie de página las variantes de la versión publicada en *El Imparcial*, para que el lector pueda reconstruir dicho testimonio. Utilizo el año en el que apareció el relato para identificar las notas de variantes.

En el caso de “La oveja. Cuento para niños” decidí fijar la versión de *El Mundo Ilustrado*, pues, después de realizar la compulsas de ambas versiones, me percaté de que es ésta la que proporciona una lectura revisada por el autor que incorpora correcciones en el uso del gerundio y de algunos términos. Ofrezco en notas a pie de página las variantes de la versión publicada en *El Tiempo Ilustrado* (ETI). Ya que este cuento apareció en las dos revistas en el mismo año, utilizo las siglas de la publicación para identificar las variantes.

En los casos de “La cabeza del muñeco” y “El río hondo”, antologados por Mancisidor y, más recientemente, por Juárez Oñate y Phillips-López, así como “Amor de gato” que apareció en *Diario del Hogar* (22 de noviembre de 1907), no tomo en cuenta las variantes

de estas versiones, ya que son posteriores a la muerte del autor, acaecida el 15 de mayo de 1907.

CRITERIOS DE EDICIÓN

Los criterios adoptados para la fijación de los textos son los siguientes:

- Se desatan abreviaturas como Dr. / doctor, Ud. / usted, Uds. / ustedes, Sr. / señor.
- Se moderniza el uso de mayúsculas y minúsculas.
- Se actualiza puntuación: uso de comas cuando separan al sujeto del predicado, en la separación del vocativo y para el aislamiento de oraciones o frases incidentales. Se cambiaron los dos puntos que tenían función de punto y coma, y viceversa. Uso de comillas, guión largo y guión incidental para los diálogos directos y referidos. Se cambiaron las comillas angulares por comillas inglesas. Uso de sólo tres puntos suspensivos.
- Para el caso de los signos de interrogación y admiración, se respeta el uso particular de los mismos, como cuando utiliza más de uno para dar mayor expresividad; sólo se cierran o abren cuando es posible identificar en qué lugar es pertinente.
- Hay varios casos en los que el autor utiliza un signo de interrogación entre paréntesis (?). Tras una cuidadosa lectura me percaté de que es un artificio que marca una distancia respecto al narrador, porque invita a dudar de lo que éste dice, por lo tanto decidí respetar dicha marca. Algunos ejemplos son: “La cabeza se agitaba, temblaba nerviosamente; su respiración (?) se hacía fatigosa...”, “entraron temprano en el dormitorio y subieron a sus camas. (?)”, “sobre la cómoda humilde, adornada (?) con porcelanas”.
- Hay ocasiones en que el autor introduce una o varias líneas de puntos o tres asteriscos para marcar un cambio de escena o situación; en estos casos, respetando la intención e intentando dar uniformidad al texto se deja un espacio en blanco y se comienza el siguiente párrafo sin sangría.

- Se moderniza el uso de “g”, “j” y “x”.
- Se actualiza del uso de acentos.
- Se suprimen comillas en apodos.
- Se mantienen los usos considerados actualmente como coloquiales, en expresiones como *una ave, una arma y cualquiera otra parte*.
- Se conservan las cursivas usadas por el autor: en los vocablos a los que les dio un sentido específico, en las voces de uso coloquial y en las palabras que aún no habían sido fijadas por la Academia en el momento de la publicación de los textos.
- Se marcan con cursivas las onomatopeyas.

Siguiendo el criterio de otros proyectos editoriales (como las Obras de José Tomás de Cuéllar) del Seminario de Edición Crítica de Textos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM se ofrece un listado de las voces actualizadas, para que los especialistas de otras disciplinas, como la lingüística, puedan tener acceso al material desde diferentes perspectivas, por ejemplo, conocer el *usus scribendi* de la época:

<i>agenas</i>	<i>excépticos</i>	<i>hoquedades</i>
<i>agenos</i>	<i>expontáneo</i>	<i>indifinible</i>
<i>ahullidos</i>	<i>extrangulación</i>	<i>insalobre</i>
<i>antidiluviano</i>	<i>extrangulado</i>	<i>kaleidoscopio</i>
<i>arredondadas</i>	<i>extremecer</i>	<i>marfilino</i>
<i>bugia</i>	<i>flaxidez</i>	<i>memotenia</i>
<i>endiduras</i>	<i>fosforecente</i>	<i>multicoloro</i>
<i>enrollaban</i>	<i>ha hacerle sufrir</i>	<i>pantágrama</i>
<i>escalosfrío</i>	<i>hiergue</i>	<i>paralelipipedo</i>
<i>estremos</i>	<i>hiperhémicos</i>	<i>recojerme</i>
<i>exajeradamente</i>	<i>homóplatos</i>	<i>recojerme</i>

<i>simiana</i>	<i>tezón</i>	<i>vergonzanta</i>
<i>teniblequeo</i>	<i>valanzaron</i>	<i>zafíricas</i>

LAS NOTAS A PIE DE PÁGINA

El aparato crítico se compone de tres tipos de notas:

- En todos los casos la primera nota es de ubicación, es decir, indica en qué publicación o publicaciones apareció cada relato y en qué fecha; esto con la finalidad de que el lector pueda saber en qué medio impreso se publicó y, si así lo desea, acudir a la fuente original.
- Las notas de variantes. Cuando se localizó más de un testimonio de algún relato las variantes fueron consignadas en notas a pie de página, de modo que sea posible reconstruir cualquier versión.
- Las notas generales. Incluye todo tipo de notas que no sean de variantes, su objetivo es iluminar el contexto histórico, social, político, artístico y cultural en general; brindar información léxica o literaria que contribuya a la comprensión del texto, así como de la época y las influencias del autor.

APÉNDICE

El 9 de marzo de 1902 apareció, sin firma, en *El Mundo Ilustrado*, semanario dirigido por Rafael Reyes Spíndola, un relato titulado “El último cuento de Edgard Poe. Mi pesadilla”. Tres décadas después, en junio de 1937, John Englekirk publicó un artículo titulado “My nightmare. The last tale by Poe”, en el que atribuye la autoría de dicho relato a Francisco Zárate Ruiz; por lo tanto decidí incluirlo en este volumen, ya que de esta manera podrá apreciarse que el estilo del relato es el mismo del escritor decadentista.

ANEXO

El Mundo Ilustrado es, sin duda, una de las publicaciones más importantes del puente de siglos XIX-XX; en sus páginas quedó un valioso registro de los principales acontecimientos de la época, la publicidad, las tendencias de la moda, pero también la obra de muchos de los pensadores, escritores y artistas más importantes del momento. En este semanario ilustrado sobreviven obras de caricaturistas, dibujantes y pintores como José María Villasana, Leandro Izaguirre, Julio Ruelas, Jesús Martínez Carrión, Carlos Alcalde, Héctor Hernández, Eugenio Olvera y Antonio Gedovius. La mayoría de los relatos aquí reunidos apareció en esta publicación caracterizada por la calidad y abundancia de ilustraciones, por lo tanto, y en aras de ofrecer una visión más completa de la obra, decidí incluir en un anexo las ilustraciones que acompañaron los relatos de Zárate Ruiz, ya sea en el semanario de Rafael Reyes Spíndola o en cualquier otra publicación, pues la inclusión de imágenes ofrece otra lectura de los textos; también reproduzco la página completa para que pueda ubicarse espacialmente la relación texto-imagen, así como los otros elementos misceláneos de la hoja. Aspecto que me es de gran interés y que espero retomar posteriormente.

LOS AUXILIARES TÉCNICOS

Los auxiliares técnicos responden a la necesidad de facilitar la consulta de esta edición. Son los siguientes:

1. CLAVES BIBLIOGRÁFICAS: registradas en versalitas para su fácil identificación, están divididas en tres apartados:
 - A) BIBLIOGRAFÍA DE FRANCISCO ZÁRATE RUIZ.
 - B) ANTOLOGÍAS EN LAS QUE SE INCLUYE PARTE DE LA OBRA DE FRANCISCO ZÁRATE RUIZ.
 - C) BIBLIOGRAFÍA DE CONSULTA CITADA EN LAS NOTAS A PIE DE PÁGINA.
2. ÍNDICES: Obedecen a las necesidades internas del volumen; en este caso ofrezco:

- A) De personas: nombres de personajes históricos contenidos en el “Estudio preliminar”, en el texto, en el cuerpo crítico y en la bibliografía. No incluyo el nombre del autor.
- B) De obras: literarias, históricas y de carácter enciclopédico.

CLAVES BIBLIOGRÁFICAS

I. BIBLIOGRAFÍA DE FRANCISCO ZÁRATE RUIZ

1. CUENTOS DE MANICOMIO (MORELIA, 1903)

Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito. Morelia, Michoacán, Talleres de la Escuela Industrial Militar “Porfirio Díaz”, 1903. 56 pp.

2. CUENTOS FUNAMBULESCOS (MORELIA, 1903)

Cuentos funambulescos. Morelia, Michoacán, Talleres de la Escuela Industrial Militar “Porfirio Díaz”, 1903. 90 pp.

3. TOLUCA ANTIGUA Y MODERNA (TOLUCA, 1901)

Toluca antigua y moderna. Álbum del Estado de México. La administración del general Villada. Toluca, Estado de México, Talleres Tipográficos de la Escuela de Artes y Oficios para Varones, 1901 [198 pp.].

II. ANTOLOGÍAS EN LAS QUE SE INCLUYE PARTE DE LA OBRA DE FRANCISCO ZÁRATE RUIZ

1. ANTOLOGÍA DEL CUENTO SINIESTRO (MÉXICO, 2001)

Rafael David Juárez Oñate, *Antología del cuento siniestro mexicano*. México, Editores Mexicanos Unidos, 2001. 216 pp. (Grandes de la Literatura Universal).

2. CUENTOS FANTÁSTICOS MODERNISTAS (MADRID, 2003)

Dolores Phillipps-López, *Cuentos fantásticos modernistas de Hispanoamérica*. Madrid, Cátedra, 2003. 212 pp. (Colección Letras Hispánicas, 547).

3. CUENTOS MEXICANOS (MÉXICO, 1946)

José Mancisidor, *Cuentos mexicanos del siglo XIX*. México, Nueva España [1946]. 749 pp.

III. BIBLIOGRAFÍA DE CONSULTA CITADA EN LAS NOTAS A PIE DE PÁGINA

1. EL ACTO DE LEER (MADRID, 1987)

Wolfgang Iser, *El acto de leer: teoría del efecto estético*. Traducido por J. A. Gimbernat y Manuel Barbeito. Madrid, Taurus, 1987. 357 pp.

2. AL FINAL, RECUENTO (MÉXICO, 2004)

Alfredo Pavón, *Al final, recuento. I. Orígenes del cuento mexicano: 1814-1837*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2004. 514 pp. (Biblioteca de Signos, 32).

3. EL ALUMBRADO PÚBLICO EN LA CIUDAD DE MÉXICO (MÉXICO, 1900)

Rafael R. Arizpe, *El alumbrado público en la Ciudad de México. Estudio histórico seguido de algunos datos técnicos acerca de las principales instalaciones destinadas a ese servicio municipal*. México, La Europea, 1900. 204 pp.

4. “LA AMENAZA DE LO FANTÁSTICO” (MADRID, 2002)

David Roas, “La amenaza de lo fantástico”, en *Teorías de lo fantástico*. Introducción, compilación y bibliografía David Roas. Madrid, Arco Libros, 2001, pp. 7-44. (Bibliotheca Philologica. Serie Lecturas).

5. ANALES DEL CINE EN MÉXICO (MÉXICO, 2002)

Juan Felipe Leal, Eduardo Barraza y Carlos Flores, *Anales del cine en México, 1895-1911. 1895: El cine antes del cine*. México, Ediciones y Gráficos Eón, Voyeur, 2002. 142 pp.

6. ANTOLOGÍA DEL DECADENTISMO (BUENOS AIRES, 2007)

Claudio Iglesias, *Antología del decadentismo. Perversión, neurastenia y anarquía en Francia 1880-1900*. Buenos Aires, Caja Negra, 2007. 285 pp.

7. ARQUEOLOGÍA DEL EX CONVENTO DE LA ENCARNACIÓN (MÉXICO, 2006)

Carlos Salas Contreras, *Arqueología del ex convento de la Encarnación de la Ciudad de México. Edificio sede de la SEP*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2006. 248 pp. (Colección Científica, 488. Serie Arqueología).

8. LAS ASOCIACIONES LITERARIAS MEXICANAS (UNAM, 2000)

Alicia Perales Ojeda, *Las asociaciones literarias mexicanas, I y II*. 2ª ed. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2000. 317 pp. (Al Siglo XIX. Ida y Regreso).

9. BREVE HISTORIA DEL CUENTO (MÉXICO, 1990)

Luis Leal, *Breve historia del cuento mexicano*. Prólogo de John Bruce-Novoa. México, Universidad Autónoma de Tlaxcala, Universidad Autónoma de Puebla / Centro de Ciencias del Lenguaje, 1990. 152 pp. (Serie Destino Arbitrario, 2).

10. “CATEDRAL DE MÉXICO” (MÉXICO, 1994)

Francisco Covarrubias Gaitán, “Catedral de México. Nuestra Señora de la Asunción”, en *Catedrales de México*, 2ª ed. Dirección y coordinación de Carmen Valles Septién. México, CVS Publicaciones, 1994, pp. 29-48.

11. “LA CIENCIA ES JOVEN” (GRAN CANARIA, 2002)

Jean Dhombres, “La ciencia es joven. Una aventura positiva, aunque nostálgica, entre las ruinas de los viejos mundos. La motivación romántica de algunos científicos europeos a principios del siglo XIX”, en *Ciencia y romanticismo*. Editado por José Montesinos, Javier Ordóñez y Sergio Toledo. Gran Canaria, Fundación Canaria Orotava de Historia de la Ciencia, 2002, pp. 19-41.

12. LA CONSTRUCCIÓN DEL MODERNISMO (UNAM, 2011)

Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, *La construcción del modernismo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2011. 364 pp. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 137).

13. CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LA MORFINOMANÍA (MÉXICO, 1898)

Antenor Lescano, *Contribución al estudio de la morfinomanía*. Tesis inaugural de Antenor Lescano, estudiante de Medicina. México, Escuela Nacional de Medicina de México, Imprenta y Encuadernación de Adolfo L. Parra, 1898. 51 pp.

14. CRIMEN Y CASTIGO (MÉXICO, 2002)

Elisa Speckman Guerra, *Crimen y castigo. Legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (Ciudad de México, 1872-1910)*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2002. 358 pp.

15. "CRITERIOS PARA UNA CONCEPTUALIZACIÓN DEL CUENTO" (CARACAS, 1997)

Carlos Pacheco, "Criterios para una conceptualización del cuento", en *Del cuento y sus alrededores. Aproximaciones a una teoría del cuento*. 2ª ed. Compilado por Carlos Pacheco y Luis Barrera Linares. Caracas, Monte Ávila, 1997, pp. 13-28.

16. "CUERPO, FANTASMA Y PARAÍSO ARTIFICIAL" (MÉXICO, 2001)

Vicente Quirarte, "Cuerpo, fantasma y paraíso artificial", en *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. Editor Rafael Olea Franco. México, El Colegio de México / Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios, 2001, pp. 19-33 (Cátedra Jaime Torres Bodet. Serie Literatura Mexicana, 6).

17. DE ASFÓDELOS (UNAM, 2012)

Ana Laura Zavala Díaz, *De asfódelos y otras flores del mal mexicanas. Reflexiones sobre el cuento modernista de tendencia decadente (1893-1903)*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas / Seminario de Edición Crítica de Textos, 2012. 194 pp. (Resurrectio, VI. Estudios, 1).

18. "THE DEATH OF CALMAR AND ORLA" (PARIS, 1828)

Lord Byron, "The death of Calmar and Orla", en *The Works of Lord Byron. Including the Suppressed Poems*. Paris, A. and W. Galignani, 1828, pp. 22-23.

19. DICCIONARIO ABREVIADO DE GALICISMOS (MEDELLÍN, 2007)

Rafael Uribe Uribe, *Diccionario abreviado de galicismos, provincialismos y correcciones de lenguaje*. Medellín, Universidad Eafit, 2007. 467 pp. (Colección Rescates, 225-250).

20. DICCIONARIO DE BOTÁNICA Y ZOOLOGÍA (BARCELONA, 1996)

Gran Vox. Diccionario de Botánica y zoología. 5ª ed. Barcelona, Bibliograf, 1996. 411 pp.

21. DICCIONARIO DE MEJICANISMOS (MÉJICO, 2005)

Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*. 7ª ed. Méjico, Porrúa, 2005. 1207 pp.

22. DICCIONARIO DE MITOLOGÍA CLÁSICA, 2 (MADRID, 2000)

Constantino Falcón Martínez, Emilio Fernández Galiano, Raquel López Melero *et al.*, *Diccionario de mitología clásica*, 2. Madrid, Alianza, 2000, pp. 335-612. (El Libro de Bolsillo. Biblioteca Temática, 8102).

23. DICCIONARIO DE PALABRAS Y FRASES EXTRANJERAS (MADRID, 1988)

Arturo del Hoyo, *Diccionario de palabras y frases extranjeras*. Madrid, Aguilar, 1988. 421 pp. (El Libro Aguilar. Libros de Consulta, 55).

24. DICCIONARIO DE SEUDÓNIMOS (UNAM, 2000)

María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2000. 916 pp.

25. DICCIONARIO DE USO DEL ESPAÑOL, II (MADRID, 1992)

María Moliner, *Diccionario de uso del español*, t. II. Madrid, Gredos, 1992. 1589 pp. (Biblioteca Románica Hispánica v. Diccionarios, 5).

26. DICCIONARIO OXFORD DE MEDICINA (BARCELONA, 2003)

Michael Kent, *Diccionario Oxford de Medicina y Ciencias del Deporte*. Traductor Pedro Glez del Campo Román. Barcelona, Paidotribo, 2003. 840 pp.

27. DIRECTORIO TELEFÓNICO (MÉXICO, 1979)

Centro de Estudios de Historia de México, *Directorio telefónico de la Ciudad de México. Año de 1891*. Edición facsimilar. México, Centro de Estudios de Historia de México, 1979, s.p.

28. DON JUAN TENORIO (PARIS, 1893)

José Zorrilla, *Don Juan Tenorio. Drama religioso-fantástico en dos partes*, en *Obras de José Zorrilla, II. Obras dramáticas*. Nueva edición corregida y la sola reconocida por el autor. Paris, Baudry, Librería Europea, 1893, pp. 428-471.

29. EDICIÓN CRÍTICA (UNAM, 2015)

Ana Elena Díaz Alejo, *Edición crítica de textos literarios. Propuesta metodológica e instrumenta*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas / Seminario de Edición Crítica de Textos, 2015. 393 pp. (Resurrectio III. Instrumenta Filológica, 3).

30. ENCICLOPEDIA DE LOS JUEGOS DE CARTAS (BARCELONA, 1999)
- Niké Arts, *Enciclopedia de los juegos de cartas*. Barcelona, American Bar Association, 1999. 320 pp. (Los Indispensables).
31. ENCICLOPEDIA DE MÉXICO, III (MASSACHUSETTS, 1993)
- José Rogelio Álvarez, *Enciclopedia de México*, t. III. Massachusetts. Sabeca Internacional, 1993. 14 t.
32. EN CUERPO Y ALMA (UNAM, 2012)
- Ana Laura Zavala Díaz, *En cuerpo y alma: ficciones somáticas en la narrativa mexicana de las últimas décadas del siglo XIX*. Tesis para obtener el grado de Doctora en Letras. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2012. 220 pp.
33. EN EL REINO FANTÁSTICO DE LOS APARECIDOS (MÉXICO, 2004)
- Rafael Olea Franco, *En el reino fantástico de los aparecidos: Roa Bárcena, Fuentes y Pacheco*. México, El Colegio de México, Consejo para la Cultura y las Artes de Nuevo León, 2004. 262 pp. (Serie Literatura Mexicana, VII).
34. ESCRITOS SOBRE POESÍA Y POÉTICA (MADRID, 2009)
- Edgar Allan Poe, *Escritos sobre poesía y poética*. Traducción de María Condor. Madrid, Hiperión, 2009. 249 pp. (Libros Hiperión, 196).
35. LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA, I Y II (UNAM, 2006)
- Clementina Díaz y de Ovando y Elisa García Barragán, *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días 1867-1910*. 2ª ed. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2006. 2 vols.
36. FAUSTO (MADRID, 2010)
- Johann Wolfgang von Goethe, *Fausto*. Edición bilingüe de Helena Cortés Gabaudan. Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, Abada, 2010. 867 pp. (Clásicos. Serie Literatura).
37. “EL GATO NEGRO” (MÉXICO, 2008)
- Edgar Allan Poe, “El gato negro”, en *Cuentos completos*. Edición comentada. Traducción y prólogo de Julio Cortázar. Prefacios de Carlos Fuentes y Mario Vargas Llosa. Edición de Fernando Iwasaky y Jorge Volpi. México, Páginas de Espuma, 2008, pp. 107-115.

38. “EL GÉNERO CUENTO” (CARACAS, 1997)

Enrique Anderson Imbert, “El género cuento”, en *Del cuento y sus alrededores. Aproximaciones a una teoría del cuento*. 2ª ed. Compilado por Carlos Pacheco y Luis Barrera Linares. Caracas, Monte Ávila, 1997, pp. 349-362.

39. GRAN DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE LA BIBLIA (BARCELONA, 2014)

Gran diccionario enciclopédico de la Biblia. 3ª ed. Editor Alfonso Ropero Berzosa. Barcelona, CLIE, 2014. 2673 pp.

40. “HAWTHORNE Y LA TEORÍA DEL EFECTO EN EL CUENTO” (CARACAS, 1997)

Edgar Allan Poe, “Hawthorne y la teoría del efecto en el cuento”, en *Del cuento y sus alrededores. Aproximaciones a una teoría del cuento*. 2ª ed. Compilado por Carlos Pacheco y Luis Barrera Linares. Caracas, Monte Ávila, 1997, pp. 293-309.

41. HISTORIA DEL CUENTO HISPANOAMERICANO (MÉXICO, 1971)

Luis Leal, *Historia del cuento hispanoamericano*. 2ª ed. México, Ediciones de Andrea, 1971. 187 pp.

42. LA HISTORIA Y LA PIEDRA (MÉXICO, 2000)

Luis Eduardo Garzón Lozano, *La historia y la piedra. El Antiguo Colegio de San Ildefonso*. 2ª ed. México, Miguel Ángel Porrúa, 2000. 380 pp.

43. “LA IMPRENTA: ESENCIA Y PRESENCIA” (MICHUACÁN, 1998)

Raúl Arreola Cortés, “La imprenta: esencia y presencia”, en *Manufacturas en Michoacán*. Verónica Oikión Solano coordinadora. Michoacán, Gobierno del Estado de Michoacán, El Colegio de Michoacán, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1998, pp. 75-89.

44. INTRODUCCIÓN A LA LITERATURA FANTÁSTICA (MÉXICO, 1994)

Tzvetan Todorov, *Introducción a la literatura fantástica*. México, Ediciones Coyoacán, 1994. 143 pp.

45. JUDAS EN EL JOCKEY CLUB (MÉXICO, 2010)

William H. Beezley, *Judas en el Jockey Club y otros episodios del México porfiriano*. México, El Colegio de San Luis, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2010. 206 pp. (Colección Investigaciones).

46. LO BELLO ES SIEMPRE EXTRAÑO (UNAM, 2003)

Ana Laura Zavala Díaz, *“Lo bello es siempre extraño”: hacia una revisión del cuento modernista de tendencia decadente (1893.1903)*. Tesis para obtener el grado de Maestra en Letras (Literatura Mexicana). México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2003. 236 pp.

47. LOS MÁRTIRES DE SAN JUAN DE ULÚA (MÉXICO, 1968)

Eugenio Martínez Núñez, *Historia de la Revolución Mexicana. Los mártires de San Juan de Ulúa*. México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1968. 266 pp. (Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 46).

48. MEMORIAS (MÉXICO, 1946)

Victoriano Salado Álvarez, *Memorias I. Tiempo viejo*. México, Edición y Distribución Ibero Americana de Publicaciones, 1946. 411 pp.

49. MÉXICO FANTÁSTICO (MÉXICO, 2008)

Ana María Morales, *México fantástico. Antología del relato fantástico mexicano. El primer siglo*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2008. XLII + 154 pp.

50. MÉXICO PINTORESCO, I (MÉXICO, 1880)

Manuel Rivera Cambas, *México pintoresco, artístico y monumental: vistas, descripción, anécdotas y episodios de los lugares más notables de la capital y de los estados, aun de las poblaciones cortas, pero de importancia geográfica o histórica; las descripciones contienen datos científicos, históricos y estadísticos*. México, Imprenta de la Reforma, 1880. 3 ts.

51. “LA MIRADA COMO INVENCION” (UNAM, 2004)

Blanca Estela Treviño García, “La mirada como invención: un análisis de las crónicas del *Kinetoscopio*”, en Ángel de Campo, *Kinetoscopio. Las crónicas de Ángel de Campo, Micrós, en El Universal (1896)*. Estudio preliminar, compilación y notas de Blanca Estela Treviño García. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2004, pp. 59-110. (Al Siglo XIX. Ida y Regreso).

52. EL MODERNISMO EN MÉXICO (UNAM, 2000)

Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé, *El modernismo en México a través de cinco revistas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2000. 57 pp. (Colección de Bolsillo, 16).

53. MODERNISMO. SUPUESTOS HISTÓRICOS Y CULTURALES (BOGOTÁ, 2004)

Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*. Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004. 113 pp. (Tierra Firme).

54. OBRAS IV (UNAM, 2012)

José Tomás de Cuéllar, *Obras IV. Narrativa IV. Novelas cortas. El carnaval (1851), Novela por vapor (1869), Las posadas (1871, 1872, 1882, 1892), El hombre-mujer (1872), La Noche Buena [Negativas tomadas del 24 al 25 de diciembre de 1882] (1883, 1890), Los fuereños (1883, 1890)*. Edición crítica, estudio preliminar notas e índices de Ana Laura Zavala Díaz. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Filológicas / Seminario de Edición Crítica de Textos, 2012. CXXXVII + 284 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 175).

55. OBRAS VIII (UNAM, 2001)

Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras VIII. Crónicas y artículos sobre teatro VI (1893-1895)*. Introducción, notas e índices de Elvira López Aparicio. Edición crítica de Yolanda Bache Cortés. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Filológicas / Centro de Estudios Literarios, 2001. CV + 664 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 142).

56. OBRAS VIII (UNAM, 2014)

José Tomás de Cuéllar, *Obras VIII. Narrativa VIII. Gabriel el cerrajero o Las hijas de mi papá (1872, 1892)*. Edición crítica, estudio preliminar notas e índices de Belem Clark de Lara con el apoyo técnico de Coral Velázquez Alvarado, Fernando Ibarra Chávez y Dulce Diana Aguirre López. Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Filológicas / Seminario de Edición Crítica de Textos, 2014. CCIV + 256 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 174).

57. OBRAS XI (UNAM, 1994)

Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras XI. Narrativa I. Por donde se sube al cielo (1882)*. Prólogo, introducción, notas e índices de Belem Clark de Lara. Edición de Ana Elena Díaz Alejo. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de

- Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1994. Clvii + 147 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 118).
58. ŒUVRES COMPLÈTES (PARIS, 1921)
- Alfred de Musset, *Œuvres complètes*. Paris, La Renaissance du Livre [1921]. XII + 586 pp.
59. PANORAMA MEXICANO (UNAM, 2006)
- Ciro B. Ceballos, *Panorama mexicano 1890-1910 (Memorias)*. Estudio introductorio y edición crítica de Luz América Viveros Anaya. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, 2006. 444 pp. (Al Siglo XIX. Ida y Regreso).
60. “PRESENTACIÓN” (MÉXICO, 1980)
- Francisco Monterde, “Presentación” a *Revistas literarias modernas. Savia Moderna (1906). Nosotros (1912-1914)*. Edición facsimilar. México, Fondo de Cultura Económica, 1980. 679 pp.
61. EL PROYECTO INCONCLUSO (MÉXICO, 2002)
- Ivan A. Schulman, *El proyecto inconcluso: La vigencia del Modernismo*. México, Siglo Veintiuno, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2002. 247 pp. (Lingüística y Teoría Literaria).
62. “LAS RAÍCES DEL DECADENTISMO MEXICANO” (SAN LUIS POTOSÍ, 2014)
- Carlomagno Sol Tlachi, “Las raíces del decadentismo mexicano”, en *Otros raros*. Coordinado por Mercedes Zavala Gómez del Campo. San Luis Potosí, El Colegio de San Luis, 2014, pp. 13-39.
63. LA RECEPCIÓN E INFLUENCIA DE EDGAR ALLAN POE (BARCELONA, 2016)
- Sergio Armando Hernández Roura, *La recepción e influencia de Edgar Allan Poe en México (1859-1922)*. Tesis doctoral. Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona, 2016. 476 pp.
64. “EL RELATO FANTÁSTICO” (MADRID, 2001)
- Irène Bessière, “El relato fantástico: forma mixta de caso y adivinanza”, *Teorías de lo fantástico*. Introducción, compilación, bibliografía y traducción David Roas. Madrid, Arco Libros, 2001. 83-104. (Bibliotheca Philologica. Serie Lecturas).

65. EL RENACIMIENTO (UNAM, 1979)

Huberto Batis, "Presentación" a *El Renacimiento. Periódico Literario (México, 1869)*. Edición facsimilar. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Publicaciones, Instituto de Investigaciones Filológicas / Centro de Estudios Literarios, 1979, pp. VII-XXVI. (Fuentes de la Literatura Mexicana).

66. REPERTORIO MICHOACANO (ZAMORA, 1995)

Álvaro Ochoa Serrano, *Repertorio michoacano 1889-1926*. Con la colaboración de Martín Sánchez Rodríguez. Zamora, El Colegio de Michoacán, 1995. 386 pp.

67. SOCIOLOGÍA CRIMINAL (BOGOTÁ, 2007)

Enrico Ferri, *Sociología criminal*. Bogotá, Leyer, 2007. IX + 593 pp. (Colección Clásicos del Derecho).

68. TRADICIÓN Y MODERNIDAD (UNAM, 1998)

Belem Clark de Lara, *Tradición y modernidad en Manuel Gutiérrez Nájera*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1998. 264 pp.

69. TUBERCULOSIS (OVIEDO, 2009)

José Antonio Maradona Hidalgo, *Tuberculosis. Historia de su conocimiento*. Oviedo, Universidad de Oviedo, 2009. 185 pp.

70. "LA UNIDAD DE IMPRESIÓN" (UNAM, 2008)

Edgar Allan Poe, "La unidad de impresión", en *Teorías del cuento I. Teorías de los cuentistas*. 2ª ed. Lauro Zavala compilador. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura, 2008, pp. 13-18 (Textos de Difusión Cultural, Serie El Estudio).

71. VICISITUDES Y AMARGURAS (UNAM, 2016)

Pamela Vicenteño Bravo, *Vicisitudes y amarguras del travieso amor: Edición crítica de Los mariditos. Relato de actualidad y de muchos alcances (1890), de José Tomás de Cuéllar*. Tesis de maestría. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2016. CXXXVIII + 130.

72. LA VIDA SOCIAL (MÉXICO, 1985)

Moisés González Navarro, *El Porfiriato. La vida social*. 4ª ed. México, Editorial Hermes, 1985. 979 pp. (Historia Moderna de México. Colección dirigida por Daniel Cosío Villegas).

ESTUDIO PRELIMINAR

CAPÍTULO I

DE LA REVISTA AZUL A SAVIA MODERNA

Francisco Zárate Ruiz nació en la Ciudad de México en 1877.¹ Hijo de María de Jesús Ruiz y Francisco Zárate, profesor de enseñanza elemental en la Escuela núm. 1 para Obreros, fue miembro de la Academia de Profesores Municipales y ocupó el cargo de director en distintos planteles. Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria, donde pronunció, en julio de 1894, un discurso en la velada en honor a Juárez, organizada por la junta directiva de alumnos de dicha institución.² En el año de 1895 ya se desempeñaba como redactor de *El Monitor Republicano* y, en representación de dicho diario, asistió a la solemnidad para conmemorar la muerte de José María Morelos y Pavón que se llevó a cabo en San Cristóbal Ecatepec en diciembre de ese año, en la que fue orador en honor del héroe de la Guerra de Independencia.³

Volvemos a saber de él en febrero de 1896 a raíz de un escándalo por la denuncia que interpuso Vidal Castañeda y Nájera, director de la Escuela Nacional Preparatoria, quien acusó de calumnia y difamación a varios redactores y a los directores de *El Monitor Republicano*, *El Universal*, *El Tiempo* y *El Noticioso*; esto debido a una serie de notas aparecidas en sus diarios, sobre problemas suscitados en la Escuela Nacional Preparatoria por el cambio en el horario de entrada y su consecuente afectación a un gran número de

¹ De acuerdo con el acta de defunción, obtenida en el Registro Civil de la Ciudad de México, se registra su muerte el día 15 de mayo de 1907 a la edad de 30 años.

² Sin firma, “Otra velada en honor de Juárez”, en *El Siglo Diez y Nueve*, 9ª época, año 53, t. 106, núm. 16 973 (18 de julio de 1894), p. 3.

³ El acto fue reseñado por el periódico *El Tiempo* (Sin firma, “La solemnidad en honor del Sr. D. José María Morelos y Pavón”, en *El Tiempo*, año XIII, núm. 3 688, 24 de diciembre de 1895, p. 2); pero es en la Gacetilla de *El Municipio Libre* donde se menciona que asistió como representante de *El Monitor Republicano* (Sin firma, “Gacetilla. Representantes”, en *El Municipio Libre*, t. XXI, núm. 301, 25 de diciembre de 1895, p. 2).

estudiantes.⁴ Por ello, Zárate Ruiz fue detenido, junto con José Manuel Villa, el 3 de marzo de 1896; gracias a la defensa de Ramón Prida, y a una fianza de tres mil pesos, quedaron en libertad bajo caución ese mismo día.⁵

Ese mismo año publicó el primer relato localizado hasta ahora en la prensa periódica, firmado con su nombre; se trata de “Historias vulgares. ¡Pobre!”, que apareció en la *Revista Azul* el 10 de mayo de 1896, y que fue el único texto de Zárate en dicha publicación. Resulta significativo que comenzara a publicar sus relatos en la revista fundada por Manuel Gutiérrez Nájera y Carlos Díaz Dufoo, “portavoz de una generación „sana, fresca, joven y valiente”, cuya modernidad consistió en mantenerse en constante evolución”,⁶ ya que, como veremos más adelante, el autor siguió un camino paralelo al devenir del decadentismo, desde las filas de las publicaciones de Reyes Spíndola –a las que es posible que ingresara gracias a Díaz Dufoo, pieza importante en las empresas del oaxaqueño–. También es significativo que tocara sólo de manera tangencial la *Revista Moderna*, con una sola colaboración, y que finalizara en *Savia Moderna* también únicamente con un texto en el último número de la revista.

Su primer cuento fue publicado de nuevo dos años más tarde, en *El Imparcial* (9 de mayo de 1898). Clementina Díaz y de Ovando y Elisa García Barragán reproducen esta versión en *La Escuela Nacional Preparatoria. Los afanes y los días 1867-1910, II*, pues lo considera “un testimonio de la vida estudiantil preparatoria, escrito por el prefecto de la Escuela”.⁷ Hay que precisar que el relato, aunque publicado en 1898, conservó la fecha

⁴ La nota por la que fue acusado Zárate Ruiz, apareció sin firma, titulada “Escándalo en la Escuela Preparatoria”, en *El Monitor Republicano*, 5ª época, año XLVI, núm. 30 (4 de febrero de 1896), p. 3. // La polémica y el arresto de varios periodistas fueron narrados y documentados por Clementina Díaz y de Ovando y Elisa García Barragán (cf. *LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA, I y II*, UNAM, 2006, pp. 189-195 y pp. 326-334, respectivamente).

⁵ Sin firma, “Las prisiones de periodistas” y Sin firma, “Las persecuciones a la prensa de México”, en *El Monitor Republicano*, 5ª época, año XLVI, núms. 55 y 56 (4 y 5 de marzo de 1896), pp. 2 y 3, respectivamente.

⁶ EL Duque Job, “Al pie de la escalera”, *apud* Belem Clark de Lara y Fernando Curiel Defossé, *EL MODERNISMO EN MÉXICO* (UNAM, 2000), p. 20.

⁷ C. Díaz y de Ovando y E. García Barragán, *op. cit.*, p. 213. El relato fue recogido en el tomo II, dedicado a los documentos (pp. 396-397).

original de “mayo de 1896”, cuando el referido proceso judicial contra Zárate Ruiz estaba concluyendo y aún no era nombrado prefecto de la Preparatoria, por lo que quizá se encuentra más cerca de ser un testimonio de un ex alumno.

En el año 1897, Zárate Ruiz fue secretario y articulista del periódico *Gil Blas*, en donde dio a conocer varios textos que firmó con las iniciales de sus apellidos “Z. R.”,⁸ como “El desprecio para el trabajo intelectual en México” (3 de marzo de 1897), “¿Quién será el sucesor del general Díaz?” (4 de marzo de 1897) y “Nuestra política negra” (7 de marzo de 1897). El 25 de marzo de ese mismo año, apareció publicada una carta dirigida a Agustín de J. Tovar, director del periódico, en la que el escritor anunciaba su renuncia: “Tengo el sentimiento de manifestar a usted que no estoy de acuerdo con la línea de conducta que ha adoptado el periódico que usted dirige, y por tanto puede, desde esta fecha, disponer de mi puesto de Secretario y articulista en aquella Redacción”.⁹

El 4 de julio de 1897 apareció “Cuento blanco” en *El Nacional*, dedicado “Al licenciado don Vidal Castañeda y Nájera”, director de la Escuela Nacional Preparatoria y quien fuera un año atrás responsable de su fugaz paso por la cárcel de Belén. Para entonces, Zárate Ruiz ya ejercía como prefecto de la Escuela Nacional Preparatoria, trabajo que dejó en septiembre de 1899, como quedó anunciado en *El Imparcial*: “El apreciable y caballeroso joven, señor don Francisco Zárate Ruiz, acaba de separarse del puesto que ocupaba en la Escuela Nacional Preparatoria, con el carácter de Prefecto de ese establecimiento”.¹⁰

Para el año de 1898 se convirtió en representante del circo de los Hermanos Orrin, una de las compañías circense más importantes que han existido en México;¹¹ esta relación

⁸ Vid. María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, DICCIONARIO DE SEUDÓNIMOS (UNAM, 2000), p. 893.

⁹ Francisco Zárate Ruiz, “Personal”, en *Gil Blas*, 3ª época, núm. 1 368 (25 de marzo de 1897), p. 1. El *Diario del Hogar* se refirió a la carta publicada en *Gil Blas* (Sin firma, “México al día. El Sr. Francisco Zárate Ruiz”, en *Diario del Hogar*, año XV, núm. 163, 25 de marzo de 1897, p. 3).

¹⁰ Sin firma, “Información. Renuncia”, en *El Imparcial*, t. VII, núm. 1 081 (4 de septiembre de 1899), p. 3.

¹¹ *El Imparcial* da cuenta de que Francisco Zárate Ruiz sustituyó al señor Nieto en la representación de la compañía (Sin firma, “Corta temporada”, en *El Imparcial*, t. IV, núm. 498, 29 de enero de 1898, p. 3).

cercana con el mundo funambulesco explica la tematización que hace en su volumen *Cuentos funambulescos* (1903), en el que los protagonistas son personajes del mundo del espectáculo. Hasta el momento no he podido localizar en qué fecha dejó de ser representante de los Hermanos Orrin; sin embargo se sabe que en mayo de 1899 continuaba ejerciendo dicho puesto. Una nota de *El Imparcial* anuncia, para el 6 de mayo de 1899, “el beneficio del representante en México de los Hermanos Orrin, señor Francisco Zárate Ruiz”.¹² Más adelante, en 1902, nuevamente tuvo ese cargo.

Si su paso por *Revista Azul*, por *Revista Moderna* y por *Savia Moderna* fue efímero, como quedó dicho, larga sería su colaboración para *El Mundo Ilustrado*. El 28 de agosto de 1898 apareció su primera publicación en el semanario de las élites; se trata del relato titulado “¿Quién soy yo?”. A partir de entonces comenzó una fructífera relación con Rafael Reyes Spíndola y sus distintos proyectos editoriales, ya que además de las dos publicaciones mencionadas, sabemos que fungió como corresponsal para sus diarios, y que, en su mayoría, sus relatos aparecieron en *El Mundo Ilustrado*, siendo el último de éstos “Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito. La enfermera”, del 3 de abril de 1904. Cabe aclarar que los relatos de Zárate Ruiz en *El Mundo Ilustrado* no tuvieron una periodicidad regular, ya que lo mismo podemos encontrar dos en un mes que dos o más meses de ausencia. A lo largo de su vida, se desempeñó como redactor, editor o director de distintos periódicos, al tiempo que ocupó diferentes puestos administrativos, privados y públicos, por lo tanto no tenía la premura económica de entregar una colaboración como principal medio de sustento, como fue el caso de muchos otros escritores y periodistas contemporáneos suyos.

En ese mismo año de 1898, apareció el único relato que publicó en *Revista Moderna*, “La defunción de la Muerte” (1º de octubre), dedicado a Bernardo Couto Castillo; no podemos afirmar que existiera alguna relación entre estos dos escritores, más allá de compartir ideas estéticas. Lo que podemos decir, a partir de este hecho, es que Zárate se

¹² Sin firma, “En el Circo Orrin”, en *El Imparcial*, t. VI, núm. 959 (5 de mayo de 1899), p. 3.

sentía identificado con el grupo decadentista responsable de *Revista Moderna* y que en esos años, con sus primeras publicaciones y siendo joven aún, pues contaba 21 años, buscaba integrarse a un grupo con el que sentía ciertas afinidades. Desde mi punto de vista, la narrativa de Zárate Ruiz bien pudo encajar y tener un lugar entre los relatos de Ciro B. Ceballos, Alberto Leduc y el mismo Couto Castillo, al lado de las poesías de José Juan Tablada y Balbino Dávalos, y de las ilustraciones de Julio Ruelas; sin embargo, no ocurrió así. Hay que recordar dos aspectos importantes que pudieron influir en este hecho: el primero es que los creadores de *Revista Moderna* formaban un grupo “vinculado no propiamente por la identidad de las convicciones artísticas, sino por la fraternidad psicológica”; casi todos coincidían en el aborrecimiento a lo viejo “odio africano a los académicos, odio a los preceptistas, odio a los romanticismos, odio a los literatos del pasado, odio a los rimadores populares”.¹³ En fin, se percibe una abierta intolerancia que el propio Ceballos narra en sus memorias; por ejemplo, cuando recuerda a Rafael Martínez Rubio, El Duque Juan, afirma que: “con indebida crueldad [lo] satirizábamos todos”,¹⁴ o al recordar a Rafael Reyes Spíndola, a quien “combatieron mucho”, lo considera arrogante, de poca sapiencia, “un verdadero castrador de ideas”, creador de una escuela de “periodismo mercachifle” y responsable de la desaparición del viejo periodismo.¹⁵ Debo subrayar que a pesar de que consideraban intolerante a Reyes Spíndola, varios de los integrantes del grupo decadentista como Couto, el propio Ceballos y Nervo colaboraron en los diarios del editor.

El segundo aspecto a considerar, quizá más importante, es que con el nacimiento de *Revista Moderna*, primero Ceballos y después Couto, dejaron de publicar sus narraciones en *El Mundo Ilustrado*, lo que provocó un vacío en el semanario que bien se pudo llenar con los relatos de Zárate Ruiz. Victoriano Salado Álvarez describió en sus memorias a Reyes Spíndola como un “hombre nervioso, tornadizo, a veces cruel, filántropo a ratos, que

¹³ Ciro B. Ceballos, PANORAMA MEXICANO (UNAM, 2006), pp. 367-382.

¹⁴ *Ibid.*, p. 394.

¹⁵ *Cf. Ibid.*, pp. 319-366.

sentía la injusticia de los otros y a veces reparaba la propia”,¹⁶ quien, debido a su “volubilidad” y a su “falta de fe en las gentes”, era famoso por tener “listas negras”. Al respecto Salado Álvarez niega tener la seguridad de su existencia, pero sí afirma que en sus diarios “constantemente se evitaba nombrar a ciertas personas”, y pone como ejemplo tres casos: el de Federico Gamboa, quien tuvo tres años de “innominato”; el de Juan de Dios Peza, que “murió civilmente” en concepto del diario, y el de Amado Nervo, enviado a la Exposición Universal de París, de 1900, como corresponsal de los diarios de Reyes Spíndola, y que enfrentó la ira del empresario tras la publicación de un artículo suyo en *Revista Moderna*, lo cual provocó que el poeta se quedara sin recursos en París.¹⁷ Considerando lo anterior y conociendo que en ese entonces Zárate Ruiz, además de publicar sus relatos en *El Mundo Ilustrado*, se desempeñaba como redactor de *El Imparcial*, me parece probable que Reyes Spíndola, ante una posible migración de *El Mundo Ilustrado* a *Revista Moderna*, apercibiera a Zárate para que desistiera en su intento de encontrar un lugar en dicha revista; más tarde, como se verá, el autor se vio recompensado por las relaciones políticas y laborales nacidas del trato con los allegados a las empresas del oaxaqueño.

El 2 de febrero de 1900 se anunció en *El Tiempo* la partida de Francisco Zárate Ruiz a Toluca en los siguientes términos: “Ayer en la mañana, por el Ferrocarril Nacional Mejicano, salió de esta capital para Toluca el joven literato Francisco Zárate Ruiz, quien va a hacerse cargo de la Secretaría Particular del Gobernador del Estado”,¹⁸ que en ese entonces era José Vicente Villada. Su estancia en la capital del Estado de México resultó muy beneficiosa para el porvenir del joven literato, ya que amplió sus relaciones políticas y literarias.

Las agrupaciones literarias fueron fundamentales en el México decimonónico, herencia del viejo continente, en donde pueden rastrearse agrupaciones de este tipo desde el siglo XV

¹⁶ Victoriano Salado Álvarez, MEMORIAS (MÉXICO, 1946) p. 282.

¹⁷ Cf. *ibid.*, pp. 279-282.

¹⁸ Sin firma, “Notas del día. Personal”, en *El Tiempo*, año XVII, núm. 4907 (2 de febrero de 1900), p. 2.

especialmente en Italia, Francia y, por supuesto, España, en donde florecieron a partir del Renacimiento. A decir de Alicia Perales Ojeda “la reseña histórica de las asociaciones literarias de México, durante la centuria pasada –siglo XIX–, constituye de hecho la crónica de las letras patrias”,¹⁹ pues los principales escritores participaron en ellas y casi todos tuvieron conexión con alguna. En Toluca, Zárate Ruiz formó parte de la Sociedad de Artes y Letras, inscrita temporalmente en el cuarto periodo cultural delimitado por Alicia Perales, iniciado en 1889; en él, la nueva generación impuso un cambio radical de tono y de ideas estéticas, metamorfosis que buscaba “una expresión libre, exclusiva del artista”.²⁰

La creación de esta asociación se debió a la iniciativa del gobernador Villada, quien fue nombrado presidente honorario, acto anunciado en varios diarios del país. Este tipo de propaganda para los miembros era una de las finalidades de estas agrupaciones, de acuerdo con Alicia Perales. En la primera sesión, que se verificó en los salones del Palacio de Gobierno el 26 de enero de 1901, Zárate Ruiz leyó “¿Homicida?”. Al respecto el corresponsal de *El Diario del Hogar* se expresó de la siguiente manera:

Pancho Zárate muy bien, como sabe hacerlo. Su cuento fue recibido con extrañeza, acaso porque ese género de literatura es aún poco entendido; pero en nada se amengua por eso su mérito literario y, como sabe leer muy bien, hubo momentos en que alguno de los socios expresaron verdadera curiosidad por su historia de la “Gata”, esa historia cruel y afiligranada que el artista supo cuajar de bellezas y sublimidades. Escuchó verdaderos aplausos.²¹

En ocasiones, las asociaciones sumaban a lo literario otros intereses de índole cultural como la música y el teatro, tal fue el caso de la Sociedad de Artes y Letras, como puede comprobarse en la nómina de sus integrantes, entre quienes se encontraron, además de Zárate Ruiz, los poetas Juan B. Garza y Felipe N. Villarello, la cantante María Isabel Moreno, Francisco J. Gaxiola, José M. Pastor, Sebastián Hernández Serrano, Concepción Medina, el pianista Pedro Díaz, el poeta Carlos Vélez, el violinista Francisco de P.

¹⁹ Alicia Perales Ojeda, LAS ASOCIACIONES LITERARIAS MEXICANAS (UNAM, 2000), p. 29.

²⁰ *Ibid.*, pp. 33-34.

²¹ El corresponsal, “Estado de México”, en *El Diario del Hogar*, año XX, núm. 116 (31 de enero de 1901), p. 2.

González, el cantante José Torres Ovando, la cantante Pilar Flores, los escritores Manuel López Zámamo, Ricardo Garrido y Sebastián Hernández Serrano.²² Dicha sociedad acordó reunirse el segundo y el último sábado de cada mes, y celebró veladas importantes como la que se llevó a cabo en honor de Verdi el 9 de febrero de 1901²³ y la que dedicaron al presidente honorario, José Vicente Villada, el 10 de abril de ese mismo año. La última velada de la que tengo noticia se llevó a cabo el 7 de octubre de 1901.²⁴ En palabras de Zárate Ruiz, la Sociedad Artes y Letras:

vino a cumplir uno de los más ardientes deseos del Gobierno, como es el de proporcionar a las familias de la población un centro recreativo y útil. Dicha sociedad tiene por objeto ofrecer a sus miembros y a las familias todas, según se ha indicado, la manera de conocer y familiarizarse con los adelantos de las artes nobles, sin pena alguna por su parte, y casi podemos decir inconscientemente.²⁵

El padre de nuestro autor, el profesor Francisco Zárate, falleció el 9 de marzo de 1901²⁶ y fue sepultado en el Panteón de Dolores; tal vez no alcanzó a ver el nombramiento de su hijo como oficial mayor del gobierno del Estado de México, dado a conocer al público el 8 de abril de ese mismo año.

Como producto de su estancia en Toluca y de la relación, aparentemente cercana, que tuvo con el Gobernador, en septiembre de 1901 vio la luz su libro *Toluca antigua y moderna. Álbum del Estado de México. La administración del general Villada*,²⁷ impreso en los talleres tipográficos de la Escuela de Artes y Oficios para varones. Este libro es, a

²² En una segunda nota periodística se reseña la segunda sesión de la Sociedad Arte y Ciencia, y se menciona que está en proceso de impresión la obra *Toluca antigua y moderna* de Francisco Zárate Ruiz (vid. S. Hernández Serrano, “Correspondencias. Estado de México”, en *El Diario del Hogar*, año XX, núm. 129, 15 de febrero de 1901, p. 2).

²³ Sin firma, “En honor de Verdi”, en *El Correo Español*, año XII, núm. 3 401 (5 de febrero de 1901), p. 2.

²⁴ Sin firma, “Velada en Toluca”, en *La Patria*, año XXV, núm. 7 465 (8 de octubre de 1901), p. 3.

²⁵ Francisco Zárate Ruiz, *TOLUCA ANTIGUA Y MODERNA* (TOLUCA, 1901), p. [23].

²⁶ Sin firma, “Muerte de un antiguo profesor”, en *El Imparcial*, t. X, núm. 1 632 (10 de marzo de 1901), p. 1.

²⁷ El 25 de septiembre de 1901 el periódico *La Patria*, de Ireneo Paz, anunció la publicación de dicho libro: “El distinguido literato don Francisco Zárate Ruiz, acaba de editar en la simpática ciudad de Toluca, un álbum descriptivo del Estado de México”. Esta nota introduce el texto del prólogo del citado libro (Sin firma, “Toluca. Antigua y moderna”, en *La Patria*, año XXV, núm. 7 454, 25 de septiembre de 1901, p. 1).

decir del autor, una compilación, en ordenamiento, de las noticias que habían dado a conocer las mejoras que se estaban llevando a cabo durante los últimos diez años, en la administración del gobernador Villada,²⁸ y contiene una descripción de los principales edificios, monumentos, haciendas y sitios de diversión de la entidad, además de incluir un directorio comercial, industrial y profesional de Toluca.

También en 1902, publicó *Cuentos mexicanos de moral*, un volumen que hasta ahora no he podido ver, pero del que hay comentarios en la prensa, donde vio la luz un relato; quizá la nota más relevante es la que apareció en *El Tiempo* el 21 de enero de 1902:

La Subsecretaría de Instrucción Pública ha aprobado, para uso de las primarias, el libro titulado *Cuentos mexicanos de moral*, del cual es autor el conocido literato Francisco Zárate Ruiz. En nuestro número próximo del “Semanao ilustrado” daremos a conocer uno de esos cuentos, que son verdaderamente recomendables para uso y conocimiento de los niños. Recomendamos a los padres de familia el mencionado libro, que sólo vale 62 centavos y es de gran utilidad.²⁹

El cuento al que se refiere la nota anterior es “La oveja”, que apareció tanto en *El Tiempo Ilustrado*, el 3 de febrero de 1902, como en *El Mundo Ilustrado*, el 9 de marzo del mismo año. En esa misma fecha, también en *El Mundo Ilustrado*, fue publicado un texto titulado “El último cuento de Edgard Poe. Mi pesadilla”. Aunque dicho relato apareció sin firma, tres décadas después, en 1937, el estadounidense John Englekirk atribuyó la autoría de dicho relato a Francisco Zárate Ruiz.³⁰ Cabe mencionar que en dicho artículo también le atribuye dos traducciones para *El Mundo Ilustrado*: “El corazón revelador” (8 de noviembre de 1896) y “La embriaguez. Musa trágica” (17 de abril de 1898);³¹ y un relato más, también publicado en el semanario de Reyes Spíndola: “Edgardo Poe” (29 de junio de 1902). Tras una relación cercana con la obra de Zárate Ruiz, en la que puede verse de manera clara y recurrente la influencia de Poe, resulta tentador suscribir estas atribuciones;

²⁸ Cf. Francisco Zárate Ruiz, *op. cit.*, pp. [7-9].

²⁹ Sin firma, “Gacetilla. Libro aprobado”, en *El Tiempo*, año XIX, núm. 5 492 (21 de enero de 1902), p. 3.

³⁰ John E. Englekirk, “XXXIII. My nightmare. The last tale by Poe”, en *Publications of the Modern Language Association of America*, vol. LII, núm. 2, June 1937, pp. 511-527.

³¹ Además del artículo del hispanista estadounidense Sergio Armando Hernández Roura da cuenta de estas atribuciones, *vid.* LA RECEPCIÓN E INFLUENCIA DE EDGAR ALLAN POE (BARCELONA, 2016) p. 373.

sin embargo, hay que considerar que el legado del escritor estadounidense es basto y que influyó fuertemente en muchos escritores, de esa generación, basta Bernardo Couto Castillo como ejemplo, y, más importante aún, que no hay más noticias del trabajo de Zárate Ruiz como traductor, quien, en los años 1896 y 1897, apenas comenzaba a aparecer en escena. Queda una veta importante para futuras investigaciones.

En cuanto a los relatos atribuidos me parece que, en el caso de “Edgardo Poe”, la argumentación de Englekirk no es lo suficientemente sólida, ya que dicho cuento resulta poco estudiado en el artículo y requiere un análisis más profundo; no es así en el caso de “Mi pesadilla”, ya que el crítico norteamericano se concentra en este relato, que compara tanto temática como estilísticamente con algunos otros del cuentista mexicano, motivos recurrentes como la cabeza funcionando como una maquinaria independiente del resto del cuerpo, distintos problemas mentales, personajes o narradores que se esfuerzan por dejar claro que son inocentes o que no están locos; en fin, detalles que podrán observarse en la tercera parte de este estudio preliminar y en la lectura de la obra narrativa de Zárate Ruiz, los cuales nos hacen coincidir con John Englekirk en la atribución autoral de “El último cuento de Edgard Poe. Mi pesadilla”.

Para junio de 1902, nuestro cuentista se encontraba en Pachuca, Hidalgo, como se sabe por una carta pública dirigida a Rafael Reyes Spíndola, en la que Zárate Ruiz se asume como redactor corresponsal de los diarios del empresario oaxaqueño, pero hace constar que se encuentra trabajando con Federico García y Alva de manera independiente.³²

Tras su productiva estancia en Toluca, que, como se advirtió, incrementó su reconocimiento como literato y sus relaciones políticas, en agosto de 1902 se convirtió en director del *Periódico Oficial del Gobierno de Michoacán de Ocampo*; en ese mismo año, de mayo a octubre, fue redactor del periódico *Primaveral*. Semanario Independiente de

³² F. Zárate Ruiz, “El Sr. Francisco Zárate Ruiz”, en *El Imparcial*, t. XII, núm. 2 098 (18 de junio de 1902), p. 3.

Literatura y Variedades, y colaborador de *El Estudiante*. Semanario de Información y Literatura, del mes de agosto a octubre, ambos en Morelia, Michoacán.³³

Más tarde, en febrero de 1903, vio la luz un trabajo que le fue encargado por el gobierno del estado de Hidalgo; se trata del libro *Hidalgo moderno. Álbum descriptivo del Estado* que el *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo* anunció de la siguiente manera: “Acaba de salir de las Oficinas Tipográficas del Gobierno del Estado esta interesante obra editada con el apoyo del Gobierno, por los señores Federico García y Alva y Francisco Zárate Ruiz”.³⁴

El año de 1903 fue particularmente productivo para nuestro autor, pues también aparecieron sus dos volúmenes de relatos *Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito*, integrado por once relatos, seis de los cuales fueron publicados en *El Mundo Ilustrado* entre 1903 y 1904, y los ya aludidos *Cuentos funambulescos*, integrado por ocho relatos, de los cuales cinco aparecieron en *El Mundo Ilustrado* entre 1902 y 1903. Como sabemos, Zárate fue nuevamente representante de la compañía del Circo Orrin, por lo que conocía de cerca la vida de los artistas de circo, cuestión que intentó plasmar en este conjunto de relatos, en los que, además, podemos observar cierta denuncia “tras bambalinas”; sirvan tres ejemplos como muestra. En el caso de “Los Lithuani”, cuento que abre el volumen, se narra la explotación laboral infantil en un grupo de hermanos acróbatas, dirigido por el mayor. Al final el narrador sugiere que, años después, ambos hermanos terminaron enfrentándose entre sí, resultando gravemente herido el mayor de ellos. En “La domadora” el tema es la venganza de una leona contra la mujer a quien debe obedecer en las funciones de circo; al narrar desde la perspectiva de la leona los pensamientos y sentimientos se provoca una reflexión en cuanto al maltrato animal y al sentimiento de superioridad de la raza humana para con el resto de las especies. Y el cuento titulado “La familia de hule”, vuelve sobre el abuso del trabajo infantil, al narrar la vida de la hija mayor

³³ Cf. Álvaro Ochoa Serrano, REPERTORIO MICHOCANO (ZAMORA, 1995), pp. 154, 296 y 302.

³⁴ Sin firma, “Hidalgo moderno. Álbum descriptivo del Estado”, en *Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Hidalgo*, t. XXXVI, núm. 10 (4 de febrero de 1903), p. 1.

de una familia de contorsionistas que enfrenta la sobreprotección de sus padres, quienes desean evitar que se enamore y los abandone, ya que ella y su hermana “constituían el mayor atractivo del acto”. Al final, la única forma en la que pudo ser libre fue mediante el matrimonio con otro artista de circo, para lo cual tuvo que escapar de su familia.³⁵ Ambos libros fueron editados por la Escuela Industrial Militar “Porfirio Díaz”, en Morelia, Michoacán, cuyos talleres estuvieron al servicio del gobierno. Este dato resulta revelador de las relaciones políticas de nuestro autor, ya que en una época en la que no era tan sencillo publicar un libro, los talleres de esta institución le editaron dos volúmenes a Zárate.³⁶

En junio de 1904 dejó el puesto de director del *Periódico Oficial de Michoacán*, probablemente debido a la polémica suscitada por unas cartas que publicó en *El Voto Michoacano*, periódico para el que colaboraba; *La Voz de México* lo comentó así: “En la capital de Michoacán ha circulado con profusión una enérgica protesta contra las „cartas“ que el señor Zárate Ruiz, Director del *Periódico Oficial* ha venido publicando en *El Voto Michoacano*, y quien tuvo el atrevimiento de hablar en términos más que irrespetuosos de las solemnidades religiosas de la Semana Santa”.³⁷ El 14 de abril apareció en ese mismo diario una carta de *El Progreso Cristiano*, de Morelia, en la que los editores expresan su protesta “en nombre de los católicos de Morelia y aun de los no católicos pero urbanos” y recrimina que haya sido Zárate Ruiz, director del periódico oficial, quien firmó los artículos. Además de pedir que se “subsanen estos males”, incluye unas líneas en las que se puede interpretar una suerte de amenaza para el escritor:

³⁵ Francisco Zárate Ruiz, CUENTOS FUNAMBULESCOS (MORELIA, 1903).

³⁶ Fundada en septiembre de 1885 por el gobernador Prudenciano Dorantes con el nombre de Escuela de Artes y Oficios, contribuyó al desarrollo de la imprenta y la litografía en Morelia; a partir de la llegada de Mariano Jiménez a la gubernatura del estado, en ese mismo año, contó con el apoyo del presidente Porfirio Díaz y todos los talleres sirvieron al gobierno, “la imprenta se dedicó primordialmente a los trabajos oficiales y fue equipada con maquinaria moderna, suficientes tipos y otros implementos; se imprimieron trabajos particulares, desde luego con la aprobación del gobernante”; fue entonces cuando adquirió el nombre de Escuela Industrial Militar Porfirio Díaz, con organización castrense. Tras la Revolución Mexicana recuperó su nombre original, para después albergar oficinas de la administración pública; a partir del año 2008 se convirtió en el Centro Cultural Clavijero (Raúl Arreola Cortés, “LA IMPRENTA: ESENCIA Y PRESENCIA”, MICHOACÁN, 1998, p. 81).

³⁷ Sin firma, “Enérgica protesta”, en *La Voz de México*, año XXXIII [sic], núm. 81 (13 de abril de 1904), p. 2.

En cuanto a la persona del Redactor de ese periódico, no quisiéramos ocuparnos de ella, porque los principios y no las personas es lo que importa combatir; pero la verdad es que sí nos ha parecido sumamente extraño que, teniendo como tiene, un empleo de confianza en el Gobierno; siendo como es, extraño a esta sociedad y hace poco tiempo venido a ella, dirigiéndose en sus artículos a las damas, a quienes él, como caballero, debería ser el primero en respetar, nos parece extraño, repetimos, que haya tomado este camino que acabará por desprestigiarle y perderle.³⁸

Tras abandonar la dirección del *Periódico Oficial de Michoacán*, Zárate Ruiz regresó a la Ciudad de México, en donde se desempeñó como editor del periódico *El Ferrocarrilero* hasta 1907. En julio de 1906 apareció su relato “La muerte artificial”, dedicado a Salvador C. Sifuentes, en la revista que, a decir de Francisco Monterde, fue “prolongación afirmativa de una tendencia que aspiró, al fundarla, a modernizar por completo la literatura mexicana”;³⁹ se trata de *Savia Moderna*, creada por Alfonso Cravioto y Luis Castillo Ledón cuando el grupo, que posteriormente sería conocido como ateneísta, decidió contar con su propio órgano impreso. La relación efímera de nuestro autor con las revistas del modernismo se hizo patente: “La muerte artificial” fue el único cuento que publicó en *Savia Moderna*, pues, siendo la primera vez que colaboraba en ella, lo hizo en el último número de la revista.

El 15 de mayo de 1907 Francisco Zárate Ruiz falleció en la Ciudad de México, a causa de hepatitis, a la edad de treinta años, soltero y sin que se sepa la existencia de algún heredero; la noticia apareció en los principales diarios de la ciudad. El escritor fue sepultado en el Panteón de Dolores, para lo cual su madre, María de Jesús Ruiz, tuvo que solicitar que se le cediera gratuitamente la fosa de tercera clase en la que fue inhumado el padre de nuestro cuentista.

Como puede apreciarse la obra de creación de Zárate Ruiz se circunscribió a la factura de cuentos; por lo tanto, aunque la función de los géneros es servir como herramienta

³⁸ Sin firma, “A *El Voto Michoacano*”, en *La Voz de México*, año XXXIII [sic], núm. 82 (14 de abril de 1904), p. 1.

³⁹ Francisco Monterde, “PRESENTACIÓN” (MÉXICO, 1980), p. 11.

referencial, es importante destacar los elementos que caracterizan al cuento. Así mismo toda obra artística responde a un tiempo determinado, en consecuencia, es importante establecer temporalmente el trabajo de nuestro autor en la historia del cuento en México, así como determinar en qué contexto literario se desarrolló su labor literaria; en el siguiente capítulo abordaré estos temas.

CAPÍTULO 2

APROXIMACIONES AL CUENTO

Para Carlos Pacheco, “situarse frente al problema de la definición de cuento es colocarse ante una paradoja, porque el cuento es presentado a la vez como el más definible y el menos definible de los géneros”.¹ Cabe aclarar que tengo presente que los géneros funcionan únicamente como herramientas referenciales; así lo ha expresado Enrique Anderson Imbert: “son esquemas mentales, conceptos de validez histórica que, bien usados, educan el sentido del orden y de la tradición y por tanto pueden guiar al crítico y aun al escritor”.²

Las teorías, caracterizaciones y los debates que se han expresado respecto al cuento, tanto por escritores como por críticos, son vastas; no es mi intención explorarlas todas ni profundizar en el debate, sino glosar y reflexionar sobre lo que han dicho algunos de ellos, con el fin de establecer parámetros y características del género. En particular, es importante abordar las propuestas poéticas de Edgar Allan Poe en torno al cuento, ya que como menciona Ana Laura Zavala Díaz “representaron uno de los principales modelos para los narradores mexicanos de la segunda mitad del siglo XIX”;³ además, el escritor estadounidense fue una fuerte influencia para Francisco Zárate Ruiz, como lo ha demostrado, en un reciente estudio, Sergio Armando Hernández Roura.⁴

Igualmente, resulta pertinente para los fines de este trabajo conocer los antecedentes y las condiciones en que se encontraba el cuento mexicano al aparecer en escena el autor, en

¹ Carlos Pacheco, “CRITERIOS PARA UNA CONCEPTUALIZACIÓN DEL CUENTO” (CARACAS, 1997), p. 13.

² Enrique Anderson Imbert, “EL GÉNERO CUENTO” (CARACAS, 1992), p. 353.

³ Ana Laura Zavala Díaz, LO BELLO ES SIEMPRE EXTRAÑO (UNAM, 2003) p. 9.

⁴ Cf. Sergio Armando Hernández Roura, “Cap. IV. Influencia de Poe en México”, en LA RECEPCIÓN E INFLUENCIA DE EDGAR ALLAN POE (BARCELONA, 2016), pp. 229-361.

la última década del siglo XIX. Mi intención no es hacer una historia del relato mexicano, simplemente ofrecer un breve panorama del estado del cuento en México en ese momento.

EL CUENTO EN MÉXICO

De acuerdo con Luis Leal, los antecedentes del cuento mexicano se pueden localizar entre los pueblos prehispánicos, ya que se trata de “una de las manifestaciones literarias más antiguas [...]; es esencialmente oral, predominan los mitos y las leyendas religiosas, lo mismo que los cuentos cosmogónicos y etiológicos”.⁵

En la época colonial mexicana se localizan relatos insertos, tanto en las obras producidas por nacidos en la Nueva España como en las historias y crónicas de los conquistadores, religiosos y letrados que viajaban a América con otros fines, pero siempre encontraban tiempo para escribir sobre los hechos de la Conquista, así como sobre las costumbres, tradiciones y leyendas del pueblo conquistado.⁶ Sin embargo, en ambos periodos, se trata de narraciones y relatos intercalados en obras mayores, que tienen una función específica dentro de ellas y, por lo tanto, no cumplen con las características de lo que se ha definido aquí como cuento.

Por su parte, Alfredo Pavón señala sus reservas acerca de buscar el cuento prehispánico, el colonial y aun el de los primeros decimonónicos como parte de obras mayores, ya que esta inclusión en un texto mayor implica la carencia de independencia y autonomía, “valores ambos que definen al género”.⁷ Pavón distingue el cuento tradicional del moderno

⁵ Con respecto a los antecedentes de este tipo de relato en la literatura prehispánica, Luis Leal opina que estos relatos intercalados se caracterizan por ser de exuberante fantasía y ricos en colorido y detalles; para ejemplificarlo cita las siguientes obras: el *Popol Vuh*, los *Libros de Chilam Balam*, la *Leyenda de los soles*, la *Relación de Michoacán* y varios códices; así como la obra de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, fray Bernardino de Sahagún, fray Diego Durán, Hernando Alvarado Tezozómoc y Diego Muñoz Camargo (cf. Luis Leal, *BREVE HISTORIA DEL CUENTO, MÉXICO*, 1990, pp. 9-16; *loc. cit.*, p. 9).

⁶ L. Leal cita, para el periodo colonial, en el que incluye el barroco y neoclasicismo, la *Historia de los indios de la Nueva España* (1541), de fray Toribio de Benavente, dada a conocer por Joaquín García Icazbalceta en 1858, la *Crónica de la Nueva España* (1566), de Francisco Cervantes de Salazar, las *Novelas morales* (1624), de Juan Piña Izquierdo, los *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690), de Carlos de Sigüenza y Góngora, y *La portentosa vida de la Muerte* (1792), de fray Joaquín Bolaños (cf. L. Leal, *op. cit.*, pp. 17-23).

⁷ A. Pavón, *op. cit.*, p. 54.

en que el primero carece de una escritura fija, debido a su origen oral, y que “se asentaba en el desarrollo lineal aristotélico (principio, nudo, desenlace), el narrador monofónico (ajeno al doble registro: voz del narrador y voz del personaje) y los personajes poco desarrollados cognitiva, intelectual, psíquica, moral, afectiva, verbal y accionalmente”. En tanto el cuento mexicano moderno, se caracteriza por ser una “escritura única”, con “autonomía literaria, ruptura de la linealidad diegética, polifonía narrativa, recurrencia al doble registro, construcción amplia del personaje y sus motivaciones accionales”.⁸

A partir del siglo XVIII, con la aparición de los primeros periódicos mexicanos, entre los que encontramos la *Gazeta de México* (1722 y 1728-1738), el *Mercurio de México* (1740-1742), y el *Diario de México* (1805-1816), el cuento se vio íntimamente relacionado con el periodismo; ambos se desarrollaron ampliamente en el siglo XIX, periodo en el que apareció en escena uno de los más importantes periodistas y escritores de la literatura mexicana, José Joaquín Fernández de Lizardi, “El Pensador Mexicano”, a quien Luis Leal y Alfredo Pavón consideran el iniciador del cuento de costumbres en México. El último atribuye el nacimiento del cuento moderno a una pieza del Pensador Mexicano, *Ridentem dicere verum ¿quid vetat?*, pues considera que:

cumple plenamente con cada una de las exigencias diegéticas, alejándose entonces de los caracteres propios a las fábulas, diálogos didácticos, cartas narrativas y textos híbridos. Si bien por momentos retoma las intencionalidades de éstas (educar, informar, dialogar sobre asuntos de la época, etc.), centra su universo narrativo en el ámbito de la ficcionalización.⁹

En el periodo de 1814 a 1837 poco a poco se configuró la naturaleza estética de la cuentística mexicana del siglo XIX. Luis Leal señala el cuento legendario como uno de los primeros que se cultivaron en el México independiente, siendo José Justo Gómez de la Cortina y José Bernardo Couto los iniciadores de este tipo de creación en la que los temas, por lo general, son coloniales, “resaltando lo sombrío y hasta lo tenebroso”, y constituyen

⁸ *Ibid.*, p. 65, n. 2.

⁹ *Ibid.*, p. 78.

una transición hacia lo que ha sido considerado el primer periodo del Romanticismo mexicano.¹⁰

En la turbulenta época que va de 1821 a 1867, marcada por la división política entre liberales y conservadores, así como por las invasiones extranjeras, surgió, impulsada por José María Lacunza, Juan Nepomuceno Lacunza, Manuel Tossiat Ferrer y Guillermo Prieto, una de las asociaciones más importantes para la literatura mexicana: la Academia de Letrán, que tuvo gran proyección de 1837 a 1840 con la publicación de *El Año Nuevo*, alrededor de la cual se agruparon escritores como José Joaquín Pesado, Ignacio Rodríguez Galván e Ignacio Ramírez, entre otros. Vinculado a las actividades de esta asociación surgió lo que distintos críticos han denominado el primer Romanticismo mexicano, en el que, para Hernández Roura, “prevaleció el impulso constructor y revolucionario de inclinación nacionalista por sobre la tendencia a representar pasiones desbordantes, fuerzas destructivas y lo irracional”¹¹ que caracterizó el Romanticismo alemán o francés. Por lo que le llama “Romanticismo social”, con el que se sientan las bases de la llamada literatura nacional. Luis Leal considera que “muchos de estos cuentos son en verdad estampas o episodios”, y se encuentran pocos temas originales pues son los “trillados” del Romanticismo europeo los predominantes: “el amor imposible, el fracaso en amores, la rebeldía, la aventura truculenta, las intrigas, el honor mancillado”.¹² Por su parte, para Jaime Erasto Cortés “los primeros románticos acertaron al configurar personajes trágicos, cuyo trasfondo era una naturaleza tan atribulada como el amor y los deseos de tales personajes”.¹³

El año de 1867 es muy importante en la historia de México, la restauración de la República definió el rumbo de la nación; los escritores mexicanos que se encontraban muy ligados a la política se vieron ante una era desconocida de relativa paz, por lo que

¹⁰ Cf. L. Leal, *op. cit.*, pp. 30-31.

¹¹ S. A. Hernández Roura, *op. cit.*, p. 38.

¹² L. Leal, *op. cit.*, p. 32.

¹³ Jaime Erasto Cortés, *apud* A. Pavón, *op. cit.*, p. 57.

decidieron dedicar sus energías a la creación de una literatura nacional. El resultado fue un florecimiento literario insospechado. Ignacio Manuel Altamirano hizo un llamado a los literatos, tanto liberales como conservadores, para que unieran sus talentos en la creación de esa literatura.¹⁴ El resultado fueron la revista *El Renacimiento*, fundada en 1869, y la reactivación del Liceo Hidalgo, proyectos en los que participaron, haciendo a un lado sus diferencias políticas, escritores de la talla de Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Manuel Payno, José Tomás de Cuéllar, José María Roa Bárcena, Vicente Riva Palacio, Justo Sierra y Manuel Acuña, entre otros; así surgieron los textos que suelen estudiarse como una segunda oleada del Romanticismo mexicano, que para Huberto Batis “puso en crisis los géneros literarios, al artista y hasta al público; permitió el desarrollo individual de la imaginación, salió de la tradición mitológica y libresca, y proclamó los derechos del sentimiento y de la subjetividad”.¹⁵ En relación con el cuento en esta época, Jaime Erasto Cortés opina que:

los románticos de la segunda generación narraron, si tímidamente, la sensualidad y el nacimiento y persistencia del deseo, delineando con más acertados trazos a sus protagonistas y ambientes. Depuraron también las acciones dramáticas [sic] y los finales sorprendentes, basados a veces en lo fantástico, la mezcla de vigilia y sueño, la ruptura de fronteras entre lo vivido y lo imaginado.¹⁶

En este periodo, no podemos dejar de señalar la importancia de José María Roa Bárcena y Vicente Riva Palacio, quienes

ocupan un sitio privilegiado en el desarrollo del género en las letras nacionales. Desde posiciones ideológicas antagónicas, ambos edificaron un universo cuentístico autónomo, que, a pesar de los tropiezos, en sus mejores momentos alcanza una gran eficacia narrativa, en el sentido expuesto por Poe; logro evidente, sobre todo, en el caso de Bárcena (véase como ejemplo emblemático el

¹⁴ El papel de Ignacio Manuel Altamirano en la literatura mexicana es fundamental; al examinar el postulado nacionalista romántico que guió a quien fuera conocido como “maestro”, Huberto Batis comenta que “a Altamirano tocó el papel de catalizar, como reformador, las tendencias indigenistas, folklóricas, populares, incluso las patriotas, e influido por sus lecturas sudamericanas quiso ofrecer además un programa intelectual aglutinante” (Huberto Batis, “Presentación” a Ignacio Manuel Altamirano, *EL RENACIMIENTO*, UNAM, 1979, p. XII).

¹⁵ *Ibid*, p. XIII.

¹⁶ Jaime Erasto Cortés, *apud* A. Pavón, *op. cit.*, p. 57.

multiantologado relato de *Lanchitas*). Asimismo, en ellos se percibe ya con claridad esa conciencia artística del cuentista [...], ausente en gran parte de los literatos de este momento.¹⁷

En ese entonces el cuadro costumbrista mexicano se vio ampliamente desarrollado; para Luis Leal “tiene sus orígenes en las obras de Fernández de Lizardi”.¹⁸ Sin embargo, él mismo advierte que “los modelos son los cuadros costumbristas de los escritores españoles, sobre todo los de Mesonero Romanos –y Mariano José de Larra, Fíguro–, que aparecen en las revistas y periódicos de la época con bastante regularidad”.¹⁹ La temática, en un principio, es un reflejo del cuadro español, y se concentra en la pintura de los tipos y las costumbres; posteriormente evolucionó en una crítica severa de las condiciones del país, la corrupción de los gobiernos y los deplorables medios de vida del pueblo. Tres plumas de vital importancia en esta época, y en la literatura mexicana en general, destaca Luis Leal: Guillermo Prieto, como el iniciador de este género en México, e Ignacio Manuel Altamirano y José Tomás de Cuéllar, con quienes el género obtuvo su más alto desarrollo;²⁰ particularmente este último, ya que, además de ser un fiel observador de la realidad, sus cuadros “no son meras vistas fijas de costumbres mexicanas y tipos sociales; todos ellos, por lo común, tienen una trama muy dramática y son, además, episódicos, características que no encontramos en los costumbristas anteriores”.²¹

En el periodo que abarca el fin del siglo XIX y las primeras décadas del XX, se vivió una “incipiente modernización”,²² que trajo consecuencias en el campo cultural. Los países del continente americano iniciaron el proceso de incorporación a la civilización industrial,

se sentaron las bases de una cultura materialista que impuso el concepto de mercado como el elemento rector de todas las actividades humanas, inclusive las literarias [...], se produjo la marginalización del escritor y su desplazamiento

¹⁷ A. L. Zavala Díaz, *op. cit.*, p. 93.

¹⁸ L. Leal, *op. cit.*, p. 39.

¹⁹ *Ibid.*, p. 40.

²⁰ *Idem.*

²¹ *Ibid.*, p. 43.

²² Ivan A. Schulman, *EL PROYECTO INCONCLUSO (MÉXICO, 2002)*, p. 10.

eventual de la vida nacional en que a partir de la Independencia había gozado de un relevante papel en la política.²³

Para el año de 1876, tras triunfar con la revolución de Tuxtepec, llegó al poder el general Porfirio Díaz, quien se mantendría en la presidencia hasta 1911, salvo por un periodo de cuatro años (1880-1884). Su gobierno se caracterizó por perseguir el ideal positivista de “orden y progreso” a cualquier precio, lo que devino en desintegración cívica, desigualdad social e inconformidad, que desembocaron en la Revolución de 1910. A decir de Leal, “la literatura alcanza, al amparo de este remanso, su más alto nivel; tanto en la poesía como en la novela y el cuento los literatos de la época producen algunas de las más grandes obras de las letras mexicanas”.²⁴ En lo concerniente al cuento, Luis Leal distingue la preponderancia de dos tendencias literarias en las últimas décadas del siglo: la del realismo y la del modernismo. Jaime Erasto Cortés afirma que los realistas se distinguieron por afinar “el uso de las retrospectivas narrativas, la caracterización psicológica de los personajes, las referencias históricas y ambientales, las acciones y el discurso narrante de éstas, a través del cual el autor implícito intentaba derruir, a veces, las supersticiones del pueblo”.²⁵

El modernismo, uno de los movimientos más importantes en Hispanoamérica, quizá el primero de ellos, “para la mayoría de los estudiosos refiere no sólo a una escuela literaria que apareció en tierras americanas en el último tercio del siglo XIX, sino también a una actitud, a un espíritu epocal, con mayores alcances geográficos y temporales, en relación íntima con el amplio concepto de la modernidad”.²⁶

Para Jaime Erasto Cortés “los modernistas unieron lo poético con lo narrativo, la emotividad romántica con la aristocracia artística, la colorida adjetivación con la vívida

²³ *Ibid.*, pp. 10-11.

²⁴ L. Leal, *op. cit.*, p. 55.

²⁵ Jaime Erasto Cortés, *apud* A. Pavón, *op. cit.*, p. 57.

²⁶ Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, LA CONSTRUCCIÓN DEL MODERNISMO (UNAM, 2011), p. IX.

enumeración, la ternura íntima con las exaltaciones exasperadas y los sórdidos arrebatos, los oscuros interiores del hombre con la levedad amorosa”.²⁷ Para Schulman:

Hay en los textos modernistas una adjetivación e imagería exquisitas, una preocupación por la transgresión lingüística basada en el uso de la sinestesia, los colores, la luz, las figuras mitológicas, los neologismos, y un metaforismo que refracta la tecnología y la ciencia médica [...]; hay que acostumbrarse a la presencia de estructuras textuales, tanto ideológicas como estilísticas, conflictivas, antitéticas, o de signo velado.²⁸

Por su parte, Belem Clark y Ana Laura Zavala encuentran en la primera novela modernista, *Por donde se sube al Cielo* (1882), de Manuel Gutiérrez Nájera, las principales características que en la actualidad se asocian a este movimiento: el eclecticismo que consistió en revisar todas las tendencias estéticas del momento y aceptar de ellas sólo aquellos componentes que se consideran bellos; la renovación verbal que tuvo la intención de refinar las sensaciones; el cosmopolitismo representado por objetos y escenarios de culturas extranjeras y exóticas; la voluntad del idealismo, consecuencia de la secularización de la vida cotidiana y la influencia positivista, y el intimismo por medio del cual el poeta halló el ámbito propicio para realizar su labor artística.²⁹

Resulta pertinente distinguir dos generaciones del modernismo, ya que cada una emprendió indagaciones particulares. La primera, con Manuel Gutiérrez Nájera a la cabeza, a quien se debe “la creación de la prosa modernista en México” y el cambio de rumbo en la trayectoria del desarrollo del género. Este autor “osciló entre el trabajo meticuloso del lenguaje y el tratamiento de asuntos aún ligados al devenir, cambiante por el supuesto advenimiento de la modernidad, de los destinos de la nación; esto produjo un cuento híbrido, débilmente estructurado, a caballo entre la crónica y el cuadro impresionista”.³⁰ A decir de Belem Clark y Ana Laura Zavala, la idea del “cruzamiento en literatura”, que

²⁷ Jaime Erasto Cortés, *apud* Alfredo Pavón, *op. cit.*, pp. 57-58.

²⁸ Ivan A. Schulman, *op. cit.*, pp. 18-19.

²⁹ Cf. B. Clark de Lara y A. L. Zavala Díaz, *op. cit.*, pp. XV-XVI, y B. Clark de Lara, “Introducción” a Manuel Gutiérrez Nájera, OBRAS XI (UNAM, 1994).

³⁰ A. L. Zavala Díaz, *op. cit.*, p. 98.

representa un libre intercambio artístico con todas las culturas, incluso las que ya desaparecieron, “redondeó la poética najeriana, basada en una actitud emancipadora, moderna, en la cual el artista podía beber de todas las tradiciones y, tras un proceso de asimilación, transformar lo ajeno en propio; con esto, sin duda, preparó el terreno para los jóvenes de la siguiente camada modernista”.³¹

Hacia 1891 comenzó a aparecer la segunda generación modernista, encabezada por los literatos involucrados en las diferentes polémicas decadentistas / modernistas que se suscitaron en la prensa mexicana entre 1892 y 1907;³² “además de pugnar por los mismos cambios que años antes Gutiérrez Nájera propuso (el idealismo del arte, el rechazo rotundo a la mimesis, la búsqueda constante de la belleza, la renovación verbal, la transmisión de sensaciones e impresiones...), fue un grupo que representó el „hastío“, las „convulsiones angustiadas“, la duda existencial y religiosa de fin de siglo.”³³ En la nómina de escritores pertenecientes a esta generación, que floreció bajo el amparo de la *Revista Moderna*, fundada en 1898, cuyo mecenas fue Jesús E. Valenzuela y más tarde también Jesús E. Luján, se encuentran José Juan Tablada, Amado Nervo, Ciro B. Ceballos, Francisco M. de Olaguíbel, Balbino Dávalos, Jesús Urueta, Bernardo Couto Castillo y José Peón del Valle, entre otros.

Este grupo “compartió el mismo gusto por la experimentación estilística, pero abordó un abanico diferente de preocupaciones que, aun cuando se llegan a vincular con el entorno inmediato, prestan una atención especial a la descripción de estados mentales limítrofes, al

³¹ Gutiérrez Nájera fundó, con Carlos Díaz Dufoo, la *Revista Azul* que se convertiría en portavoz del movimiento modernista hispanoamericano. “Aunque pareciera que entre 1876 y 1890 Gutiérrez Nájera luchó solo por implantar una renovada forma de escribir, lo cierto es que hubo otras figuras que, a pesar de no participar en las polémicas literarias, en la práctica escrituraria defendieron la nueva sensibilidad y junto a él y „acaso sin proponérselo“—como señala José Luis Martínez—, contribuyeron a la „revolución“ literaria, tal es el caso de Salvador Díaz Mirón (1853-1928), Manuel José Othón (1858-1906), Manuel Puga y Acal (1860-1930), Carlos Díaz Dufoo (1861-1941), Federico Gamboa (1864-1939) y Luis G. Urbina (1864-1934)” (B. Clark de Lara y A. L. Zavala Díaz, *op. cit.*, p. XX).

³² Sobre las polémicas decadentistas / modernistas a las que me refiero *vid.* Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, LA CONSTRUCCIÓN DEL MODERNISMO (UNAM, 2011); que además de reunir los textos con que debatieron públicamente en el periodo mencionado, incluye la de 1876, en la que El Duque Job expresó sus ideales artísticos, cuyo texto más importante es “El arte y el materialismo”.

³³ *Ibid.*, pp. XX-XXI.

ser interno del hombre moderno, casi siempre sometido a la amenaza del exterior”.³⁴ Las opiniones que emitieron en la prensa periódica algunos de los escritores pertenecientes a este grupo, respecto a este movimiento literario, resultan reveladoras; a continuación me referiré brevemente a algunas de las ideas expresadas en dichas polémicas, que servirán como contexto para ubicar la producción cuentística de Francisco Zárate Ruiz.

El 8 de enero de 1893 José Juan Tablada publicó “Misa negra” en el diario *El País*, lo que le costó el despido de su cargo como jefe de la sección literaria en dicho periódico, pues su poema fue considerado inmoral. Dolido por la censura de que fue objeto, días después publicó una carta abierta dirigida a sus compañeros Jesús Urueta, Balbino Dávalos, Alberto Leduc, Francisco de Olaguíbel y José Peón del Valle, en la que se refirió a la creación de una nueva revista literaria, en la podrían seguir reverenciando a su ídolo común: el arte. Este proyecto no vería la luz hasta 1898, con el nacimiento de la *Revista Moderna*. En dicha misiva pública, Tablada se refirió a la escuela del decadentismo como “la única en que hoy puede obrar libremente el artista que haya recibido el más ligero hálito de la educación moderna”.³⁵ Además mencionó el hastío, la duda en las creencias y el estado de ánimo que compartían. Tablada distinguió entre el decadentismo moral, ese estado de ánimo, y el decadentismo literario, que “consiste en el refinamiento de un espíritu que huye de los lugares comunes y erige Dios de sus altares a un ideal estético”.³⁶ A lo anterior, Urueta respondió reprochándole el uso del término “decadentista”, pues consideraba que ese término indicaba un descenso en la escala moral o literaria, y el refinamiento de un espíritu que huye de los lugares comunes, el poder de sentir lo suprasensible y la hiperestesia del temperamento, constituían una elevación de nivel.³⁷

³⁴ A. L. Zavala Díaz, *op. cit.*, p. 98.

³⁵ José Juan Tablada, “Cuestión literaria. Decadentismo”, en LA CONSTRUCCIÓN DEL MODERNISMO (UNAM, 2011), p. 107.

³⁶ *Ibid.*, pp. 107-110; *loc. cit.*, p. 108.

³⁷ Cf. Jesús Urueta, “Hostia. A José Juan Tablada”, en LA CONSTRUCCIÓN DEL MODERNISMO (UNAM, 2011), pp. 111-118.

Jesús Urueta “culminó su misiva pidiéndole a Tablada que no insistiera en aprisionar los nuevos vuelos artísticos en una escuela estrecha, que sólo cortaría el *estro* literario”.³⁸

Para Alberto Leduc, el decadentismo “más que una forma literaria es un estado del espíritu”, que comparte un grupo de escritores a quienes “la vida real les hiere y les oprime, y la literatura es para ellos la venganza que toman de las humillaciones con que les ha oprimido la excitación”. Cerebros en los que se codea la voluptuosidad con el misticismo, “traduce[n] su sentimiento de decadencia en ritmos o en frases, que no son producidas por una actitud, sino por un verdadero estado de absoluto e irremisible desaliento”.³⁹

En una nueva polémica, en el año 1896, Amado Nervo, quien publicara *El bachiller* en 1895, salió a la defensa de los jóvenes escritores ante el reclamo de Aurelio Horta y José Monroy, quienes argumentaban que el pueblo era incapaz de comprender los versos escritos por los decadentistas, Nervo sostenía que este grupo había optado por crear para sus iguales, los aristócratas del arte, porque la mayoría de los mexicanos no leían ni entendían a sus escritores.⁴⁰ A decir de Belem Clark y Ana Laura Zavala, este poeta:

expresó la inquietud que había provocado en ellos la inclinación de la sociedad porfiriana hacia los principios materialistas, que dio como resultado el aparente desplazamiento del literato de los círculos del poder político, hacia espacios como el periodismo y la cátedra, donde si bien su voz seguía siendo importante, ya no era fundacional.⁴¹

La decadencia simbolizó, así, para estos autores y otros críticos del momento el rostro negativo e inseparable de la modernidad; a pesar de los diversos carices que adoptó el vocablo, Ana Laura Zavala distingue dos tendencias bien definidas en la época:

una, para la cual el decadentismo simbolizaba tanto el culto de un arte diferente, de un estilo refinado, producto de una civilización madura, como una actitud vital, contraria a la idea materialista del mundo impuesta por la sociedad burguesa, es

³⁸ B. Clark de Lara y A. L. Zavala Díaz, *op. cit.*, XXVII.

³⁹ Alberto Leduc, “Decadentismo”, en LA CONSTRUCCIÓN DEL MODERNISMO (UNAM, 2011), pp. 133-135, *loc. cit.*, p. 135.

⁴⁰ Cf. Rip-Rip, “Fuegos fatuos. Nuestra literatura”, en LA CONSTRUCCIÓN DEL MODERNISMO (UNAM, 2011), pp. 163-165.

⁴¹ B. Clark de Lara y A. L. Zavala Díaz, *op. cit.*, pp. XXX-XXXIV; *loc. cit.*, p. XXXIII.

decir, una fuente innovadora que se oponía a lo “tradicional”; y la otra, revestida de una fuerte carga negativa, que aludía a una literatura artificial y exótica, resultado de una hipersensibilidad patológica a la que se asociaban conductas tales como el narcisismo, el esteticismo, la neurosis, el hedonismo, el sadismo, la necrofilia, la perversidad.⁴²

Para 1896 el movimiento decadentista comenzó a consolidarse, lo cual fue patente con el incremento de la presencia de varios escritores de este grupo en las publicaciones periódicas; Alberto Leduc y Bernardo Couto Castillo colaboraban en *El Universal*, mientras que Ciro B. Ceballos, Amado Nervo, José Juan Tablada y Rubén M. Campos lo hacían para las páginas de *El Nacional*, *El Mundo* y *El Mundo Ilustrado*. Otro factor que influyó en la consolidación del grupo fue la publicación, entre 1896 y 1898, de tres importantes libros y, por supuesto, la aparición de la *Revista Moderna*, lo que redundó en una mayor difusión. En 1896 apareció *Claro-oscuro*, de Ciro B. Ceballos; *Oro y negro*, de Francisco M. de Olaguíbel, en el año 1897, al igual que *Asfódelos*, de Bernardo Couto Castillo.

Las exploraciones oníricas y/o macabras de los decadentes rompían evidentemente con la armonía racional y el orden natural de los organismos; su visión caótica e intuitiva del mundo era cada vez más peligrosa, pues había abandonado el terreno de lo íntimo, volcándose hacia el exterior, con lo cual ponía en riesgo el desarrollo integral del grupo humano al que pertenecían.⁴³

Francisco Zárate Ruiz fue contemporáneo de la segunda generación modernista. Aunque cronológicamente se puede decir que comenzó un poco tarde, ya que en los años 1896, 1897 y 1898, mientras aparecían las principales obras decadentistas, nuestro autor apenas inició sus participaciones en la prensa periódica; incluso publicó un relato en la *Revista Moderna*, sin lograr convertirse en un colaborador frecuente por motivos que sólo podemos inferir hasta ahora, como ha quedado dicho en el primer capítulo. Sus volúmenes: *Cuentos de manicomio* y *Cuentos funambulescos*, aparecieron en 1903, para entonces Ciro B. Ceballos, quien ya contaba en su haber el citado *Claro-oscuro* (1896) y *Croquis y sepias* (1898), publicó *Un adulterio*, su último libro de cuentos, y se cumplían dos años del

⁴² A. L. Zavala Díaz, *op. cit.*, p. 17.

⁴³ *Ibid.*, p. 57.

fallecimiento de Bernardo Couto Castillo (3 de mayo de 1901), los otros dos notables cuentistas decadentistas que podrían ser un referente estético de la obra de Zárate Ruiz. Sin embargo, más allá de la improbable pertenencia al grupo, su obra presenta tópicos y temas comunes en la corriente estética decadentista, y afines a los escritores que han sido caracterizados como tales; además, algunos cuentos de Zárate establecen diálogos con otras obras decadentistas que tienen poética similar.

BREVE REFLEXIÓN SOBRE EL CUENTO

Alfredo Pavón cita la definición que aparece en el prólogo de la primera antología de cuento mexicano, titulada *20 cuentos de literatos jaliscienses*, que fue publicada en 1895: “el relato breve de un sucedido, el estudio a grandes rasgos de un carácter, el apunte instantáneo de una escena, la historia diminuta”.⁴⁴ Sin embargo, reprocha el argumento recurrente de la brevedad que, por ser el rasgo característico más visible, ha sido también el más frecuentado. Al respecto, en este mismo sentido, Carlos Pacheco ha dicho que “la extensión de un relato es, por sí misma, insignificante. No es ella *per se* lo que hace que una narración sea o deje de ser un cuento”.⁴⁵

En la caracterización que Pavón hace del género comienza por diferenciar cuento, novela y novela corta, ya que los tres encuadran en la categoría de relato, entendiendo por éste “un discurso que integra una sucesión de acontecimientos de interés humano en la unidad de una misma acción”.⁴⁶ Ahora bien, eso es lo que mantiene unidas estas tres manifestaciones literarias, pero para hallar sus diferencias hay que ir más allá y buscarlas “en sus propios elementos estructurales, sus leyes organizadoras y sus reglas combinatorias”.⁴⁷

⁴⁴ Alfredo Pavón, AL FINAL, RECUENTO (MÉXICO, 2004), pp. 37-38.

⁴⁵ C. Pacheco, *op. cit.*, p. 18.

⁴⁶ A. Pavón, *op. cit.*, p. 68.

⁴⁷ *Idem.*

Así mismo, señala que en la obra literaria-narrativa existen tres grandes niveles: 1) la historia, inmersa en el mundo narrado, 2) el relato y 3) la narración; estos dos últimos, inmersos en el mundo narrante, y que es en el nivel de la historia en donde se llevan a cabo las transformaciones situacionales que pueden producirse en dos direcciones: de un estado de mejoramiento a otro de degradación y viceversa. En el cuento hay una sola transformación situacional, es por eso que los procesos intrigaes y las agrupaciones de personajes son mínimos. El conflicto presente en la historia se resuelve narrativamente cuando –mediante acciones sujetas a las reglas combinatorias de la secuencia, que cumplen papeles precisos, de apertura, desarrollo y término– se logra esa transformación situacional de la que habla Pavón o cuando se interrumpe el proyecto transformacional. “Cualquiera de estos itinerarios narrativos gesta la microestructura que usualmente denominamos *intriga*”,⁴⁸ que supone el conflicto de intereses y la lucha entre los personajes, trayendo a escena dos entidades contrarias e irreconciliables. La base de la intriga, a decir de Luis Leal, “es la situación (en el cuento es única) que se caracteriza por el conflicto entre el personaje o personajes y el medio físico o social, entre el protagonista y otros personajes, o en el alma del personaje”.⁴⁹

La intriga se configura como el elemento estructural que define al cuento y proporciona la base para las expansiones de los personajes, las situaciones narrativas, las acciones, el tiempo y el espacio; en las funciones de la intriga también se halla uno de los principios diferenciales entre el cuento, la novela corta y la novela, puesto que, como ya se dijo:

El cuento recurre sólo a una transformación situacional, cuyo planteamiento, evolución y desenlace requiere de escasos conflictos de intereses y mínimos personajes. La novela corta y la novela involucran distintos juegos situacionales, acompañados, a su vez, de numerosas intrigas y variadas imbricaciones de personajes, cada uno guiado por sus propios deseos e intereses.⁵⁰

⁴⁸ *Ibid.*, p. 74.

⁴⁹ Luis Leal, HISTORIA DEL CUENTO HISPANOAMERICANO (MÉXICO, 1971), pp. 10-11.

⁵⁰ A. Pavón, *op. cit.*, p. 72.

Sin embargo, no sólo se trata de la cantidad de intrigas en la transformación situacional, sino también de la manera en que se abordan; mientras que en el cuento hay un mínimo reagrupamiento de personajes y precarios informes sobre las motivaciones —lo que deriva en los efectos de *brevidad y concentración*— la novela corta y la novela se arropan con diversos juegos intriguales y profusas descripciones de las motivaciones y caracteres de los personajes, lo que deriva en los efectos de *amplitud y expansión*.

Por su parte, Luis Leal, apoyándose en Jorge Luis Borges, distingue el cuento de la novela en que lo importante en el primero es la anécdota, mientras que en la novela es el personaje lo que predomina: “el cuento para Borges tiene su germen en la situación, la novela en el personaje”. Además señala como límites del cuento la existencia de un mínimo soporte narrativo, ficticio, original, y la unidad de impresión, el interés primordial en el desarrollo de la fábula y no en la caracterización del personaje. Si se franquean dichos límites el cuento deja de serlo “para convertirse cuadro, estampa, relato o simple prosa poética; o en novela corta, leyenda, simple anécdota, epigrama, alegoría”.⁵¹

Edgar Allan Poe es uno de los escritores más reconocidos del siglo XIX por haber practicado de forma magistral la poesía y el cuento, pero también por la influencia que tuvo en muchas generaciones de escritores y por su contribución al estudio de la literatura, en particular de la poesía y el cuento, con diversos textos teóricos y críticas literarias; una de las más importantes es la que hizo a la obra de Nathaniel Hawthorne, que ha sido interpretada como su credo cuentístico, de la cual resalto esta idea:

Si se me pidiera que designara la clase de composición que, después del poema tal como lo he sugerido, llene mejor las demandas del genio, y le ofrezca el campo de acción más ventajoso, me pronunciaría sin vacilar por el cuento en prosa tal como lo practica aquí Mr. Hawthorne.⁵²

Al hablar de la poesía, Poe sostiene que si “cumple de verdad las exigencias del sentimiento poético, producirá una exaltación en el alma que no puede sostenerse durante

⁵¹ L. Leal, *op. cit.*, p. 9.

⁵² Edgar Allan Poe, “HAWTHORNE Y LA TEORÍA DEL EFECTO EN EL CUENTO” (CARACAS, 1997), p. 303.

mucho tiempo”,⁵³ y esto es a lo que llama *impresión* o *efecto*. Esta exigencia se extiende también al cuento, siendo la *unidad de efecto* uno de los requisitos más relevantes, si no es que el de mayor trascendencia. Este “importantísimo elemento artístico” se refiere a que todos los componentes de la obra literaria tienden a la exaltación del alma, es decir, cada uno de ellos deberá contribuir para causar el efecto que se busca, dicho por Poe: “Si su primera frase no tiende ya a la producción de dicho efecto, quiere decir que ha fracasado en el primer paso. No debería haber una sola palabra en toda la composición cuya tendencia, directa o indirecta, no se aplicara al designio preestablecido”.⁵⁴

De acuerdo con los escritos de Edgar Allan Poe, el *efecto* es tan importante que se configura como el germen de la creación literaria. Antes de sentarse a escribir, el autor debe pensar cuál “de los innumerables efectos o impresiones a los cuales son susceptibles el corazón, el intelecto o (más generalmente) el alma” busca producir. A partir de esto, ya en el acto creativo, viene la *unidad*; todos los elementos que se utilicen “como el tema, el tipo de estrofa, el ritmo, la rima, el léxico en el caso de un poema; y la estructura de la narración, la atmósfera, el personaje, en el caso del cuento, deben disponerse en función del efecto que el escritor pretenda suscitar en el lector”.⁵⁵ “Después de concebir cuidadosamente cierto *efecto* único y singular –el autor– inventará los incidentes, combinándolos de la manera que mejor lo ayude a lograr el efecto preconcebido”.⁵⁶

La moral, para Poe, tenía una importancia secundaria; sin estar a favor de la desaparición de la función didáctica, sí proponía su subordinación a la búsqueda de la belleza, entendida ésta no en el sentido temático, sino como la armonía de las partes que conforman la obra.⁵⁷

Otro aspecto muy relevante es la extensión de la obra literaria, ya que, según Edgar Allan Poe, como ya mencioné, la exaltación en el alma no puede sostenerse durante mucho

⁵³ Edgar Allan Poe, “LA UNIDAD DE IMPRESIÓN” (UNAM, 2008), p. 16.

⁵⁴ E. A. Poe, “HAWTHORNE Y LA TEORÍA DEL EFECTO EN EL CUENTO” (CARACAS, 1997), p. 17.

⁵⁵ S. A. Hernández Roura, *op. cit.*, p. 231.

⁵⁶ E. A. Poe, *op. cit.*, p. 17.

⁵⁷ *Vid.* S. A. Hernández Roura, *op. cit.*, pp. 232-233.

tiempo, por lo tanto el efecto que se deriva de la unidad de impresión se pierde con la extensión; en sus palabras:

Si una obra literaria es demasiado larga para leerla de un tirón, debemos contentarnos con prescindir del efecto, inmensamente importante, derivable de la unidad de impresión, pues, si se requieren dos tirones, interfieren los asuntos del mundo y cualquier cosa que se parezca a la totalidad queda destruida de inmediato.⁵⁸

Por lo tanto la extensión del cuento será, a decir de Luis Leal, resultado del principio de unidad de impresión o efecto, ya que éste “obliga al cuentista a limitar la fábula – característica esencial en toda obra de ficción– a un solo suceso aislado en la vida de un personaje o en relación a otro”.⁵⁹

Al analizar las propuestas de Poe, Ana Laura Zavala menciona la existencia de una “unidad de recepción, cifrada en una lectura continua y sin ninguna distracción”,⁶⁰ que, aunque depende del lector y, por lo tanto, no puede controlarse desde la escritura, complementa a la unidad de efecto; también infiere, derivado de las reflexiones del cuentista estadounidense, otros factores: la anécdota y la presentación de los personajes. Afirma que “en la búsqueda del resultado previsto por el cuentista, se privilegia el desarrollo de una sola línea argumental, donde actuarán pocos personajes, caracterizados de acuerdo con los requerimientos de las acciones [...]; por encima de la disposición de los caracteres, se encuentra el desenvolvimiento de los hechos”.⁶¹

A continuación presento dos definiciones del cuento que, desde mi punto de vista, asimilan completamente los postulados de Poe, por lo que resultan las más adecuadas para este estudio. La primera pertenece a Luis Leal:

Podría decirse, en breves palabras, que el cuento literario es una narración breve, fingida, que trata de un solo asunto, crea un ambiente en el cual se mueve el

⁵⁸ Edgar Allan Poe, *ESCRITOS SOBRE POESÍA Y POÉTICA* (MADRID, 2009), p. 128.

⁵⁹ L. Leal, *op. cit.*, p. 7.

⁶⁰ Ana Laura Zavala Díaz, *op. cit.*, p. 88.

⁶¹ *Ibid.*, pp. 88-89.

personaje, produce, por medio de la elaboración estética del argumento, una sola impresión e imparte una emoción.⁶²

La segunda definición pertenece a Ana Laura Zavala:

Utilizo el término *cuento* para designar a aquel texto narrativo de ficción, que organice y seleccione sus componentes a partir de un hilo anecdótico único, y que tienda a la conformación paulatina de un efecto final, concebido como un umbral donde el personaje se enfrenta a un “algo”, una acción o una imagen, que genera un cambio en él.⁶³

Por lo que, tomando en cuenta el momento histórico-estético que aquí analizaré, defino el cuento moderno como un relato ficticio que incluye una sola transformación situacional o intriga, privilegia la anécdota sobre los personajes y se desarrolla en una sola línea argumental; todos los elementos deben contribuir para causar el efecto buscado por el escritor, lo que se conoce como unidad de efecto o impresión y que puede complementarse con la unidad de recepción, que depende del lector. La brevedad y concentración serán derivadas de un mínimo reagrupamiento de personajes y precarios informes sobre las motivaciones de los mismos.

⁶² L. Leal, *op. cit.*, p. 8.

⁶³ A. L. Zavala Díaz, *op. cit.*, p. 89.

CAPÍTULO 3

ENTRE EL DECADENTISMO Y LA LITERATURA FANTÁSTICA

Durante las últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX, en México se utilizaron como modelos civilizatorios la cultura y la vida francesas, con el afán de mostrar que se había ingresado a la modernidad, cuyo rostro, negativo e inseparable, es la decadencia, como ha apuntado Ana Laura Zavala Díaz. Hacia 1880, en el país galo llegó a su apogeo la convicción de vivir en un mundo en decadencia, debido a los drásticos cambios traídos por la modernidad, como la industrialización y los grandes descubrimientos científicos y técnicos; se percibía “una sociedad que, después de varias etapas de crecimiento, había alcanzado la cúspide de su desarrollo, al que sucedería un estado de degeneración”.¹ Surgió entonces el decadentismo, “los discursos críticos de algunos intelectuales franceses, quienes cuestionaron enérgicamente el tan celebrado mito del progreso que de forma paulatina había demostrado su rostro más oscuro, al provocar y agudizar aún más las diferencias sociales”.² En un principio el término fue utilizado de manera despectiva por la crítica, sin embargo posteriormente fue adoptado por aquellos a quienes iba dirigido. Para Claudio Iglesias la decadencia fue “mucho más que declive y ocaso. Fue también un estado anímico y literario especial, una ecuación alquímica que dio forma a lo nuevo con la descomposición de lo viejo, un nihilismo irrepetible y depurado, hecho de desesperanza y sorna”.³

¹ Ana Laura Zavala Díaz, *LO BELLO ES SIEMPRE EXTRAÑO* (UNAM, 2003), p. 14.

² *Idem.*

³ Claudio Iglesias, *ANTOLOGÍA DEL DECADENTISMO* (BUENOS AIRES, 2007), p. 20. // Durante la polémica de 1893, José Juan Tablada distinguió entre un decadentismo literario y otro moral, el refinamiento del espíritu, en el literario, y el cansancio por la vida, en el moral. Por su parte, Jesús Urueta en respuesta a Tablada, se pronunció en contra de la utilización del término “decadentismo”, ya que indicaba un descenso en la escala moral o literaria, mientras que la sensibilidad decadentista implicaba una elevación de nivel. (*cf.*

La influencia de este movimiento, como es natural, llegó también a México, en donde se conformó un grupo “que representó el „hastío“, las „convulsiones angustiadas“, la duda existencial y religiosa de fin de siglo”.⁴ Dicho por Carlomagno Sol, “Ante un industrialismo bastante precario y un catolicismo recalcitrante, los artistas mexicanos, en una actitud de rechazo, conformaron un decadentismo muy significativo, el cual no sólo representó un movimiento estético, sino también una actitud ante la vida”.⁵ Así, el decadentismo mexicano fue una respuesta airada a los valores y las costumbres de la naciente burguesía; expresaba la marginalidad del artista moderno, expulsado de esa sociedad, de manera que desarrolló una conciencia de sí que se manifestaba en el desprecio y el desafío a la misma.

La complejidad de esa modernidad trajo consigo, en el ámbito social, un aumento en cierto tipo de “lacras de la sociedad” con las cuales debía lidiar: el crimen, la prostitución y la parafilia, pero también, en el cultural, un fenómeno de especialización y profesionalización; los escritores vivieron esta última de manera frustrada, ya que

[...] al mismo tiempo que el proyecto de modernización ejercía sobre toda la sociedad su fascinante atracción, con sus promesas de orden y progreso material, avances científicos y tecnológicos, que se hacían presentes en la vida real, traía consigo también su contrapartida deshumanizadora. En el caso del escritor, ésta se dejó sentir al cercenársele drásticamente el horizonte de su participación productiva en el orden social [...], poco a poco en la “ciudad modernizada”, se iban reduciendo sus funciones y con la creciente especialización acabó por ser confinado a una situación subprofesional, totalmente prescindible por parte del aparato del Estado, de la industria y del comercio.⁶

La literatura era considerada una vocación, más que una profesión, y dado que no contaban con el respaldo de un mercado de lectores que les permitiera ejercerla de manera independiente, “los escritores buscaban su ubicación en un mundo que les exigía se

Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala Díaz, LA CONSTRUCCIÓN DEL MODERNISMO, UNAM, 2011, pp. XX-XXX).

⁴ B. Clark de Lara y A. L. Zavala Díaz, *op. cit.*, p. XXI.

⁵ Carlomagno Sol Tlachi, “LAS RAÍCES DEL DECADENTISMO MEXICANO” (SAN LUIS POTOSÍ, 2014), p. 14.

⁶ Belem Clark de Lara, TRADICIÓN Y MODERNIDAD (UNAM, 1998), p. 44.

incorporaran a la era de „progreso“, donde la ley del más fuerte los acechaba y donde tendrían que encontrar los elementos eficaces que les permitieran, en dura competencia, mantener un primer lugar”.⁷ Este fue el caso de Francisco Zárate Ruiz, quien, al saber que no podría vivir de su pluma, buscó los medios que le permitieran sobrevivir en distintos cargos como prefecto de la Escuela Nacional Preparatoria y administrador del Circo Orrin, además de trabajar para los gobiernos del Estado de México y Michoacán, como ya se advirtió.

A decir de Claudio Iglesias, a eso se debió la fascinación de los escritores decadentes por las “lacras de la sociedad”, así lo explica:

A diferencia de otros campos de especialización, el campo literario sufrió una profesionalización frustrada cuyo emergente fue una clase marginal, la bohemia, marcada por el desdén, la indolencia y tantos otros preceptos de la moral baudelaireana del genio. La identificación del artista con el aristócrata (dos vértices de un triángulo identitario cuyo tercer elemento es la prostituta, el criminal o el loco) parte del hecho elocuente de que ambos grupos humanos son fundamentalmente inútiles y, con mayor énfasis, del enfrentamiento contra el burgués que encarnan, desde distintas premisas.⁸

Si bien en la obra de Zárate Ruiz no aparece la prostituta para completar el triángulo identitario que menciona Iglesias; sí participa del imaginario decadente: el culto a lo artificial y la proliferación de emociones raras y refinadas, el uso de la sinestesia, y la configuración e interacción de la triada *femme fragile*, *femme fatale* y el héroe melancólico, en especial este último.⁹ El homicidio es un tópico recurrente en su obra y va desde aquel que asesina accidentalmente, en “La muerte artificial”, hasta el criminal de oficio que lo hace por repulsión, en “La bruja”; entre estos dos extremos está el personaje que mata por celos, en “Adulterio”; por venganza, en “¡Miedo!”; por conveniencia, en “Amor de gato”, o por odio, en “El río hondo”. En cuanto a las patologías mentales, los relatos aquí reunidos ofrecen un abanico de posibilidades: celos, miedo en extremo, insomnio, amnesia,

⁷ B. Clark de Lara, *op. cit.*, pp. 47-48.

⁸ C. Iglesias, nota núm. 9 a *op. cit.*, p. 18.

⁹ *Vid.* A. L. Zavala Díaz, “Introducción”, en DE ASFÓDELOS (UNAM, 2012), pp. 11-28.

alucinaciones y hasta un protagonista que combina la locura con el crimen en el cuento “¿Homicida?”.

El cuento titulado “La cabeza del muñeco” es quizá uno de los que mejor expresan la filiación decadentista del autor; el narrador consigue generar, desde las primeras líneas, una atmósfera asfixiante que transmite al lector:

¡Al fin! Las últimas palabras aletearon en la habitación, toda quedó repleta de silencio, y dejaron al muñeco rodeado de la atmósfera viciada con el humo de los cigarros que consumieran aquellos hombres durante todo el tiempo en que habían permanecido allí encerrados, sosteniendo una charla para ellos amena y para él detestable [...]; se desesperó porque no podía abrir la ventana y estaba condenado a pasar así, envuelto en la gasa azul del humo, la noche entera.¹⁰

En esa atmósfera el muñeco-pisapapel recuerda y reflexiona acerca de su existencia, desde el almacén en el que lo compraron hasta ese día; el constante sufrimiento, la angustia y el tedio lo hacen desear la muerte. El muñeco siente desencanto por la vida debido a la imposibilidad de comunicarse y moverse pese a tener la capacidad de razonamiento e inteligencia; ve esto como una injusticia, una tortura: “¡Qué injusto había sido su creador! ¿Por qué le había hecho un cuerpo de muñeco y le había puesto cabeza de hombre, cabeza que pensaba? Si al menos le hubiese sido dado hablar, habría pedido que se la arrancasen”. El hastío por la vida, expresado en repetidas ocasiones, cuya única solución es terminar con ella, puede interpretarse como una traspolación del sentir del artista finisecular, como ha señalado Carlomagno Sol: “Hay un desencanto por la vida en el que se ha generado la incredulidad de la fe y la insensatez del mundo”.¹¹ Lo mismo ocurre con el joven estudiante de preparatoria del cuento “Gusanos”, a quien abrumba su pobreza y, como el artista de fin de siglo, está sujeto a la lucha por la sobrevivencia; para ello debe hacer traducciones “que tan mal pagaban, para poder comer”, mientras desprecia el trabajo en una notaría y el de

¹⁰ *Vid.* el relato número 13: “LA CABEZA DEL MUÑECO”, en el presente volumen.

¹¹ C. Sol Tlachi, *op. cit.*, p. 13.

hacer gacetillas, labores a las que tuvieron que dedicarse algunos amigos suyos para satisfacer sus necesidades.¹²

En un pasaje de “La cabeza del muñeco”, el muñeco-pisapapel es colocado frente a un espejo, en el que consigue observar su aspecto por primera vez; esto lo entristece, ya que considera que tiene “aspecto de estúpido”. La descripción que hace el narrador es la siguiente:

El traje multicolor, de pésimo gusto, con las manos –aparentaba tener manos– „perdidas” en los bolsillos del pantalón, replegaba hacia atrás el largo abrigo que le cubría. Y tenía abdomen redondo y abultado como de hombre satisfecho, como de burgués rechoncho; él que si alguna ventaja tenía, era la de no comer, porque no lo necesitaba. ¿Su cara?, una cara amplia y carnosa, cara de hércules cándido, bueno, bonachón, pero tonto. Si hubiera podido hablar y hubiese dicho que pensaba, nadie le hubiera creído, sólo por el aspecto de idiota que tenía.¹³

Debe resaltarse que el aspecto del muñeco es comparado con el de un “burgués” y las frases que se utilizan para caracterizarlo son: “aspecto estúpido”, “de pésimo gusto”, “tonto” y “con aspecto de idiota”, lo cual es bastante para mostrar el rechazo a la naciente burguesía mexicana que se caracterizaba por estar satisfecha con el progreso del país, mientras excluía al artista nacional por considerar que su labor no tenía utilidad alguna. Así, este personaje se lamenta del aspecto que le ha dado su creador, pues considera que no lo representa; es una muestra de lo que ha señalado Rafael Gutiérrez Girardot como común en los artistas de finales del siglo XIX y principios del XX: “su actitud frente a la sociedad: reaccionan contra ella, contra sus presiones, contra su moral, contra sus valores antipoéticos, y lo hacen de manera obstinada, es decir, subrayando enérgicamente el valor de lo que esta sociedad ha rebajado de diversas maneras: el arte, el artista”,¹⁴ quien

¹² *Vid.* el relato número 18: “GUSANOS”, en el presente volumen.

¹³ *Vid.* el relato número 13: “LA CABEZA DEL MUÑECO”, en el presente volumen.

¹⁴ Rafael Gutiérrez Girardot, MODERNISMO. SUPUESTOS HISTÓRICOS Y CULTURALES (BOGOTÁ, 2004), p. 42.

“rechazó la sociedad burguesa que lo marginaba y al mismo tiempo reflexionó sobre su situación en esa sociedad”.¹⁵

El sufrimiento del muñeco que piensa y siente pero no puede controlar su cuerpo, se resuelve con el suicidio, así lo expresa Dolores Phillipps-López: “Fruto de la razón pesimista, la extraordinaria lucidez del muñeco-pisapapel en el cuento de Francisco Zárata Ruiz, „La cabeza del muñeco“, se resuelve, tras el *crescendo* de la desesperación, en la autodestrucción final que literaliza hasta el paroxismo el „desmembramiento de la mente humana“ y la escisión”.¹⁶

Un tópico frecuente en la estética decadentista es la muerte, que caracterizó el fin de siglo, pues representaba el final de un periodo, a la vez que anunciaba la desaparición de la burguesía ilustrada, y evocaba el desencanto ante la vida. Lo anterior puede apreciarse en los cuentos aquí reunidos, pues, aunque frecuentemente la muerte está relacionada con el crimen, aparece en repetidas ocasiones, como ya se dijo. Dos ejemplos significativos son “Dos veces muerto”, cuento en el que el morbo lleva a Juan a fingir su muerte con la única finalidad de observar lo que ocurre: “He presenciado todo lo ocurrido anoche y, deseoso de ver las últimas pantomimas de esta gente, con un esfuerzo supremo de voluntad, he logrado venir hasta aquí”, le comenta Juan al personaje-narrador.¹⁷ El otro ejemplo es “La defunción de la Muerte”, en el que, paradójicamente, a la Muerte se le anuncia que está próxima a fallecer, pues ha sido indultada de su condena; el singular personaje está cansado de vivir y lo toma con alegría, ya que la noticia vino “a romper la monotonía de su milenaria existencia”.¹⁸ Resulta relevante que este cuento esté dedicado a Bernardo Couto Castillo, ya que, además de ser el único de Zárata en *Revista Moderna*, dos años antes, el 11 de octubre de 1896, Couto publicó en *El Mundo Ilustrado* un cuento titulado “La alegría de la Muerte”, en el que también utiliza a la Muerte como personaje. La diferencia es que

¹⁵ *Ibid.*, p. 54.

¹⁶ Dolores Phillipps-López, CUENTOS FANTÁSTICOS MODERNISTAS (MADRID, 2003), p. 36.

¹⁷ *Vid.* el relato número 9: “DOS VECES MUERTO”, en el presente volumen.

¹⁸ *Vid.* el relato número 4: “LA DEFUNCIÓN DE LA MUERTE”, en el presente volumen.

Couto propone una Muerte satisfecha de cumplir con su labor, mientras que Zárate la muestra resignada a realizar su misión y para cuando recibe la noticia del fin de su existencia “estaba ahíta de destrucción y ansiaba el descanso”.

Una obsesión en la obra de Zárate es el funcionamiento de la cabeza, como pudimos apreciar en “La cabeza del muñeco”, en donde tiene vida intelectual de manera independiente a lo inanimado del cuerpo y no posee control sobre él hasta el final; otro relato en el que hay un tratamiento similar es en “La cabeza parlante”, pues aunque también funciona independiente del cuerpo, debió dejar de ser así a causa del desmembramiento. En “Amnesia”, el personaje refiere tener una “cabeza acéfala” ante la pérdida de memoria; en el caso de “Walpurgis”, al desollar el cuerpo del personaje, los muertos dejan intacta su cabeza. A lo largo de la obra aquí reunida, la cabeza se encuentra apostrofada como “miserable”, “abultada”, “calenturienta”, “maldita”, “de estúpido”; en general se le asocia con una anormalidad o enfermedad, lo cual está directamente relacionado con el abanico de desórdenes mentales que se muestra en los cuentos de Zárate. Hay que recordar que para la época en que escribió el autor, “se había afianzado ya en el ambiente, sobre todo urbano, la hegemonía del saber médico-cientificista y, con ello, el insoslayable enfrentamiento entre lo sano y lo enfermo, entre los cuerpos aptos y las entidades degeneradas”.¹⁹ Por lo que el autor demuestra su conocimiento e interés en las recién discutidas teorías médicas y crimonológicas.

El cuento titulado “El creador de hombres” presenta un joven pintor, quien, ante la crítica negativa de un maestro, se obsesiona con dotar de vida a sus pinturas hasta el extremo de perder la razón. Cabe señalar que se trata de un artista que, cuenta el narrador, ya había pasado por la locura: “¿Volverse loco? ¡Ah!, sería volver a volverse loco, porque a despecho de las precauciones tomadas por su familia para que no lo supiese, un buen amigo se lo había hecho saber”.²⁰ Ana Laura Zavala explica que galenos como Moreau de Tours

¹⁹ A. L. Zavala Díaz, EN CUERPO Y ALMA (UNAM, 2012), p. 91.

²⁰ *Vid.* el relato número 14: “CUENTOS DEL MANICOMIO. EL CREADOR DE HOMBRES”, en el presente volumen.

concibieron al artista-genio como un sujeto que sufría de una sobreexcitación de determinados centros nerviosos, por predisposición neurótica hereditaria; ello se traducía en una imaginación desbordante y espontánea, producto de un aumento en la actividad funcional del cerebro.²¹ Los ecos de estas ideas se oyeron en México, un autor como Carlos Díaz Dufoo

concibió al artista finisecular como un ser enfermo de civilización, a quien afligía la imposibilidad de alcanzar el supremo ideal de la belleza; este padecimiento incurable lo transformaba en un sujeto „sublime“, pero también en un ente reflexivo de su propio trabajo creador, atrapado entre las garras de la autocrítica y las musas histéricas „modernas“; así como inmerso, por decisión propia, en la angustiada labor de dar vida a universos deformes, en ruinas, que únicamente producían sensaciones dolorosas o extrañas en sus receptores.²²

Los decadentistas se asumieron como portavoces de su Dios: el arte, al que utilizaban para justificar su manera de proceder y actuar. Si el arte era Dios, el artista se revestía de los atuendos sacerdotales para rendir culto a la nueva religión a la que, si era necesario, había que entregar la propia vida, en oposición con la visión de mundo burgués de finales del siglo XIX, “regida por el pragmatismo materialista que hizo del trabajo su dios”.²³ En el caso del relato comentado anteriormente, el narrador utiliza repetidamente símbolos religiosos, como el “soplo de vida”, para representar al artista que pretende dar vida a su obra como si fuera un Dios.

Hasta aquí he señalado algunos de los rasgos decadentistas en la obra de Francisco Zárate Ruiz, así como los tópicos más importantes. Tal vez otro camino, en el que no participaron otros autores de esta tendencia, es uno de los aspectos más notables de su obra

²¹ Ana Laura Zavala Díaz analiza con detalle, en EN CUERPO Y ALMA, las distintas teorías médicas, que con respecto a la criminología y las enfermedades mentales, estuvieron a discusión en las últimas décadas del siglo XIX; incluyendo la recepción que tuvo el libro *Entartung (Degenerescencia)*, de Max Nordau, de donde “los ávidos lectores mexicanos finiseculares dedujeron, convenientemente, que „« los degenerados no [eran] siempre criminales, prostituidos, anarquistas o locos declarados » –como había formulado con tan buen éxito Lombroso– ; [eran] muchas veces escritores, [con] los mismos rasgos intelectuales –y las más de las veces también somáticos–“ que tales personalidades morbosas” (cf. Ana Laura Zavala Díaz, “3. Del caso clínico al caso literario o de la patologización del sujeto creador”, en EN CUERPO Y ALMA, UNAM, 2012, pp. 69-92; *loc. cit.*, p. 82).

²² A. L. Zavala Díaz, LO BELLO ES SIEMPRE EXTRAÑO (UNAM, 2003), p. 55.

²³ B. Clark de Lara, *op. cit.*, p. 12.

cuentística en general: su exploración de la veta fantástica que fue la que hizo que algunos de sus cuentos se antologaran años después y no fuera olvidado del todo. En esa vertiente me enfocaré a continuación.

ELEMENTOS FANTÁSTICOS EN LA OBRA DE FRANCISCO ZÁRATE RUIZ

Respecto al género fantástico, Dolores Phillipps-López ha dicho que se trata de una “literatura subversiva que incursiona en el desorden, la anormalidad y la ilegalidad”,²⁴ en la que “se desestabilizan las certidumbres del lector, ante el „escándalo racional“, que consiste no tanto en la sustitución del orden racional por otro que no lo fuera, sino en la „superposición“ de los dos sistemas de aprehensión y comprensión”.²⁵ Por su parte, David Roas ha definido la literatura fantástica como “aquella que ofrece una temática tendente a poner en duda nuestra percepción de lo real”;²⁶ mientras que Irène Bessière ha caracterizado el relato fantástico como “ambivalente, contradictorio, ambiguo [...], esencialmente paradójico”.²⁷ Desde su punto de vista el relato fantástico invierte la perspectiva de la novela, en la que “el acontecimiento es considerado en relación a la condición del individuo”, dejando espacio para lo insoluble y lo insólito; así, “presenta a un personaje a menudo pasivo, porque examina la manera en que las cosas suceden en el universo y extrae las consecuencias para una definición del estatuto del sujeto”.²⁸ Pero es quizá Rafael Olea Franco quien mejor caracteriza un relato fantástico; según su definición el relato debe poseer una codificación de carácter realista, en la que los personajes conviven en un mundo familiar y cognoscible para ellos; posteriormente incluye en su trama un hecho insólito que rompe con la cosmovisión de los personajes. Además, el suspenso es una de las partes integrantes del relato, ya que está escrito mediante una serie de recursos indiciales que preparan el clímax del relato. Finalmente, se funda en una intencionalidad

²⁴ D. Phillipps-López, *op. cit.*, p. 47.

²⁵ *Ibid.*, p. 15

²⁶ David Roas, “LA AMENAZA DE LO FANTÁSTICO” (MADRID, 2001), p. 24.

²⁷ Irène Bessière, “EL RELATO FANTÁSTICO” (MADRID, 2001), p. 98.

²⁸ *Ibid.*, p. 89.

desestabilizadora y cuestiona en diversos niveles la cosmovisión o ideología vigente en el universo físico de los lectores reales.²⁹

Casi todos los relatos aquí reunidos se ciñen a los lineamientos del realismo literario; el mundo creado por el texto es en principio familiar y cognoscible para los personajes: un hombre que está a punto de enfrentarse en duelo, en “¿Quién soy yo?”, no resulta extraño ni para los personajes ni para el lector de la época, ya que era una práctica permitida en el siglo XIX. Alguien que, tras escuchar historias de aparecidos, muertos y evocaciones de espíritus, se asusta, como ocurre en “Walpurgis”, resulta una reacción normal. Que el naturalista de “Una venganza”, solitario y cansado, recoja un ejemplar para su colección, no tiene nada fuera de lo común; la esposa que, como ocurre en “La cabeza parlante”, asiste a la ejecución de su marido, si se asume como un relato ubicado un siglo atrás, no tendría nada de extraordinario, pues la decapitación existió históricamente. Se trata de un mundo construido de manera realista, lo cual es relevante, pues aunque Tzvetan Todorov ha afirmado que el del relato es un mundo como “el nuestro, el que conocemos, sin diablos, sílfides, ni vampiros”, donde “se produce un acontecimiento imposible de explicar por las leyes de ese mismo mundo familiar”;³⁰ Rafael Olea Franco, advierte que “ni el más „realista“ de los textos puede ser juzgado como equivalente de la realidad”. Por ello, Todorov debe referirse –afirma Olea Franco– al mundo ficticio construido por el texto, que es juzgado por los personajes como común y puede aceptarse como “paralelo” a la realidad extratextual de los lectores.³¹ Así, propone una condición general de la estructura de un texto fantástico, que consiste en ceñirse a los lineamientos del realismo literario, pues el mundo creado por el texto debe ser en principio familiar y cognoscible para los personajes:

Esta codificación realista, ubicada generalmente al comienzo del texto, es esencial para la construcción de lo fantástico, porque sirve como contraste imprescindible para poder juzgar como “extraordinario”, “insólito”, “extraño”, “imposible”,

²⁹ Cf. Rafael Olea Franco, EN EL REINO FANTÁSTICO DE LOS APARECIDOS (MÉXICO, 2004), pp. 71-72.

³⁰ Tzvetan Todorov, INTRODUCCIÓN A LA LITERATURA FANTÁSTICA (MÉXICO, 1994), p. 24.

³¹ R. Olea Franco, *op. cit.*, p. 31.

etcétera, el fenómeno especial que aparecerá después en el texto y que constituye siempre el meollo de la postulación fantástica.³²

En este aspecto coincide David Roas, quien afirma que

Para que la ruptura antes descrita se produzca es necesario que el texto presente un mundo lo más real posible que sirva de término de comparación con el fenómeno sobrenatural, es decir, que haga evidente el choque que supone la irrupción de dicho fenómeno en una realidad cotidiana. El realismo se convierte así en una necesidad estructural de todo texto fantástico.³³

Y también Ana María Morales, quien opina que un “texto fantástico es aquél que, habiendo construido el mundo intratextual cotidiano como representación mimética de una realidad extratextual, presenta fenómenos que violan el código de funcionamiento de realidad que sería esperable y aceptado como cotidiano y fehaciente en su interior”.³⁴ Y, a su vez, afirma que “se construye siempre en el momento en que el lenguaje del texto da cuenta de la ilegalidad, del momento en que alguna instancia textual –narrador, personajes, receptores implícitos– manifiesta desazón, extrañeza por un fenómeno que bien se enmascara como aceptable, bien irrumpe explosivamente en un entorno textual que lo excluye por haberse planteado como sólido e inflexible”.³⁵

Cuando el personaje de “¿Quién soy yo?”, después del duelo, se encuentra ante su cadáver ocurre un fenómeno que trastorna la estabilidad, “resolví levantar el lienzo humedecido que le cubría el rostro. Aquello era terrible, ¡para volverse loco! ¡El muerto era yo! Es decir, aquel era mi cadáver”.³⁶ Así es como el personaje narra el acontecimiento al que David Roas llama anómalo o sobrenatural y define como “aquello que transgrede las leyes que organizan el mundo real, aquello que no es explicable, que no existe, según dichas leyes”.³⁷ El fenómeno extraño se complementa cuando el personaje, tras mirarse en

³² *Ibid.*, p. 33.

³³ D. Roas, *op. cit.*, p. 24.

³⁴ Ana María Morales, *MÉXICO FANTÁSTICO* (MÉXICO, 2008), p. XVI.

³⁵ *Ibid.*, p. XIV.

³⁶ *Vid.* el relato número 3: “¿QUIÉN SOY YO?”, en el presente volumen.

³⁷ D. Roas, *op. cit.*, p. 8.

un espejo, descubre que habita el cuerpo del hombre a quien enfrentó en duelo: “¡Qué horror! ¡Yo era mi primo! Es decir, el cuerpo que llevaba yo, era el del que había dado muerte a mi otro cuerpo”, exclama el narrador. El suceso fantástico, la transmigración de las almas, transgrede la construcción realista del relato.

Para Tzvetan Todorov el efecto fantástico es creado por la vacilación o incertidumbre que provoca el “fenómeno extraño”, que podrá ser explicado por causas naturales o sobrenaturales. Sin embargo, “el que percibe el acontecimiento debe optar por una de las dos soluciones posibles: o bien se trata de una ilusión de los sentidos, de un producto de imaginación, y las leyes del mundo siguen siendo lo que son, o bien el acontecimiento se produjo realmente, es parte integrante de la realidad, y entonces esta realidad está regida por leyes que desconocemos”.³⁸ Este punto es uno de los más debatidos de su teoría, pues esas soluciones vuelven el relato “extraño” o “maravilloso”, dejando para lo fantástico sólo un pequeño espacio en la frontera que hay entre los dos géneros vecinos. Al respecto, diversos críticos como Irène Bessière han señalado que no es necesario buscar explicación para el “fenómeno extraño”, ya que: “el relato fantástico es su propio motor, como todo relato literario; la descripción semántica no debe asimilarlo ni a testimonios o a meditaciones sobre los hechos extranaturales, ni al discurso del subconsciente: está dominado interiormente por una dialéctica de constitución de la realidad y de desrealización propia del proyecto creador del autor”.³⁹

En este caso el personaje no vacila, la sociedad del mundo creado en el relato no le cree lo que pasó y lo diagnostica loco: “A la mañana siguiente, tampoco quisieron oírme, „loco, loco“ repetían todos, y me trajeron a esta casa”. El personaje-narrador, de quien nunca se sabe el nombre, se esfuerza por dejar claro que tanto en el momento de descubrir su cadáver, como en el de percatarse que habita el cuerpo de su primo, se encuentra lúcido, a pesar de confesarse adicto al alcohol y a la morfina: “No sé de dónde me había llegado

³⁸ T. Todorov, *op. cit.*, p. 24.

³⁹ I. Bessière, *op. cit.*, p. 85.

calma”, dice al relatar cómo comprobó que se trataba de su cuerpo muerto y también afirma: “Mi inteligencia estaba como una máquina eléctrica en acción y relampagueaba pensamientos [...] Yo tenía cabales todos mis sentidos, completo cada uno”; incluso, tras mirarse en un espejo, reflexiona acerca de lo sucedido y cómo actuar en consecuencia, tomando venganza de su muerte en el cuerpo de su primo. Del mismo modo, desecha la posibilidad de la locura: “aquellos imbéciles que me creían loco, ya lo habían dicho, sólo procuraban sujetarme”. Me parece que esta aclaración tiene la función de evitar que se pueda adjudicar el suceso fantástico a una alucinación, provocada por su adicción o por la crisis de la noche anterior, a la locura o a algún estado alterado de conciencia, evitando, así, que el relato caiga en una de las dos clasificaciones hechas por Todorov: “extraño” o “maravilloso”.

En el texto titulado “Walpurgis” son dos acontecimientos extraños, el primero es la aparición de los muertos en casa del protagonista, concretamente dos esqueletos, y el segundo es la transformación del protagonista también en un esqueleto, pero vivo. Tanto la visión de espíritus o fantasmas, como la metamorfosis son recursos comunes, hasta cierto punto, en el relato fantástico; aunque ha sido cuestionada la inclusión de ciertos personajes o la adopción de ciertos temas, en sí mismos, como fantásticos, Todorov los ha señalado en la *Introducción a la literatura fantástica* como elementos que pueden orientar la determinación de un relato como perteneciente a este género. Hay que aclarar que aunque este caso no se trata de metamorfosis en algún animal o en alguna otra cosa, sí hay una transformación: el personaje se convierte en un esqueleto vivo “¡Qué extraña sensación se experimenta cuando es uno esqueleto!”,⁴⁰ exclama, al igual que los dos que lo acompañan “Y volvieron a enlazar sus brazos a los míos, ya también descarnados”.

El título del relato, “Walpurgis”, es una clara referencia a la leyenda europea de la noche de brujas celebrada cada 30 de abril, en la que se admite que se llevaban a cabo aquelarres, los muertos despertaban para danzar y beber hasta el amanecer, y se celebraba una gran

⁴⁰ *Vid.* el relato número 7: “CUENTOS DEL MANICOMIO. WALPURGIS (?)”, en el presente volumen.

bacanal donde participaban todos los seres *maléficos*; también se asumía que la frontera entre el mundo natural y el sobrenatural se hacía particularmente tenue. Por lo tanto, dado que hay una clara referencia a una leyenda, el relato podría clasificarse, según la teoría todoroviana, como “maravilloso”. El hecho es que, aunque resulte un poco dudoso para el lector, ya que incluso al final el narrador dice: “Cuando volví en mí, aún tuve tiempo de ver brillar en la puerta los omóplatos de los dos habitantes del panteón que se alejaban”, lo que puede interpretarse como un sueño, una alucinación o un acontecimiento normal en un mundo maravilloso; el personaje está convencido de que ese suceso es sobrenatural y ocurrió, tanto como que asegura que sólo le queda medio año de vida y se pregunta si tendrá valor para esperar o irá a encerrarse en su tumba. La vacilación, que se da en el lector implícito,⁴¹ es lo que mantiene al relato en la frontera que Todorov denomina género fantástico, entre lo extraño y lo maravilloso.

Otro relato que, de acuerdo con lo expuesto anteriormente, se configura como fantástico es “La cabeza parlante”. Desde el título se anuncia cuál es el acontecimiento extraordinario: una cabeza parlante que transgrede el mundo intratextual construido por el narrador. A decir de David Roas: “el relato fantástico se ambienta, pues, en una realidad cotidiana que construye con técnicas realistas y que, a la vez, destruye insertando en ella otra realidad, incomprendible para la primera”;⁴² la realidad construida es verosímil, ya que tenemos el referente histórico: un mundo en el que un hombre fue condenado a morir en la guillotina por haber cometido un asesinato; la otra realidad, incomprendible, es en la que una cabeza desprendida de su cuerpo puede hablar y sentir.

En el relato titulado “Una venganza”, el protagonista, un naturalista solitario, “se sentía fatigado, sentía en el rostro la calentura de la irritación, y resolvió ir a la cama”;⁴³ esta

⁴¹ El lector implícito es una abstracción cuyas características están construidas *a priori*; Wolfgang Iser explica que “El lector implícito no posee existencia real, ya que encarna el conjunto de orientaciones previas que un texto de ficción propone a sus posibles lectores, y que son las condiciones de su recepción” (Wolfgang Iser, EL ACTO DE LEER, MADRID, 1987, p. 60).

⁴² D. Roas, *op. cit.*, p. 26.

⁴³ *Vid.* el relato número 12: “UNA VENGANZA”, en el presente volumen.

oración, previa al ataque de distintas especies de insectos y otros animales, puede interpretarse como la posibilidad de que el personaje tenga en esos momentos un estado alterado de la conciencia, causado por algún malestar físico, fiebre que puede llegar a provocar alucinaciones. Hay otro momento en que el narrador es ambiguo: “No pudo fijarse en el hermoso color de los élitros, porque pensó en la fiebre que iba a causarle el olor de ellos, y sintió la fiebre y quiso escaparse al delirio que veía aproximársele!”. En este momento el naturalista ya está viendo entrar a su recámara a las distintas especies de animales que serán sus verdugos y está enfrentando los primeros castigos; sin embargo, una explicación causal podría ser que hasta ese momento se hubiera percatado de la fiebre que le provocaba “el delirio que veía aproximársele”. Si hubiera, efectivamente, una explicación por parte del narrador, este relato sería clasificado, según Todorov, como “extraño”; como nunca tenemos esa explicación causal, no puede asegurarse ni que el suceso fantástico haya ocurrido ni que sólo haya sido una alucinación del naturalista; el final se deja abierto conscientemente, por lo que esa vacilación configura el relato fantástico según la teoría todoroviana.

Es importante señalar que la carencia de nombres en los personajes es una característica común en la obra de Zárate Ruiz; “La cabeza parlante” es uno de los casos en que el personaje narrador sí tiene nombre; en los otros tres textos no es así, esta ausencia cobra importancia sobre todo en “¿Quién soy yo?”, ya que el nombre forma parte de la identidad y aquí es eso justamente lo que se transgrede, ninguno de los dos duelistas tiene una identidad bien definida; sin embargo, es evidente que tras el duelo la perdieron. En cuanto a la percepción del *yo* y la identidad, Irène Bessière ha dicho que el relato fantástico “se burla de la realidad en la medida en que identifica lo singular con la ruptura de la identidad, y la manifestación de lo insólito con la de una heterogeneidad, siempre percibida como organizada, como portadora de una lógica secreta o desconocida”.⁴⁴ Por su parte, Roas afirma que: “Basado, por tanto, en la confrontación de lo sobrenatural y lo real dentro de un

⁴⁴ I. Bessière, *op. cit.*, p. 99.

mundo ordenado y estable como pretende ser el nuestro, el relato fantástico provoca –y, por tanto, refleja– la incertidumbre en la percepción de la realidad y del propio yo”.⁴⁵ Lo anterior puede advertirse en la breve reflexión del narrador acerca de lo ocurrido:

¿Y cómo fue aquello? ¿Habíamos muerto los dos, mi primo y yo, y había resucitado su cuerpo, pero con mi alma? Sí, eso debía ser; *había habido en los cuerpos una muerte*, la del mío, y una separación de alma, la de la suya. En el cuerpo de mi primo no había habido muerte; se había verificado una suspensión de vida mientras había estado sin alma, y luego vivía ya su cuerpo, pero con una vida que era mía.⁴⁶

Los relatos que se han abordado en esta sección comparten una característica: el personaje principal experimenta miedo o una sensación similar al enfrentarse con el suceso sobrenatural. En “¿Quién soy yo?” ocurre la noche que precede al duelo; primero lo identifica como temor al enfrentamiento, pero después cambia: “el miedo que sentía era de algo indefinido; de algo no, de todo, pero de todo vago”, el narrador está creando la atmósfera adecuada para que ocurra el acontecimiento extraño. En “Walpurgis” el protagonista confiesa haber sentido miedo justo antes de encontrarse con los muertos; como en el caso anterior, la sensación es previa al suceso sobrenatural: “¿A qué intentar describir lo que sentí? Fue el miedo. Cualquiera lo sabe. ¿Quién no ha tenido miedo alguna vez?”. El naturalista de “Una venganza” experimentó algo más allá cuando se percató de la situación que enfrenta “Un golpe de horror le hizo estremecer”, dice el narrador. Y, por último, Ana, protagonista de “La cabeza parlante”, llega a paralizarse al percatarse de que la cabeza de su esposo le habla: “Mi pavor fue ilimitado; quise correr, gritar, moverme al menos; nada pude”. Al respecto, David Roas señala lo siguiente:

La transgresión que provoca lo fantástico, la amenaza que supone para la estabilidad de nuestro mundo, genera ineludiblemente una impresión terrorífica tanto en los personajes como en el lector. Quizás el término “miedo” puede resultar exagerado, o confuso, puesto que no acaba de identificar claramente ese efecto que, a mi entender, todo relato fantástico busca producir en el lector. Tal

⁴⁵ D. Roas, *op. cit.*, p. 9.

⁴⁶ *Vid.* el relato número 3: “¿QUIÉN SOY YO?”, en el presente volumen.

vez sería mejor utilizar el término “inquietud” [...]. Se trata más bien de esa reacción, experimentada tanto por los personajes (incluyo aquí al narrador extradiegético-homodiegético) como por el lector, ante la posibilidad efectiva de lo sobrenatural, ante la idea de que lo irreal pueda irrumpir en lo real (y todo lo que eso significa). Y este es un efecto común a todo relato fantástico.⁴⁷

Un segundo aspecto que quisiera señalar es el desenlace de los relatos a los que me he referido. En el caso de “¿Quién soy yo?” y “La cabeza parlante” el protagonista está narrando la historia desde lo que bien pudiera ser un manicomio, aunque no se especifica; en el primero, el protagonista sólo dice “me trajeron a esta casa”, pero deja en claro que la gente que lo rodeaba lo consideraba loco, y en el segundo caso, Ana despierta “en esta cama del asilo”, inferimos que se le considera enferma, pero no sabemos si física o mentalmente, por lo tanto, podemos interpretar que estos dos protagonistas terminan en la locura.

El protagonista de “Walpurgis” recibe una condena de muerte, como consecuencia del acontecimiento sobrenatural. Cuenta su historia justo a la mitad del término de vida concedido: “estoy en la mitad de la vida que desde entonces se me marcó, de esa vida patológica, siniestra, que llevo desde aquella noche”; enfrenta la duda entre esperar que se cumpla el plazo o quitarse la vida él mismo y terminar con la espera: “¿Tendré valor para esperar? ¿No iré yo mismo a encerrarme en mi tumba? No, no tendré valor para esperar. Sí, yo mismo iré a encerrarme en mi tumba”. Así finaliza el relato, el protagonista se sabe condenado y la espera resulta agónica.

En el caso de “Una venganza” todo parece indicar que el naturalista murió, aunque el narrador omnisciente no lo confirma, simplemente cierra el relato con una imagen de lo último que vio el naturalista con los ojos ya ciegos: “otro naturalista igual a él, quizá él mismo, dentro de una gran vaca que se exhibía en un tablado, y un mono con la cabeza llena de canas que le hacía muecas de burla y de desprecio”.

⁴⁷ D. Roas, *op. cit.*, p. 30.

Lo que David Roas ha dicho al respecto es muy importante, ya que corresponde por completo con el desenlace de estos cuatro textos: “el relato fantástico se desarrolla en medio de un clima de miedo y su desenlace (además de poner en duda nuestra concepción de lo real) suele provocar la muerte, la locura o la condenación del protagonista”.⁴⁸ Por su parte, Dolores Phillipps-López afirma que la muerte se convirtió en un tópico frecuente dentro de la narrativa fantástica del modernismo y específicamente del decadentismo hispanoamericanos, ya que:

El pesado misterio que envuelve a los escritores modernistas se relaciona con la limitación impuesta al hombre por el tiempo, a la condición humana sitiada por el nacimiento y la muerte. Con la muerte, la finitud viene a ser lo infranqueable, y la angustia, experiencia de esa finitud. La muerte, como extrañeza radical, se prestará a las elaboraciones fantásticas más diversas: consoladora y amenazante [...], omnipresente aunque imperceptible.⁴⁹

Por último, quisiera señalar que, a decir de Rafael Olea Franco, el género fantástico posee una lógica propia, la *lógica de la conjunción*, que sólo es comprensible en contraste con la *lógica de la disyunción*, a la que se contraponen. Según la *lógica de la disyunción* “las categorías fundamentales de materia, tiempo y espacio (entre ellas el „yo“) son comprensibles y manipulables mediante dicotomías disyuntivas que impiden, por ejemplo, que un mismo ser sea dos seres distintos, que alguien esté simultáneamente en dos lugares diferentes, que se interrumpa la secuencia cronológica, etcétera”;⁵⁰ esta lógica es compartida por el texto y la realidad del lector. En un texto fantástico, generalmente, se impone la *lógica de la conjunción*, ya que se “vulnera el principio de no-contradicción, porque en él algo es y al mismo tiempo no es”,⁵¹ por ejemplo, un personaje puede estar vivo y muerto a la vez. Es importante señalar que la lógica de la conjunción no introduce un nuevo paradigma de realidad, sino que consiste en que coexistan los dos paradigmas.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 32.

⁴⁹ D. Phillipps-López, *op. cit.*, p. 35.

⁵⁰ R. Olea Franco, *op. cit.*, p. 63.

⁵¹ *Idem.*

En los relatos aquí mostrados podemos observar esta *lógica de la conjunción*. Contrario a lo que pasaría en el mundo extratextual, el protagonista de “¿Quién soy yo?” se encuentra vivo y muerto a la vez, sin saber cómo, su alma cambió de cuerpo y se halla frente a su propio cadáver: “¡El muerto era yo! Es decir, aquel era mi cadáver”, explica el narrador. En este caso, la transmigración del alma del protagonista no sólo transgrede la dicotomía vivo / muerto, su cuerpo está muerto pero su alma, su conciencia, vive en otro; lo anterior también transgrede la relación cuerpo-alma, que son indisociables en la vida, ya que se trata de alguien que es dos personas a la vez, el cuerpo es el de su primo, con quien se enfrentó en duelo, pero el alma que lo habita es la suya. El principio de no-contradicción al que hace referencia Rafael Olea Franco se encuentra doblemente vulnerado.

Lo mismo ocurre con el protagonista de “Cuentos del manicomio. Walpurgis”, a quien los muertos retiran su piel y sus vísceras: “pero me despojaron con enormes descarnadores de mis vestidos carnales [...]; me registraron, me esculcaron todas las cavidades del tronco, para que no me quedase ni una víscera”. A partir de ese momento se transgrede la dicotomía vivo / muerto, pues el protagonista se ha convertido en un esqueleto vivo, que además es capaz de sentir: “¡Qué extraña sensación se experimenta cuando es uno esqueleto!”. Durante todo el relato encontramos la *lógica de la conjunción*, ya que tanto quienes “secuestran” al protagonista como los asistentes al banquete del cementerio son muertos vivientes.

En el caso del relato titulado “La cabeza parlante” hay una clara transgresión a la *lógica de la disyunción*; se trata de una cabeza guillotizada que puede hablar y pensar con entera lucidez, pues recuerda con detalle todo lo ocurrido, incluso en el momento de su ejecución: “Al principio, la fuerza del golpe me dejó inconsciente, pero después, como se vuelve de la inconsciencia de una fiebre, volví a pensar y con la violencia con que piensan los cerebros débiles de los febricitantes”; es una cabeza viva que no debiera estarlo, por haber sido separada del cuerpo que ahora es un cadáver.

En el relato titulado “La cabeza del muñeco” estamos ante un caso distinto, pues el protagonista, un muñeco-pisapapel capaz de pensar, ya es en sí mismo una transgresión a la realidad extratextual y a los códigos de la literatura realista; a diferencia de los otros relatos, aquí se trata de un objeto, el muñeco humanizado. Se impone la *lógica de la conjunción*, característica de los textos fantásticos señalada por Rafael Olea Franco; esta vez no podemos hablar de la dicotomía vivo / muerto, ya que aunque el razonamiento es una característica de estar vivo y, por lo tanto, se podría decir que el protagonista lo está, parece más adecuado utilizar la dicotomía animado / inanimado para el muñeco que razona pero no puede moverse ni comunicarse. Este relato comparte algunas características con el anterior, “La cabeza parlante”, en ambos se trata de una cabeza independiente del cuerpo, ya que no tiene control sobre él, que razona y siente. Al final ambas perderán la vida, una de ellas con el suicidio –el muñeco– y la otra después del asesinato –mediante la guillotina,– a consecuencia de haber sido separadas del cuerpo, esa otra mitad sobre la que alguna vez tuvo control la cabeza parlante y la que tuvo que llegar a controlar la cabeza del muñeco para dar fin a su angustia y sufrimiento.

CONCLUSIONES

Sumergirse en las páginas de las publicaciones periódicas del siglo XIX, que afortunadamente aún pueden localizarse en distintas bibliotecas, es una gran oportunidad de entrar en contacto con la vida literaria de aquella época; lo mismo se encuentran textos de los próceres de la literatura mexicana, que textos anónimos o firmados por alguien prácticamente desconocido o con algún seudónimo todavía no identificado. La labor que se realiza en el Seminario de Edición Crítica de Textos del Instituto de Investigaciones Filológicas es de suma importancia, ya que rescatar, depurar y fijar los textos significa salvar a sus autores del olvido, permitiendo recomponer el panorama distorsionado por historias literarias que seleccionaron desde los parámetros de sus épocas. Editar estas obras con criterios filológicos, además, las libra de los cambios, las alteraciones y mutilaciones que sufren con copias hechas sin cuidado. Ofrecer al lector contemporáneo la obra, rigurosamente editada, preparada para una crítica actualizada, es tender un puente que lo conecta con el pasado de las letras mexicanas, además de una contribución sustancial para el estudio de las mismas y para el establecimiento de una historia de la literatura.

Este trabajo pretende ser una pequeña contribución a dicha empresa. Ante la reciente atención crítica y edición de la obra de algunos cuentistas pertenecientes a la segunda generación modernista, la de los decadentistas, resulta pertinente hablar de Francisco Zárate Ruiz, autor contemporáneo de este grupo de escritores, cuya obra está en constante diálogo con sus temas, preocupaciones y propuestas narrativas, a pesar de no haberse agrupado con ellos en *Revista Moderna*. A finales del siglo XIX, los literatos mexicanos se enfrentaron al problema de la inserción en el mercado y de considerar el producto de su creación como mercancía; nuestro autor encontró, en las páginas de las empresas editoriales de Rafael

Reyes Spíndola, un lugar para dar a conocer su obra y una fuente de medios para sobrevivir, pues además de emplearse como corresponsal y redactor, las relaciones políticas que pudo establecer lo llevaron a desempeñar distintos puestos en la administración pública y privada.

La cuentística de Francisco Zárate Ruiz recoge y sintetiza los temas, procedimientos y preocupaciones de la narrativa decadentista, y establece diálogos con autores paradigmáticos de esta tendencia literaria como Bernardo Couto Castillo y Ciro B. Ceballos; el crimen y las patologías mentales son temas que ocupan muchas páginas de su obra, quizá debido a la popularidad y difusión que tuvieron estas preocupaciones en la prensa mexicana finisecular.

Por otro lado, tras el análisis de algunos de sus relatos pude notar que los procedimientos de la narrativa fantástica ocuparon un lugar importante en la creación cuentística del autor; unió las temáticas y características estilísticas del decadentismo con la creación de atmósferas, personajes y ambigüedad respecto al realismo que se ve interferido por episodios fantásticos. Esta veta fue la que permitió al autor que un par de sus cuentos fueran rescatados del olvido el siglo pasado, y fueran compilados en dos antologías.

De esta manera, la labor ecdótica realizada en la presente investigación, abre para futuros estudiosos un abanico de posibilidades de interpretación, además de los ya mencionados, en la obra de un autor hasta ahora prácticamente ignorado por la crítica.

OBRA NARRATIVA
FRANCISCO ZÁRATE RUIZ
(1877-1907)

1)

HISTORIAS VULGARES

¡POBRE!¹

A Bartolomé Carvajal Rosas²

Cuando José llegó a la Preparatoria ya *habían tocado*; eran las tres y media.

Iba a clase de francés; pero bajo el brazo llevaba además del *Traductor* y la *Gramática* de Bescherelle, el Contreras:³ toda su⁴ Biblioteca.

El portero apuntaba en la pizarra la entrada de los profesores que habían llegado últimamente.

Le dijo sofocado “buenas tardes, señor López”, y el cancerbero ilustre –es de una escuela– le contestó seriamente, con dignidad *porteril*: “buenas tardes”.

¹ Conozco dos versiones: Francisco Zárate Ruiz, “Historias vulgares, ¡Pobre!”, en *Revista Azul*, t. V, núm. 2 (10 de mayo de 1896), pp. 13-15, y Francisco Zárate Ruiz, “Historias vulgares. ¡Pobre!”, en *El Imparcial*, t. V, núm. 599 (9 de mayo de 1898), p. 2, fechado en: *mayo de 1896*. Fijo aquí la versión publicada en la *Revista Azul* y ofrezco en notas a pie de página las variantes de *El Imparcial*.

² 1898 suprime: *A Bartolomé Carvajal Rosas // Bartolomé Carvajal Rosas*, diplomático mexicano. Primer secretario de la Legación de México en Bélgica hasta abril de 1908, año en que ocupó el cargo de ministro de México en Costa Rica y Nicaragua. En mayo de 1911 fue designado subsecretario de Relaciones Exteriores por Francisco León de la Barra y se mantuvo en dicho puesto durante el gobierno de Madero, hasta que fue nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en Rusia, en enero de 1912. Agente de México en la Comisión General de Reclamaciones en Washington a partir de mayo de 1926.

³ Desde los primeros años de la Escuela Nacional Preparatoria, y aún en 1896, se usaba para lectura y traducción *Leçons et Modèles de Littérature Française; ou Choix de Morceaux en Prose et en Vers. Tirés des meilleurs écrivains du XVII^e et du XVIII^e siècle* (1845), de Charles-Pierre Chapsal, y la *Grammaire Nationale* (1835-1836), de Louis Nicolas Bescherelle, en el segundo año de francés. Asimismo, en distintas épocas, la Escuela Nacional Preparatoria adoptó diferentes libros de texto de Manuel María Contreras, quien fue profesor de Física en esa institución, como: *Elementos de Aritmética razonada* (1884), *Tratado de Álgebra elemental* (1884) y *Tratado de Trigonometría rectilínea* (1878) (Clementina Díaz y de Ovando y Elisa García Barragán, LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA, II, UNAM, 2006, pp. 326 y 295, respectivamente).

⁴ 1898: *en por su*

Atravesó de prisa los corredores ya solitarios, pasando por el frente de las puertas de las⁵ clases y saludando con la mano a algunos compañeros que en ellas se encontraban en espera de su nombre en la lista para contestar: ¡presente!

En las bancas de estudio había tendido tranquilamente uno que otro perezoso que, no sabiendo la clase, no se había atrevido a entrar.

Uno de esos se dirigió a José: —Ya entró Pereda. —¿Hace mucho? —Sí, desde las tres; a ver si contestas por mí en la lista. —Que, ¿tú no entras? —No la sé. —Vamos, anda. —¿Y si me paran? No, no voy. —Bueno, hasta luego —y José bajó corriendo las escaleras del *Colegio Chico* y llegó a la clase.⁶

Preguntó, por señas, al compañero que se hallaba al frente si ya había acabado la lista y cuando éste le hubo contestado afirmativamente, le pidió en el mismo lenguaje, a señas, que le *hiciera un lugar* y entró de puntillas para no ser observado.

No faltó, sin embargo, alguien que le viese y le ceceara, y hubo algunos que le secundaron.⁷

Vio en el *Traductor* de Ortiz, al lado de quien se había sentado, qué era lo que leía, y abrió el suyo en la misma página, 17: *Les Châteaux en Espagne*.⁸

⁵ 1898: *algunas* por *las*

⁶ El Antiguo Colegio de San Ildefonso que albergó a la Escuela Nacional Preparatoria desde su fundación en 1867, hasta 1980, cuando dejó de ser sede del Plantel No. 1, está ubicado en la calle de Justo Sierra, entre República de Argentina y El Carmen. La construcción del conjunto arquitectónico, que data del siglo XVIII, se desarrolló en distintas épocas conforme las necesidades del Colegio fueron aumentando. Se inició con el Colegio Chico “el más pequeño de los tres y el primero en construirse para servir de dormitorio a los estudiantes del Colegio de San Pedro y San Pablo”; actualmente es ocupado por el Museo de la Luz. Le siguió el Colegio de Pasantes, cuyo patio “daba acceso a la vieja capilla y biblioteca”, y el Colegio Grande “que es el mejor conocido de ellos por los murales de Orozco que adornan todos los niveles del mismo” (Luis Eduardo Garzón Lozano, *LA HISTORIA Y LA PIEDRA*, MÉXICO, 2000, p. 40). Más tarde, entre 1907 y 1931, se edificó la parte sur, que consta de dos pequeños patios, un anfiteatro y oficinas.

⁷ 1898: *secundaran*. por *secundaron*.

⁸ *Les Châteaux en Espagne. Comédie in cinq actes et en vers* (1790), de Collin D’Harleville, está incluida en *Leçons et Modèles de Littérature Française; ou choix de morceaux en prose et en vers. Tirés des milleurs écrivains du XVII^e et du XVIII^e siècle* (1845), de Chapsal. // La frase *Châteaux en Espagne* tiene el mismo uso que la variante en español “Castillos en el aire” (Arturo del Hoyo, *DICCIONARIO DE PALABRAS Y FRASES EXTRANJERAS*, MADRID, 1988, p. 94).

Recostó en el respaldo de la banca la cabeza, cruzó la pierna, y con el libro se cubrió el rostro, del que parecía que iba a brotar la sangre, para hacer creer al profesor que atendía a la traducción.

Algunos de los que se hallaban cercanos a él, repararon en su visible agitación y en su enrojecido rostro, y comenzaron los epigramas sobre la cantidad que habría tomado de pulque y sobre si había tenido un pleito y le habrían golpeado, pues tal parecía.

“Tontos” –pensaba él–, la carrera había hecho que se le enrojeciese el rostro más de lo que ya lo tenía, ¡era natural!, haber escrito la carta después de comer, y que no había escrito una, sino además tres incompletas que había roto por no parecerle buenas; después, que al escribir pensaba en el objeto de la carta y, sin explicarse por qué, sentía vergüenza prematura; eso le encendía más el rostro; por último, la agitación que le produjo el acepillarse los zapatos, que buen cuidado tuvo de embadurnar bien de *bola*.⁹

Cuando a su sombrero le limpiaba con solarina la grasa en derredor de la cinta adherida,¹⁰ sonaron en Catedral las tres.¹¹ Las oyó porque el aire iba en buena dirección para ello. Entonces fue cuando echó a correr...¹²

Paseó muchas veces su vista por el libro abierto, sin leer alguna palabra o leyendo sin comprender. Repitió el título de lo que traducían: *Châteaux en Espagne, Châteaux en Espagne*, y al fin, hizo aquella impresión en su cerebro y lo relacionó con su situación. ¿Serían esas sus esperanzas: *Châteaux en Espagne*?

⁹ *bola*: “Lustre o betún para el calzado” (Francisco J. Santamaría, DICCIONARIO DE MEJICANISMOS, MÉJICO, 2005, p. 141).

¹⁰ *solarina*. Combustible utilizado en las lámparas del alumbrado público de la Ciudad de México a partir de 1886, y mientras fueron responsables del servicio los hermanos Aguirre, a quienes se les adjudicó dicho servicio en 1881 (Rafael R. Arizpe, EL ALUMBRADO PÚBLICO EN LA CIUDAD DE MÉJICO, MÉJICO, 1900, p. 59).

¹¹ La primitiva Catedral fue edificada entre 1524 y 1532, usando como base los pilares de las piedras esculpidas de los adoratorios indígenas. El arzobispo Alonso de Montúfar comenzó las obras de la actual Catedral Metropolitana en 1554. Debido a que su construcción fue muy lenta, pueden encontrarse distintos estilos arquitectónicos como el barroco y el neoclásico; en 1681 se terminó la fachada; pero su conclusión definitiva fue en 1813. Manuel Tolsá fue el encargado de terminar la cúpula y tres obras que realizó para coronar la estructura de reloj: Fe, Esperanza y Caridad; además, ornamentó las torres con ocho grandes estatuas (Francisco Covarrubias Gaitán, “CATEDRAL DE MÉJICO”, MÉJICO, 1994).

¹² 1898 suprime los tres párrafos anteriores: desde *Algunos de los que se hallaban cercanos a él* hasta *Entonces fue cuando echó a correr...*

González, que era mayor que él, le había dicho que ella era muy grosera y muy orgullosa; pero eso podía ser porque pretendía hacerle perder aquel cariño, por aquellas ideas tontas que tenía: que iba a perder el tiempo en sus estudios y a hacérselo perder a ella si le correspondía; y si no, iba a sufrir por una mujer que no lo merecía; ¡tonteras!

Grosera, y ¿por qué?, era hija de un artesano, y ¿qué? ¡Como si no hubiera artesanos honrados y decentes!

“Ella se habría elevado por su instrucción del medio en que había nacido y sería muy distinta de su familia, suponiendo que ésta fuera falta de educación. ¿Orgullosa?...” y José miró sus zapatos a punto de romperse la chinela, y recordó, porque eso no lo veía, que tenían el tacón y las suelas muy gastados y contempló las *rejillas*¹³ que su madre le había puesto en los extremos del pantalón, y pasó el dorso de la manga de su verdense *jaquet* por su no menos enverdecido *boleado*.

No importaba; ella sabría comprender el amor, y aun cuando no le quisiera –natural era eso por de pronto– al menos le daría algunas esperanzas, y quizá tratándole...

Él comprendería en las palabras que le dijera, si podía abrigar alguna esperanza o si debería desechar toda ilusión. En todo caso, era lo que se necesitaba para curarse de aquel amor: que ella le contestara negativamente. No, ella era buena; así le parecía, su aspecto lo indicaba, y él la veía en aquellos momentos.

Con un lápiz apuntó en aquella página del *Traductor*: 10-3-90.

Sonaron algunas campanadas allá a lo lejos. ¿Qué hora sería? Era tarde seguramente. Ortiz era el único de los compañeros próximos a él que tenía reloj. Le preguntó; ¡las tres y media apenas! Siguió preguntándole a menudo, lo que le valió no pocas veces esta o parecida contestación: “Oh, qué bien *mueles*,¹⁴ hace cinco minutos que te dije”.¹⁵

¹³ *rejillas*: “Cierta bordado o tejido de malla, muy usado por las mujeres en un tiempo para faldas interiores o fondos” (F. J. Santamaría, *op. cit.*, p. 928).

¹⁴ María Moliner define, en una de sus acepciones, el verbo “moler” como “molestar a alguien con insistencia” (María Moliner, *DICCIONARIO DE USO DEL ESPAÑOL*, II, MADRID, 1992, p. 438).

¹⁵ 1898 suprime los cuatro párrafos anteriores desde: *No importaba; ella sabría comprender el amor hasta hace cinco minutos que te dije*”.

Al fin sonaron las campanas del *Grande* y del *Chico*: las cuatro y media.

Se comenzó a oír un murmullo como el zumbido de gran cantidad de abejas, y gritos y carreras.

Entre muchos otros, bajó la escalera José. Llegaron a la puerta. Se agruparon en torno del barril del agua, disputándose el cuartillo para tomar.

Presentaron sus pases al señor Estrada que había dejado en un banquito un chaleco a medio hacer y aún tenía calados los anteojos y puesto su dedal, y salieron a la calle.

Los más se quedaban en la esquina recostados en la pared, esperando la salida de las de la Encarnación.¹⁶ Mientras, los unos hacían chistes a costa de los otros; quién empujaba a éste para ocupar su lugar, contra la pared, quién corría tras aquél, un chiquillo de pantalón corto que le había arrebatado su libro, y todos tosían cuando pasaba alguno de 4º o 5º año, y se hacían disimulados cuando el befofo se volvía con ira. Un *chapparrito*, como le¹⁷ decían sus compañeros, con el libro apoyado sobre el brazo izquierdo, retrataba a uno de Jurisprudencia que estaba enfrente.

José, alejándose de todos, fue a situarse a la esquina de Cordobanes.¹⁸

Experimentaba algo así como miedo, le latía aceleradamente el corazón; sentía que le temblaban las piernas, y sudaba, y le ardía la cara.

Buscó en sus *Matemáticas*, con gran temor de que se le hubiese perdido, la carta; respiró, allí estaba.

¹⁶ El antiguo Convento de la Encarnación es el predio ubicado entre las avenidas República de Brasil y República de Argentina, y las calles República de Venezuela y Luis González Obregón. Tras la exclaustación, durante el gobierno de Juárez, fue ocupado por distintas oficinas de Gobierno; posteriormente el predio fue dividido y se vendieron algunas partes que fueron recuperadas por el Gobierno en la primera década del siglo XX. En 1888 se instaló en uno de los edificios cuya entrada se encontraba en la calle de la Encarnación, actual calle Luis González Obregón, la Escuela Secundaria de Niñas, que, tras posesionarse del edificio que desde 1868 utilizaba la Escuela de Jurisprudencia, se convertiría en la Escuela Normal para Señoritas, en 1910. Desde 1921, el ex convento de la Encarnación alberga uno de los edificios de oficinas de la Secretaría de Educación Pública (cf. Carlos Salas Contreras, ARQUEOLOGÍA DEL EX CONVENTO DE LA ENCARNACIÓN, MÉXICO, 2006, pp. 37-49).

¹⁷ 1898: *lo por le*

¹⁸ La calle de Cordobanes corresponde a la actual calle Donceles en el tramo que va de la calle Santo Domingo, actual avenida República de Brasil, a la calle Relox, hoy avenida República de Argentina (DIRECTORIO TELEFÓNICO, MÉXICO, 1979).

Al fin, comenzaron a pasar las futuras profesoras. Charlando y riendo, y volviéndose coquetamente airadas o descaradamente satisfechas, cuando alguien *les dirigía una flor*.

Y tras ellas comenzó el desfile de muchachos.

Allá, a lo lejos, viene ella; su vestido color de rosa, dejando ver las botas de charol, su sombrero con plumas; en una mano su petaquilla de mimbre;¹⁹ en la otra, apoyada en la cintura, los libros.

Primera contrariedad: viene con dos amigas y no son las mismas de todas las tardes.

“Qué fastidio, ahora que me proponía yo hacerlo, después de tanto tiempo de seguirla”.

¡Oh, qué fortuna!; en la esquina se despiden, previo el acostumbrado beso en cada mejilla.

Sigue por Cordobanes; las otras rumbo al Seminario.²⁰

La sigue esa calle y la otra, y otra; ella voltea; se acerca un poco; van ya casi juntos²¹ y no se decide a hablar.²² Y van a llegar a la casa de ella.²³ Al fin, hace un esfuerzo; se acerca más; vuelve la cara para ver si nadie le observa. Dos de sus compañeras vienen a pocos pasos; mañana se burlarán de él; no importa, ahora o nunca.

—Dispense usted, señorita —ella no responde, y acelera su marcha—. Dispense usted, señorita —repite, entreabriendo su Contreras, donde está la carta, y alargándosela:

—¿Quiere usted hacerme el favor?...

Ella se detiene; le recorre de los pies a la cabeza con una mirada, y alarga la mano.

¡Qué felicidad, va a tomar el papel!

Le²⁴ vuelve a mirar, sonriéndose, y le pregunta:

—¿De parte de quién viene usted?

¹⁹ 1898: *mimbres* por *mimbre*

²⁰ En el extremo norte de la calle del Seminario, ubicada en el costado este de la Catedral Metropolitana, desde 1987 se encuentra el Museo del Templo Mayor por lo que, hasta cierto punto, fue cerrada como calle incluso a los peatones.

²¹ 1898: *va ya casi junto* por *van ya casi juntos*

²² 1898: *hablarla.* por *hablar.*

²³ 1898: *su casa.* por *la casa de ella.*

²⁴ 1898: *La* por *Le*

Las amigas de ella,²⁵ que pasan a espaldas de José, exclaman con risa de lástima:
—¡Pobre!

²⁵ 1898 suprime: *de ella*

2)

CUENTO BLANCO¹

Al licenciado don Vidal Castañeda y Nájera²

El viento helado, poderoso ayudante de *la cruel segadora de vidas*, se retuerce y se azota furioso contra las puertas de la abrigada alcoba, como se azota y se retuerce el boa,³ contra las férreas rejas de su aprisionadora jaula.

Apenas alumbra la raquílica luz de la vela, a la que apantalla una lámina que representa la salida de la cuadrilla en una plaza de toros.

En un rincón, la pequeña camita blanca, con su bordado pabellón, fuerte inexpugnable, que causa la ridícula desesperación de los dispersos enemigos mosquitos.

La cama, ancha, de latón, matrimonial, hace *pendant* al lecho de la niña enferma. Enfrente, sobre la cómoda humilde, adornada (?) con porcelanas, pequeños caracoles y unos retratos, ante la Virgen de los Dolores, la lamparita parece, en las oscilaciones de la pequeña flama, murmurar las plegarias, elevar al cielo las oraciones, los fervorosos ruegos de la afligida madre, porque devuelva al angelito, su hija adorada —¡oh Virgen santa!— la preciosa salud perdida.

¹ F. Zárate Ruiz, “Cuento blanco”, en *El Nacional*. Edición dominical (4 de julio de 1897), p. 3.

² Vidal Castañeda y Nájera, abogado y político. Diputado federal por Puebla en 1862 y senador por el mismo estado de 1890 a 1902. Coronel cercano a Porfirio Díaz, fue nombrado director de la Escuela Nacional Preparatoria en 1885; los estudiantes “advirtieron que Díaz encargaba la dirección de la Preparatoria a un hombre enérgico y dispuesto a restaurar a toda costa el orden del plantel”. Durante su periodo, que concluyó en 1901, se llevó a cabo el arreglo del edificio de San Ildefonso (Clementina Díaz y de Ovando y Elisa García Barragán, *LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA*, I, UNAM, 2006, p. 140).

³ La Real Academia consigna el sustantivo *boa* con el género femenino desde 1780, sin embargo en la revista de la Universidad de Antioquia se dice que el nombre que le han dado los ofidiólogos, *constrictor*, es del género masculino, ya que de otro modo sería *constrictrix* (Universidad de Antioquia, vol. 5, 1937, p. 33).

Muy cerca, la liliputiense niña, de azules ojos, de cabello rubio y de manos diminutas y rosadas, indiferente ante los dolorosos ayes de su cariñosa pequeña madre, eleva al techo sus azules ojos de vidrio; no se cuida de su desnudez que hace ocho días no cubre vestido alguno; no piensa con su cerebro de porcelana, en la suerte que ha de caberle cuando su *niña madre*, vuela hacia el Cielo.

Sobre el buró, las redomas y frascos que contienen líquidos multicoloros, al lado de la última receta y de las monedas de cobre y plata que son el *vuelto* del último peso,⁴ cambiado en la cercana farmacia. El *pierrot* de hule, con su boca roja entreabierta, parece dispuesto a lanzar su ¡ay! de dolor, por el sufrir de su dueña, en cuanto una mano extraña le toque en el centro de sus dolores y emociones.⁵

Sobre la alfombra, que mancharon las gotas desprendidas de la última cucharada que se ofreció a la enfermita, allí; muy próxima a la compañera de juegos que ahora es presa de la fiebre, dormita y lanza suspiros de cuando en cuando, la blanquinegra, la fiel Mimí.

Apoyando sobre las blancas ropas de la camita su cabeza de cabellera negra, en abandono el blanco brazo semidesnudo, reza, llora y blasfema la joven madre.

El tronar de la madera del techo o de un mueble, la sobresalta.

El golpe metálico, seco, del reloj que se apercibe para hacer anunciar a la campana la nueva hora, la hace estremecer.

¡La una y *él* que no llega, ni porque está enferma su hijita!

El ruido de los pasos de un transeúnte por la solitaria acera o el rodar pausado de algún coche viejo, la hacen concebir esperanzas.

¡Cómo aumenta el dolor cuando se sufre solo!

⁴ *vuelto*: “Exceso o diferencia entre el valor de la moneda con que se compra y el de la cosa comprada” (F. J. Santamaría, DICCIONARIO DE MEJICANISMOS, MEJICO, 2005, p. 1122).

⁵ *pierrot*: “personaje de la comedia del arte, que llevaba un amplio traje blanco con botones y gorguera” (DRAE).

Después, el fuerte silbido de un trasnochador, el golpear de un bastón en la puerta de alguna casa, los destemplados cantos de algunos ebrios alegres, cuyos pies y cuyas voces tambalean; el triste aullar de algún perro allá a lo lejos.

Y el quejido es menos fuerte, más lento, más triste; la respiración más débil, la calentura más baja; ¡la niña se muere!

En su desesperación corre hacia la vidriera y aparta la cortina: la luna ilumina la mitad de la calle; un viejo, al parecer un mendigo, inclinado sobre su báculo, camina despacio y un perro negro le sigue silencioso.

Retuércese las manos y quisiera gritar, llorar desesperadamente; ¡la despertaría!

Parecía ya la moribunda criatura no respirar. No se quejaba.

Y pálida, como la muerte misma, el corazón latiente azotándosele contra las paredes del pecho, levantó a su hija por los aires; locamente la agitó, la sacudió, la estrujó, la llamó a gritos, la besó, con besos empapados en lágrimas, ardientes por la fiebre, temblantes por el miedo.

La cabecita cayó sobre el pecho, inerte; los ojos entreabiertos no la miraron.

Él, tropezando con los muebles, el sombrero apabullado, el paletó abotonado hasta el cuello, el aspecto idiotesco, entró a la pieza procurando no hacer ruido para no despertar a la enferma.

¡Su hija estaba muy mala! ¡Qué dolor para el corazón de un padre! ¡Alcohol, más alcohol!

¡Vosotros no podéis comprender lo que un padre sufre cuando un hijo se le enferma!

Y tropezó con los cuerpos de su esposa y de su hija.

A la fuerza la arrancaron de junto al ataúd cubierto de coronas y ramos de frescas flores.

Nadie logró apartarla de la alcoba mortuoria. Siguió viviendo allí, en donde se moría.

Nadie intentó —¿lo hubiera acaso permitido?— vaciar la recamarita de todo aquello que de su hija muerta le hablaba: en su lugar la cama desnuda, en quietud la silla alta, en donde aprisionada para que no fuese a caer, sentaban ante la mesa a la criatura. Sobre la cómoda humilde, en absoluto silencio, la liliputiense niña de azules ojos, de cabello rubio y de manos diminutas y rosadas junto al pierrot de boca roja entreabierto que contiene el aliento para que no le salga su destemplado grito.

En un perchero, las prendas de vestir; la camisola llena de encajes, regalo de la madrina y aquella bata lila que ya no pudo estrenar.

Por el suelo los zapatillos blancos que tristes fruncen el entrecejo, hacen pucheros y van a llorar.

No se pueden olvidar las muecas graciosas que hacen los hijos para *caer en gracia* a los padres.

Y la manera tan especial de decir *papá, mamá...*

Pusiéronsele blancas las mejillas, como las de esas fotografías que tienen mucha luz y poca sombra; los labios blancos como si la muerte los hubiese besado. Y se le abrigaron los ojos negros que parecían único resto de vida en aquel rostro de muerte.

No hubo entre sus larguísimos periodos de tristeza, ni un pequeño paréntesis de alegría.

Al caer de una tarde triste, los pocos que la amaban, porque la conocían, sepultaron su cadáver, en un lugar apartado de la fosa de su hija, en el amplio cementerio.

Y cuando me contaron que por las noches en el panteón, la pálida luz de la luna tiñe el sudario de un fantasma que pasea por entre los cipreses y se escucha el rumor de sus pasos que alterna con los sollozos de las hojas secas que se deshacen bajo las plantas del

esqueleto, cuando me contaron que por las noches, la joven madre, despertando de su sueño de muerte, abandona su sepultura, recorre el vasto cementerio y va llorando fúnebremente hasta donde está su hija, a ofrecerle unas violetas, las margaritas y los miosotis⁶ que a su paso corta y arregla, yo que nunca he dado oído a los hombres ignorantes que relatan esos cuentos, yo que nunca he temido encontrarme con la sombra de un mi abuelo que me llame y que me toque, he sentido escalofrío y he dudado a mi pesar; la que me dicen que resucita noche con noche ¡es una madre que busca a su hijo!

⁶ *miosotis* o raspilla: planta herbácea de la familia de las borragináceas con espinas pequeñas revueltas hacia abajo en el tallo y flores azules, conocida como *nomeolvides*.

3)

¿QUIÉN SOY YO?¹

I

Fue ya inevitable; él había repetido sus burlas punzantes toda la noche, yo prometí castigarle si reincidía. Repitió su insulto y, en presencia de los amigos, a la salida del teatro, le abofeteé.

Mucha gente lo vio; entre ellos, su novia. El lance era indudable. Nombró sus padrinos y yo los míos.

Cuando ya en la madrugada me separé de los amigos para retirarme a mi casa, sentí, ¿por qué no confesarlo?, un miedo grande, muy grande.

Apresuré el paso; sentía recorrer mi cuerpo un fuerte escalofrío que me hacía estremecer. En las calles desiertas, resonaban mis pasos como en el interior de una caja; hubo un momento en que oí clara y distintamente los pasos de un hombre que corría en seguimiento, de puntillas, por cautela, después, una mano se posaba en mi cuello; me volví violentamente, nadie; y sin embargo, yo le había sentido a mis espaldas, corriendo tras de mí. Traté de convencerme de que el ruido había sido causado por un papel que arrastraba el viento por las baldosas de la acera. Una silueta se dibujó en la pared, y me horroricé. ¡Bah!, quizá hubiera sido mi propia sombra; acababa de dejar a mis espaldas un foco de luz eléctrica. Me habría olvidado de que tenía sombra, pero creo que no; aquella era larguísima y flaca, muy flaca.

Para dar vuelta a una esquina fui hasta la mitad del arroyo, el miedo que sentía era de algo indefinido; de algo no, de todo, pero de todo vago.

¹ Francisco Zárate Ruiz, “¿Quién soy yo?”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado, año V, t. II, núm. 9 (28 de agosto de 1898), pp. 170-171.

Me encerré en mi cuarto.

Seguía sintiendo mucho frío, el frío del miedo; parecía que allí en el interior de mi recámara nevaba miedo.

Quise leer, ya arropado en el lecho para entrar en calor; pero habría necesitado unas ropas de serenidad para calentarme.

Castañeteando los dientes leí algunos renglones. Algo se dibujó en la pared, algo siniestro; lo vi de soslayo, al volver la cara desapareció; volví a leer, y volvió a aparecer *aquello* moviéndose, como temblando; al dejar caer la mano se me ocurrió que podía ser el libro; eso era, ya lo sabía, y aun volví a colocarme en la posición en que estaba, para convencerme de que era el libro.

La vida de la vela se extinguió; lanzó un suspiro de luz una llamita que se fue, que voló quién sabe a dónde.

En la obscuridad de la pieza, había muchas luces de variados colores y figuras azuladas, como violetas luminosas; amarillentas, como lunas; rojas, como glóbulos de sangre ígneos; blancas; de todos colores, y varias incoloras. Bajaban en hilillos, como si del techo las arrojaran en cohetes, y atravesando el suelo, iban a estallar en chispas de obscuridad abajo, muy abajo, muy lejos.

Yo quería ver la obscuridad, nada más la obscuridad, y me cubrí la cara y la apreté contra las almohadas, pero los ojos seguían viendo todo aquello.

Después, como en caleidoscopio, pasaban muchos rostros haciéndome muecas, el de una joven, el de un niño, el de un viejo, el de otro, y otro más, todos viejos pero distintos, y se reían de mi angustia; debo haber estado ridículo en medio de mi espanto; sus carcajadas comenzaban ensordecedoras y se iban amortiguando hasta hundirse en el silencio, pero aún se oía, ya casi *callada*, la del viejo, cuando surgía la de una niña.

Después siguió el silencio y oía yo un rumor sordo, indefinible: el ruido del silencio. El silencio estaba formado por multitud de ruidos, que chocaban y se deshacían. Quería huir de todo, hasta de mí mismo. ¡Oh, mi ideal!, poder huir de mí mismo. Pugué en vano por

levantarme; parecía de hierro mi cuerpo y de pronto se alargó mucho, sobre todo las piernas, a lo lejos se veían convertidas en dos puntos las extremidades, ¡qué ansiedad!, yo quería recogerme; al fin lo conseguí y fue más de lo que yo deseaba. El cuerpo se metió en la cabeza, lo sentí muy bien; entonces podía yo menos levantarme; no tenía más que la cabeza que salía de las sábanas; más tarde ya sentí cuerpo, pero un cuerpo de aire. Vino un soplo, no sé de dónde y me impelió; ya estaba en pie.

El cráneo que estaba en mi buró me miraba, así como estaba siempre, sin ojos, pero yo sentía sus miradas abatiendo las mías, y oía la respiración de la maldita cabeza hueca; ya no estaba aislada, tenía su cuerpo, un cuerpo luminoso, fosforescente, que se incrustaba tendido sobre el buró, prolongado en el interior de la pared, era un cuerpo hermoso, formado por líneas, por curvas, nada más por curvas, ni una recta, era de mujer.

Junto a mí se oía un ruido, como si latiera un corazón, pero no era el mío, era probablemente el de la maldita mujer.

En el fondo de la pieza se oyó un golpe; no era el de la puerta, a pesar de todo la abrí, nada, y sin embargo, al volverme ya estaban sentados, esperando a que me arreglase, mis padrinos vestidos de luto.

Entonces me serené. Juro que ya no tuve miedo. Yo mismo me asombraba de mi valor. Bien pronto me encontré en el campo. Apenas había luz. Pasaban los ganados, silbaban las fábricas; ya se ve que podía fijarme en todos los detalles.

Se midieron las distancias, y se nos entregaron las armas... Hicimos fuegos a la señal, y caí sintiendo un dolor en la cabeza.

II

Al despertar, porque aquello sin duda fue despertar, me hallé en un cuarto de un hotel: tenía el sello especial que tienen los cuartos de los hoteles. Los ruidos llegaban amortiguados hasta mí, como llegan a la recámara de un enfermo: el toque de oración, la música de un organillo, los gritos de algunos vendedores. En casa debían de creer que yo había muerto.

Me apresuré a llegar para desengañarles. Mi madre sufriría mucho en aquellos momentos: era lo que más dolor me causaba, porque yo la amaba mucho, aun cuando ella no lo creía, porque, a pesar de las súplicas tuyas, yo seguía tomando alcohol y seguía inyectándome morfina...²

Las puertas estaban abiertas todas; había mucha luz en mi recámara. Muchas personas estaban sentadas frente a ella.

Mis padres, que se hallaban en el corredor, al verme corrieron a esconderse en su alcoba y cerraron la puerta. ¿Tan irritados estarían contra mí?

En mi recámara alguien rezaba.

En una cama, sobre las tablas desnudas, había un cadáver alumbrado por cuatro cirios. Al verme, huyeron gritando los que rezaban ¿Por qué me huían? Y aquel cadáver ¿de quién era?

Resolví levantar el lienzo humedecido que le cubría el rostro. Aquello era terrible, ¡para volverse loco! ¡El muerto era yo! Es decir, aquel era mi cadáver. Le alcé los párpados, nos vimos, pero nada más, no nos miramos, aquellos ojos estaban tristes, opacos, mudos, muertos.

No sé de dónde me había llegado calma. Le tomé el pulso a aquel cuerpo; no había pulso y estaba frío, rígido, no cabía duda, estaba muerto, ¡y era el mío! Entonces yo que estaba allí, yo que le buscaba el pulso al cadáver ¿quién era? Y levanté de nuevo el paño de la cara; sin duda era mi cuerpo.

Mi inteligencia estaba como una máquina eléctrica en acción, y relampagueaba pensamientos. ¿Éramos aquel cuerpo y yo –quiero decir, el que yo tenía en esos momentos

² Para la última década del siglo XIX la morfinomanía, como se le conocía a la adicción a la morfina, ya era un problema de salud mundial, si bien hacia 1898 en México no cundía en las clases bajas que, a decir de Antenor Lescano, era “incapaz de ocultar sus vicios”. El médico-literato escribió una reveladora tesis acerca de la morfinomanía, en la que destacan ciertos señalamientos respecto a los intelectuales; cabe mencionar que escritores como José Juan Tablada y el mismo Antenor fueron morfinómanos. Aquí un ejemplo: “Es, pues, notoria la influencia del desarrollo intelectual sobre la adquisición del hábito y no es de extrañarse si se reflexiona que los refinamientos que procura la morfina son tan delicados y sutiles que no pueden ser apreciados por inteligencias inferiores” (Antenor Lescano, *CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LA MORFINOMANÍA*, MÉXICO, 1898, p. 10).

vivo— dos *sinónimos* materialmente? Yo tenía cabales todos mis sentidos, completo cada uno, luego ¿eran el cuerpo muerto y el que yo llevaba los de dos personas iguales con un mismo *yo*, con una misma alma? ¿Éramos dos personas distintas y un solo *yo*? Si *yo* había muerto, ¿yo quien era?... Y corrí a golpear las puertas que habían cerrado mis deudos, mis dolientes, gritándoles: “ábranme, ábranme, ¿quién soy yo? ¡eh! ¿Quién soy yo?”

Al fin se abrió la puerta y dos parientes míos salieron, y luego otros más, y entre todos, ¡valientes cobardes!, trataron de asegurarme; me resistí, mas el número me venció. Uno de ellos me dijo, lo oí como entre sueños: “es necesario que se calme usted, váyase”. Yo podía atender a todo, en aquellos momentos vivía mucho, pero con esa vida acelerada, palpitante y muriente de los fragmentos de una serpiente acabada de despedazar. ¿Serían los últimos restos de vida del alma de aquel mi cuerpo muerto que se había *dualizado*?

—Bueno, pero ¿yo quién soy? Díganme y haré todo lo que ustedes quieran.

Entonces alguien dijo a mis espaldas: —¡Cuánto siento no saber quién fue! Está loco, está loco.

Llamaron a un guardia, ese atrajo con su silbato a otro, y otro más, y a muchos curiosos.

Yo seguía preguntándoles: —¿Quién soy yo? —pero aquellos imbéciles que me creían loco, ya lo habían dicho, sólo procuraban sujetarme.

Mis parientes, ¡siempre los malditos parientes!, hablaron algo con el inspector, y ni él, ni los escribientes, ni los practicantes me quisieron oír; unos, muchos de los curiosos, se reían de mí y me silbaban, algunos me veían con horror, otros me compadecían.

—Un espejo, un espejo —grité; se me había ocurrido que era lo único que podía salvarme; él sí me diría cuál era mi exterior.

No me hacían caso, y eso que con pies y manos golpeaba la puerta de mi encierro.

Al fin, quizá por ver si me tranquilizaba un poco, me llevaron un espejito, de esos de bolsillo ¡al fin iba yo a conocerme! Encendí una cerilla... ¡Qué horror! ¡Yo era mi primo! es decir, el cuerpo que llevaba yo, era el del que había dado muerte a mi otro cuerpo, al verdaderamente mío. ¡Caso extraño! yo me había matado, y sin embargo no era un suicida.

Aquella mano que entonces era mía, al disparar sobre mi cuerpo, aún no me pertenecía. ¿Y cómo fue aquello? ¿Habíamos muerto los dos, mi primo y yo, y había resucitado su cuerpo, pero con mi alma? Sí, eso debía ser; *había habido en los cuerpos una muerte*, la del mío, y una separación de alma, la de la suya. En el cuerpo de mi primo no había habido muerte; se había verificado una suspensión de vida mientras había estado sin alma, y luego vivía ya su cuerpo, pero con una vida que era mía. ¿Y el alma de mi primo? ¿Habría ido a meterse en mi cuerpo? No; era un *avatar*, avatar espontáneo, incompleto: aquel cuerpo que yo había visto era un cadáver, no tenía alma; en el fondo de aquellos ojos no la había; me habían visto como ven los ojos de los retratos, los ojos de vidrio de los muñecos.

Pensé en suicidarme, era el mejor medio de libertar a mi alma; pero reflexioné. Después de todo al que daba yo su independencia, porque era el esclavo, era al cuerpo. No, ese no era el medio de vengarme de mi matador, debía yo sujetar a *mi* cuerpo a muchos sufrimientos. ¡Cómo iba a golpear a mi primo! ¡Cuánto iba a hacerle sufrir! Hambres, vigiliass, enfermedades, todo lo sufriría con gusto, sólo porque era en el cuerpo de mi matador!...

A la mañana siguiente, tampoco quisieron oírme, “loco, loco”, repetían todos, y me trajeron a esta casa, donde —¡no lo saben bien!— me dan gusto, porque me maltratan.

Sólo a veces sufro y entonces sí soy yo quien sufre, porque pienso: y si no hay alma, y si todas son manifestaciones de la materia, entonces ¿quién soy yo? ¿Qué me ha sucedido? ¡Oh!, pero no quiero pensar en eso; entonces sí me volvería loco.

4) LA DEFUNCIÓN DE LA MUERTE¹

Para Bernardo Couto Castillo²

Había sido indultada; por tanto, aquella noche debía morir.

Aun cuando fuese con una segunda *encarnación* a presentarse en otro planeta, se la desterraba de la Tierra.

¡Cómo han sido injustos los que hasta hoy la han descrito!

Y es que ninguno la conocía.

Mentira que vista de esqueleto y que habiten nauseabundos gusanos en las concavidades de su descarnado cuerpo.

Por lo menos en esa noche estaba hermosa. En sus mejillas había color, en sus negros ojos había vida.

¿Era la herencia de la doncella sepultada el mismo día?

Llevaba luto por las víctimas suyas y un abanico blanquísimo formado con huesos de mujeres y finas vértebras de niños.

Iba al teatro; había una fiesta de caridad y el coliseo, de seguro, se llenaría de juventud, hermosura y riqueza.

El anarquista que no vio estallar su bomba, lo dijo: ¿Se habría muerto la Muerte?

¹ Francisco Zárate Ruiz, “La defunción de la muerte”, en *Revista Moderna*. Literaria y Artística, t. I, núm. 5 (1º de octubre de 1898), pp. 77-79.

² Bernardo Couto Castillo, cuentista mexicano. Comenzó su actividad literaria a los catorce años en el *Diario del Hogar*; perteneció a la Sociedad Artística y Literaria. Formó parte del grupo identificado como decadentista, integrado por Ciro B. Ceballos, José Juan Tablada, Alberto Leduc, Jesús E. Valenzuela y Julio Ruelas, entre otros. Se ha recogido en las memorias de sus contemporáneos que él fue el responsable del primer número de la *Revista Moderna*, publicación de la que posteriormente se hizo cargo Valenzuela. El único libro que publicó en vida fue el cuentario *Asfódelos* (1897).

Recibió la noticia de boca del viento, que fue el enviado, y comenzó a desandar la calzada. Pasó por entre los silenciosos árboles que, enfilados, la veían con respeto y sentían escalofríos en sus robustos troncos; se encaminaba a la choza que a lo lejos prendía su nota de vida en la negrura de la noche.

El labrador sintió nublársele la vista y una sofocación desesperante.

Al apagarse la luz de la lamparilla, por un golpe de viento, se le entristeció inmensamente el alma; sintió el paso de la Muerte y salió aspirando con avaricia el aire fresco de la noche.

Su compañero, el fiel amigo, partícipe de sus soledades, aullaba triste, larga, atterradoramente.

La enlutada Muerte, la siempre virgen adorada de los desgraciados, entró.

En un banco de madera vulgar tomó asiento; apoyaba sobre la mesa un brazo nítido, de una blancura sólo suya, blancura no maculada por las azulosidades de las venas que lucen las mujeres.

Reflexionaba.

Al fin, tras tantos siglos, cuando ya juzgaba eterna su condena, se la indultaba.

¡Cómo se alegrarían los hombres cuando lo supieran!

Si esa noche lo saben, de seguro se habrían aglomerado tras ella, a silbarle, a befarla, como lo hacen los pilluelos con los ebrios que se ponen en ridículo.

¡La Muerte muriéndose! ¡Qué ridículo!

Y ella se alegraba.

La noticia había venido con la tonalidad de lo nuevo, a romper la monotonía de su milenaria existencia.

Recordaba su advenimiento al mundo. Su caída, aquella caída, durante tantos siglos, que siguió a su expulsión del celeste paraíso.

Quién sabe qué crimen les atribuyeron los intrigantes de las antesalas del palacio celestial y se les expulsó cruelmente.

Fueron los ángeles caídos.³

No coparticiparon de sus mutuos dolores los calumniados de ángeles rebeldes.

Cada uno sufrió los suyos.

La desgracia no los unió; siguieron silenciosos descendiendo por siglos y siglos.

Los hombres los calumniaban también; a él, que en realidad es hermoso, unos cuernos y un rabo; y a ella... ¡miseria humanidad! como los convirtiera en asquerosos y terríficos esqueletos, la representaban así, por un horroroso montón de huesos que se cobija con manto negro y que empuña deforme guadaña segadora de vidas. ¡Repulsiva materialidad! ¡Oh, si necesitara de guadaña!...

La maldita, la implacable, la cruel la llamaban todos. Necios. Al principio, sí, comenzó con coraje, con desesperación, a cumplir su fúnebre encomienda y, hambrienta de venganza, mató con crueldad; se cebó en los buenos. ¿No era un virtuoso Abel?⁴

Mas después siguió con automatismos de sonámbulo en su tarea de abrir fosas, de coleccionar esqueletos. Y la Muerte, la virgen furiosamente deseada por los desgraciados, bostezó largamente.

Dejó caer su vista sobre la mesa y halló una botella de capitoso Gin.

Natural capricho; nunca había bebido alcohol puro, limpio; en los cementerios no lo hay. Sólo se encuentra el podrido que llevan los alcohólicos, los congestionados.

Y ella –¡qué vergüenza y qué asco!– en los momentos de supremo hastío, hidrófoba, había apagado su sed de alcohol, se había embriagado con ese aguardiente muerto, putrefacto, infecto, inclinándose sobre los cadáveres rebosantes de gusanos ebrios y sorbiéndoselos en nauseabundos besos.

³ “En el libro de Job, la figura de Satanás es la de un ángel de la corte celestial, que tiene confiada la misión de recorrer la Tierra y enterarse de todo lo malo que los hombres hacen para acudir luego a referírsele a Yahvé”. Por su parte, en el libro apócrifo *Vida de Adán y Eva* se narra la expulsión de Satanás, quien se negó a venerar la imagen de Dios en Adán por considerarlo inferior a él en tiempo y en naturaleza. Dios, indignado ante esto, ordenó que Satanás fuera expulsado del Cielo y de su gloria junto con sus ángeles (GRAN DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE LA BIBLIA, BARCELONA, 2014, p. 2265).

⁴ Abel fue el segundo hijo de Adán y Eva, de oficio pastor, ofreció sacrificios de animales a Dios; fue asesinado a causa de la envidia, por su hermano Caín. “En el nuevo testamento Abel es considerado como mártir de su fe y de su justicia” (*ibid.*, p. 10).

...Y bebió el ríspido Gin puro, limpio, deleitoso.

¿Habría en la Tierra quien como ella, hubiera matado a tantos hombres? Todos los que llenan las listas de sus posesiones: ¡todos los cementerios del mundo!

Nadie había sospechado su desesperación; pasaba por la Tierra repartiendo muerte a manos llenas y ella no podía morir; lo tenía prohibido. Acataba la orden, por temor de sufrir un castigo más grande, con la esperanza de alcanzar el perdón alguna vez y volver a su patria: el Cielo.

Y seguía amputando existencias y recibiendo por doquiera maldiciones. ¡Qué pocos la habían bendecido! Un pobre, un viejo, un sifilítico...

Si hubieran visto muchos jóvenes lo que les aguardaba en lo porvenir, en vez de la blasfemia que se había congelado en sus labios, una bendición los habría entibiado por la última vez.

Verdaderamente, ella había sido una loca; nunca había seguido una misma línea de conducta.

Y era que había cumplido con su condena –¡naturalmente!– como los condenados, en medio de desesperaciones inenarrables, o llena de hastío infinito. Nunca había elegido sus víctimas, tenía que matar y mataba, poco le importó a quien fuese; eso es lo de menos para el verdugo.

Había sorprendido muchos cándidos, cuando eran por rareza criminales y los había regalado a Luzbel, para aumentar los servidores en sus rojizos salones palaciegos.

Y a muchos que habían llevado vida desenfrenada, les había enviado tontamente – entonces se arrepentía– uno de sus emisarios, Cáncer, Tisis...⁵ y habían tenido tiempo de volver los ojos al cielo.

⁵ Se cree que el cáncer existe en México desde la época prehispánica, sin embargo, apenas a finales del siglo XIX se encuentran las primeras publicaciones mexicanas al respecto, entre ellas la del doctor Ricardo Suárez Gamboa sobre casos de cáncer uterino (José Rogelio Álvarez, ENCICLOPEDIA DE MÉXICO III, MASSACHUSETTS, 1993, p. 1283). // El siglo XIX es llamado “el siglo de la tuberculosis”, pero no sólo afectaba a los bohemios, sino que se extendía a amplios segmentos de la sociedad. Si bien, de todas las defunciones registradas fueron objeto de un diagnóstico médico apenas un 20 % en 1895 y 32 % en 1910, la tuberculosis causó más de 10 mil defunciones en 1896 y casi 13 mil en 1903, lo que representa un 3.75 % del total (Moisés

Cuando su rojo compañero de desgracia la sentía llegar, se alejaba dando por terminada su obra, para no tener que confesar que ya no podía más; que su lucha sería estéril.

Pero ella, ella sola era la verdadera reina, la omnipotente diosa; había ido dejando a su paso cadáveres, inmovilidad, putrefacción, la santa putrefacción, generadora de vida. Ella había jugado con la materia, como con el barro juegan los niños, forman muñecos y los deshacen para modelar otros nuevos.

Al fin, iba a morir; ya era tiempo. Estaba ahíta de destrucción y ansiaba el descanso. Y ¿a dónde iría? ¿Qué lugar digno de su grandeza elegiría para su tumba?

Y como si se la mostrara a sí misma, señaló con el índice aristocrático –dedo de mano regia– la faz dolorosa, entristecida, pálida, cadavérica, de la Luna, que espiaba por la ventanilla entreabierta.

Mausoleo soberbio. Pero ¿habría habitantes allí? ¿Los selenitas tendrían su muerte? ¿Y si no había un ángel de destrucción y llegada ella volvía a comenzar su tarea de homicida universal?

Ya no quería matar; ¿los mismos matoides⁶ no sentirán algún día deseo de no matar más?

“Mi muerte constituye un nuevo género de venganza; llevo sobre mis espaldas esqueletosas –y rió con macábrica risa, empezaba su agonía– el odio de un mundo entero”.

Iba a vengarse dejando a los hombres que fuesen inmortales. La vida jugaría con ellos; travesearía en sus cuerpos; les prendería pústulas hinchidas de pus; les arrebataría la fuerza a sus miembros; les pintaría de blanco las cabelleras y les dibujaría con el mismo cutis, en

González Navarro, “LA VIDA SOCIAL”, MÉXICO, 1985, pp. 52-61). En las últimas décadas del siglo XIX hubo avances importantes en el conocimiento y tratamiento de la tisis, como se le llamaba también a la tuberculosis, siendo el más notable el descubrimiento del bacilo causante de la enfermedad, por Robert Koch, en 1882. El tratamiento, durante la segunda mitad de ese siglo, consistía en normas generales higiénicas que incluían la alimentación, el aire puro, de la costa o subalpino, la gimnasia y los baños de río (cf. José Antonio Maradona Hidalgo, TUBERCULOSIS, OVIEDO, 2009).

⁶ Enrico Ferri le llama “matoide”, nombrado así también por Cesare Lombroso, a un tipo criminal que se caracteriza por no estar completamente sano, ni completamente loco. “Estos medio locos son los que cometen los crímenes sangrientos más atroces y más repugnantes, con una frialdad que procede justamente de su organización patológica, sin motivo aparente o proporcionado a su efecto” (Enrico Ferri, SOCIOLOGÍA CRIMINAL, BOGOTÁ, 2007, p. 148).

el rostro, una *calavera viva*; los haría viejos, muy viejos, eternos, y se desesperarían y desearían morir, y no podrían, ¡sería su mejor venganza de aquellos que la maldecían a diario!

Al fin quiso morir. Pudo haber sido la suya una occisión, pero no; deseó probar las congojas, deseó experimentar las angustias que había visto en todos los que había poseído – siempre Virgen inviolada e inviolable.

Quiso comenzar a morir y entró en la agonía; cayó del banco al terrado de la choza; la metamorfosis fue completa y horrible; se contrajeron los músculos de su rostro en gestos macabros; los gemidos roncós que se escaparon de su pecho repercutieron con tremantes ecos en los más recónditos parajes de la Tierra. Las miradas fosfóricas de sus negros ojos, en los parpadeos agónicos, alumbraron con resplandores de relámpago el mundo entero.

Sus dolores los sintió la tierra, que por todas partes se abrió en negras grietas, como carne corroída por el cáncer.

Las torres más altas y más fuertes, sintieron vértigos de anémico, se bambolearon, e inclinando la cabeza, se desplomaron inertes.

Su estertor se oyó como si fuese el estertor de una legión de moribundos. Sus convulsiones convulsionaron todo el planeta con movimientos de terremoto.

En los cementerios, los muertos golpearon hasta despedazar las paredes y las tapas de las tumbas.

Y arrojando miradas de fuegos fatuos por las huecas fosas orbitarias, llenas de pestilencia; en medio del ruidoso traqueo de sus miembros móviles, sueltos, corrieron avergonzados en busca de carne con que cubrir las desnudeces de sus huesos.

El alfeñique humanidad se estremeció con terror pánico.

El mundo se arrodilló implorando misericordia.

Y la Virgen furiosamente deseada por los desgraciados, la Muerte inviolada e inviolable, se hundió, murió llevándose entre sus dedos, crispados por la agonía, millares de vidas, millares de hombres.

Todo había concluido. Naturalmente no hubo quien le arreglara funerales.

5)

CUENTOS DEL MANICOMIO

AMNESIA¹

¡Se me ha fugado! Lo imaginaba y lo temía, que me dejara muy pronto, pero no así; esperaba que muriese al fin, víctima de la terrible anemia que la iba consumiendo; nunca que me abandonase criminalmente. Se ha ido, escapándoseme cuando menos lo esperaba; su plan estaba bien preparado, su artificio me engañó; no conocí su acecho. ¡Hoy que tenía más esperanzas de que volviera a serme fiel! Estuvo tan amable, tan complaciente, a todo accedió, y entré en el sueño tranquilo, y ¡qué horrible despertar!, ha huido; no tiene duda; su casa está deshabitada. Siento aquí el hueco que me dejó; siento su vacío; me duele el hueco; experimento los dolores que tienen las flores, cuando dedos femeninos, criminales, les arrancan las hojas.

La he sentido salir como si en una incontenible hemorragia, a causa de la ruptura general de arterias y venas, se me escurriera la sangre por todos lados –la he sentido salir a borbotones por los oídos, por los ojos, por la boca, hasta por las puntas de los dedos.

Los ojos, los oídos... ¡Ah, traidora! acostumbrada a ver entrar por allí tantas sensaciones de que ella era mi depositaria, por allí mismo se me ha fugado.

Infame, engañosa, mujer y ladrona; se ha llevado mis secretos; me roba mi pasado. ¡Ya nada sé! ¡De nada me acuerdo! ¡Tengo una cabeza acéfala! ¡Un hombre sin memoria! ¡Qué horror!

¹ Francisco Zárate Ruiz, “Cuentos del manicomio. Amnesia”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado, año V, t. II, núm. 15 (9 de octubre de 1898), pp. 290-291. Aunque fue publicado bajo el título “Cuentos del manicomio”, este texto no se recogió en el volumen homónimo.

Yo pienso bien, ¿no es cierto?, discernio con claridad, comprendo con exactitud, pero ¿y qué?, si para mí no existe el recuerdo. ¡Ah! sólo uno me dejó la maldita; el de su huida, ¿por qué no se lo llevó también?

¡Pobre Andrés! ¡Si yo hubiera atendido sus indicaciones!

Me lo dijo cuando, temblando, con el corazón que me saltaba como un desesperado, con las manos sudorosas y los labios pálidos y secos –asustado como una mujer–, le conté los primeros síntomas:

—Higiene, higiene, agua fría; alimentos sanos; ningún excitante; nada de poesía en las bebidas, nada del licor que hace la vida más intensa y acerca más a la muerte. Campo, mucho campo y neurosina! ¡Ah, los nervios!

La mano que en horrible crispatura oprime el puñal y rompe el corazón, el cuerpo que azota contra los muros en ridículos tambaleos y, perdido el centro de gravedad, cae en la acera; la planta que se estremece al oír silbar el viento, la casa que tiene cimbramientos hasta sus entrañas: ¡nervios! ¡nervios!

¡He ahí el enemigo!

¿Y qué hace la ciencia que no descubre la manera de hacer una neurotomía general?

¡Nada de excitantes!, no acelerar la tediosa y monótona vida, no vivir en otro mundo; vivir siempre despierto, no vibrar a los inigualables placeres cerebrales, y el campo, la naturaleza, lo normal; desesperante monotonía y neurosina; si la medicina fuera eficaz, a ningún ciudadano francés le faltaría en su casa.

—Degenerescencia. Degenerescencia, y ¿el libre albedrío?²

—¡Bah!

² En 1892 se publicó el libro *Entartung*, que en español se tradujo como *Degeneración o Degenerescencia*, de Max Nordau “[...] polémico volumen contra el decadentismo que había causado revuelo entre la intelectualidad americana y española [...]. En esta obra, el médico y escritor húngaro se ocupaba de los artistas modernos, a quienes consideraba „grafómanos”, es decir, locos que escriben por impulsos similares a los que mueven a los criminales” (Blanca Estela Treviño García, “LA MIRADA COMO INVENCION”, UNAM, 2004, p. 86).

La gradación fue aborrecible. Primero insomnio, viendo claro en la oscuridad de la noche cómo los muros, arrastrando la puerta y la ventana, los tapices y los cuadros, bailaban ridícula y desvanecedora danza. Y era cierto que danzaban, las maderas de las puertas crujían con el movimiento.

Otras veces, era yo el que con todo y lecho recorría la pieza iluminada por luz fosfórica; ya no estaba como antes negra, ya el espejo no era un cómplice de la negrura, y no sólo retrataba esa oscuridad de la alcoba, sino que reproducía por millares, como si hubiera tenido enfrente un compañero, todos los objetos.

El ronco rumor de los árboles despertados por el viento, el aleteo y el canto del gallo en el próximo corral, las voces quejumbrosas, semi-humanas, de los gatos en el patio, el vuelo de un moscardón que se quedara, por distraído, preso en la recámara, me provocaban el salto sobre la cama y me aceleraban los latidos del corazón.

¡Qué de temores pueriles, qué de sobresaltos femeninos!

Ya rendido conciliaba el sueño. ¡Y qué sueño! No el sueño pesado, espeso, que repara el sistema nervioso; no, un sueño lleno de ensueños. ¡¡Aún dentro del sueño había insomnio para mí!!

Exageradamente empequeñecido, emparedado en una canica, rodaba; unas veces la cabeza contra el suelo, otras hacia el Oriente.

Ora era un viaje *julivernesco*³ por los aires, y subir, y subir; ora el descenso, rápido, con sofocación y vértigo, abajo, muy abajo de la superficie de la Tierra.

Allí, miríadas de monstruos marinos y terrestres en estrecho maridaje. Ejemplares nunca vistos en la fauna de la Tierra.

Rocas animadas que reían con *risa de piedra*. Plantas vestidas a la europea sacando a guisa de cabeza por el cuello de la casaca, una hoja enorme de múltiple coloración.

³ Alusión a la novela *Le Tour du Monde en Quatre-Vingts Jours* (1873), de Jules Verne; quien también escribió *Voyage au Centre de la Terre* (1863), *De la Terre à la Lune* (1865), *Vingt Mille Lieues Sous les Mers* (1870), entre otras obras.

Un lagarto grandísimo, antediluviano, se me acercaba a paso lento para mayor martirio, saboreándome de antemano, luciendo sus bien alineados dientes, dientes *goliates*,⁴ amarillentos, sucios y afilados entre lágrimas y sollozos, contra las osamentas de sus víctimas. Y yo sin poder moverme; ¿por qué?, quién sabe, pero yo no podía correr, huir, salvarme. Y después, dentro de sus gigantescas fauces, enormes telarañas tendidas de mandíbula a mandíbula, y los insectos en difíciles actos de acrobacia.

Sentí cómo me tragaba. En su vientre gigantesco, crótalos asquerosos destilaban en mi rostro, por su lengua puntiaguda, y por sus dientes desiguales, movibles y huecos, baba pegajosa, emponzoñante y amarga.

Enrollaban en mi cuerpo los suyos anillados, parduzcos o verdosos y fríos, muy fríos, más fríos que el hielo.

Diablillos que por sus bocazas –vomitando fuego–, se acercaban cabriolando hasta mi cabeza, y me encendían el cabello, y me perforaban con barrenas el occipucio. Duendes y tragos que se me entraban por la boca y celebraban extraño festín dentro de mi cráneo, con inusitada algazara, en escandalosa embriaguez. Brujas que, vampiros humanos, revoloteaban cerca del techo y de las paredes del intestino del ofidiano,⁵ de cuando en cuando con las membranosas alas negras, me azotaban la frente, haciéndome estremecer.

¡Oh!, qué hubiera dado por detener aquella imaginación que volaba, volaba, pajarraco nocturno; ¡qué hubiera dado porque durmiera mi pensamiento, cuando yo durmiera!...

Cuando mi sirvienta me habló, me pareció que con una red de finos hilillos de frío me envolvían el cuerpo todo.

¡Qué asombroso parecido!

⁴ Referencia al personaje bíblico Goliat, quien ha sido descrito tradicionalmente como un gigante (Samuel 17, 4-11).

⁵ El término ofidiano se refiere al grupo taxonómico de los ofidios, al que pertenecen todas las especies de serpientes, se caracterizan porque la constitución del cráneo permite una enorme abertura de las mandíbulas y la ausencia de cintura les permite ingerir presas de gran volumen (DICCIONARIO DE BOTÁNICA Y ZOOLOGÍA, BARCELONA, 1996, p. 268).

Me figuraba que era el saurio que se me acercaba a paso lento para mayor martirio, saboreándome de antemano; luciendo sus bien alineados dientes *goliates*, amarillentos, sucios y afilados entre lágrimas y sollozos, contra las osamentas de sus víctimas...

Más tarde, muchos sueños, muchos. Yo tenía todas las noches una pesadilla horrible, muy horrible, y siempre la misma –estoy seguro–, pero sólo en el sueño sabía cuál era. A la mañana siguiente... ¡nada! ni un recuerdo; sólo sobre el cerebelo una lápida de mármol y en el cuerpo una insufrible flacidez. ¡Ajenjo! ¡Ajenjo!⁶

Terrible confusión entre las personas que realmente existían, y me habían sido presentadas, y los extraños seres engendrados por mi excitado cerebro loco, en nauseabundo contubernio con la noche sombrasa y larga, muy larga y estrecha como mujer tísica.

Esfuerzos de titán con éxitos de enano para recordar una fecha histórica, el nombre de algún héroe. Después, el olvido de lo que intentaba hacer en el momento de ir a llevarlo a la práctica.

¿Qué hice ayer? ¿Qué hice?, y ella, muda; ella que debía saberlo, sin contestarme, causando mi desesperación.

En verdad que era injusta al tratarme así, porque el día anterior, no me había embriagado como otros, casi hasta la comatosidad.

¿Las aguas del Leteo contendrían alcohol?⁷ Y, cada vez, estrechándose más el círculo de mis recuerdos, el presente viniéndose encima, lo pasado perdiéndose en la bruma del

⁶ *ajenjo*: también conocido como absintio, es una bebida alcohólica elaborada con la planta del mismo nombre a la que se le atribuyeron efectos alucinógenos. “Debido a su coloración verdosa, el ajenjo fue identificado inmediatamente con poderes devastadores. ¿Quién los encarnaba? Naturalmente una entidad femenina: se le llamó el Hada Verde [...] De los estimulantes alcohólicos, el ajenjo fue la bebida más prestigiada del siglo XIX y la que permea tanto a la clase obrera como a los más refinados intelectuales” (Vicente Quirarte, “CUERPO, FANTASMA Y PARAÍSO ARTIFICIAL”, MÉXICO, 2001, pp. 26-27).

⁷ Leteo, también conocido como Lete, es uno de los ríos del Hades donde beben o se bañan los muertos para olvidar su vida anterior (Constantino Falcón Martínez, DICCIONARIO DE MITOLOGÍA CLÁSICA 2, MADRID, 2000, p. 373).

olvido, cubriéndose como por una capa más y más densa de polvillo negro. Sobre mi pasado caía una lluvia de hollín como la que cae en las inmediaciones de Newcastle.⁸

Desapareció mi infancia; perdí la inefable consolación de vivir entre compañeros, verdaderos socialistas –lo de uno era de todos– entre almas niñas, con risas y juegos puros.

¿Comprenden ustedes mi suplicio? ¿Se explican mi desesperación? ¿Verdad que eso era para volverse loco?

Bien luego se me borró toda noción de mi adolescencia; pero ¿yo había sido joven alguna vez?

¿Y no creen ustedes que también para pensar, para acordarse de lo porvenir se necesita la memoria? ¡Yo estaba condenado a un presente inacabable, eterno! ¡Qué estrechos límites para una vida! Vida... ¡sin pasado ni porvenir!

Y la medicina, inútil; los fosfatos, impotentes; ineficaz el contraveneno; estériles los ejercicios gimnásticos de la mnemotecnia.

Un terror grande, un miedo espantoso, agobiador, se apoderaba de mí al pensar en la locura como epílogo inevitable de todo eso.

¿Al cabo se cumpliría el pronóstico general? ¡¡Loco!! ¡¡Loco!!...

Ya no hubo más transiciones violentas de una tristeza tan honda como inmotivada, a una alegría explosiva, gritante, que se traducía en gestos, saltos, cantos y abrazos injustificados a algún amigo. Se apagó el ansia inmensa de algo indefinido: mi memoria era lo que yo pedía; su falta, mi obsesión.

Los días se hicieron más tristes y más largos. Una atmósfera fúnebre me envolvió; un aspecto romá[n]tico indignante, me bañó.

¡Cómo envidié a los buenos burgueses hiperémicos,⁹ despidiendo felicidad por sus carnes abundantes! Y el opalino talismán perdió su virtud; nunca volvió a reanimarme; no

⁸ Newcastle Upon Tyne es un condado de Inglaterra ubicado en la región noreste. Debe su importancia industrial a los yacimientos de carbón, gracias a los cuales se desarrollaron numerosos establecimientos metalúrgicos y fábricas de productos químicos, cristal, armas, maquinaria y carruajes. Su nombre proviene de la fortaleza llamada Newcastle construida por Robert II en 1080.

volvió a darme una caridad de energías que ¡ay! duraban un minuto. Desde entonces hacen triste el absintio; parece fabricado en algún cementerio; lleva hálitos de muerte.

¿Cómo arrancarme aquella placa marmórea que pesaba tanto y me dolía tanto? La imaginación, movediza unas veces, como ventilador eléctrico, giraba y giraba sin que yo pudiera detenerla en algún objeto determinado; otras, apenas podía moverla, pesaba como la rueda de hierro de una máquina enmohecida.

¿Enmohecida? Sí, sí, eso me decía Andrés, que había dejado enmohecer mi memoria; las celdillas nerviosas psíquicas habían ido perdiendo su estabilidad, pero repitiendo la irritación responderían al fin. ¡Necias teorías!

Es necesario no desperdiciar este resto de recuerdo que me ha dejado la odiada Mnemósine,¹⁰ como la estela de perfume que dejan las mujeres tras de sí.

Si al menos como Moirisse¹¹ hubiera llevado un libro de memorias, tendría allí mi historia, y no sólo este proceso de mi desgracia...

Un día: —¿No me conoce usted? ¿No se acuerda de mí? —me dijo, y en efecto, no sabía quién era aquel hombre, como no lo sé todavía; ¡un discípulo de los preferidos, un íntimo! Y citó fechas y nombres de amigos y de parientes míos a quienes yo no recuerdo. Luego, estaba irremisiblemente perdido, condenado sin esperanzas de indulto.

Y dentro de unas horas, no sabré quién es mi madre, ni mis parientes; quiénes mis amigos, cuáles mis enemigos. ¡Maldición! No me podré proporcionar el placer exquisito de la venganza.

Yo he deseado a algunas mujeres, pero ¿cuáles?; tengo una amante, ¿quién es?

⁹ La hiperemia se define como la “presencia de un exceso de sangre en un vaso o porción corporal. La hiperemia puede estar causada por el aumento del riego sanguíneo el bloqueo de la parte afectada” (Michael Kent, *DICCIONARIO OXFORD DE MEDICINA*, BARCELONA, 2003, p. 380).

¹⁰ Mnemósine, especie de diosa montaña, personificación de la memoria; Zeus se unió a ella durante nueve noches consecutivas, engendrando de este modo a las nueve musas (C. Falcón Martínez, *op. cit.*, p. 420).

¹¹ S. E. Moirisse, seudónimo del periodista Trueba. Dirigió la revista *Crisantema* en 1896, año en el que también colaboró para la *Revista Azul* (María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, *DICCIONARIO DE SEUDÓNIMOS*, UNAM, 2000, p. 826).

Y tendré que preguntar cuál es mi nombre, cuál es mi patria, y me creerán loco, y me mandarán con los locos ¡y me volverán loco de veras!

Pero veamos; si no se me hubiera escapado, si este molde suyo que siento, lo hubiese dejado porque se había escondido en algún rincón de mi cerebro para burlarse de mí; que se haya enroscado como una serpiente en algún hueco del cráneo y acaso pronto se desenrolle. ¡Entonces... sí, ya sé!, cuando los recuerdos se desaten en catarata, me despedazarán la razón; mi cabeza estallará y... ¡siempre el manicomio! ¡Loco! ¡Loco!

Pero yo quiero que vean esto, que sepan que no lo estoy; que soy un amnésico. ¡Si olvidara también dónde tengo este libro!; ¿si en un acceso lo despedazo?

¡Una medicina! ¡Una medicina! ¿En dónde venden una memoria? ¿No hay en la terapéutica una fórmula para este caso? ¿No hay quien me pueda inyectar memoria? ¡Maldito manicomio! ¡Yo no quiero ir allí! ¡No quiero! ¡No estoy loco! ¡No estoy loco!...
¡No estoy loco!

6)

CUENTOS DEL MANICOMIO

¿HOMICIDA?¹

Es el ronquido horrible, el estertor humano de aquel maldito animal; sí, por mi desgracia lo oigo dentro de mí a todas horas.

¿Lo oye usted? Pero no; usted no puede oírlo. Y ¿no sería posible por algún medio hacérselo oír a los demás?...

...Y acaso sería inútil, porque los señores curiales se han empeñado en cometer una injusticia.

Pero ya pasó. Volvamos al asunto.

¿Que si me empeño en seguir sosteniendo eso que ustedes llaman fábula?, ya lo creo; es la verdad; yo no he dado muerte a una mujer. He estrangulado eso sí –una venganza justa, exquisita, dulcísima– a mi gata morisca; pero yo lo sé bien, no hay en el Código un artículo para castigar el asesinato de una gata.

Usted no puede pensar como los demás, porque no es vulgar.

Mis defensores se empeñan en demostrar que estoy loco para que no me lleven a jurado. ¡Vaya una manera de defender!, pero usted hará justicia, usted informará en conciencia y me entregará a los jueces; y el jurado, usted lo verá, el jurado me absuelve:

¡Si no pueden, si no deben condenarme!

Verá usted:

Aquello era ya una burla. No esperaban la noche para deslizarse fuera de sus diminutas cavernas, cautelosamente, sus cuerpecillos color de sombra; no, a todas horas, en pleno día

¹ Francisco Zárate Ruiz, “Cuentos del manicomio. ¿Homicida?”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado, año V, t. II, núm. 23 (4 de diciembre de 1898), pp. 423-424. Aunque fue publicado bajo el título “Cuentos del manicomio”, este texto no se recogió en el volumen homónimo.

se les veía trepar por mi mesa y por mis estantes, asiéndose con sus rosadas manos a los lomos de los libros o a las molduras del mueble.

Y después, en mi habitación, siempre tranquila, ese ruidito que hacían sus dientes, dientes de roedor, contra las hojas de los pobres libros, rasgaba por todos lados el silencio.

Y un día, la sirvienta la llevó. Fue en la mañana, cuando me aseaba para salir.

No corrió a esconderse temerosa bajo algún mueble; subió confiadamente a una vieja poltrona y se instaló allí como un amigo que visita a otro.

Atentamente me observaba; y como vergozanda de que su pelaje parduzco no estuviese bien limpio, comenzó también su *toilette*; se pasaba la mano repetidas veces por la cara y se asomaba a inspeccionarse el pecho, luego, como para consultar, me miraba y volvía a su tarea.

No me causó mala impresión. Hasta llegué a acariciarla. Enarcándose me dio las gracias.

Y eso que nunca fui amigo de los animales domésticos.

Siempre he gustado de ver tras las rejas de una jaula, al majestuoso carnicero revolviéndose inquieto, bramante, furioso por no ser libre y no poder hincarme sus zarpas y sus dientes; las caricias torpes, empalagosas, del perro que nos retrata en el traje sus manos asquerosas, oh... siempre me han repugnado.

Llegó la noche.

¿Por qué llegó?

¡Qué felicidad! Ya los roedores no turbarían mi sueño travesando sobre mi cuerpo, no cenarían con las estalactitas de la bujía, ni la agrietarían por todos lados con sus mordiscos.

Si, desesperado por el insomnio, encendía luz para leer, ya no los vería corriendo junto a las paredes en busca de sus madrigueras, deslizándose rápidos, silenciosos como si sólo fueran siluetas, aéreos, fantasmagóricos.

Acaso ni saldrían. Dicen que les *huele a gato*.

Soñé con el silencio.

Pero ¡ay! así como lo oigo ahora, así lo oí aquella noche; mire usted cómo se me erizan hasta los pelos de la barba.

No era el ronquido natural de todos los gatos. Era un ronquido estertoroso, era la queja acompañada de un enfermo que dormita. Un lamento salpicado de ronquidos. Lo principal era el lamento y sólo como la armonía el gorgoriteo, el ronquido espumajoso de esos felinos domésticos.

Más aún; ¿sabe usted?, como si en una misa de *requiem*² el mismo muerto rezara y los frailes le hicieran coro con sus voces cavernosas.

Los ratones me pisaron.

Tuve paciencia; la desperté moviéndola sobre la poltrona –me causa horror aquella poltrona cuando la recuerdo.

Tendría alguna pesadilla. ¡Pobre!

En efecto me miró, como las personas a quienes se despierta repentinamente cuando tienen una pesadilla.

Después se desperezó y acurrucóse de nuevo.

Cubierto hasta la cabeza, entrecerrando los párpados, comenzaba a ensombrecérseme la inteligencia, y de nuevo se levantó en medio del silencio el maldito quejido.

Pero ¿qué tendría aquella gata? ¿Padecería algún mal físico? ¿Qué sufrimiento moral la turbaría el sueño?

Otra vez, y otra más la desperté, me veía tristemente y volvía a hundirse, volvía a perderse en aquel, para mí, insondable océano de su sueño.

Y siempre, en medio de la silenciosa obscuridad, se alzaba aquel lamento salpicado de ronquidos, como se yergue en medio del templo obscurecido por negros paños, el catafalco cuajado de flamas amarillentas, severas, tristes, pavorosas. El silencio era un paralelepípedo

² *requiem*: “Composición que se canta con el texto litúrgico de la misa de difuntos o parte de él” (DRAE). A la *misa de difuntos* también se le conoce como *misa de réquiem*.

truncado, ¡ay!, muy irregularmente, espantosamente truncado por la voz de aflicción de aquella enferma; porque de seguro estaba enferma.

Entonces sentí curiosidad: sería útil saber qué enfermedad era la que provocaba en un gato ese quejido humanizado; un caso patológico curioso.

Y la dejé pasar en mi pobre cuarto el resto de la noche, a costa de mi tranquilidad.

¡No estaba enferma!

¡Me repugnó y la odié!

—¡Llévatela, lejos de aquí, y regálala, mácala, haz lo que quieras de ella, pero que no pase aquí la noche; prefiero los ratones, aun cuando me devoren hasta a mí mismo —le dije a la vieja, y se la llevó envuelta en un saco.

Al llegar tranquilo en busca de mi duro lecho —es higiénico, ¿verdad doctor?, el colchón duro— allí estaba, allí instalada en su poltrona favorita.

Óigame usted: si todavía está en casa esa poltrona, que la quemen; no quiero encontrarla ahora que vuelva.

Se levantó y, encorvándose, alargó la mano izquierda como lo hacen algunos chiquillos para saludar a sus conocidos.

La vieja sirvienta me lo dijo: la había llevado por la tarde muy lejos, a la casa de una comadre, y al anochecer había vuelto.

—Pobrecita, no la eche usted, mire cómo vino de tan lejos; quién sabe si ahora no lo moleste.

Y yo pensé: “en verdad, quizá esta noche esté más tranquila. Puede haber sido pasajero ese estado de excitación nerviosa. Veremos”.

No sé si fue que me venció el cansancio o realmente ella estuvo tranquila en las primeras horas, pero después comenzó.

Al principio, entre sueños, fue como el ruido que hace un insecto que se nos mete en una oreja y fue creciendo, creciendo.

¡Ya!, el mismo quejido, el mismo ronquido estertoroso, el mismo lamento de muerte y, haciéndole coro, los ratones en los libros; algunas veces, me parecía que con una risita chillona se burlaban de mí.

Calculé en la obscuridad adonde estaba la poltrona, y ¡zaz! le arrojé la novela que estaba en mi buró. Lanzó un quejido débil: ¡ese sí era de gato!

Y cada vez que el lamento maldito volvía a revolotear, como asqueroso murciélago por la alcoba, le asestaba un nuevo golpe; la bujía, la palmatoria, rollos de papeles y, en el paroxismo de la desesperación, hasta mi despertador, fueron a rodar sobre ella o en las inmediaciones.

Afortunadamente amaneció aquel día más temprano que otros.

...No parecía guardarme rencor. Me miraba con pupilas tiernas, inmensamente tiernas.

¿Se ha fijado usted alguna vez como miran a su amante las mujeres ofendidas por él mismo, cuando va a llegar la reconciliación? Pues así.

Alguna vez me pareció que salían de su pecho suspiros que procuraba ahogar. ¿Ese dolor que sofocaba durante el día en la plenitud de sus facultades, era el que por la noche, cuando la fatiga la rendía, hacía explosión?

A menudo me dirigía sus miradas, con aquellos ojos extrañamente brillantes y atractivos como los de una tísica.

Llegué a pensar si estaría aquella hembra enamorada de algún hombre y, generalizando con falacia, en su rudimentario intelecto, como lo hacen los niños que llaman *papá* a todo hombre que ven, me confundiría con el objeto de su amor.

No comió; en su poltrona pasó largas horas arrojando por la ventana sus miradas pardas y dejándolas ir a perderse a lo infinito.

...Allí la encontré de nuevo la tercera noche.

No iba con excitaciones, nada de estado morboso; en estado normal.

No bien sepulté la luz de la vela en la obscuridad de la alcoba, cuando brotó de su pecho el maldito quejido. Culebreaba por el suelo o trepaba hasta el techo por los ángulos

diedros de mi aposento como lo hacían las ratas, o salía en espirales que se elevaban como el humo, y así, así era, gaseoso, transparente, pero negro, muy negro.

Lamentaciones de joven enferma, dolorosos quejidos de mujer moribunda, pero muy humanos, más, sobrehumanos; como la voz de un muerto que reza en su misa de *requiem* y le hacen coro los frailes con voces cavernosas.

¿Qué me importaba ya averiguar qué ejército de fantasmas pasaban bailando danza macabra ante sus pupilas romboides, cuando corría el telón de sus párpados?

Sus dolores me hacían sufrir, por egoísmo; yo siempre he sido muy egoísta. Aunque ¿quién es altruista en el fondo, sinceramente?

¿No cree usted que puede haber habido desequilibrio en sus facultades mentales, doctor?

¡Figúrese usted, qué ridículo! Con mi traje blanco de dormir, pisando sin hacer ruido, y con la mano derecha, cogida por la parte posterior del cuello, para que no me causara daño la endiablada gata, esa endiablada.

¡Aquello fue horroroso!

Ya no era el quejido de niña enferma, de mujer moribunda.

Era grito desesperado de mujer furiosa.

Algunos congéneres suyos, atraídos por los gritos llegaron.

¡Imbéciles!

Tomaban aquellos lamentos por los aullidos de la hembra en celo.

Se le acercaban y se les arrojaba encima, llena de odio, fiera, aterradora, y los hería.

¿Podía yo acaso dormir?

Le abrí.

A pesar de que sus gritos eran de mujer, usted comprende que no es fácil confundir una gata con una mujer, digo por el tamaño. No tenía remedio.

Yo no tendría temores de que viniese como en el *Gato Negro* a retratarse la figura de la víctima en la pared que estaba a la cabecera de la cama. No me arrepentiría como Poe en su

personaje, de haber ejercido esa venganza justa.³ Como el par, tío de Byron, que colgó del cielo de su cama la espada con que dio muerte a un pariente suyo, colgaría yo la calaverilla de la gata.⁴

¿Usted ha visto un cráneo de gato? Son curiosos ¿verdad?

Y lo hubiera hecho, si no me hubieran aprehendido.

¡Qué justicia!

¡Pobre país!

Si no fuera porque deseaba dormir y porque tenía miedo de salir con las manos acardenaladas, la hubiera dado muerte con crueldad, como dicen los timoratos.

¡Cómo me habría deleitado con sus sufrimientos!, ya que ella me había causado tantos.

Primero un pinchazo en la nariz, luego sacarle un ojo; el otro no, para que pudiese verme a mí, a su verdugo; perforarle la lengua, cortársela y prenderla en sus propias garras; y para burlarme de ella, con su propia mano, separada ya, acariciarle la carilla para lavársela. Y luego sacarle el corazón para saber cuál era la causa de sus dolores.

¡Ja, ja, ja! Ahora sí creo que me estoy volviendo loco.

¡Ah! Si no hubiera códigos y jueces, y policías, vería usted cuántos hombres mataban a otros así, con esa crueldad. Yo no; ¡yo no he matado a esa mujer!

Fue obra de segundos.

³ Referencia a *El gato negro* de Edgar Allan Poe, que apareció traducido por primera vez, en México, en 1874 por Adolfo Llanos, bajo el título *Historias extraordinarias*, en el folletín de *La Colonia Española* (cf. Sergio Armando Hernández Roura, LA RECEPCIÓN E INFLUENCIA DE EDGAR ALLAN POE, BARCELONA, 2016, p. 371). A diferencia del personaje de este relato, el de Poe siente remordimiento al asesinar al gato porque desde el comienzo se confiesa amante de los animales. La referencia a *The Black Cat* resulta reveladora de la fuerte influencia que ejerció el escritor estadounidense en la obra de Zárate Ruiz, lo que se confirma al leer y comparar ambos cuentos (cf. Edgar Allan Poe, “EL GATO NEGRO”, MÉXICO, 2008, pp. 107-115).

⁴ En el relato *The Death of Calmar and Orla*, de Lord Byron, Calmar da muerte a Strumon en venganza por el asesinato de Orla y envía su espada a Mora: *Bear my sword to blue-eyed Mora; let it hang in my empty hall. It is not pure from blood, but it could not save Orla. Lay me with my friend*, que puede traducirse: “Lleven mi espada a Mora, la de los ojos azules, cuélguenla en mi sala vacía. No está pura de sangre, pero no pudo salvar a Orla. Déjenme con mi amigo” (Lord Byron, “THE DEATH OF CALMAR AND ORLA”, PARIS, 1828, pp. 22-23; *loc.cit.*, p. 23).

Allí estaba, en la sombra, brillándole fosfóricamente los ojos, chispeándole como dos faros lejanos, ¿la vio usted?

Fue la última vez en que me miró con sus pupilas tiernas, inmensamente tiernas y poderosamente atractivas, como de ojos de tísica.

A mí nadie me quita que sus miradas eran amorosas.

Eso me exasperó más.

La acaricié y cuando estaba confiada, rápidamente le oprimí el cuello con ambas manos.

¡¡Muerta!! Parecía que ya antes había matado a otras por el mismo método, ¡qué seguridad!

¿Esto? ¡ah!, es verdad; una convulsión la hizo arañarme. Yo creo que fue sin intención. Me ha de haber agradecido que la libertase de la vida.

Y arrojé su cadáver a la puerta de mi cuarto.

Oh, si he sabido lo que iba a pasar, antes me lo como.

Eso dicen: que allí a la puerta de mi alcoba miserable, se encontró el cadáver de una mujer con las huellas de la estrangulación.

¿Y no puede haber sido otro el criminal? ¿No puede ser una de tantas coincidencias?

Mire usted: yo creo que el vecino que declara que me vio entrar del brazo de una mujer, es el mismo asesino, el mismo homicida, que ha querido perjudicarme.

A mi cuarto de estudiante nunca llevé mujeres; yo le juro a usted por... por el alma de la gata, que no había visto ese cuerpo asqueroso, lleno de manchas y cicatrices, horrible, hasta que lo vi en la plancha.

Si antes la hubiera conocido, puede ser que sí la hubiese matado por fea y por asquerosa, pero no.

¡Oh!, rinda usted su informe favorable; que me lleven a jurado. Y se hará la luz.

El jurado, usted lo verá, el jurado me absuelve. No soy un homicida; soy un hombre que ha matado una gata.

O que se aprehenda⁵ a todos los que han matado gatos.

Ya ustedes sabrían cuál fue el informe que yo rendí, ¿verdad?

⁵ En el original: *aprenda*

7)

CUENTOS DEL MANICOMIO

WALPURGIS (?)¹

Ya sé que nadie va a darme crédito, pero yo necesito contarlo. Y es cierto. ¡Ojalá que no lo fuera!

Seis meses han transcurrido; los he contado minuto por minuto. Es decir, estoy en la mitad de la vida que entonces se me marcó, de esa vida patológica, dolorosa, siniestra, que llevo desde aquella noche.

Yo no era supersticioso, pero –¡si lo que engendra siempre las supersticiones es eso: las coincidencias!

Aquellos buenos muchachos hablaron durante toda la velada de evocaciones de espíritus, de muertos, de aparecidos, de blancos sudarios empapados en la fría luz la luna, de luces fosfóricas –miradas de esqueletos– circundadas por la noche.

Y entre bostezo y bostezo, me tragaba mucha risa, la que me causaba su imbécil credulidad.

Quince años antes hubiera necesitado de mi abuelita cerca de mi lecho, todos los temores habrían comprimido mi espíritu, todos los miedos habrían estremecido mi cuerpo.

¹ Francisco Zárate Ruiz, “Cuentos del manicomio. Walpurgis (?)”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado, año VI, t. I, núm. 4 (22 de enero de 1899), p. 71. Aunque fue publicado bajo el título “Cuentos del manicomio”, este texto no se recogió en el volumen homónimo. // En la montaña alemana Brocken, la más alta de la sierra de Harz, “durante la víspera del 1º de mayo concurren hechiceros y demonios en fantástico aquelarre que se conoce como la Noche de Walpurgis”. (cf. Cristian Álvarez, nota 5 a “Sobre las huellas de Goethe: Ramos Sucre y Fausto”, en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, nueva época, núm. 244, abril de 1991, pp. 33-36; *loc. cit.*, p. 34). Poco antes de concluir la primera parte de *Fausto* de Goethe, el protagonista asiste junto con Mefistófeles a la célebre noche de brujas; en la segunda parte ambos personajes asisten nuevamente a la noche de brujas, sólo que esta vez se trata de la “Noche de Walpurgis clásica”, llena de alusiones a personajes y seres mitológicos (cf. Goethe, *FAUSTO*, MADRID, 2010, pp. 273-293 y 481-485, respectivamente).

Hubiera tenido gran horror a ver en la oscuridad, a entrar en el silencio. En una pieza oscura y callada, allí estaba, para mí, la muerte.

¿Por qué recordé esos miedos míos, de cuando era niño?

Salí de la casa de los crédulos muchachos.

Sentí escalofríos.

Como algún inexperto imberbe que comienza a dudar y desafía con ofensas al que está a punto de dejar de ser su Dios, para que le muestre su existencia con un castigo, yo reté a los muertos.

¿Quién podía haber encendido la lámpara rosa de mi antesala?

¡Abiertas las puertas! A esa hora nadie podía esperarme; Andrés nada me había dicho.

¿A qué intentar describir lo que sentí? Fue el miedo. Cualquiera lo sabe. ¿Quién no ha tenido miedo alguna vez?

Eso sí, los valientes son los que lo disimulan mejor. Entré.

Estaban en dos sillones, el uno junto del otro, silenciosos, inmóviles, yacentes, correctamente desnudos, como muertos, como muertos muy antiguos, co[mo] ejemplares de museo, el hueso al desnudo, y lavado, limpio, reluciente.

La luz de la lámpara que rodaba por sus cuerpos, los coloreaba fantásticamente.

Quise engañarme; quise hacerme creer que en mis labios se pintaba una sonrisa de valeroso desdén... Y me acerqué —¡pueril!— con la intención de tocar el fantasma y desvanecer mi ilusión.

No tuve tiempo.

Los dos se levantaron, maquinales, automáticos, muñecos. Y me tendieron las diestras manos de huesos sin un átomo de carne.

Nadie ha experimentado esa sensación, estoy seguro.

Ni será fácil la experiencia. Se necesitaría un esqueleto galvanizado, que estrechase fuertemente la mano que se le tendiera.

También la muerte es contagiosa.

Sentí circular por mis venas la paralización de la sangre.

Con sus miradas me ataron las manos: una fuerza, la de las miradas, me las hizo llevar hacia atrás y allí se me quedaron fijas, como las de un reo a quien llevan a presidio.

Los párpados se me cayeron pesadamente, y me vendaron los ojos.

Por un extraño fenómeno, conservé en medio del miedo un destello de serenidad. Recordé cómo caía, al peso de dos trozos de plomo, el telón del teatrillo que tenía cuando era yo pequeño. Así me pareció, que tenía dos trozos de plomo en los párpados.

¿Anduvimos en tierra firme, rápidamente, vertiginosamente, o volamos por los aires en alas del mismo viento?

¡Cómo sonaban, en ruidoso craqueteo, los huesos de mis secuestradores!

¿No era aquello un secuestro?

Después... nada, silencio absoluto, impresión de vacío en derredor.

Al fin llegamos. Sentí cómo caíamos, pero no fue el choque violento que se siente al caer, cuando se ha volado... en sueños. El golpe se resiente en el cerebelo y se despierta.

Experimenté la sensación del nadador al chocar contra la superficie.

Y pude ver y oír, hablar no. Estábamos a las puertas del cementerio.

Las miradas anémicas de la luna abarcaban toda la necrópolis.

Sólo en un rincón, en donde había más muerte, bajo un sauce, un girón de sombra náufraga se abrazaba magdalénicamente a los pies de una gran cruz.

No había criptas, ni túmulos, ni estatuas, ni mármoles, ni bronces; no había lápidas. Y, como sembradas sobre las sepulturas, las cruces de variados tamaños, enfiladas; las cruces angostas y serenas pero vacías, sin actitud dolorosa, sin expresión de misericordia, sin gesto de perdón, sin Crucificado.

Desde las ramas de los tristes cipreses, búhos, momias, lanzaban por sus ojos vidriosos, miradas de verdes pebeteros.

En un rincón yacían, en desordenado hacinamiento, todos los sarcófagos despedazados, todos los cenotafios desmenuzados.

La reja de hierro giró sobre sus goznes, con chirrido prolongado y agudísimo.

Mis secuestradores me hicieron seña de que entrase.

Los obedecí dócilmente, porque tenía curiosidad, como obedece al astrónomo el visitante del observatorio.

La curiosidad había matado al miedo.

Di un salto hacia atrás; trataban, al parecer, de desnudarme.

¿También los esqueletos roban?

Me obligaron por la fuerza y me despojaron de mis vestidos; pero me despojaron con enormes descarnadores de mis vestidos carnales.

¡Qué horror!

Como registra el carcelero a la puerta de la prisión, me registraron, me esculcaron todas las cavidades del tronco, para que no me quedase ni una víscera.

Llegaron a la cabeza... ¡Nada me le quitaron!

Y volvieron a enlazar sus brazos a los míos, ya también descarnados.

¡Qué extraña sensación se experimenta cuando es uno esqueleto!

Algunos salían a nuestro paso, dejaban sus fosas, brotaban sacudiéndose la tierra que rodaba por sus oquedades, como un cisne al salir del estanque sacude el agua de su plumaje.

Y nos seguían.

Allá al fondo, en donde se abre la calzada estrecha y sombría, estaba la entrada de una catacumba, larga, muy larga y muy amplia.

¡Sorprendente, curioso, terriblemente hermoso, fue el espectáculo!

Mucha luz, ¡luz de azufre! Diáfana, transparente, purísima la atmósfera.

Y ante una mesa inmensa, una muchedumbre de esqueletos, de pie, rígidos y severos.

En otra ocasión, más tranquilo, me habría reído. Al mismo tiempo, como un ejército de fantoches, me saludaron inclinando sus cabezas calvas, en donde la misma luz se rio.

El lugar de preferencia fue para mí.

¡Un festín, festín de esqueletos!

Sobre la mesa había todo lo que hay en las mesas de los vivos.

Viandas y vinos.

Había flores, flores de cementerio, flores lloronas de colores tristes y de caras mustias.

En la atmósfera se reproducían por millares nuestras imágenes.

Allí estaban los viejos luciendo sus cráneos deformes: la mandíbula inferior, como queriendo huir, saliente; la boca desdentada; por los huecos se veía la obscuridad del interior. Niños recién nacidos, y recién muertos, asomaban sus carillas aplastadas y sus cabezas *redondas* (?).

Y la luz arrancaba reflejos a los pulidos cráneos de frente estrecha, cráneos femeninos.

El cráneo de mi buró había sido devuelto a su dueño. Me saludó sonriente, como a un amigo.

Y entre todas las caras huesosas, resaltaba la mía, cara de ojos brillantes y de mejillas enrojecidas. Era yo su convidado de carne, de *carne y hueso*.²

Comenzó a hacerse sentir la embriaguez.

Algunos daban el último sorbo del vino rojo y travieso que al resbalar les teñía las costillas, y rodaban bajo la mesa.

Todos charlaban alegremente en latín.

² Así como este “convidado de carne y hueso” en *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla, se encuentra el famoso episodio del convidado de piedra. Don Juan se encuentra en el cementerio acompañado de Centellas y Avell, a quienes convida a cenar en su casa; desafiando a los muertos, invita a don Gonzalo, hablándole a la estatua que está sobre su tumba. Mientras se desarrolla la cena en casa de don Juan, se presenta al convite la estatua de don Gonzalo causando conmoción en los asistentes, excepto don Juan, quien le hace frente; el convidado de piedra vaticina la muerte de don Juan para el día siguiente y le pide que pague la visita presentándose en el cementerio (José Zorrilla, DON JUAN TENORIO, PARIS, 1893, segunda parte, acto I, escena VI y acto II, escenas I-II, pp. 463-467).

Yo los entendía muy bien, como algunos sordos entienden por el movimiento de la boca. Hablaban silenciosamente, moviendo con rapidez sus bocas deslenguadas.

Después... el viento encallejonándose entre los árboles, produjo sonidos de flauta, notas de pífano, acordes de violín, de arpa... una extraña melodía de Chopin.

Y empezaron el baile macabro. Al principio lenta, muy lentamente, cadenciosamente. Luego de prisa, con rapidez, con vértigo y con movimientos de epilépticos, de poseídos.

Era ensordecedor el castañeteo de sus miembros.

Yo contemplaba con atención aquel exótico espectáculo.

Un anciano se me acercó:

—A usted debe extrañarle mucho todo esto, ¿verdad? Éste es el festín con que centenariamente celebramos el día nuestro, el día de los *muertos*. Como los escépticos que allá entre ustedes no creen en la existencia de otro mundo, nosotros no creemos en la existencia de esa vida por la que hemos pasado, la hemos olvidado por completo y somos felices. Sólo cada siglo, aquí, en donde por la tarde, ante nuestra tumba, han vertido lágrimas falsas nuestros dolientes, ridículamente vestidos de luto y provistos de un ramo de flores de a dos pesetas, celebramos nuestro advenimiento a la ciudad del absoluto reposo, del eterno bienestar. Celebramos nuestro triunfo sobre la orgullosa Muerte; la hemos hecho nuestra; la hemos dominado: ¿podría matarnos? ¡Somos inmortales! Usted lo será pronto, alégrese, sólo un año le resta de tratar con hipócritas, con malvados, con hombres. Un año. Yo lo sé muy bien. El próximo día de difuntos, lo espero allá al fondo del cementerio. Lo espero —me repitió y me largó la mano dura y fría.

...Se hundió en la negrura del cementerio.

La noche tendió por todas partes su manto de obscuridad y de frío.

El búho graznó lúgubrementemente y el grillo preludió su canción metálica.

En la sombra, distinguí a los danzantes; acompañaban a sus parejas hasta el borde de su sepulcro.

Ellas hacían una inclinación, ceremoniosa, reverente y se desplomaban. Después se oía –¡ah, yo lo oí repetidas veces!– el rebotar sus huesos contra las paredes de la fosa.

Muchos iban a un ángulo del panteón y, con un esfuerzo de voluntad que no parecía ser grande, se desbarataban, crujían sus miembros al desarticularse y quedaba un montón de huesos. Eran los del osario.

Y aumentó, aumentó prodigiosamente. Tibias y húmeros, fémures y radios astillados, cráneos incompletos...

El Miedo volvió a cobijarme con su manto helado.

Y eché a correr con toda la ligereza de que es capaz un esqueleto.

Me detuvieron en la puerta.

¿Iba a salir así?

Me entregaron mi veste carnal y volvieron a acompañarme.

Cuando volví en mí, aún tuve tiempo de ver brillar en la puerta los omóplatos de los dos habitantes del panteón que se alejaban.

Y allá, al fondo de la necrópolis, me espera el anciano. Allá me llevarán dentro de medio año.

¡Medio año!

¿Tendré valor para esperar?

¿No iré yo mismo a encerrarme en mi tumba?

No, no tendré valor para esperar.

Sí, yo mismo iré a encerrarme en mi tumba.

8)

CUENTOS DEL MANICOMIO

ADULTERIO¹

Ya lo sé; no necesita usted decírmelo si a eso viene. Anoche lo supe sin que nadie me lo dijera; lo sabía hace mucho tiempo. A muerte ¿verdad?

Sólo le ruego que pronto cumplan su justa venganza. La justicia es la gran vengadora.

Si yo me vengué de ella, de la adúltera, ¿por qué no han de vengarse otros de mí? No pretendo robarles ese placer, que me impongan el castigo a que, según ellos, me he hecho acreedor, que me ejecuten, pero que sea pronto.

Si, como a otros sentenciados a muerte, me tienen encerrado durante mucho tiempo o si mi defensor idiota consigue el indulto, entonces sí, sellaré esta vida de miserias y de imbecilidades con el suicidio; no puedo más; mi memoria está a diario rumiando la historia de mi crimen, desde el principio hasta el fin. Que me maten, pero pronto... Hacen bien, todas las apariencias me condenan.

¿Que no hay prueba alguna de su falta? Ya lo creo; ¡oh!, si la prueba existiese, no la habría matado; hubiera dado muerte a su amante.

A ella no, porque *se reunirían en el cementerio*.

La prueba pide la justicia; eso, la prueba, fue lo que yo busqué inútilmente. Sin embargo, tengo la convicción de que fue adúltera, tengo la seguridad de su falta. Por eso la maté. Y no me arrepiento. Cuando lo deploro es solamente por la falta material que me hace. Siento el pesar que sentía cuando niño, después de haber roto un muñeco para saciar

¹ Francisco Zárate Ruiz, "Cuentos del manicomio. Adulterio", en *El Mundo*. Semanario Ilustrado, año VI, t. I, núm. 15 (9 de abril de 1899), pp. 272-273. Aunque fue publicado bajo el título "Cuentos del manicomio", este texto no se recogió en el volumen homónimo.

mi apetito de destrucción o para saber qué tenía dentro! ¡Oh!, si yo hubiera podido saber lo que ella tenía dentro de su alma.

Lo que me desespera es que desde entonces no vibra mi cerebro más que para esa idea, para la de mi crimen. No he podido sepultar en el negro hueco del olvido esa historia. Como las cajas de música que sólo tienen una pieza, y que cuando terminan vuelven a empezar, así en mi memoria llego al momento del uxoricidio y ella, la maldita, la adúltera, levanta su cuerpo acribillado de heridas y vuelve a desposarse conmigo y empieza de nuevo el drama terrible y sangriento, muy sangriento ¿no es verdad?

Esto nunca puede concluir. Yo la mato y resucita; vuelve a provocar mis iras y la vuelvo a asesinar, y así lo haría si de veras surgiese viva de su tumba.

Ese recuerdo, negro buitre odioso, me está royendo el cerebro.

Me siento agotado; que me maten pronto; que me maten pronto...

¿Sabe usted cuántas veces en un día puede una caja de música repetir la misma pieza?

¡Ah!, figúrese cuántas veces releeré en mi cerebro esa historia. Como cuando me entregaba a los placeres del hachís, en una hora vivo muchas vidas; sólo que hoy todas esas vidas son mías; es la mía una y múltiple.

Ahora empieza otra vez, y como si a un espectador en un teatro lo obligasen a presenciar la representación de su propia vida, de la tragedia de que es él mismo protagonista, me siento obligado a verla, a oírla, a sentirla, a representar dentro de mí mismo mi tragedia.

¡Qué feliz aquel día de casamiento! ¡Era tan hermosa!

Por eso me casé con ella.

Ya ve usted que los celos no son sólo privilegio del que ama.

¡Muy pronto se rompió la uniformidad de aquella monótona paz en mi hogar!

Un día sentí como si hubiese besado los labios de un oso marino; sus rojos y finos labios parecían congelados y en mi boca se coaguló el beso.

Miré sus ojos y estaban mudos. Tenían el brillo y el silencio de los ojos de esmalte.

Y sus brazos me estrecharon como podrían hacerlo los brazos de loza de una muñeca que tuviese cuerda para abrazar...

¡Qué! ¿Tan pronto el hastío habría hecho de ella una nueva víctima? ¿Sería una decepcionada? ¿Habría esperado que fuese algo más el matrimonio?

Y bien, yo no podía darle más; así son todos los matrimonios.

Sin embargo, procuré ser más amante, más apasionado, más ardoroso.

¡Ojalá que hubiera podido ser menos feo!

Acaso sería una esteta intransigente.

Acaso abarcaba la horrible magnitud del contraste de mi cuerpo enjuto y zahonado al lado de su carne mórbida y blanca.

...Ella cumplía en todo como buena esposa. Era más, era una buena esclava.

¡Pero eso me desesperaba: a mi lado no era feliz!

Y la melancolía comenzó a hacer lacio su cuerpo, indolentes sus actitudes.

¿Era una mujer o era un mármol hecho carne?

Yo gustaba de ella –creo habérselo dicho– porque era hermosa. Gustaba de envolverme en sus cabellos blondos, gustaba de envolverme en sus miradas zafirinas, gustaba de que me envolviese y me embriagase con sus caricias, pero ya mi mujer se había vuelto muñeca. Era una Ruth que había vuelto a ser mujer.²

Y cuando allí, ante la ventana, inmóvil y silenciosa, el crepúsculo la iba amortajando y ella dejaba hundirse sus miradas en la lluvia, cada vez más densa, de sombras que caía sobre la Tierra, ¿en qué pensaba?

Su laconismo era desesperante; me causaba su respuesta el dolor de un martillazo: “en nada”, “en nada” ¡Se puede pensar en nada! ¿Cómo se paraliza esa máquina de movimiento continuo?, yo no quiero ya pensar.

² Rut, joven moabita, personaje central del libro que lleva su nombre. Tras enviudar, Rut permaneció cerca de su suegra judía Noemí hasta convertirse en progenitora de la estirpe de David. Rut “se convierte en signo del verdadero pueblo de Israel, por la fidelidad que ha mantenido a su suegra Noemí y por su confianza en la providencia del Dios israelita” (GRAN DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE LA BIBLIA, BARCELONA, 2014, p. 2169).

“En nada”, ¡y un suspiro hondo y largo entreabría su boca!

¿Soñaría, tendría ansias infinitas, deseos inmensos, anhelos inexplicables de algo, de ese algo que nunca llega, que nunca se define bien?

¡Oh, no, no!, las nervaduras del mármol son ficticias, no corre sangre por las venas del jaspe.

Esas ansias nunca satisfechas, esos anhelos jamás colmados, son patrimonio de los elegidos de la Diosa Neurosis.

Y sus miradas eran más vacías, sus besos más insípidos, más automáticas sus caricias.

Aquella mujer no me amaba.

Pero, ¿amaba a otro?

Y la flor negra de los celos se abrió en mi corazón.

¡Oh!, si eso fuera, la mataría.

Procuré sorprenderla. La espí en sus habitaciones. Siempre el mismo canturreo cuando bordaba; siempre el mismo bostezo cuando leía.

Llegué a horas inesperadas. Nada, nadie.

Y sin embargo, la idea de que me era infiel se prendió a mi cerebro con tentáculos de pulpo.

Me parecía encontrar en aquellas carnes, en donde era una mancha mi mano simiesca, huellas de caricias ajenas.

Y ¡ay! en sus labios ya no volví a hallar calor. A veces encontraba, al juntarlos con los míos, un beso que no era de ellos para mí; el beso maldito del desconocido que estaba allí palpitante, vivo.

Y comenzó a arrastrarse por mi corazón como un repugnante caracol que dejara a su paso reguero de baba gelatinosa y envenenadora, el terrible odio.

¿Cuál era, si no amaba a alguien, la causa de sus hondas melancolías, de su eterna nostalgia?

Cuando sumergía mis miradas en sus ojos eternamente serenos, en sus ojos azules sin tempestades, Saharas de expresión, se perdían como la sonda en las profundidades del mar.

Intercepté su correspondencia; ni un indicio.

Y por las noches, en vela, conteniendo el aliento allí muy cerca de ella, aguardaba oír un nombre que se le escapara.

Siempre su respiración acompasada. De cuando en cuando un suspiro, aquel suspiro desesperante que me irritaba, que hacía crecer más y más mi odio...

¿Había pertenecido aquella mujer, antes que a mí, a otro hombre por el cual anhelaba?

¡Ah!, si así era, cómo debía, a solas, burlarse de mí, cómo se burlaría de mi imbécil, de mi *inocente* credulidad.

En mi pecho se desarrolló alarmantemente el terrible odio y llegó hasta sus más apartadas cavernosidades.

Luego invadió todo mi ser, lo llenó como el gas que llenara un pobre aeróstato hasta que se sintiera próximo a reventar.

—Tú no me amas —le dije.

“¿Cómo no había de amarme si yo era tan bueno?”

Tan bueno. ¿Comprende usted?... Aquella noche me sentí impelido, obligado a salir del teatro.

Esperando oír cuchicheos amorosos, llegué. En efecto. Hasta oí un beso, ¿lo oí en realidad?

De un golpe hice saltar el picaporte de la puerta.

Una figura de hombre, de hombre joven, de hombre hermoso —mi eterno enemigo— se deslizó rápidamente, pegado a la pared, y se agazapó en un ángulo de la pieza.

Una, dos, tres veces disparé sobre él y cuando se disipó el humo de la pólvora, aquel hombre había desaparecido. Me había burlado.

La hipócrita aparentaba tranquilidad. Había gritado con espanto y estaba agitada.

El ruido la había hecho romper su armadura de hielo.

“Pero ¿estaba yo loco?”

Loco, sí; eso habría deseado ella. Era una buena causa ajena a su voluntad para deshacerse de mi repulsiva presencia, de mi odiosa compañía y poder presentarse en todas partes tranquila, serena e inocente.

Yo creo que pensaba con tal fuerza en su amante, que se reprodujo la imagen en el muro. Usted comprende que yo no puedo haber visto visiones.

Y ¿qué importaba que no me fuese infiel materialmente?

Bastaba su infidelidad de pensamiento para que yo la odiase, para que la odiase inmensamente.

Mi odio era gigantesco, era mi amor, ¿entiende usted?, era el amor que antes no había podido tenerle y que se manifestaba cuando la creía perdida, bajo la forma de odio. Un odio infinito, generador de insoportables, de incontenibles ansias de venganza.

Mi amor de Sátiro por ella, se convertía en el odio de Minotauro celoso de una de sus mujeres.³

Traté de convencerme de que estaba en un error.

La estreché fuertemente, la oprimí contra mi pecho repleto de aborrecimiento para ella. La besé ruidosamente en la frente, en las mejillas, en los ojos, en la boca, en el cuello, su cuello blando y blanco, afelpado.

Cuando la retiré, busqué en el fondo de sus ojos la verdad y subió a ellos una oleada de perfidia. Pasó por sus celestes pupilas un relámpago de maldad. En sus labios finos y rojos, en sus labios de sangre coagulada, en sus labios de nieve roja, se balanceó una sonrisa *clownesca*, burlona, irónica, befante, escarnecedora.

Gozaba con su triunfo y le causaba yo lástima y desprecio. Había logrado engañarme.

³ Los Sátiros son divinidades de los bosques y de las montañas, también conocidos como Silenos y Faunos. Pertenecen al cortejo de Dionisio y participan en todas sus fiestas, son seres siempre insatisfechos sexualmente. // El minotauro, monstruo de Creta que tenía el cuerpo de hombre y cabeza de toro. Por orden de Minos, el artífice Dédalo construyó el famoso laberinto en donde fue encerrado el Minotauro. Los atenienses rendían un tributo a Creta que consistía en enviar, cada nueve años, siete jóvenes y siete muchachas para alimentar al Minotauro hasta que fueron liberados por Teseo, quien le dio muerte (Constantino Falcón Martínez, DICCIONARIO DE MITOLOGÍA CLÁSICA 2, MADRID, 2000, pp. 537 y 418, respectivamente).

¡Oh, no!, eso nunca.

Pude haber oprimido su cuello con mis manos atenaceantes, pero habría caído muy pronto inerte sobre la alfombra. No hubiera sufrido mucho, como yo lo deseaba.

Así lo reflexioné con una rapidez notable.

Y acariciando con cariño, con prematura gratitud, con deleite, el pomo de mi puñal *veneciano* –una cabeza dantesca– esperé impacientemente.

Llegó la noche envuelta en su manto muy negro, taimada, hipócrita... y mala consejera. ¡Cómo si ella no tuviese parte en el crimen!

Quién sabe si la luz de la luna hubiese llegado hasta mi espíritu a disipar un tanto sus negruras.

Esperé yo tranquilamente –así, tranquilamente esperarán mis verdugos en la víspera de mi ejecución– a que el sueño se extendiera por su cuerpo pecador.

Debo en justicia hacerme un elogio por la destreza y violencia con que la ató con fuertes ligaduras a su propia cama.

Presintió su destino y gimió, y se retorció desesperadamente como un enfermo a quien se ministrara cloroformo.

Sus dolorosos y penetrantes gritos no entraron en mi alma.

¡Cómo me deleité con los temblores que imprimió a su cuerpo el miedo! Le temblaban los brazos, las piernas, los labios, hasta las miradas y aquel miedo horrible, mortal, ¡era yo quien se lo inspiraba!

Retardé un momento más el placer, para saborearlo mejor, y suavemente, delicadamente, hundí la hoja brillante y pura en la carne blanca... la sangre puso su nota roja.

Había sido en el muslo. No debía morir muy pronto y sin embargo murió; el miedo la asesinó. Fue una pequeña decepción para mí; después iba a saciar mi febril sed de venganza en carne muerta.

Una vez y otra y otra, hundí la hoja acerada.

¡Qué placer cuando sentía la resistencia de la carne maciza!

Cómo oprimían las carnes abiertas al puñal justiciero y cómo besaban las heridas con sus labios muy rojos –¿podrían no serlo?– la hoja homicida.

Y cada vez que desgarraba la epidermis, cada vez que rompía los tejidos, abriendo nuevos manantiales de sangre tibia, muy tibia y muy roja, experimentaba placer infinito, inefable y enervante.

A cada puñalada sentía mayor desahogo; un peso enorme se desprendía de mi alma. El odio me salía ya satisfecho, en enormes cantidades. Transpiraba odio por todos los poros ¡Estaba yo sanando!

Mi brazo fue debilitándose; fueron más suaves los golpes, más pequeñas las heridas y no pude más.

Me encontraron desmayado, desmayado de placer, junto al cadáver.

Dicen que eran cuarenta y ocho heridas; es posible, y me acusan de espantosa crueldad. Tienen razón: fue una imbécil crueldad, tanto herir un cuerpo muerto. ¡Si hubiera tenido vida hasta el último golpe!

Estoy vengado y ella está redimida. La hice impecable. La sacra putrefacción purifica su cuerpo del pecado y la salva de toda profanación humana, allá en el fondo de su tumba.

¿Ve usted?, ya empieza de nuevo mi pesadilla.

Ya veo el velo blanco y los blancos azahares de la desposada. Ya siento el olor de incienso del templo.

¡Oh!, que me maten pronto, que me maten pronto.

9)

DOS VECES MUERTO¹

Pues bien, oye; sacia tu tenaz curiosidad aun cuando sea a costa de mi reputación de hombre cuerdo.

Veremos si sabes guardar el secreto.

Cuando Juan murió, no esta vez, la otra, recibí la noticia inesperadamente, bruscamente. Me hallaba en una cantina y me produjo el espasmo que me hubiera causado una agresión violenta a mano armada.

Lo de siempre: me parecía mentira. Me entró la tristeza de la muerte.

Ciertamente, era de muerto aquella inmovilidad. Estaba rígido sobre las verdes tablas de su pobre cama desnudada. Tenía cruzados los brazos sobre el pecho y un tanto inclinada hacia adelante la cabeza; sí, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, durante los crepúsculo[s] se paseaba meditando por los sombríos corredores de la escuela.

¡Oh, qué hermoso cuadro si se hubiera incorporado para recorrer meditando las piezas de su casa!

Con una solución desinfectante le bañaron el rostro –rostro de pergamino viejo– y el cuerpo esqueletado, que tenía por mortaja, como él lo pidió, una blanquísima sábana. Ni un signo de protesta; ningún músculo de la cara se le contrajo.

¡Debía de estar bien muerto!

¹ Francisco Zárate Ruiz, “Dos veces muerto”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado, año VI, t. II, núm. 6 (6 de agosto de 1899), pp. 83-84.

Siguió espiando por sus párpados entrecerrados y dejó, indiferente, que le rodaran las gotas venenosas por los ojos, por las mejillas, por la boca entreabierta. Era una lluvia de lágrimas que rodaba hasta el cuello.

Sus cabellos y su bigote desordenados parecían entonces más negros que nunca, sobre el amarillo mate del cutis de tísico. Todos le tenían miedo, asco, y por precaución lo velaban desde la pieza inmediata, enfrente de su cadáver, y todos llevaban esencias en sus pañuelos.

¡Es tan terrible la tisis!²

¡Cuán larga es una noche pasada en compañía de un cadáver!

Las horas se arrastraron muy lentamente, rodeadas del negro silencio.

Sólo cortaba el silencio del luto uno que otro suspiro periódico de dolor, de simple desahogo o... de fastidio, y el cuchicheo de los que fumando charlaban de política, de medicina, de comercio... para no rodar al abismo del sueño.

De cuando en cuando, alguien se acercaba al infeliz Juan y nuevo rocío desinfectante que hacía saltar, en la sábana blanca, manchas oscuras, y nueva despabiladura a los gruesos cirios que crepitaban acompasadamente, como si murmurasen una oración.

Andaban cautelosamente, sin producir ruido.

Era el temor de que se fuera a despertar de su espeso sueño.

Debe ser espantosísimo el que un muerto resucite. Hasta los que habían tomado parte más activa en el coro de lamentaciones, de llanto y de sollozos, con que acompañaron el estertor de su agonía, hubieran emprendido la fuga, aterrorizados, si lo hubieran visto moverse.

Al fin llegó la luz del día, levantando ruidos por todas partes: abrir y cerrar de puertas, toses de madrugadores, mugidos de ganados, gritos de vendedores, rodar de carruajes, llantos de chiquillos.

² Sobre la tisis *vid.* nota 5, al relato número 4: “LA DEFUNCIÓN DE LA MUERTE”, en el presente volumen.

¡Cuánta cabellera en desorden, cuántos semblantes empalidecidos y manchados por las huellas de un río, seco ya, de lágrimas amargas, porque amargo es el sabor de toda secreción.

El anciano, eterno acompañante de los que por la última noche están visibles para los de este mundo, aquél que hizo rezar tantas oraciones, tenía enrojecida hasta el escarlata, la esclerótica.

Comenzaron a vaciar la recámara; precisaba la desinfección y urgía que la familia no encontrase el mismo aspecto para que no sufriera con los recuerdos. ¡Qué grande empeño tienen los vivos en olvidar pronto a los muertos!

¡Ah, si él pudiera haber asistido a las escenas que se desarrollaban ante su cadáver!

Siempre lo había dicho: “sería curioso presenciar todo lo que hacen los deudos y conocidos cuando uno acaba de morir”.

Llegaron los enlutados enterradores y procedieron como muy amaestrados a su tarea de recogedores de cuerpos inútiles, perjudiciales, en vísperas de putrefacción.

Los deudos se entregaron a los más desesperados y ruidosos desbordamientos de dolor.

Hubo gritos agudísimos, llantos escandalosos y frases impresionantes.

Una joven, enamorada de Juan, se abrazó al cadáver y pretendía no separarse de él, besándole por todos lados el rostro duro y frío.

¡Qué repugnante!

Algunas frases me parecieron demasiado dolorosas.

“¿Por qué te vas y no me llevas contigo?”

¡Hermosas escenas para un drama espeluznante!

Una sonrisa de incredulidades y de desprecio, se asomó por los entreabiertos labios del muerto.

Muchos lloraban, aun sin ser parientes del que se llevaban los enterradores.

Por egoísmo unos; por contagio otros.

Al pensar en el padre, en el hermano, muertos, o valetudinarios, enfermos desahuciados.

Por contagio, como se ríe con los que ríen, y se bosteza y se come con apetito con los que bostezan o comen con apetito frente a nosotros.

Recordé a los que alquilaban llorones para sus muertos.³

Sacaron el ataúd.

El pobre Juan se estropeaba el cuerpo contra las paredes de su última casa tan fría, tan oscura, tan lóbrega como ninguna de las frías, oscuras y lóbregas que antes había habitado.

Después, la misa de *requiem*.

La voz artificialmente triste, lúgubre, del sacerdote, resonó en la iglesia espaciosa, fatídicamente.

¿Le bastarían para la salvación de su alma aquellas palabras dichas en latín con sonsonete y lentitud desesperantes?

Le hicieron ocupar su puesto en la carroza para que fuese delante de nosotros, como correspondía.

Y subimos al coche encortinado.

Las conversaciones eran obligadas a tema triste.

El aire del campo, *ese aire puro*, me hizo mucho mal.

Me pareció que aspiraba una cantidad enorme de gas ácido carbónico.

¡Cómo me repugnaron aquellos árboles que corrían en sentido contrario, como si vinieran huyendo del panteón, y al pasar rápidamente, nos hacían las más estrafalarias genuflexiones; contorsionaban sus troncos, como lo hacen con sus cuerpos, los cirqueros.

¡Qué extraño!

³ El narrador refiere a la plañidera, que la Real Academia Española define como “mujer llamada y pagada que iba a llorar a los entierros”. El oficio puede rastrearse desde el antiguo Egipto y la antigua Roma.

Sentía la angustiosa sofocación que debe sentir la nube cargada de electricidad antes de unirse a otra para que estalle la chispa. Mi cuerpo se convulsionaba –interiormente– con los estremecimientos que he visto en los hipnotizados.

Los latidos de mi corazón, que parecía asustado, repercutían dentro de mi cabeza, como si fuera mi cráneo la bóveda de una gigante catedral en donde una multitud de herreros golpease fuertemente y a compás sobre un yunque descomunal.

Experimenté la impresión de que mi pobre cabeza era una bomba pletórica de dinamita, a la que lentamente se iba acercando el fuego de una mecha encendida para hacerla estallar. Me faltaba oxígeno para la respiración.

Salí a la *plataforma*.

Me causé lástima y me inspiré temores por mi salud. Intenté tranquilizarme...

De pronto subió al coche un hombre.

Vestía de negro y cubría su cara una gran bufanda.

Apenas se le veían los ojos, unos ojos negros, muy negros, de extraño y poderoso brillo.

Me tendió la mano y estrechó la mía, de manera significativa.

¡Su voz! No podía dudarle; la conocía bastante.

—¡Qué curiosas son estas escenas! —me dijo.

No había duda; era Juan.

Llamé todas mis energías y creo que estuve sereno.

—He presenciado todo lo ocurrido anoche y, deseoso de ver las últimas pantomimas de esta gente, con un esfuerzo supremo de voluntad, he logrado venir hasta aquí.

Y con voz de ultratumba, me refirió todas las conversaciones que tuvieron frente [a] su cadáver.

Su voz resonaba como si saliera del fondo del ataúd.

—¡Lástima que no pueda yo presenciar la escena final de mis funerales. Tendré que regresar a tiempo para que me sepulten.

Y rio, rio con risa macabra.

¡Oh desdicha! La bufanda se le cayó por el movimiento de las mandíbulas.

Y –¡estamos en el origen de la desgracia!– un joven anémico le vio y lanzó un grito horrible: “¡el muerto!”

Y cayó desmayado.

Todos lo atendieron compadeciéndolo por haber sido víctima de una alucinación.

Juan aprovechó la confusión y descendió violentamente.

Le vi, le oí, con gran terror, alejarse de prisa, en sentido contrario del que llevábamos.

Se perdió entre los árboles de la calzada. Pero ¿a dónde iba? ¿A quién íbamos a sepultar entonces?

¡Qué angustia!

Llegamos; alguien quedó al cuidado del infeliz joven que tenía fiebre.

¿Ilusión? Éramos entonces dos los ilusionados.

Yo llevé en hombros el féretro.

¡¡Estaba vacío!!

Un sepulturero confirmó mi sospecha.

Al bajar a la fosa nueva la caja mortuoria, lo dijo: “¡Qué poco pesa este muerto!”

La tierra resonaba sobre la tapa del ataúd como cuando se golpea una caja hueca.

Colocaron una cruz sobre la tumba y partió el severo cortejo.

El pobre Juan estaba condenado a quedar insepulto.

Esperaba hallarlo muerto, tendido en el camino.

¡Oh!, y si lo encontraban ¡cuántos iban a morir de miedo; horrible muerte!

Nada; Juan no pareció.

Los dolientes se habían salvado de una impresión superior a las energías de sus vulgares espíritus, pero Juan ¡el infortunado Juan! ¿Qué sería de su cadáver ambulante?

Cuando ya entrada la noche, la luna fingió fantasmas por todas partes con los árboles de la calzada, resolví volver a mi casa. Traté de convencerme de que era yo juguete de una pesadilla.

Y seguí muchos días con la duda siniestra, clavada en mi cerebro como un clavo monstruoso.

Y varias veces he visto pasar a ese hombre rápidamente, velozmente, junto a mí, en la calle.

El mismo traje negro ya deteriorado, la misma enorme bufanda cubriéndole el rostro.

Una noche lo entreví en el fondo de una cantina de barrio.

¡Naturalmente no tomaba alcohol!

Tenía la vista perdida en el espacio. Ya no brillaban extraña y poderosamente sus negros ojos. ¡Mirada idiota! Cuando llegaba a mi casa, ha pasado no muy lejos de mí, como siempre, corriendo, como si le urgiese llegar a tiempo a alguna parte.

Estoy seguro de haber sentido olor de cuerpo putrefacto.

Y siempre el temor al ridículo me impidió hablar a ese hombre, llamar a ese cadáver.

¿Agotadas sus energías, seguía caminando por inercia, como un autómatas, sin saber a dónde iba, ni qué podía hacer? Si hubiera resucitado, si estuviera vivo, lo más fácil le hubiera sido volver a una vida de trabajo; pero ¡estaba muerto! ¿Y qué necesita un muerto?

Lo único que le hacía falta era una fosa. Pero acaso él mismo ya no lo sabía, porque ya no pensaba.

¡Y si era un trasunto de él!

Si mi imaginación cobarde, asustadiza, le había hallado parecido con aquel hombre que era acaso un limosnero vergonzante! ¿Y por qué corría?

Los mendigos no corren; siempre van despacio, abrumados bajo el peso de su miseria.

En todo caso yo no podía presentarme a denunciarlo ante una autoridad, ni detenerlo para darle sepultura.

Pero ayer, ayer han cesado todas mis dudas.

Ese hombre que has visto en la plancha del anfiteatro, que fue destrozado por un tren, ese cuerpo putrefacto, cuyas vísceras no hemos podido ya examinar, cuyos intestinos estaban vacíos de alimentos, ese ¡era Juan!

Ustedes han creído que es un infeliz que murió de hambre, y a quien ya muerto, trituró la locomotora. Bien, esa hipótesis robustece mi creencia: o bien, ya faltó en lo absoluto de energías, de facultades mentales, lo ha sorprendido el tren, o acaso con el último resto de inteligencia, comprendió su desesperante situación, y se arrojó a la vía, para que lo recogiera[n] muerto y le diesen sepultura.

Debe de haberle repugnado mucho ir a compartir su lecho con toda clase de gente: a la fosa común.

¿Comprendes ahora mi empeño por hacer la autopsia a ese nauseabundo cadáver?

¿Comprendes mi obstinación porque se me entregara?

Y yo solo lo he velado, y yo solo he asistido a sus funerales; pero ahora sí no me cabe duda, está sepultado. Esta vez no se escapó.

Ya ese cadáver no se paseará más por las calles.

Ya estoy tranquilo.

¡Y la ridícula romántica enamorada de Juan, si algún día quiere hacer ostentación de su dolor de oropel, depositará flores sobre una tumba sin muerto, sobre una fosa vacía!

10)

AMOR DE GATO¹

Salió de su somnolencia, dentro de la cual, *runruneando*, había pensado mucho tiempo con pesar en la llegada de esa hora. Irguió en el blando sillón su delicado cuerpo, con el que fingió el arco de un acueducto antiguo, y con felina suavidad descendió a la alfombra.

Con la boca llena de bostezos reveladores de fastidio, emprendió la marcha.

Sus ojos llameaban como foquillos de luz en medio de la sombra. Sacudió la cabeza para espantar el bochorno perezoso y avanzó resueltamente moviendo la cola, como si por su finura, el viento la impeliese.

Se agitaba como serpiente gozosa, la cola negra, delgada, esbelta.

Y avanza entre la silenciosa negrura de la alcoba. Ya lo buscaban en la obscuridad, dos ojillos negros, dos brillazones de carbunco.

A la puerta de una amplia galería del sombroso castillo que agujereaba los muros de la casa y al fondo se volvía subterráneo, estaba ya la amante esperándole.

Llega, y la apasionada, con sus manecitas rosadas, acaricia la elegante cabeza felina.

El coloquio empieza.

De la delicada boca de la roedora ruedan promesas de un eterno amor, brotan dulces afirmaciones de una poderosa e inmortal pasión.

Él la acaricia, procurando ocultar del todo las curvas y afiladas uñas.

La historia de esa pasión empezó hace ya mucho tiempo, mucho, hace 60 noches.

Envuelto en un saco de recio lienzo, lo llevaron allí cuando era muy pequeño todavía.

¹ Francisco Zárate Ruiz, "Amor de gato", en *El Mundo*. Semanario Ilustrado, año VI, t. II, núm. 14 (1º de octubre de 1899), p. 229.

Temeroso de los hombres y de las cosas desconocidas que allí miraba, fue a ocultar los temblores de su miedo bajo amplia cama de palo santo.²

Ella salió a su acostumbrado paseo nocturno, seguida de una dama, y bruscamente, inesperadamente, sorprendentemente se halló cerca de él; se aterrorizó por el olor que revelaba la presencia de un enemigo temible.

El pobrecillo inexperto se echó a temblar y a maullar pidiendo auxilio.

Ella, que conocía muy bien el idioma, cambió sus temores por confianza y lástima para el infante.

Se le acercó y le prodigó palabras de consuelo.

Él se lo agradeció inmensamente. Podía haberle hecho mucho daño, porque era grande, era experimentada.

Desde aquella noche siguieron viéndose todos los días y siempre a la misma hora, cuando el silencio iba cubriendo toda la casa, cuando todas las voces morían y ningún paso resonaba.

Ella no volvió más cuando él creció; tenía la obligación de buscarla.

Y allí, envueltos en sombra, él recostado y ella en pie algunas veces, otras dejando perder su negro cuerpo entre los pliegues del blanco y negro del amado, y siempre acariciándose con bocas y manos, pasaban las horas, viendo con ternura inmensa los ojos negros y brillantes, a los ojos verdes y lumíneos.

Hasta que un gallo amigo suyo les avisaba con su canto cortado por aletazos, que ya la aurora se había puesto en camino, se decían adiós... un adiós de enamorados.

La pobre enferma de absurdo amor, recorría entonces con cautela, silenciosamente, la amplia galería, para ir a su alcoba –celda de prisionera real– a soñar con él.

El centinela dormía.

Con sus pasos mudos, se alejaba el felino gozando con la idea del descanso y del sueño.

² *palo santo*: “Nombre vulgar del guayacán, de madera recia y durable” (F. J. Santamaría, DICCIONARIO DE MEJICANISMOS, MÉJICO, 2005, p. 792).

Después, ¡durante todo un día! encerrada al lado del odioso tirano del castillo eternamente obscuro, de su dueño, de aquel noble pardo de mirada inquisitiva e inquisidora, a quien su familia la había vendido.

¡Qué negros eran los días! Cuánto tardaban en llegar las noches; esas noches que sí tenían luz, la luz fosforescente de unos ojos oblongos.

Sólo gozaba cuando no tenía encima el peso de aquellas miradas negras de su tirano y podía pensar en las amorosas palabras que él le decía en su lenguaje de *emes*.

Él no había nacido para sentir el frío y el hambre de las azoteas. Era de estirpe real; una de las más puras noblezas de la raza de los felinos, era la nobleza suya.

Nadie se atrevía a arrojarlo del cómodo sillón que había adoptado como lecho y en donde, *runruneando*, pasaba las horas del día sumido en su incurable somnolencia, la somnolencia de los enfermos.

Muchas manos iban a prodigarle la voluptuosa caricia. Se incorporaba, esperezábase y erguía la cola negra, delgada, esbelta, que levantada parecía culebra que quisiera salir de su triste situación de reptil.

Por supuesto, no pocas veces, cuando se hallaba malhumorado, contestó a las caricias con un manotazo que acardenaló la mano humana.

De cuando en cuando, pensaba en la dama negra de ojos brillantes y redondos, en la cautiva que era su único amor.

¡No podía tener otro!

Algunos días bajaba y se ponía a saltar y correr por toda la casa, silenciosamente, sin que su cuerpo de terciopelo negro y blanco hiciera sonar un mueble o derribarse un objeto.

Subía a las mesas cuajadas de bibelots³ y se complacía en andar por entre ellos, colocando las manos y las patitas en los lugares más difíciles; ejercitaba su habilidad y bajaba triunfante.

³ *bibelot*: “Figura pequeña de adorno” (DRAE).

De tarde en tarde, hacía sus visitas a la despensa, pero el ama reía de la travesura y reprendía al que había dejado la puerta abierta.

Sólo una vez lo golpearon, pero no se fue porque allí estaba muy bien tratado. ¿Iba a vulgarizarse a las azoteas o al patio; a vivir en la miseria para encanallarse y ser un ladrón, un salteador?...

Una vez el tirano de su amada sospechó de la existencia de aquellos amores doblemente criminales. ¡Qué vergüenza! ¡Tender la mano a la odiada raza, a aquella con la cual tenían guerra declarada desde hacía tanto tiempo, desde que sus antepasados riñeron en una Arca!

El noble pardo compró la mano de un asesino que fue a llevarle un tósigo en un apetitoso pedazo de carne. Pero el asesino nunca volvió. Aquella noche, después de las caricias del saludo, ella le dijo lo que ocurría.

Malas noticias. Él, su dueño, sabía la historia de los amores criminales.

Una sonrisa de Voltaire asomó a la boca del felino.⁴ De pronto se oyó ruido. Ella pegó a la puerta su fina oreja. Eran pasos, y eran los suyos, no había duda, los conocía muy bien.

Y sus redondos ojos negros y brillantes, se llenaron de angustia.

—Él —dijo, implorando ayuda de su amante.

El felino, sin contestar, sin moverse, hincó los agudos dientes en el femenino cuerpo negro, en donde la sangre pintó un listón chillante. La roedora dio un grito ríspido, metálico, y todo volvió al silencio.

⁴ La sonrisa de Voltaire ha sido interpretada como una sonrisa irónica, en general se hace referencia a la sonrisa en la escultura modelada por Jean-Antoine Houdon, actualmente en la Comédie-Française. Al respecto, Jean Dhombres comenta: “en la sonrisa de Voltaire, tal como fue expresada por Houdon, vemos desde entonces la sonrisa romana atribuida a una época antigua y próspera” (Jean Dhombres, “LA CIENCIA ES JOVEN”, ESPAÑA, 2002, p. 29). Alfred de Musset la llamó “sonrisa horrible” en su poema *Rolla: Dors-tu content, Voltaire, et ton hideux sourire / Voltige-t-il encor sur tes os décharnés? / Ton siècle était, dit-on, trop jeune pour te lire; / le nôtre doit te plaire, et tes homms sont nés*; que puede traducirse como “¿Duermes feliz, Voltaire, y tu sonrisa horrible / revolotea aún en tus huesos descarnados? / Tu siglo era, se dice, demasiado joven para leerte / el nuestro debería complacerte, tus hombres han nacido” (Alfred de Musset, *ŒUVRES COMPLÈTES*, PARIS, 1921, p. 314).

A la puerta de la amplia galería del sombrío castillo que agujereaba los muros de la casa y al fondo se volvía subterráneo, asomaron unos ojos de mirada inquisitiva e inquisidora.

Y el noble pardo, el odioso tirano del castillo eternamente obscuro, vio al felino que aún se relamía las fauces, y volviéndose atrás, se alejó a paso lento royendo unas palabras:

“Amor de gato”.

11)

¡MIEDO!¹

Sí, amigo mío, he resuelto aceptar esa defensa, y no voy a ser yo quien la haga, va a hacerlo el mismo acusado; yo sólo repetiré lo que él me dijo:

—Si nunca ha probado usted ese agrio manjar, si nunca ha sentido calofriársele la piel, mezclársele la sangre misma dentro de las venas, con el frío intenso del miedo, no acepte usted mi defensa; no sabrá defenderme, porque no comprenderá mi crimen —comenzó el imberbe encarcelado de mirada febril y ademán nervioso.

Jamás he experimentado la hermosa, la engrandecedora, la varonil impresión del valor. Nací cobarde, vergonzosamente cobarde, desesperantemente miedoso. No conozco más sentimiento que el miedo; como los ebrios experimentan todas sus sensaciones al través del alcohol, yo he sentido todo, todo lo he visto, al través del miedo; ahora mismo he deseado sentir el remordimiento, no lo conozco; he seguido sintiendo mi miedo *general*, un miedo a todo, sin particularizarlo, sin que me aterricese la figura del muerto por las noches.

Con mis primeros recuerdos de la infancia aparecen mis primeras aterradoras sensaciones de miedo.

¿Por qué me causaban, desde tan pequeño impresión tan honda los atardeceres?

Cuando las campanas daban el pausado toque de oración, como si se quejasen porque iban a quedar sumidas en la obscura soledad de las torres, me invadía una tristeza infinita, sentía en mis ojos plétora de lágrimas y la tristeza era precursora de mi miedo. Llegaba mi inseparable compañero nocturno haciéndome sentir siempre su llegada, como en los rieles se siente la aproximación del tren, por estremecimientos, por vibraciones.

¹ Francisco Zárata Ruiz, “¡Miedo!”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado, año VI, t. II, núm. 18 (29 de octubre de 1899), pp. 269-270.

Odiaba yo la noche, deseaba para tranquilizarme que pronto encendieran luz.

Las heridas abiertas en mi amor propio, por mis padres y hermanos, no bastaban a hacerme acometer la *temeraria* empresa de entrar en una habitación oscura. En una pieza negra y silenciosa había para mí enorme cantidad de miedo que me bañaba al entrar. Se me desplomaba, abrumándome con su peso, sofocándome con sus mil brazos constrictores, como sofoca el boa con su anillado cuerpo cuando se desprende del árbol sobre la ternera.

Una noche mi padre me obligó a entrar en la sala sin luz.

Entré. ¡Cómo me aumentaron las pulsaciones!

Anduve despacio y en silencio; hubiérase creído que temía yo despertar a alguien.

Y, cual si manos invisibles me hubieran oprimido bruscamente las costillas, me estremecí, enarqué el cuerpo hacía atrás, y volví violentamente la cara, con un grito de espanto.

Contra un mueble me descalabré y a la carrera salí, chorreando sangre y lágrimas.

En la misma recámara dormíamos, muy cercanos nuestros lechos, mi hermano menor y yo.

Nuestro padre se había apiadado de aquel muchacho raquítico, endeble, delicado, femenino que deshonraba el mayorazgo, que sufría horribles pesadillas y prematuros insomnios, y había permitido que nos alumbrase durante la noche, velando nuestro sueño, una lamparilla que a veces, como si quisiera también dormir, parpadeaba. Mi angustia era grande: ¡quedar a oscuras!

Envidiaba yo a los gatos que según el dicho de la abuelita sirvienta ven en la oscuridad; “ellos pueden huir del peligro, pueden defenderse de los enemigos”.

Juntos entrábamos los dos hermanos en la recamarita, y me apresuraba a dormir antes que Felipe entrase en el sueño. ¡Qué horrible quedarme solo!

¡Y en la pieza contigua dormían mis padres!

No pocas veces Felipe, rendido al cansancio provocado por sus juegos de atleta, sus retozos de muchacho sano y fuerte, dormía con sueño macizo, invencible para él y para mí que pretendía me acompañara en mi temible soledad —yo prefería a la pelota y el trompo, una novela por entregas, prefería la inmovilidad a la carrera y mi pequeño teatro era el que más me atraía entre mis juguetes—. Entonces procuraba que despertasen mis padres: una tos persistente me atacaba o bien un dolor repentino, una neuralgia me hacía quejar ruidosamente.

Nunca en esas noches tuve valor, sino para descender de la cama, castañeteándome los pocos dientes que me quedaban de los primeros que había tenido, y acercarme al bulto de ropa que, según mi consoladora presunción, era el que fingía en la pared, la figura de un burro enorme o de un hombre agazapado.

Alguna vez el catre, estremecido por mis movimientos, chillaba como grillo y no seguro de que fuese el catre necesitaba yo cambiarlo de lugar.

Una noche desperté bruscamente a Felipe, preguntando que le sucedía, porque me pareció que no respiraba, yo no oía el ruido de su respiración en el silencio de la alcoba. ¿Estaría muerto? Me pidió indignado que le dejase dormir.

Parece que había una doble personalidad, y que yo, el menos cobarde, iba a convencer al *otro yo* de que no llevaba razón cuando se atemorizaba.

—¿Lo ves?, no tenías razón —y sonriendo, volvía a arroparme.

Pero me engañaba yo mismo; mientras apretaba los párpados y me cubría la cabeza con las sábanas, para protegerme de los mosquitos que entonaban su monótona serenata, con el oído atento parecía cuidarme de enemigos invisibles, indefinidos, imaginarios.

Primero el ruido de un ratón que entretenía sus dientecillos contra la madera de un mueble, después la tos seca de la vieja criada allá lejos, luego el lúgubre maullido de un gato, y yo me echaba a temblar con un estremecimiento constante y suave, interrumpido a intervalos por fuertes sacudidas brevísimas, como sucedía a nuestro fino perro, cuando le ponían al sol después de bañarlo.

A veces empezaba yo a dormir y me descubría violentamente la cara, arrojaba lejos las ropas; había sentido, había tenido la seguridad de que un *fantasma* se me acercaba. *El coco*, ese *coco* nunca definido que era para mí hacía algunos años, según la voluntad de mi nodriza, un mendigo de voz ronca, “que iba a llevarme” o un montón de harapos verdosos que encuadraban una cara arrugada y negra, me hizo despertar todo en llanto muchas noches. Con su reaparición, yo sentía el mismo terror que cuando apenas empezaba a hablar. Me invadía todo el cuerpo, pero con especialidad la frente, un sudor frío.

¡Oh! sí, el sudor del miedo es frío, como el sudor de un bloque de hielo cuando siente calor.

Cuando me serenaba disminuía la impresión.

Los valientes deben sentir pocas veces escalofrío. ¡Qué raramente ha de enfriárseles el cuerpo!

Ahora aquí, en esta celda, he recordado muchas veces aquellas noches, por éstas que paso; la misma impresión desesperante cuando, al despertar entre el silencio, sólo oigo las campanas del reloj vecino que indican los cuartos de hora. Esperaba impaciente, contándolos con cuidado y si daban cuatro ¡qué alegría!, una hora más de marcha lenta, como marcha forzada, de la imponente noche hacia su ocaso.

¡Ah, la aurora! Me producía el mismo efecto que he visto luego que causa a los enfermos que no logran conciliar el sueño.

Me volvía la calma, la confianza en los seres y en las cosas. Hasta la esperanza de que viviría más. Muchas noches sentía ahogarme, me faltaba aire, ¡ignorante puerilidad! ¡El corazón no me latía! Entonces llamaba, gritaba... Siempre “¡la pesadilla!”; no me pedían explicaciones ya.

No olvidaré cuando subía la escalera, silbando fuertemente para ahuyentar *el susto*, y en el corredor, acurrucado, me aguardaba mi hermano. Saltó a mi paso, y gritó: “¡ahhh!”

Las lágrimas, que procuré ocultar a miradas ajenas, fueron de dolor, de rabia, de desesperación, de impotencia, de vergüenza. ¡Mi hermano menor me había atemorizado!

Y bien, ¿no era yo hombre? ¿No tenía por mi sexo obligación de ser valiente? ¿No debía luchar?

Y yo trataba de convencerme; en resumen ¿qué era lo que temía? ¿Qué lo que me causaba miedo?

¡Si hubiera sido algo definido! Yo no habría sido –no sería–, un infeliz cobarde. He conocido a un hombre que temía horriblemente a los perros, por pequeños que fuesen; pero sólo ellos le causaban temor.

Trataba yo de persuadirme: ¿por qué en las contiendas con mis compañeros, cuando preveía que terminaríamos en una lucha cuerpo a cuerpo, el temblor me invadía las carnes, y mi cara se hacía pálida, como la cara de aquel viejo santo que en un nicho cuajado de prismas cristalinos estaba en nuestra recámara alzando al cielo sus miradas vidriosas?

En todo caso, si la derrota se declaraba por mi parte, no podía ser lo que sufriera sino un golpe más o menos doloroso que nada significaba.

Sin embargo, siempre lo mismo; entonces con ningún talento y después con alguna diplomacia, huí de los asaltos de pugilato callejero, tan comunes entre los escolares.

Una vez, en los momentos en que se levantó, para descargarse sobre mí, la mano cerrada de un compañero con quien reñía, la vi agigantarse, anticipadamente sentí con descomunal fuerza el golpe, y grité y corrí miserablemente, sin intentar siquiera defenderme.

Por fortuna no había testigos y rogué a mi adversario que al día siguiente no publicara mi deshonrosa derrota.

Lo hizo; seguramente pensó que esos triunfos no merecen publicarse.

Sólo una vez recuerdo haber llevado en la cara las huellas de una lucha corta y desigual; urgía demostrar que no tenía miedo y acepté ¡con qué gran esfuerzo de voluntad!

Pero Joaquín fue quien comprendió muy bien hasta qué punto era yo cobarde, y muchas veces me hizo con sus burlas, con sus sarcasmos, el ludibrio de todos los demás compañeros nuestros en aquella escuela primaria.

Ni yo mismo supe por qué aquel muchacho, distraído, juguetón, que parecía no observar hecho alguno, llegó a tener el conocimiento y la exacta medida de mi cobardía.

Yo habría sido muy feliz, si el destino nos hubiera separado al salir de aquel destartalado y sucio salón, en donde hiciéramos nuestros primeros estudios.

¡Juntos fuimos a la Escuela Superior!

Llegó a tratarme con cariño, pero su cariño, que llevaba la ternura de la compasión y la frialdad del desprecio, me ofendía, me injuriaba. Me quería porque no era yo digno de que me odiase.

Su orgullo le obligaba, de cuando en cuando, a hacerme sentir su superioridad, a recordarme que me conocía, que había descubierto la vergonzosa enfermedad, el asqueroso mal de que era víctima mi espíritu.

Comprenda usted todo lo grandioso de mis esfuerzos, para hallar siempre una contestación ingeniosa a la frase en que iba envuelta una injuria, una respuesta que les hiciera olvidarse de que yo debía proferir otra ofensa. Y les hacía reír con mis palabras, cuando la rabia me ahorcaba y el miedo destilaba gota a gota helada en mi corazón.

Al separarme me entregaba a la desesperación de mi ira contra él, y contra mí que no podía dominarme. Yo empezaba a pensar seriamente: ¿qué iba a ser de mí en la lucha de la vida, si no sabía, si no podía dominarme, vencerme a mí mismo?

Formaba mi resolución: le injuriaría, reñiría con él, aun cuando perdiese; eso ya no era mi culpa, sino obra de su notable superioridad física. Y, a la mañana siguiente, cuando le veía, y sobre todo, cuando él me veía, mi túnica de valor se me rodaba hasta los pies y me dejaba al descubierto, tal como yo era: un tembloroso cobarde.

Llegué a dominar mi amor propio, y una tarde, tarde tempestuosa, lo recuerdo... en esas tardes el relámpago y el rayo me producían tal impresión de terror, que huía de la soledad, iba a buscar compañeros; ría usted: ¡al lado de ellos temía menos al rayo! Esa tarde le supliqué: si era más fuerte, si era más valeroso, podía mejor protegerme contra los demás,

que ridiculizarme ante ellos. Si era dueño de mi secreto ¿por qué no lo guardaba? Me oyó seriamente.

Aquel día sintió, es seguro, crecer su desprecio hacia mí, hasta el extremo de necesitar hacérselo sentir a los demás, y se los dijo: yo era un cobarde, ¿no habían visto cómo procuraba huir siempre las riñas? ¿No habían observado cómo me estremecía muchas veces con sólo que me gritasen mi nombre cerca para llamarme cuando estaba distraído?

¡Si era yo miedoso como una mujer, más, más cobarde que una niña! Lo verían. Y lo vieron. Al entrar a mi dormitorio di un grito, y salí corriendo.

Los brazos musculosos de Joaquín me sujetaron en la misma puerta, y tal fue el estruendo de las carcajadas, que deben de haber despertado de su profundo sueño al esqueleto que yacía en mi cama y él mismo debe haber reído del terror que me inspiró su descarnado e inofensivo cuerpo.

—También los cobardes matan; cuídate —le dije enfáticamente, ridículamente, cuando estuvimos solos.

Un día puso en mis manos un revólver para que le matara y ¡no le maté!! Enfrente, con los brazos cruzados, sonriendo y mirándome con fijeza, aguardó hasta que arrojé el arma al suelo.

Imposible, me estaba mirando.

¿Temí errar el tiro? ¿Temí las consecuencias si lo acertaba?

No sé, ¡tuve miedo!, es lo único que puedo afirmar.

Mi mal se exacerbó.

Cuando bebía alcohol, al contrario de lo que yo había notado en otros, me volvía aún más cobarde y al siguiente día, peor; sobre todo la soledad era lo que más me aterrorizaba. No quería hallarme solo.

A menudo, en las noches, cuando inclinado sobre el libro procuraba la resolución de un problema, sentía entrarme el miedo por la cabeza, caerme como si fuese un chorro de agua.

Y muchas veces la misma palabra me abofeteó: “cobarde, cobarde”; en sueños la oía; salía de una garganta poderosa, me ensordecía, y después, como si me rodeasen montañas y montañas, el eco me la arrojaba muchas veces a la cara: “cobarde, cobarde”.

Decidí matarle; me vindicaría a los ojos de quienes me creían incapaz de dar muerte ni a un perro. Me vindicaría a mis propios ojos.

Me urgía confirmar lo dicho: “también los cobardes matan”, y así me libraría de aquel dominador mío.

Me bañaba con sus temibles miradas, me recorría con la vista de la cabeza a los pies, y en el lugar en que más se detenía mirándome, allí mismo, sentía el pinchazo de las agujas de sus miradas y por allí me entraba la inyección del miedo que se difundía lentamente por el cuerpo. Necesitaba evitar que me viese, llegar sin que sintiera mi aproximación, matarle por la espalda.

Gozaba durante el día con la idea de mi venganza, pero por la noche mis sufrimientos eran grandes; despertaba sobresaltado buscando bajo la almohada mi acariciada arma, temía que me la robasen, que él, conocedor de mis intenciones, se me adelantara y fuera a darme muerte. Y sin embargo no acababa de resolverme a llevar a cabo mis propósitos.

Pero ese día me injurió nuevamente: “Eres un cobarde”, y me volvió con desprecio sus anchas espaldas presentando un magnífico blanco, aun para mi mala puntería.

Sin vacilar ya, hice fuego, y cuando le vi caer agitándose como culebra herida, temía que se levantara, y disparé, disparé hasta que ya no hubo proyectiles en el cilindro ¡qué lástima! ¿Qué habrá pensado cuando se revolcaba en la sangre que le brotaba de la herida abierta por la mano de este cobarde?

Y hoy, en la prisión, me siento libre, aligerado de aquella mirada abrumadora, independiente de aquel dominio.

Yo que he sido desesperantemente miedoso, irremisiblemente cobarde, me siento algunas veces curado de mi mal; ya no huyo a la soledad, y creo sentirme valiente.

Ahora comprenderá usted porque maté a ese hombre.

12)

UNA VENGANZA¹

El naturalista, después de levantar el bordado gorro para cosquillearse la cabeza calva con los afilados dedos y alzarse hasta la frente las gafas de color, para restregar los ojos irritados por la prolongada lectura, salió de la pieza en donde durante tantas noches como aquella, se había entregado a los estudios que constituían su especialidad y le habían dado nombre entre la gente docta.

Y recorriendo piezas amplias y solitarias, en cuyas paredes la bujía le dibujó, caricaturizándolo, su cuerpo envuelto en aquella larga bata floreada, empequeñeciéndolo y alargándolo extraordinariamente, ridículamente, llegó al cuarto húmedo, lóbrego, destinado a bodega y biblioteca.

La bujía señaló con su dedo luminoso las grotescas figuras de todos los desechos de la casa que habían ido a sepultar allí, en desordenado hacinamiento, en abigarradísima multitud.

Unos zapatos viejos hacíanse guiños burlándose de una antigua bañera que, reina destronada, ostentaba aún los brillos de la corona, y unos sabihondos librotes, muy serios y orgullosos, aunque vestidos de polvo y olvidados en ridícula postura de vulgares ebrios que van a caer.

Dejó en el suelo la amarilla palmatoria para levantar el viejo diccionario y vio entonces moverse algo muy cerca: ¡un animal! Y lo bañó de luz; era una lagartijilla entumecida, asustada, acaso medio dormida o moribunda que apenas podía menearse.

¹ Francisco Zárata Ruiz, “Una venganza”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado, año VI, t. II, núm. 22 (26 de noviembre de 1899), pp. 324-325.

Y era preciosa, ¡qué piel!, hubiérase creído que era un trozo de césped húmedo y animado.

¡Un ejemplar raro!

¡Un buen ejemplar!

Con la hoja brillante del pequeño cortaplumas de cubiertas de concha, la pinchó en mitad de la espalda, la prendió contra la madera del piso y ¡cosa rara!, sintió que un estremecimiento le recorrió el cuerpo y le pareció que un quejido débil, apenas perceptible, quejido de lagartija, extraño como lamento de flor azotada brutalmente golpeada por el viento, salió de la boca del animal herido.

Vio con tristeza cómo se retorció ansiosamente, cómo levantaba del suelo la cabeza, agitaba las manos y la delgada cola haciendo esfuerzos para huir a aquella mortal presión, y sólo conseguía hacerse mayor la herida. Deseó que muriera pronto, para ahorro de sus dolores y sus ansias; sintió en el pecho un pequeño peso de tristeza y de temor que bien pudiera ser remordimiento por el crimen cometido. Ante los agónicos estremecimientos del reptil, recordó a cuántos animales había dado muerte, sólo porque eran hermosos, para enriquecer su colección, a cuantas plantas había sorprendido en momentos de amorosa unión y con la misma hoja brillante del cortaplumas de cubiertas de concha, había roto esos coloquios, con la muerte. Pensó en las muchas alegrías criminales que había experimentado cuando se apoderó de esos *buenos ejemplares* y sintió un remordimiento equivalente a la suma de muertes que había causado. ¿Tenía él derecho sobre todas aquellas vidas?

Esperó; los movimientos se hicieron menos rápidos, menos fuertes, menos frecuentes, y al cabo vino la inmovilidad, se fue aquella pequeña vida.

Salió rumbo a la mesa de estudio con la palmatoria en una mano y el cadáver flexible en la otra; por el vientre blanquizado asomaba la punta brillante del arma.

Y tomando por pantalla la pared, nuevamente se entretuvo la bujía en dibujar ridiculizándolos, los cuerpos del vivo y de la muerta.

Pareció en un momento que iba a saltarle a la cara el animal aún vivo y en un temblor instantáneo, dejó caer su ejemplar el nervioso naturalista.

Cuando volvió a sentarse ante el tapete verde de la mesa, notó que llovía.

Hasta entonces y toda la tarde, con aburridora constancia se había oído el repiqueteo de los dedos ociosos de la lluvia en la vidriera de la pieza. Tuvo frío.

Tendió sobre la tapa del tintero el cuerpo de la infortunada criatura y abrió nuevamente el libro.

En el fondo negro de la taza de café apareció un ojo brillante que le miraba atentamente. Retiró la bujía.

Se sentía fatigado, sentía en el rostro la calentura de la irritación, y resolvió ir a la cama.

Mientras se desnudaba oyó a un grillo que en un rincón de la pieza silbaba y silbaba. Otro le contestó; le despertaron la idea de esos bandoleros que en mitad de los oscuros caminos, se ponen de acuerdo para salir al encuentro de la víctima que se aproxima, por medio de silbidos significativos.

Luego, un negro moscardón revoloteó en torno suyo. Quién sabe qué le dijo en su lenguaje y con una voz ronca y solemne, como la de un fiscal acusador ante los jueces.

Con el cuerpo ya cubierto por las blancas sábanas del lecho y la cabeza oculta entre el espeso velo de la obscuridad tendido sobre la alcoba, quedó pensando: “¡si los deudos de los animales muertos por los naturalistas, se vengasen!”

Y los grillos silbaban en los rincones de la alcoba. Había aumentado el número. Dentro de la escala aguda de sus voces, había infinita variedad; eran muchas voces distintas, seguramente de muchos grillos iguales.

Y el negro moscardón zumbaba diciendo quién sabe qué en su lenguaje silbado y con voz ronca y solemne.

En el techo los alacranes gritaron algunas palabras, gorgoritearon algunas frases.

Sobre el buró se oyeron pasos menudos y discretos, y cautelosas palabras, apenas murmuradas.

Después le pareció sentir esos pasos ligeros, menudos, sobre sus piernas, como si un ratón corretease por encima de él.

Algunos cuerpos poco pesados caían desde el techo sobre el suyo. Pero eran tan leves los golpes que, sólo por su excesiva sensibilidad, el naturalista podía darse cuenta de ellos. ¿Sería aprensión suya? ¿De veras estarían cayéndole encima algunos animales?...

Sintió en la cara la misma ligera molestia que había sentido tantas veces, al tropezar en un jardín con una telaraña tendida de un árbol a otro cercano, y quiso pasarse la mano por la cara, pero una ligera presión ejercida en el brazo se lo impidió, la presión de una ligadura hecha con delgado hilo; ¡y no pudo vencerla!, era un hilo delgado y fuerte como finísimo alambre de acero, un extraordinario hilo de araña.

Pretendió incorporarse, no pudo; iguales ligaduras le oprimieron en las piernas, en los brazos, en el tórax, en todo el cuerpo, y le oprimían más y más, como si alguien estrechara las mallas de aquella grande y extraña red. Cuando no pudo absolutamente moverse, sintió sobre el cuerpo el cosquilloso y horripilante andar de innumerables arañas.

Y las vio, las pudo ver milagrosamente, a través de la compacta sombra. Entonces pudo darse cuenta de su angustiosa situación.

Un golpe de horror le hizo estremecer.

Las arañas recorrían por todas partes el techo, entrando y saliendo por las ropas que mostraban algunos agujeros. Los ratones con tesón trabajaban y abrían otras nuevas bocas en las sábanas despedazadas, y mientras roían incansablemente, moviendo sus hociquillos en donde temblaban los largos bigotes, hacíanle muecas y le clavaban en la cara, como desafiándole, sus miradas brillantes, negras, vivarachas.

Bien pronto la obra estuvo concluida.

Las ropas roídas con furia le rodaban sobre el cuerpo en pelmazas, como grumos espesos de jabón, y hasta como cenizas volaban los más pequeños pedazos.

Entonces comenzó una invasión inesperada.

Del cielo de la pieza se descolgaban las arañas, bajaban por sus hilos, cabrioleando y deteniéndose a trechos, como esos saltimbancos que en los circos descienden de los trapecios por una cuerda, poco a poco, tomando figuras efectistas o ridículas. Luego se desprendían cerca de su cara y oía la agitada respiración de los pulmones de las arañas funambulescas.

Se desató una lluvia negra, muy negra; los alacranes chirriaron, agitando sus tenazas, caían, se revolcaban sobre él, lograban tomar su posición, y ligeramente se resbalaban por la cama. Algunos como por distracción le hirieron con sus armas. El dolor le atrofió los órganos vocales y no pudo gritar.

Alguna colmena se vació y el enjambre invadió la pieza. Todas las abejas seguían a su reina; el ruido que producían era ensordecedor, y reíanse cuando él, el desgraciado naturalista, cerraba instintivamente los ojos al verlas acercársele aterradoramente, hasta rozarle las mejillas con sus alas.

¡Las abejas!, y pensó en la miel y en los cirios.

Anunciándose a la puerta con ruidosos aletazos, llegaron aviones y salangos que rompían a gritar como si viesen una ave de rapiña. No salía aún del nuevo temblor miedoso que le causaba la reciente aparición, cuando hizo su entrada triunfal, como todas las suyas, una nube de langostas que hacían retumbar el aire con su estruendoso vuelo.

Bandadas espesas de mosquitos revoloteaban por todos los ámbitos de la pieza museo.

Sólo él, él que era un notable naturalista, podía distinguir las voces de tantos animales, y podía distinguir unas de otras las variadas especies. Mientras se fijaba en los mosquitos, cuyas picaduras tanta molestia le causaron siempre, un enjambre de cantáridas le llamó la atención. No pudo fijarse en el hermoso color de los élitros, porque pensó en la fiebre que iba a causarle el olor de ellos; y sintió la fiebre, y quiso escaparse al delirio que veía aproximársele!

Bajó la vista; el suelo estaba alfombrado, desagradable alfombra animada. Por los pies del catre subían escorpiones rabiosos agitando desesperadamente los garfios de sus colas ya henchidos de veneno, y sobre ellos cabalgaban las tarántulas.

Se arrastraban penosamente incontables *aligátors* iguales a los del Nilo –con los ojos desbordantes de sangre y los cortantes dientes descubiertos–, pero empequeñecidos hasta como una lagartijilla; ¡ah, la lagartijilla muerta!

Tortugas que andaban inusitadamente despacio, tortugas viejas, subían también produciendo con sus carapachos al chocar, ruido de castañuelas rotas, manejadas por manos torpes. Y abrían las bocas para morderle y le mordían, ¡qué dolor!

Había en la movediza alfombra un fragmento rojizo que se agitaba sin cesar y brillaba a intervalos, como las lentejuelas de un traje fantástico, cuando las golpea la luz: las hormigas. Subían, subían y cubrían completamente las cuatro piernas de la cama. En los cuatro extremos del catre vio a cuatro cuervos que graznaban a compás.

Describiendo elipsoides, voltejaron entonces en derredor de sus ojos unas falenas. Se le ocurrió: “¿despedirían luz sus ojos? ¿Él estaría viendo a favor de esa luz?”

Y parpadeó repetidas veces.

Sintió en los pies un hormiguelo y logró ver a dos hormigas que se le colocaban riendo –de veras reían– en una misma línea, y se preparaban a correr. Empezaron la carrera en línea recta, cada una por una pierna.

Ellas creían que era carrera y el cosquilleo le molestaba profundamente.

Un hidrófilo se le clavó en los labios y empezó a chupar la sangre hasta dejarlos pálidos, muy pálidos, ceráceos –debían llamarse hemófilos–. Quiso gritar.

Una abeja se le había prendido en el vientre, y empezaba a introducirle poco a poco el aguijón.

El naturalista recordaba el suplicio de Prometeo y él se creyó un sentenciado de los dioses.²

El piquete de la abeja fue la señal de ataque.

Todos los animales se abalanzaron sobre él y le picaban o le mordían por todas partes, hasta los de ordinario más inofensivos, como las golondrinas. Algunos no contentos con herirlo, le arrancaban pequeños pedazos de carne. Le pareció que era un caballo muerto arrojado en mitad de un muladar poblado de hambrientos zopilotes.

En un ángulo de la alcoba convertida en jaula, una triste tórtola lanzó su lúgubre *cucú*.

Las hormigas fatigadas seguían, sin tomar descanso, su carrera a través del cuerpo del infeliz sabio, lleno de piquetes y mordeduras, salvaban las zanjas abiertas y desbordantes de sangre, y les dejaban paso libre las arañas, los alacranes, los grillos y las hormigas, sus compañeras. Él las vio aproximarse y apretó los labios blancos, temía que le entrasen por la boca, pero no llegaron y siguieron su camino.

Creció su angustia, ¿a dónde iban?

Al llegar a los ojos se detuvieron; era el punto marcado para final de su carrera. Todos los animales celebraron la llegada con gritos.

¡Apareció una lagartija con un cortaplumas de cachas de concha clavado en la espalda!

Se arrastraba penosamente, quejándose con amargura.

Y empezó su peregrinación sobre el cuerpo destrozado.

Por última vez quiso gritar, llorar, moverse, correr, huir. ¡Imposible! Cuando ella llegó al corazón se detuvo.

Muchas hormigas comenzaron a subir sobre el cortaplumas, como a una percha.

¡Iban hundiéndolo poco a poco en el pecho del naturalista!

Las dos hormigas se arrojaron al fondo de los ojos como dos nadadores a un estanque.

² Prometeo es el “benefactor de la Humanidad por excelencia”. Según la tradición, creó a los hombres, modelándolos con arcilla y robó el fuego del Olimpo para entregarlo a los mortales; Zeus “lo hizo encadenar en el monte Cáucaso, donde todas las mañanas un águila le roía el hígado, que volvía a crecer durante la noche” (Constantino Falcón Martínez, DICCIONARIO DE MITOLOGÍA CLÁSICA, 2, MADRID, 2000, pp. 517-518).

Su desfallecimiento creció grandemente.

Y lo último que vio, con los ojos ya ciegos, fue otro naturalista igual a él, quizá él mismo, dentro del vientre de una gran vaca que se exhibía en un tablado, y un mono con la cabeza llena de canas que le hacía muecas de burla y de desprecio.

13)

LA CABEZA DEL MUÑECO¹

¡Al fin! Las últimas palabras aletearon en la habitación, toda quedó repleta de silencio, y dejaron al muñeco rodeado de la atmósfera viciada con el humo de los cigarros que consumieran aquellos hombres durante todo el tiempo en que habían permanecido allí encerrados, sosteniendo una charla para ellos amena y para él detestable. No pocas veces pareció que esa charla iba a caer, pero alguien la apuntalaba, como edificio en peligro, alguno lo levantaba, como en los frontones los buenos jugadores lo hacen con la pelota cuando va rebotando muy cerca del suelo, próxima ya a rodar solamente.

Se desesperó porque no podía abrir la ventana y estaba condenado a pasar así, envuelto en la gasa azul del humo, la noche entera.

Y con el pensamiento suspiró largamente, hondamente. ¡Qué suplicio!

Tras unos cuantos instantes que pasó encerrado en una caja de cartón, lo desenvolvieron, lo desabrigaron del papel de china que se le enroscaba en el cuerpo, lo desnudaron a la vista de toda la familia.

¡Cómo lo alabaron!

Pasó de mano en mano: “¡qué bonito!”

Y cada uno que lo examinaba, al darle vueltas entre los dedos, le hacía temblar la cabeza, aquella cabeza, fuente y receptáculo de sus padeceres.

Temblando lo dejaron despiadadamente sobre la mesa, con el peso enorme de la sombra sobre sus débiles espaldas.

¹ Francisco Zárate Ruiz, “La cabeza del muñeco”, en *El Mundo Ilustrado*, año VII, t. I, núm. 5 (4 de febrero de 1900), pp. [11-12].

Desde aquel día sus sufrimientos fueron mayores de los que había experimentado en el escaparate de la mercería.

Casi no tuvo desde esa vez una hora de reposo.

Continuamente tenía en movimiento la cabeza, su cabeza buena y pesada, su cabeza de plomo, cabeza de estúpido, ¡ojalá que de veras lo hubiese sido!

Con esa cabeza, siempre estremeciéndosele, sentía revolotearle en el interior el pensamiento, como ave asustadiza que caída por una ventana dentro de la iglesia, se azota contra las bóvedas, buscando torpemente la salida.

Los primeros días, cuando lo dejaron olvidado sobre algún mueble, aquel niño de cabellera rubia y tez brillante, iguales a las del gran rorro que en la tienda había y el cual llamaba “Papá” y “Mamá” si le oprimían un botoncito oculto bajo las ropas, abrigaba la esperanza de que iba a descansar, de que se le sosegaría la cabeza y podría dormir, dormir con su pesado sueño de plomo.

Pero no, alguien pasaba pisando fuerte por cerca de él, y se estremecía el mueble, y nuevamente empezaba a temblarle la cabeza, a vibrarle el cerebro.

Otras veces en medio del silencio de la noche un carruaje pasaba a toda prisa y la casa se estremecía, y la cabeza coronada con pesadísimo sombrero puesto de través empezaba a columpiársele de atrás a adelante.

Algunas veces no se explicaba la causa de sus estremecimientos; ¿sería que hasta el movimiento de la Tierra le hacía daño?, porque él había oído decir un día, que la Tierra giraba.

El rorro que en la juguetería había sido su compañero de escaparate, hablaba cuando le introducían aire pero no pensaba; al igual del caballo de madera y el *clown* de porcelana, tenía siempre quieta la cabeza.

¡Pero él! ¡Qué injusto había sido su creador! ¿Por qué le había hecho un cuerpo de muñeco y le había puesto cabeza de hombre, cabeza que pensaba?

Si al menos le hubiese sido dado hablar, habría pedido que se la arrancasen.

El niño de cabellera teñida por el sol y tez brillante como la de porcelana del rorro de la tienda, había roto en su presencia muchos muñecos caros; al llevárselos, el papá le había recomendado que los cuidase.

Él había acariciado la esperanza de que también le arrancara algún día la cabeza temblorosa, se la separase de aquella varilla delgada y larga que, como espina, tenía clavada en mitad del cráneo.

Y no; era su favorito, era su juguete querido, el único que con su presencia le estancaba el llanto, en los ojos brillantes y azules, como lagos que retratan el cielo.

Tras las noches sin sueño, largas noches pasadas sintiendo el frío de la soledad, venía el niño inconscientemente cruel, inocente de las torturas que con sus manecitas hoyueladas y blancas provocaba, y reía, reía hasta enrojecer y fatigarse, ante aquel temblor de la cabeza, esclava de todos y nunca de su dueño.

La tarde en que se vio parado en el barandal del balcón, cuánto deseó que lo dejaran caer; un paso, un paso solamente y se habría estrellado contra las losas de la acera, pero ¡no podía mover los pies!

Por aquel cariño dañoso del chicuelo, rara vez cumplía con sus deberes de pisapapel. Rodaba por todos los muebles de la casa; unas veces en la sala de espera. Allí una niña que tenía 15 años y los ojos muy negros, lo tomó entre las manos, y repetidas veces sonriente, le sacudió con fuerza; no supo qué grande era el mal que causaba.

Muchas horas había pensado él en aquella niña y había sentido no verla cerca, no estar sufriendo entre sus manos.

¿Por qué no habría vuelto? Ya que él no podía ir en su busca, ¡si casualmente se le hubiera prendido a los encajes de su vestido y se lo hubiera llevado!

Un día lo habían dejado sobre el piano; cuando el temblor de su pobre cabeza empezó a hacerle pensar, vio en derredor mucha gente; miró muchos ojos hermosos, sintió perfume de mujer, los dedos de la joven sentada ante el mueble travesaban sobre las teclas y un

hombre apoyado en la cubierta, allí en donde él estaba de pie, decía acompasadamente frases amorosas y *deceptivas*.²

Cómo gozó y sufrió con las notas que saltaban por debajo de él.

Sintió deseos, unos deseos inmensos, de llorar y las lágrimas agolpadas ante sus ojos cerrados para el exterior le rodaron sólidas y pesadas por dentro de la cabeza, y al rebotarle le hicieron aún más daño, le provocaron dolores más grandes. Alguien lo tomó y al volver a colocarlo sobre el mueble, lo volvió de espaldas hacia la ejecutante.

Entonces pudo verse en el espejo. Hasta entonces se conoció; con la mirada siempre hacia el frente, no sabía qué cuerpo le sostenía la cabeza, qué cuerpo sostenía a él, porque ¿él no era su cabeza?

Y él mismo, agitando la cabeza se contestaba materialmente y con acción sentenciosa que sí, que sí...

Se entristeció pues, ¿no tenía aspecto de estúpido?

El traje multicolor, de pésimo gusto, con las manos –aparentaba tener manos– “perdidas” en los bolsillos del pantalón, replegaba hacia atrás el largo abrigo que le cubría. Y tenía abdomen redondo y abultado como de hombre satisfecho, como de burgués rechoncho; él que si alguna ventaja tenía, era la de no comer, porque no lo necesitaba.

¿Su cara?, una cara amplia y carnosa, cara de hércules cándido, bueno, bonachón, tonto.

Si hubiera podido hablar y hubiese dicho que pensaba, nadie le hubiera creído, sólo por el aspecto de idiota que tenía. Sin embargo, pensaba, y pensaba como hombre barbudo – aunque ridículamente barbudo–. Además, el sufrimiento le había despertado extraordinariamente la inteligencia.

Mucho tiempo estuvo contemplándose en el espejo hasta que, agobiado, desvanecido, triste, se le detuvo el pensamiento, entró en reposo absoluto su cerebro, con la cesación del movimiento de la cabeza que tanto odiaba; se odiaba a sí mismo, con odio destructor, odio mortal.

² *deceptivas*: castellanización del inglés *deceptive*, que puede traducirse como “engañoso”.

Sólo unos cuantos días, muy pocos, tres, había sido feliz; no había pensado.

Por la noche el niño rubio lo dejó acostado en un librero y cuando él mismo fue a sacarlo de allí, llevaba el rostro muy pálido como si lo hubiesen bañado con cera y los ojos muy hundidos, como si hubiesen estado a punto de sepultarse en sus propias órbitas.

Pobre niño; él le amaba a pesar de todo.

¡Ah!, él había sufrido no sólo con sus dolores; estaba sentenciado a ser testigo mudo del drama que se desarrollaba como entre bastidores en aquella casa. Él había asistido a las aterradoras desesperaciones de aquel hombre, dueño suyo, que, creyéndose sólo se mesaba los cabellos y rugía por sollozar. Alguna vez ese hombre clavó sus ojos que destilaban lágrimas en el muñeco de cabeza fuertemente estremecida y quedó pensativo; tal vez sospechó por un momento el suplicio de aquella cabeza.

Otra vez fue despertado bruscamente; la dueña de la casa tomó entre sus manos un papel que él pisaba y la vio caer sin sentido sobre la alfombra, y contra la mesa hacerse sangre y ¡no pudo auxiliarla!

La cabeza le temblaba inusitadamente; pensaba, pensaba mucho, recorría su pasado y miraba hacia el horizonte de lo porvenir y se miraba desesperante, desgraciado, extraordinariamente infeliz.

Aquellos hombres se habían estado allí toda la tarde, iban a descansar, iban a ver a sus mujeres, iban a gozar, a vivir, ¡¡a dormir!!

Y él no, él no tenía afectos, no tenía comodidades, él ni siquiera podía haberles gritado: “yo también pienso, también siento; yo también amo y odio, también vivo, pero con una vida de muñeco que tiene cabeza de hombre, con una vida sin igual, con la vida de una cabeza que separada de su tronco, siguiera viviendo muchos días”.

Y la cabeza seguía balanceándose sobre la varilla elástica.

Le dolía por todos lados; parecía que le enterraban en muchas partes gruesos clavos, y sentía la vibración continuada como debe sentir el estremecimiento el alambre telegráfico cuando le pasa la corriente.

El trozo de plomo desprendido de la bóveda craneana le rebotaba dentro de la cabeza; y a veces se le quedaba quieto en alguna sinuosidad como doloroso tumor.

Ese trozo de la misma sustancia que estaba hecha su cabeza ¿no sería su pensamiento?

Por la calle pasó despacio un carro cargado con rieles, levantando mucho ruido y haciendo temblar el piso.

El estremecimiento se le acentuó, se hizo más fuerte y continuado el temblequeo, y nuevamente se desesperó.

Sus dolores aumentaron; sintió como si se le derritiera por el interior la cabeza; igual sensación habría experimentado cuando lo fundieron en el molde, si ya entonces hubiera tenido vida, si hubiera entonces podido sentir ya; pero no; la vida se la había dado fatalmente aquel bamboleo.

Al menos los hombres cuando odian la vida, pueden dejarla a un lado.

Y bien, ¿no dicen que la cabeza manda y gobierna al cuerpo?

¿Por qué él no podía ni levantar una mano?

Y el esfuerzo del muñeco fue terrible...

En la mañana encontraron la cabeza caída a los pies del muñeco, y las manos, ¡las manos que había sacado de los bolsillos del pantalón! crispadas y en alto, cerca de la varilla elástica, ya quieta, rígida, y en la cual antes se balanceaba la desgracia del pisapapel.

14)

CUENTOS DEL MANICOMIO

EL CREADOR DE HOMBRES¹

En plena sala de la Exposición de la Academia, se lo dijo aquel hombre conceptuado por todos como maestro; se lo dijo en voz baja, cortando la frase con sonrisitas que hicieron el efecto de alfilerazos al pobre joven pintor.

—En efecto; ese Judas está bien muerto; pero no porque se haya ahorcado, no. Usted es quien lo ha matado. Igual estaría si lo hubiese presentado vendiendo a Cristo; falta expresión, falta vida. ¿En dónde están las huellas que dejó esa vida al desprenderse de este cuerpo? Decididamente tienen razón los cronistas: usted nunca podrá pintar más que cadáveres. Esa figura acaso con un soplo de vida...

—Qué crueldad —y el infortunado creyó que todos los visitantes habían oído la opinión, que todos iban a verle saltar la vergüenza que sintió subirle al rostro en una gran oleada; y hubiera deseado arrancar de la pared su cuadro y echar a correr con él a cuestas para ir a esconderlo en donde nadie pudiese hallarlo.

Desde entonces fue su constante pesadilla esa opinión: “no podría pintar más que cadáveres”.

¡Y aquel soplo de vida!

Bien; trabajaría mucho, estudiaría mucho y pasaría la mañana y la tarde... y la noche en su taller.

¿Por qué no habría de dar vida a sus figuras al trasladarlas al lienzo, si las sentía con vida en su interior?

¹ Francisco Zárate Ruiz, “Cuentos del manicomio. El creador de hombres”, en *El Mundo Ilustrado*, año VII, t. I, núm. 13 (1º de abril de 1900), pp. [9-10]. Aunque fue publicado bajo el título “Cuentos del manicomio”, este texto no se recogió en el volumen homónimo.

Y en el taller pasó muchas horas en mangas de camisa, con el vestido manchado, el cabello en desorden, y con el pincel en la mano. Y siempre su obra era coronada, con corona de espinas, por el fracaso.

Sentía las palpitaciones de la concepción con placer materno, pero luego experimentaba la dolorosísima tristeza de la madre, que esperaba ansiosa ver el fruto de su vientre lleno de vida y mira después nacer un cadáver.

A cada nueva derrota que sufría, pasado el momento primero de desesperación furiosa, acopiaba nuevas energías, nuevos bríos para la lucha.

Triunfaría al fin, porque perseveraba.

Un día se lo dijo un compañero: “Deja los cuadros y dedícate a algo más práctico, que vas a volverte loco y sin conseguir el triunfo.”

Todos lo desalentaban, ¡todos lo creían inútil! Él demostraría con el tiempo que se habían equivocado.

¿Volverse loco? ¡Ah!, sería volver a volverse loco, porque a despecho de las precauciones tomadas por su familia para que no lo supiese, un buen amigo se lo había hecho saber.

Había sido al cumplir los 11 años. En efecto; él lo recordaba muy bien; es decir, recordar que había estado loco, precisamente no, eso no.

Y ¿por qué se había vuelto loco? ¿Cuál habría sido su locura?

¡Era extraño!, no lo recordaba; que no sepa el loco cuál es su locura, es natural; pero ¿por qué no ha de saberlo después? Si no está ya loco, debería recordar al loco que él [había] representado durante una época de su vida, el loco que él había sido antes. A ver, haría un esfuerzo de memoria. Si se pudiera, haciendo un esfuerzo, alcanzar en la memoria lo que se desea y se ve muy alto, muy lejos, lo mismo que en los gimnasios se llega a alcanzar el techo, asiéndose de un cable y subiendo por él.

Pero no, no tenía ni un hilo de cuyo extremo tirar y tirar, hasta que llegara lo que había más allá, dentro de una caja por donde se asomara el cabo del hilo mismo.

Sentía entre los dedos las canicas, sentía el atractivo desvanecimiento del columpio, se veía en aquel gran patio acompañado de sus primos lidiando al hermoso perro negro; pero después, después chocaba contra el paréntesis que se abría en su vida, caía en una honda laguna, una laguna de aguas negras, muy negras, que se le presentaba en su pasado.

Y se perdía, se hundía en aquella laguna, por más que luchaba desesperadamente para alcanzar la superficie y mantenerse en ella caminando en la dirección que deseara.

Experimentaba la angustiosa sensación que experimentaría perdido en un amplio salón obscuro, sin poder hallar la salida.

Sentía una inexplicable impresión de vacío dentro de él mismo, primero, y después fuera, pero de un vacío cercano, como si estuviera en peligro de caer en un pozo próximo, obscuro y profundo, muy obscuro y muy profundo.

Y deseaba no pensar más en aquello. Inconscientemente imprimía fuertes sacudidas a su cabeza, como para ahuyentar una idea que hecha moscardón le cosquillase con necia insistencia en el cráneo.

—¡Diablo! Sería grave eso de volverse loco.

Y comenzaba a recorrer a grandes pasos la habitación, procurando recorrer y silbar con precisión un trozo de ópera, o recitar sin equivocarse una poesía que él había aprendido muy bien.

Sentado, tranquilo, empezaría.

¡El segundo verso lo había olvidado! y ¿desde cuándo? ¡Desde el día anterior!

Era serio que empezaran a escapársele las ideas, como se le escapaban las mariposas cuando ya creía tenerlas apretadas bajo su sombrero, allá por la época de los 8 años.

Tomó el sombrero y se descubrió la cabeza.

Siguió repitiendo el primer verso y el segundo no llegaba.

Se pasó la mano por la frente y tropezó con el sombrero.

Derribó la silla al ponerse de pie de un salto.

Y se vio al espejo el rostro encendido y sintió sudores...

No, pero no estaba loco; estaba excitado.

Desde el momento en que pensaba que podía estar loco, ya no lo estaba.

Ya vendría la tranquilidad.

¡Ah!, pero ese sí era un mal síntoma: ¡él mismo trataba de convencerse de que no estaba loco! ¿No sería ese el principio?...

El aire fresco de la noche lo tranquilizaría; era bueno un soplo que apagase aquella fragua que tenía en la frente.

No quería estar solo; tenía horror a la soledad, horror a la locura; ese era ¡el horror al vacío!, tenía miedo al loco que quería asaltarlo.

Fue en busca de amigos; ¡ellos también! “¿Qué tienes? ¿Traes algo raro?” “En verdad, vienes extraño”.

Al acostarse, menos excitado, repetía que tendría que confesar alguna vez que se habían equivocado: sus figuras vivirían. Y sonriendo añadió: —Yo encontraré ese soplo que ha de darles vida.

En sus sueños vio a una Venus suya que paseaba de bracero con un capitán del ejército, por la gran avenida. ¡Vivía, vivía! Luego, una gran torre en actitud de arrojarse encima — ¿sería la de Pisa?— Y él, tendido en la orilla de la convexa cúpula de una catedral, sentía que un sueño irresistible lo iba dominando poco a poco; al pensar en que rodaría a la muerte, si se dormía, hizo esfuerzos grandes para no dejarse vencer por aquel sueño traidor, y... ¡de veras despertó!

Repuesto un tanto del susto, sonrió, sonrió de él mismo; también reirían de él los demás si se volvía loco. Unos lo compadecían, otros se reirían, los de más allá se horrorizarían. Y él ¡ignorándolo!

Él no quería que lo comprendieran; siempre le había repugnado inspirar lástima y necesitaba tener completo el pentagrama de sus sentimientos para poder corresponder a los que inspirase, y poder odiar y despreciar...

Seguramente por el tiempo que había descansado del peso agobiador de su miedo, lo sentía más fuerte que antes.

Y ahora, suponiendo que volviese a estar loco, ¿cuál sería su locura?

¡Cualquiera!, una repetición continuada del tema que tuviera entre manos cuando lo asaltara la locura; una frase... ¡quién sabe! Su tía, la loca, repetía constantemente: “Yo, soy yo”.

Y después de todo, ¡aquella loca tenía razón!

Pero no, él no llegaría a estar loco otra vez; se mataría antes que consentir en llegar a estar loco.

Llegó a la fonda ya muy entrada la tarde.

Los sirvientes sonreían al verlo; sirvió especias al vino; se llevó a la boca el tapón de corcho en vez de un pedazo de pan; y como la servilleta no quisiera estársele fija en un lugar, la azotó con furia contra el suelo.

Cuando las sombras comenzaron a entrar en el gabinete aún permanecía allí, agitando nerviosamente, entre los dedos, un pedazo de miga de pan. Escapósele de entre los dedos el esferoide y, al verlo caer, sintió la misma impresión de terror que habría sentido si se le hubiese caído algún objeto quebradizo, estimadísimo para él.

Se inclinó y ayudado por la luz de un fósforo, buscó hasta encontrarlo, el esferoide de miga de pan.

Tenía una grieta, que le pareció una boca que reía grandemente.

Podía servir aquella bola para una cabeza, y empezó a modelar un cuerpo para la cabeza.

Quién sabe si a Dios le saldría por casualidad la cabeza del hombre, cuando luchaba por dar forma, una forma humana, al barro que revolvía entre las manos.

Y le hizo mucha gracia la idea y rio estrepitosamente.

Cuando acabó el muñeco, lo apoyó contra la botella que tenía enfrente. Le pareció que se movía, girando de un lado para otro, sobre un pie.

Y lo rodeó con un soplo: ¡se movía!

Gritó con furia: —He triunfado, he triunfado; encontré el soplo, ¡lo encontré! —y echó a correr entre gritos y gesticulaciones.

Las paredes de la celda estaban apretadas de figuras a lápiz unas y pinceladas otras.

Y apoyados contra la pared, a lo largo del muro, en los rincones o tendidos en el suelo, estaban los futuros hombres, los muñecos de barro. Unos con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos caídos, en postura de ebrios que ya no pueden llegar a su casa. Otros con la frente levantada, en actitud orgullosa, como si pretendieran desafiar con la mirada que les falta.

Caras tristes, muy tristes algunas, y desbordantes de alegría otras, como si hubieran retratado la expresión del semblante de su creador en los momentos en que les dio forma.

Algunos sentados recordaban los ídolos indios.

Los tendidos con la cara al cielo, y los brazos a lo largo del cuerpo, parecían cadáveres que, en la plancha del anfiteatro, aguardasen el cruel bisturí del disector.

Y él con las ropas manchadas, barrosas la cara y las manos, se abstraía en la fabricación de un nuevo hombre, o iba de un lado para otro, entablando conversaciones con sus fantoches, explicándoles proyectos de creación. Por momentos, se quedaba fijo en mitad de la pieza, ten[d]iendo ansiosas miradas en derredor, mirando atentamente a alguno que le parecía haber visto moverse.

A un visitante le explicó, durante una tarde, cómo debía de ser la “combinación química perfecta” que necesitaba obtener en un soplo preparado, para que pudiera volver hombre a un muñeco —y con gritos destemplados, gritos furiosos, crispadores, gritos locos, pidió retortas y matraces.

La lluvia de sombras que caía sobre la tierra se hacía más copiosa, más densa.

Ya habían sido recogidos y aprisionados en sus celdas, todos los asilados que antes vagaban por el jardín y los patios.

A lo lejos se oían gritos destemplados y se veían temblar las flamas de las lamparillas, en las farolas de los corredores.

El loquero, al dar vuelta a la llave de la puerta que cerraba una celda, lanzaba al cielo sus últimos bostezos de la tarde, ya consolado con la idea del próximo descanso, cuando fue llamado de la Administración.

—Qué fastidio —y a paso lento se encaminó a la pieza en donde el Administrador, calada la vieja gorra, como era su incurable costumbre, y saboreando de cuando en cuando el cigarrillo, inscribía en el registro las generales del último huésped llegado.

Le entregaron, como un fardo, aquel bulto humano, y él lo tomó bruscamente por un brazo, y lo hizo caminar, lo remolcó hacia adentro.

Al recorrer el patio, de cuando en cuando, el idiota volvía la cara y veía al loquero, con esa risa especial de los idiotas que sale breve, seca y cortada, como entre golpes de hipo.

“Y ahora, a buscarle lugar”, se dijo el loquero.

Pasaban por el frente de la celda repleta de futuros hombres.

—Aquí puedes quedarte por lo pronto —y lo empujó a la celda.

El creador, sumido en la penumbra de un rincón, no pareció advertir la visita...

De pronto se oyeron gritos fortísimos, gritos que llenaban al asilo.

Acudieron.

El infeliz idiota era sacudido con fuerza por su compañero de celda, que gritaba:

“He triunfado, he triunfado; se mueve, se mueve.”

El idiota fijaba en él sus ojos sin mirada, reía con una risa hiposa, balbucía palabras incomprensibles.

El loco seguía sacudiéndolo y, en tono que no se definía si era de mando o admiración, agregaba: “habla, habla”, y luego: “¡he triunfado, he triunfado!”

Cuando se lo contaron al maestro, sonrió y añadió:

—Nunca habría podido pintar más que cadáveres.

15)

EL TUERTO¹

Como si no bastara para mi desesperación el vocerío de los chiquillos en retozo, allá en el patio que quedaba a mis espaldas, vino a tomar parte en mi desgracia el Tuerto.

Hasta ese día lo conocí; era nuevo en el gallinero de la corraliza que se extendía a mi vista, un poco abajo de la ventana ante la cual solía yo trabajar tarde con tarde.

¡Qué ridículo era! Un ridículo pisaverde.²

Horriblemente crestado, con la cresta amoratada, con esa coloración que toma la cara de los viejos enfisematosos, y asquerosamente calvo. El ojo derecho perpetuamente clausurado.

La coloración de las plumas le fingía un chaleco enorme de piqué amarillo con salpicaduras negras; pantalón blanco muy corto y ajustado, y las plumas de la cola, verdosas y brillantes, flotándole como los faldones de un levitón viejo enorme.

Caminaba con fingida y grotesca gallardía, doblando exageradamente las piernas, contoneándose, volviendo con brusquedad de un lado para otro la cabeza y lanzando, orgulloso, imbécilmente orgulloso, su mirada izquierda en derredor.

De cuando en cuando, se detenía y lanzaba al viento su grito ronco, destemplado; ¿era el canto del gallo? No; ese no era el canto del gallo; era un graznido extraño. Su compañero de habitación sí cantaba; había en su voz inflexiones, había dulzura; ¡oh!, pero el Tuerto no tenía más que una horrible aspereza en la garganta, una voz asperjada de púas, como cuerpo de erizo.

¹ Francisco Zárate Ruiz, "El tuerto", en *El Mundo Ilustrado*, año VII, t. I, núm. 20 (20 de mayo de 1900), p. [3].

² *pisaverde*: "Hombre presumido y afeminado, que no conoce más ocupación que la de acicalarse, perfumarse y andar vagando todo el día en busca de galanteos" (DRAE).

El *ki-ki-ri-ki* sonoro del rey del gallinero, se convertía en su pico, en un *hi-hi-hí* angustiosamente aspirado.

Yo experimentaba la misma molestia que se siente cuando se oye hablar a una persona enferma, cuya voz apenas suena.

El Tuerto me fue antipático, pero no lo odiaba yo como he odiado a muchos animales y a muchos hombres, con deseos de muerte para ellos; lo despreciaba con un desprecio lleno de risa.

Y él, como si creyera que su voz tenía bellezas dignas de mostrarse, seguía lanzando su ronquísimo grito. Perseguía con tenacidad a una hermosa gallina blanca, con blancura deslumbradora.

El contraste era grande y vergonzoso para él.

Él la perseguía y la perseguía, y ella se le fugaba.

Cuando vi que estaba a punto de darle alcance, arrojé a la cabeza una pelotilla de papel; se detuvo y nuevamente gritó; esa vez con susto.

Repuesto un tanto, volvió a su persecución. Muchas veces evité de igual modo que se aproximara demasiado a ella. Gustaba yo de verlo un poco cerca, porque resultaba más la hermosura blanca de la perseguida.

Cada vez que le asestaba un nuevo golpe de papel, mientras él me arrojaba encima su siniestra mirada, ella se le burlaba, cuchicheando con el compañero de vida. Ese sí que era hermoso y joven; con razón se disputaban su amor ellas.

Era fuerte y grande, por eso veía al Tuerto con desprecio y no se ocupaba en ir a castigarlo. Sólo se reía cada vez que yo lanzaba al ridículo *gallinaccio*, una nueva pelotilla de papel.

Repetidas veces pasó por la carita del ovíparo tenorio la risa de su burla. Y para hacer mayor esa burla, se fingía asustado por lo que pasaba al compañero y después daba a su canto notas de carcajada.

Hubo momentos en que me guiñó los ojos, como para interrogarme qué pensaba yo de su rival. Y me reía con él, y nos reíamos del Tuerto.

También la graciosa cara de ella, la vi bañada de risa a menudo.

Lejos del perseguidor, rascaba la tierra como si buscara algo que hubiera perdido y luego con miradas de soslayo, lo provocaba hasta que él emprendía nuevamente su tarea, y ella emprendía nuevamente la carrera de la huida.

Y allí permanecí gastando muchos cigarros y ninguna tinta, hasta que apenas se veían ya a lo lejos las nubes que perezosas bajan a recostarse sobre las montañas.

Para ellos era muy tarde. Acaso yo era quien los había desvelado.

Todos fueron a recogerse.

Desde la reja de entrada de su común habitación, el Tuerto me aventó por despedida su mirada rabiosa.

Al reírme de él por última vez en el día, estuve a punto de hacerle una mueca, como un chiquillo mal educado reñido con otro.

Cuando lo vi la segunda tarde, seguramente porque la noticia de nuestra burla había circulado en el gallinero, todos los habitantes de allí se mofaban de él.

A veces se escuchaba un coro de risas que de seguro habían ensayado cuidadosamente de antemano, para que resultase muy uniforme.

El Tuerto me demostraba su odio, un inofensivo y ridículo odio de gallo, con su mirada dura, muy dura, que, para ir a clavármelo en el cuerpo, le salía constantemente de su ojo – ojo enrojecido y brillante que hacía imaginarse una lamparilla colocada detrás de él.

Estaba encaprichado en que había de ser su amante la gallina blanca, y no perseguía a alguna otra; desde que les abrían el pequeño gallinero para que gozasen de una relativa libertad en el corral, renovaba su labor de persecución tras ella.

Salía a paso majestuoso, después de inclinar la cabeza al pasar bajo la puerta bastante alta: ¡temía, convencido de su talla, lastimarse la cresta amoratada!

Sacudía las alas, como esos hombres que al salir de una pieza en donde sintieran sofocante calor, se dan aire agitando el saco contra el cuerpo.

Después, como siempre, levantaba pausadamente la pierna y avanzaba pavoneándose.

Me miraba con amenaza, previniéndome que no fuese a empezar mi cotidiana y desesperante burla, que luego secundaban sus congéneres.

Alguna vez me causaba lástima y me retiraba de la ventana; pero casi siempre, al contrario, deseaba mortificarlo, pues que, ¿no comprendería qué ridículo era su papel?

Por las madrugadas, cuando oía yo su cavernosa voz, cuando se complacía en romper el silencio con su ronco grito, me lo imaginaba “medio despierto”, con su pobre ojo cerrado, ya pensando en sus planes de conquista, y me reía entre las sábanas.

Una tarde observé que el gallo joven ya no reía; parecía disgustado, parecía que encontraba demasiado tenaz la persecución del Tuerto.

Ya no había notas de carcajada en su canto y se paseaba cabizbajo; golpeaba nerviosamente el suelo con las patitas y pasaba el pico, lo arrastraba contra la tierra de uno y otro lado, como los carniceros afilan su cuchillo antes de cortar.

En momentos en que el necio se acercaba a la dama blanca, quién sabe qué gritó el joven; los compañeros de gallinero no se rieron en coro, sino que, uno tras otro murmuraron muy por lo bajo, algo que no pude entender. Un pavo viejo que reía siempre larga y estrepitosamente, dio un chillido breve, cortado, lúgubre, y se acercó a un pavipollo, con el cual se puso a cuchichear.

El Tuerto pareció entristecerse.

Y todos en silencio, entraron temprano en el dormitorio y subieron a sus camas. (?)

Desde entonces disminuyeron las burlas.

Dos gallinas serias, matronas respetables, se paseaban juntas, comentando el caso.

Las pollas veían con indiferencia al enamorado.

El gallo joven, taciturno, vigilaba constantemente a su horrible rival. Éste lo veía también con rabia, con desesperación algunas veces, o no lo veía otras; permanecía triste, meditabundo, ¡fúnebre!, olvidado en un rincón.

Y ¡ya no gritaba!

La gallina blanca no salía del gallinero.

Sólo un perico de vecindad ayudaba a mi risa, pues sabía imitar perfectamente el grito ronco y destemplado que antes brotaba tan a menudo de la garganta del Tuerto, llena de una horrible aspereza, aquel *hi-hi-hí* angustiosamente aspirado que hacía sentir la molestia que se experimenta oyendo hablar a una persona enferma, cuya voz apenas suena.

En la noche, desde que hubo silencio, trabajaba yo ante mi mesa pobre.

Serían las doce cuando se oyó el grito del Tuerto. Era extraño que graznase otra vez, y a esa hora.

Después, todos lo secundaron con gritos desesperantes y el perro despertado de su buen sueño por aquella gritería, empezó a ladrar con furia.

El ruido se prolongaba y yo no podía trabajar.

Las gallinas cacareaban dolorosamente, pedían auxilio, y el perro protestaba porque no lo dejaban volver a su sueño.

Un drama de gallinero: el Tuerto, insistiendo neciamente en sus imbéciles pretensiones, habría provocado la ira del gallo joven y reñirían; o bien, el malvado habría dado muerte, traidoramente, con premeditación... era capaz de todo; a mí, si hubiera podido, me habría asesinado.

La algarabía era insoportable.

Abrí de par en par la ventana y por ella salté al corralillo.

¡Qué viento y qué frío!, las estrellas temblaban.

Llegué; el espectáculo fue original: el Tuerto, cerca del techo del gallinero, se columpiaba enredado entre una cuerda vieja del tendedero que le oprimía el cuello.

Aproximé la luz, y lo vi estremecerse por la última vez, y por la última vez, lanzarme una siniestra mirada del redondo ojo brillante y enrojecido.

El gallo joven y hermoso, fuerte y grande, me veía atentamente. Estaba tranquilo; él no había gritado; nada había hecho.

Cerré la puerta del gallinero y todo volvió al silencio.

Al día siguiente, empecé a enfermar del ojo derecho, y al fin lo perdí.

Algunos dicen que me felicite de no haber perdido los dos; opinan como los médicos, que fue la enfermedad causada, porque salí violentamente de la habitación en que había estado trabajando durante tanto tiempo.

Eso los médicos, pero me parece una extraña coincidencia.

¡Oh!, aquella última mirada siniestra del ojo enrojecido y brillante...

—Ustedes ¿qué piensan?

Al fin, toda anegada en llanto, rodándoseme por las mejillas las lágrimas que iban a humedecer el velo enlutado con que cubría mi cara pálida y ojerosa por el insomnio, me hallé frente al cadáver mutilado de mi infeliz compañero de vida.

Al fin estaba en presencia de la acre satisfacción de mi enfermo deseo: mirándolo allí, tendido sobre la plancha, horriblemente descabezado.

Entonces sí, perdí unas pocas de mis energías; entonces sí, me saltaron las lágrimas que había represado durante la ejecución. Porque yo asistí a la ejecución; creí que si en alguna parte necesitaba de mí, era en el cadalso. Y mis ojos fueron a buscar los suyos, allí, sobre la mortuoria plataforma. Nuestras miradas se encontraron y se besaron sobre las gradas de su patíbulo.

¿Por qué sólo se ha de acompañar a los que mueren poco a poco, tranquilamente, entre los blandos almohadones del lecho y no ir a despedirse del que la justicia arranca del mundo sobre el duro tablado infamante?

Él necesitaba acaso de una mirada amiga en el momento último. ¿Quién sabe si se tiene más serenidad para entregar la cabeza al verdugo, cuando enfrente hay unos ojos amados?

Fui a cumplir con el deber, cruelmente impuesto por los hombres, de despedirse de los que mueren.

Además, entre la curiosa multitud que se arremolinaría en derredor de su cadalso, sería yo la única que le mirase con cariño, la única que no sintiera asco por el crimen, y horror e

¹ Francisco Zárate Ruiz, "La cabeza parlante", en *El Mundo Ilustrado*, año VII, t. II, núm. 3 (15 de julio de 1900), pp. [11-12].

indignación para el criminal que iba a expiar su delito, el delito cometido por el amor que me tenía; un amor loco que lo engendró unos celos imbéciles, pero amor al fin.

Por mí había partido, de un certero golpe de puñal, el corazón de aquel infeliz, de aquel inofensivo a quien hizo la injuria de juzgar peligroso, tentador, ¡perverso!... Se condujo como un valiente: no llevaba miedo en el semblante, no, el pavor no le había arrancado los colores de la cara; solamente sus labios, secos por la fiebre, habían perdido el carmín; no recorrió su cuerpo estremecimiento visible, mientras estuvo completo. Sólo cuando el horripilante cuchillo tronchó aquella cabeza, cuya frente yo había besado tantas veces, cuando la sangre saltó parabólicamente de los vasos rotos, cuando cayó el cuerpo ya separado de su cabeza, se convulsionaron aquellos brazos que tantas veces me habían estrechado, se retorcieron un momento, como miembros de epiléptico.

Cuando vi sobre la bandeja de estaño su cabeza chorreante, sentí más precisamente definida, más claramente terrible, la impresión de gran miedo que experimenté, cuando, siendo muy niña, me llevaron a un salón en donde había una cabeza ensangrentada que respondía a las preguntas que se le dirigían.²

Después... ¡al cesto!

¡Cuánto odié a todos los que tomaban parte en la tragedia, tranquilos, con seriedad afectada, y a los curiosos que fueron a satisfacer, como a una corrida de toros, sus ansias de impresiones fuertes, sus deseos de ver sangre!

Un beodo cercano a mí, se burló de sí mismo, después de haberse enternecido; ¡pues no había llegado hasta el punto de afligirse!...

² Las cabezas parlantes fueron mecanismos que, representando una cabeza humana, podían reproducir cierto número de palabras; en 1783 se construyeron dos de estos mecanismos que fueron presentados ante la Academia de Ciencias de París, y durante los siglos XVIII y XIX se construyeron varios más. Ahora bien, aprovechando la credulidad de la gente se presentaron supuestas cabezas parlantes que no lo eran en realidad, pues quien contestaba las preguntas era un hombre oculto; más aún, en algunas ferias se presentaba una mesa sobre el suelo cubierto de paja y con espejos verticales a los lados, sobre la cual se hallaba la cabeza parlante encima de un plato. Dicho plato no tenía más que la orilla bordeando un agujero de la mesa por donde un hombre oculto sacaba la cabeza. En México, el teatro de autómatas fue muy popular durante la última década del siglo XIX, “incluso se formó una Compañía de Autómatas Mexicanos” (*vid.* Pamela Vicenteño Bravo, nota 11 al capítulo V “La boda de Ernesto se pone en caliente”, en VICISITUDES Y AMARGURAS, UNAM, 2016, p. 55).

¡Desgraciado! La cabeza estaba entre las dos piernas, reclinada sobre uno de los muslos; los ojos entrecerrados, como si dormitase, y por la boca entreabierta, se le asomaban hacia adentro algunos de los bigotes, desordenados y marchitos.

¡Oh!, así, con los ojos entrecerrados, pero llena de vida, así había yo tenido recostada sobre mi hombro, aquella cabeza, entonces ya hueca, mustia, que ya no abriría los ojos al sentir mis besos, que ya no buscaría con sus labios siempre frescos, tersos siempre, y en esa hora, secos, hoyuelados y lívidos, los míos que le esquivaba para aumentar su deseo.

De cuando en cuando, desde el cuello rebanado, en donde comenzaban a prenderse negruzcos coágulos, rodaba silenciosamente un hilillo de sangre, que iba culebreando por el metal de la plancha, hasta detenerse contra la mano crispada, a la que coloraba.

Las fuerzas me faltaban; empezaba a sentir miedo, horror y —¿por qué no confesarlo?— asco, sí, asco que comenzaba a causarme aquel cadáver sangriento del decapitado.

Pensé en salir; yo ni siquiera podría dar el último beso a mi muerto; habría necesitado tomar entre las manos su cabeza divorciada del tronco y mancharme los dedos y las ropas, y acaso ¡los labios! con su sangre derramada por el implacable verdugo, por el mayor asesino, investido de impunidad por la misma ley.

Iba a volver la espalda al cuerpo ensangrentado, cuando vi que aquella cabeza parpadeaba, ¡parpadeaba! como cuando sentimos la pesadez del sueño y no queremos dormir, como cuando no queremos dejarnos vencer por un beleño. Sentí el resortazo del susto; sentí lo mismo que si alguien hubiera aplicado a mi cuerpo bruscamente una esponja empapada en agua fría.

Quise huir, pero no pude; mis piernas temblaron, mi vista se nubló y para no caer, apoyé la mano sobre la plancha, cerca de su pie derecho que comenzaba a ponerse horizontal.

Miré atentamente a la cabeza; ¡ilusión mía!, seguramente. No, en aquellos ojos había vida; no tenían la vidriosa opacidad de los ojos muertos.

¿Sería posible que aún viviese aquella cabeza? ¡Qué horror!

Y seguía parpadeando, seguía parpadeando.

Al fin abrió los ojos completamente y su mirada puntiaguda se clavó en mí. Sus ojos querían hablarme, pretendían decir algo, pero yo, ¡oh Dios!, no los entendía.

Y desbordaban desesperación.

Su boca se entreabrió varias veces, como por un esfuerzo supremo; castañeteáronle los dientes y cuando el corazón me latía apresuradamente y un sudor frío me humedecía el cuerpo, oí clara, distintamente, mi nombre pronunciado por aquella cabeza tronchada: —¡Ana, Ana!

¿Era posible?

Mi pavor fue ilimitado; quise correr, gritar, moverme al menos; nada pude, y con la mano apoyada cerca de su pie derecho, que comenzaba a ponerse horizontal, quedé inmóvil.

—¡Ana, Ana mía! —repitió con voz humana, con entonación que nada tenía de sobrenatural.

Entonces, más tranquila, con una mezcla de cruel curiosidad malsana, de complacencia cariñosa para el pobre ajusticiado y de presuntuoso valor de mujer colocada en espantosa situación, me aproximé un poco a la cabeza de mi marido.

Apenas entreabriéndole los labios lívidos, volvió a salir claro y distinto mi nombre:

—¡Ana, Ana mía!

Quise contestar, darle ánimo, inspirarle confianza en mi serenidad, por la que de seguro temblaba, y sólo pude articular un tembloroso: —¿Qué?, —como si apenas me atreviese a hablar.

El esfuerzo de la cabeza creció, creció grandemente; la vi congestionarse; tomó la marcada coloración del esfuerzo y lanzando un suspiro, como para descansar del trabajo ejecutado, como de satisfacción por el triunfo, empezó a hablar con voz débil:

—¡Oh!, Ana mía, qué inesperada dicha; verte a mi lado, acompañándome en mis últimos horribles momentos, cuando yo creí que la vez en que nos miramos allí en el cadalso, era la última.

Cómo sufro, Ana; mis dolores en esta gran herida son insoportables. Cuánto he sufrido en unos pocos momentos. Mentira que no se sufra con esta muerte, mentira Ana, mentira; yo he padecido horriblemente.

Nada son los sufrimientos de la víspera comparados con los del día de la ejecución. ¡Nada valen!

Cuando pasé la noche oprimido en la camisa de fuerza, oyendo desde la celda lóbrega, el ruido que hacían al clavar el tablado afuera, en la plaza, para matarme allí, oyéndolo, como oyen los espectadores en un teatro el claveteo detrás del telón, cuando durante el entreacto preparan la escena, ¡estaba yo completo! Y ahora... ahora sufro horriblemente mutilado, sufre mi cabeza que vive, aquí sujeta entre su cuerpo muerto, al que antes gobernaba y el que ahora le presta un punto de apoyo, para que no ruede hasta el suelo. Siento en la cabeza cómo comienza a enfriarse mi cuerpo.

¿Comprendes mi extraña situación?

¡Ay, cómo me duele el cuello cortado!

Oye, es mentira que no se sienta dolor...

Al principio, la fuerza del golpe me dejó inconsciente, pero después, como se vuelve de la inconsciencia de una fiebre, volví a pensar y con la misma violencia con que piensan los cerebros débiles de los febricitantes.

Mi pensamiento se aceleró en su marcha; se avivó mi memoria. Allí, dentro del cesto obscuro, he pensado rápidamente en mi pasado, en mi presente, en mi porvenir.

He recordado nuestros días de ventura, perdida para siempre; he recordado la noche de mi crimen.

¡Ojalá que a ese maldito lo hubiesen guillotinado para que hubiese sufrido mucho, tanto como yo!

Siento cómo me destila la sangre por los agujeros abiertos y me siento a cada instante más débil.

Y ya quiero morir; sería atroz que, cuando vengan los que han de hacer la necropsopía de mi cuerpo –porque ese sí está muerto– pudiera ver aún cómo lo despedazaban. Si así es, si llegan, toma mi cabeza entre tus manos y como si fuese una cabeza de yeso, arrójala contra el suelo, hasta que salte en pedazos mi masa encefálica. Tu, que quedas, diles que es muy cruel este castigo, que es crudelísimo cortar una cabeza para que piense y sienta, junto a su cuerpo degollado, muerto.

¿Por qué no parten mejor de un hachazo el cráneo del sentenciado? Así destruirían de una vez el yo.

Cuando me depositaron aquí sobre la plancha y pude ver mi pobre cuerpo contraído por las últimas convulsiones, ¡cuánto deseé huir! Nunca como entonces he sentido deseos poderosos de correr y *sentí* la ausencia de mis piernas, he *sentido la falta* de mis miembros: no pude acostumbrarme a la idea de no tener cuerpo y me lo figuraba aéreo, insensible para mí, pero existiendo, y distinto del que tenía a mi derredor, sangriento y desfigurado.

Si el espíritu sobrevive después de mi completa muerte –porque ésta es incompleta, ¡ay, horriblemente incompleta!– ¿experimentará esta misma molestia por la falta de cuerpo, sentirá este mismo vacío que yo siento después de la cabeza?

La cabeza se agitaba, temblaba nerviosamente; su respiración (?) se hacía fatigosa y empezaba a parpadear de nuevo.

—Ahora siento en palpitaciones, con interrupción de breves instantes, repetida la crispadora caída del cuchillo de la guillotina.

Siento más clara la impresión del contundente y mordicante aparato cayendo sobre mi pobre cuello.

¡Dame la mano, dame la mano! –gritó ferozmente la cabeza de mi marido y empezó a boquear.

Confusamente dijo por último:

—Nuestro amor, nuestra hija.

Sentí que yo boqueaba también; experimenté en derredor la impresión del vacío, la falta de mis miembros.

Para cerciorarme de que estaba yo completa, me llevé los ojos a la mano derecha que estaba pintada con la sangre del muerto y... no sé más.

Aquí, en esta cama del asilo, he venido a despertar.

¡Me siento tan débil!

¿Cómo sentiría él, que sentía la destilación de la sangre, la destilación de la vida de su cabeza, en presencia de su cuerpo que empezaba a rigidarse?

Cuando ya sólo se oía en la cárcel el alerta de los centinelas que rodaba por todo el espacioso edificio y el alerta de la campana de voz sorda y pausada, alertas igualmente lúgubres, tristes, con tristeza desesperante, él y yo, en nuestra celda de distinción, jugábamos a las cartas el *pocker*, para pasar el tiempo.

Él me decía mientras barajaba:

—Sí; en esta vez en que mi crimen es más disculpable, en esta vez en que soy, relativamente, por supuesto, menos criminal que en las otras, cuando he vivido aquí durante algunos meses, va a ser cuando la justicia popular, esa justicia un poco risible, me va a imponer mayor pena que todas las que he cumplido obedientemente; ¡quién sabe si la de la muerte!

Es que ellos no pueden comprender que haya un hombre que cometa el crimen en las circunstancias en que yo lo cometí.

Pero usted que es literato puede comprender ese crimen que parece tan repugnante, sólo por un olvido mío, sólo por una torpeza.

Ese olvido, esa torpeza, y una cobardía pueril que me avergüenza, son las causas de que yo esté aquí; pero si no fuera por nuestras torpezas, por nuestros olvidos, por esos defectos que hacen la imperfección del crimen, no habría en esta cárcel tantos infelices, y no estaría tan ufana la policía de sus triunfos.

Bien, volvamos al asunto —y sin consultarme, suspendió nuestro juego y siguió barajando a veces nerviosamente, a veces echando las cartas ante su vista en albures² que

¹ Francisco Zárate Ruiz, “La bruja”, en *El Mundo Ilustrado*, año VII, t. II, núm. 9 (26 de agosto de 1900), pp. [10-12].

parecía jugar en la memoria—. Este es el caso –siguió mientras[s] procuraba destilar en el vaso las últimas gotas de la botella visiblemente vacía—. Llegué huyendo de aquel pueblo, en donde amaneció muerto uno de los vecinos ricos, y luciendo elegante traje de marcada hechura norteamericana.

Mi lujo llevaba a mis amigos a buscarme para que cambiase a su vista y en pago de algún banquete de que habían disfrutado, una moneda de oro, cuyo valor propio subía por el alza del cambio.

Todos creyeron que efectivamente volvía de Estados Unidos.

Al principio todo fue bien; disfrutaba de mi dinero y disfrutaban de él también mis amigos y los dueños de cantinas, cafés, etc. Los garitos no, porque a menudo ganaba yo.

¡Oh!, pero una noche, ya bien entrada la noche, pasaba por el portal solitario; las alacenas estaban cerradas y sólo de trecho en trecho, en el escalón de las casas de comercio, se veía a algunos muchachos, pilluelos, ¿sabe usted? y algunos perros junto a ellos. Yo caminaba de prisa, distraído, acaso preocupado.

De pronto, por junto a una columna de los arcos, entró al portal ella.

¡Qué impresión tan extraña y tan grande me causó su horrible figura!

Vieja, nauseabundamente vieja; apenas dejaba asomar por entre el tápalo que parecía pegado a ambos lados de la cabeza, una cara blanquísima, de blancura de cadáver; en la obscuridad brilló un momento rodando de arriba abajo, por el cuerpo, su mirada torva dirigida de soslayo por sus ojos pequeños y brillantes, ¡oh!, como los de un lobo que encontré otra noche en mi camino peligroso hacia una ranchería.

Harto encorvada, parecía llevar enorme giba, y parecía más chaparra de lo que en realidad era.

² *albur*: En el juego de cartas Monte, el *albur* lo conforman las dos primeras cartas que saca la persona que corta de la parte inferior de la baraja (Niké Arts, ENCICLOPEDIA DE LOS JUEGOS DE CARTAS, BARCELONA, 1999, pp. 206-207).

El tápalo negro, así parecía en la noche, pero era verdoso, formaba sobre su frente vértice de ángulo y caía sobre una enagua también obscura muy amplia, ampliada redondamente por la anticuada crinolina.

Al columpiársele las enaguas, descubrían las chancletas que calzaba la vieja y un pedazo de la media blanca.

¡Oh! yo no creo haber sido cobarde, pero esa noche, al pasar rápidamente a su lado para dejarla atrás, sentí un escalofrío que me entró por el cerebelo y me bañó todo el cuerpo.

Al llegar a la esquina volví la cabeza, avanzaba poco a poco, balanceando las amplias enaguas que le dejaban al descubierto las chancletas y las medias. Eran las dos manchas blancas que se destacaban de la obscuridad de su cuerpo: la cara y las medias. Aquella cara de cadáver que aterrorizaba; yo no creo en apariciones de muerto, por supuesto, ni en la existencia de las brujas pero, de ambas figuras tenía: de muerta y de bruja.

Aquella noche la vi en el sueño; la misma cara cadavéricamente blanca; los ojos pequeños de mirada torva y las enaguas redondeadas que se balanceaban descubriendo las medias blancas.

¡Bah!, la preocupación de una noche.

No; al día siguiente duraba mi fea impresión.

Y al tercer día creí verla al volver una esquina, y temblé.

En la noche me propuse ir al portal; quizá por allí fuera a su casa todas las noches y la vería de cerca, y me desimpresionaría yo; sólo quedaría, naturalmente, la impresión de asco, porque eso sí: era asquerosa la vieja, la arpía, la bruja, con su cara abundantemente enharinada. Supe que se ponía polvo de almidón sobre el cutis engrasado.

Llegó; la distinguí a lo lejos, atravesaba la plaza, viniendo del Zócalo.³

³ La Plaza Mayor de la Ciudad de México es conocida también como Zócalo, debido a que en 1843 por decreto del presidente Antonio López de Santa Anna, se pensaba levantar, en el centro de la plaza, un monumento a la Independencia, se colocó la primera piedra y el basamento o zócalo sobre el que se colocaría el monumento; la obra quedó en suspenso y tiempo después los habitantes de la ciudad daban a toda la plaza el nombre de “zócalo”. En 1875 se instaló ahí mismo un quiosco, que permaneció hasta los primeros años del siglo XX, cuando se retiraron tanto el quiosco como el zócalo y se adornó el lugar con jardines, fuentes y

Por junto a una columna entró.

Me acerqué y mi impresión se afianzó; se fijó lamentablemente.

El mismo escalofrío me entró; me crispó los nervios, y sentí grandes deseos de arrojármele encima y hacerle daño.

Una mañana, con amigos que me acompañaban, la encontré por el mismo portal; seguramente era su costumbre pasar por ahí para ir a su tugurio. Un cuchitril tan asqueroso como ella, sería su dormitorio, su habitación no, porque habitaba en la calle, ¿quién sabe en dónde?

Interrogué a mis amigos; ¿quién era, qué hacía aquella mujer o lo que fuera?

“¡Ah!”, me contestaron, era la Bruja, una limosnera vergonzante, una miserable beata que vivía de la caridad pública, con las caridades de los ricos.

La Bruja; así me había parecido. Era su aspecto el de las legendarias brujas que figuran en los cuentos fantásticos.

Y cuantas veces la encontraba –y la encontraba, desventuradamente, muy a menudo–, me horripiló de igual modo y sentí los mismos impulsos de arrojármele encima y maltratarla.

En muchos años la vi. Llegué a temerla y en cada mujer que vestía de negro y que miraba yo venir a lo lejos, creía encontrarla.

Un día observé que a cada paso mi capital se iba consumiendo y mis negocios iban siendo más malos; perdía yo en el juego; y una tarde en que en unos boliches intenté extraer del saco de un elegante amigo mío, que jugaba en pechos de camisa,⁴ la cartera que yo había visto henchida de billetes de banco, lo vio y tuve que hacerle creer que era una broma. Acaso lo creyó o aparentó creerlo; me había visto gastar demasiado y enseñarle poco antes, ¡al dar una limosna!, no pocas monedas de oro que aún me⁵ quedaban.

bancas. A partir de 1952 la plaza, en toda su extensión, fue convertida en explanada con un asta bandera en el centro.

⁴ *pechos de camisa*: “andar en mangas de camisa” (Rafael Uribe Uribe, DICCIONARIO ABREVIADO DE GALICISMOS, MEDELLÍN, 2007, p. 121).

⁵ En el original: *le*

Comencé a sentirme verdaderamente enfermo. Sentía una gran intranquilidad, un sobresalto constante.

Algunas veces me parecía que era yo víctima de una persecución oculta. Sin embargo, las autoridades no me buscaban; se habían olvidado un poco de mí... ¿No era la Bruja?

Y me avergoncé de haberlo pensado siquiera un momento.

Una noche a la salida del teatro, cuando ya habían apagado todas las luces en el interior y sólo una puerta quedaba entrecerrada para que salieran los artistas, al salir del brazo de una corista la vi, o creí verla, yo no sé a punto fijo, pero sentí el peso de su mirada torva encima de mí.

La luz roja de los focos del pórtico le chorreaba por el cuerpo y le daba un aspecto extraordinariamente fantástico, temible en verdad.

Mi deseo de arrojármele encima y golpearla se hizo imperioso, intolerable.

¡Si no hubiese sido por la suripanta!⁶

Como si alguien me la hubiese disparado enfrente, con certera puntería, se me entró en el cráneo y allí se me adhirió la idea de que mi malhechora era la Bruja.

Seguí encontrándola con frecuencia; me crispaba los nervios, no podía yo remediarlo, y me entraban las ganas de arrojármele encima y tomarla por la cabeza, y sacudirla haciéndola describir con los pies un elipsoide; así he visto a algunas mujeres dar muerte a las gallinas.

La Bruja; y a mi pesar pensaba yo en las madejas de cabellos y en los brebajes de que se oye hablar a los sirvientes, y con los cuales han embrujado a sus parientes o amigos.

A veces me parecía que, como en las comedias, por artes ocultas, aquella vieja asquerosa sabía de mi último crimen, y me vigilaba, y me amenazaba con su mirada torva.

¿Sería esa mujer la causante de mi aprehensión y mi sentencia?

Pero, ¿era eso posible?...

⁶ *suripanta*: "Mujer que actuaba de corista o de comparsa en el teatro" (DRAE).

Bueno, seguramente que no existen las brujas, pero si existieran, ¿sentirían así, tan desagradablemente, tan atrozmente, los embrujados?

Y me volví huraño y malhumorado.

A menudo volvía la cara cuando caminaba, porque temía que me siguiera. Una noche, al llegar a la esquina de la calle en que yo vivía, tuve la seguridad de que la encontraba en esa calle aguardándome hipócritamente para luego pasar como si nos hubiéramos encontrado por casualidad, y me volví en busca de amigos.

El prisionero se levantó repentinamente sonriendo, como si hubiera tenido una feliz idea, y se dirigió al lugar en que estaba la lamparilla de alcohol, con la cual calentábamos algunas veces nuestros alimentos; vació en la copa el aguardiente que había, lo mezcló con agua y lo bebió. Después, haciendo chasquear la lengua volvió a sentarse.

—La encontré al atardecer y me ocurrió seguirla por entre la multitud que a esa hora se arremolinaba en las calles.

Acaso era mejor hacerme su amigo, pero, ¿cómo?, tendría desconfianza, le extrañaría mi resolución.

Veremos —me dije—, y la seguí.

Pareció notarlo con disgusto, ¿y qué? Cuando tuvo la seguridad de que la seguía, aceleró su marcha; casi corría, con torpe carrera de vieja. Entonces, ¿era ella la que me temía?

¡Ah!, la seguiría a cualquier parte que fuese, y me quedé atrás, bastante atrás; podría yo distinguirla desde lejos; harto particular era su aspecto, ¡ay!, demasiado fija llevaba su imagen.

Después de cruzar callejones sin empedrar, llenos de baches pestilentes, llegamos a una callejuela muy estrecha y oscura. Sólo un farol opaco, a la mitad del arroyo, dejaba caer su luz lánguida desde el alambre en que se columpiaba tristemente, como el cadáver de un ahorcado.

Llegó a una puerta baja y estrecha, y sacó la llave. A tientas halló la cerradura y abrió.

Cerró tras de sí la puerta antes de encender la luz, y cuando prendió la cerilla se iluminó una ventana que había al lado de la puerta.

La vieja fue pausadamente a cerrar, con toda precaución, las maderas de la ventana.

¿Habría yo emprendido en balde mi larga caminata?

Con una última esperanza atravesé la calle y llegué a la ventana.

Por una amplia hendidura de la madera vieja se asomaba la luz.

Sosteniéndome a pulso con las manos fuertemente prendidas a los hierros fríos de la ventana, apenas rozando con las puntas de los pies la pared, quedé espiando al interior del cuartucho.

Con la juiciosa lentitud de los viejos, la Bruja plegó cuidadosamente su tápalo verdoso, desanudó de su cuello una mascada blanca y la dejó sobre la cabecera de la cama. Hasta ese día le vi el busto, pues siempre lo cubría completamente el verdoso tápalo.

Del cuello le pendía una camándula de toscas cuentas negras y rematada por un gran crucifijo. Al lado izquierdo, como condecoraciones, tenía prendidas medallas con listones azules.

De pronto la perdí; se alejó y no la alcanzaba mi vista, pero luego volvió.

¿Qué iba a hacer?

Levantó el colchón, y de debajo sacó un bulto.

Tomó asiento sobre la cama y, en la confianza de que estaba sola, cruzó una pierna, con lo cual dejó al descubierto la otra, horriblemente flaca, forrada con la media blanca que remedaba las arrugas que cubría.

El bulto era algo envuelto en un pañuelo. Lo desanudó ayudándose con su desdentada boca, lo desenrolló, y después otro lienzo que también envolvía aquello. Al fin apareció un sobre de carta viejo, surcado de arrugas y dobleces, y sacó ¡un paquete de billetes de banco!

Entonces abrió su chaquetilla y de junto al seno plano, negruzco, ajado, sacó otros billetes y los unió a los atesorados.

El producto del día. ¡Explotaba bien la caridad pública!

Confieso que el ladrón saltó en mí, y mi deseo de arrojármele encima se hizo mayormente irresistible, intolerable, imponente.

Era un magnífico pretexto ante mí mismo para darle muerte.

Además, la ocasión era propicia; había soledad y negrura.

Pero, ¿cómo iba a hacerlo? Yo sólo llevaba un revólver y la detonación llamaría impertinentes.

¡Ahorcándola! ¡Era tan fácil! fácil sí, pero me asqueaba tocar aquel cuerpo. ¿No me acobardaría con su mirada torva? ¿No iría ella a darme muerte, al contrario de que yo se la diera?

Entonces...

Y, ¿cómo llamar? ¿Fingiría la voz? No sabía su nombre ni el de una amiga suya; no era buen pretexto.

¿Un desconocido? No abriría.

¡Ah!, la policía; un reo que se había ocultado.

¡Bah!, me lavaría las manos después, como aquella vez en que despedacé un sombrero grasiento que me ensució los dedos.

Esperé a que guardara de nuevo el dinero y llamé con fuerza.

La vi por el ojo de la cerradura lividecer extraordinariamente, temblar, temblar fuertemente, cubrirse mejor con las ropas de cama; ir de un lado para otro, quitando de sus lugares los objetos y volviendo a dejarlos allí mismo, y gritando que no sabía, que no sabía, haciendo señas desesperadas con la mano derecha sobre el hombro, como para que me alejara, como de que no quería oír: “allí no tenía a nadie; era sola”.

¡Sola! ¡Ya lo sabía!

La intimidé: si no abría, ¡la autoridad! abriría por la fuerza.

Cuando apenas entreabrió, de un fuerte empujón la separé y le apliqué violentamente su cabeza abrazada con mi brazo izquierdo contra mi pecho, mientras, con la mano derecha daba vuelta a la llave prendida en la chapa.

Se resistía, y la codicia y el temor le daban fuerzas a la maldita vieja; pero unas fuerzas muy relativas, fuerza senil.

La llevé hasta su misma cama, y allí la tendí y le introduje en la boca su propia mascada blanca.

Después puse mi mano en su cuello, y oprimí, oprimí.

¡Qué horror! ¡Cómo sentía yo sus nervios viejos bajo mis dedos atenaceantes!

Se retorció, se sacudía, levantando los brazos y las piernas, enseñándome su cuerpo apergaminado, y yo oprimía, oprimía con gran horror, con miedo. En medio de sus ansias, tendía la mano y buscaba algo, algo que le interesaba mucho en sus últimos momentos: los billetes, después lo he pensado.

Entonces sólo pensé en el horror que me inspiraba; sus ojos se abrieron desmesuradamente; nunca se abrirían tanto en su vida como en el momento de su muerte. Se redondeó su boca desdentada, de labios amoratados y secos, y asomó la lengua colgante.

Por última vez me arrojó a la cara su aliento ya muy débil, un aliento fétido.

Y cuando desprendí de su cuello mi mano y la vi muerta, y me vi solo en aquel cuartucho, un terror incomparable se apoderó de mí; me miraba, es decir, tenía los ojos abiertos fijos en mí, y sentí el mismo escalofrío en mi cuerpo que cuando me miraba estando viva.

Me pareció que iba a levantarse; unos deseos insensatos de echar a correr me entraron de repente y abrí, y corrí desesperadamente. Corría por los callejones oscuros y estrechos, haciendo saltar el lodo al pisar y enfangándome las ropas y la cara.

La sentía detrás de mí, sentía su mirada y corría más y más.

En una esquina un policía me detuvo: ¿A dónde iba yo, corriendo, sin sombrero, con el traje enfangado y el rostro enrojecido, sin poder hablar por la sofocación?

¿Lo sabía yo acaso?

Y no quiso oír mis ruegos que, ya un poco sereno, le dirigí para que no me aprehendiera y me llevó a la inspección de policía.

Poco después llegó otro guardián pidiendo una camilla: ¡llevaba mi sombrero!, el sombrero que “había dejado junto a la muerta el asesino”...

Y si hubiera sido por robarla se explicarían los jurados un asesinato así; pero no, ni eso. Se necesita tener el vicio de matar, como me decía el juez, para dar muerte a una pobre vieja indefensa, con tanta crueldad, para gozar con ese crimen.

¡Gozar! Cuando ha sido la vez en que con más asco he puesto mis manos en un cuerpo.

Recuerdo horr[or]izado la impresión de sus nervios viejos bajo mis dedos atenaceantes; la impresión de su piel ajada y sudorosa, y la vista de su cuerpo apergaminado.

Y, ¿ve usted como mis presentimientos se cumplieron? La Bruja fue la causante de mi aprehensión y lo será de mi sentencia, de mi desgracia.

Aún después de muerta sigue siendo mi malhechora.

El prisionero se llevó por manía el vaso vacío hasta sus labios febriles y dijo suspirando:

—Lo que siento es que esta noche no podré dormir por el recuerdo de la Bruja; además, ¡sin una gota de alcohol!

18)

GUSANOS¹

Había llegado cuando ya estaban en clase todos los alumnos, sus compañeros, y allí en el escalón de la puerta del gimnasio tomó asiento.

Balanceando presurosamente la pierna cruzada sobre la otra, el estudiante repetía sin entender los renglones franceses del tratado de Química que sostenía abierto sobre la rodilla.

Sus nervios inquietos le impedían fijar la atención en lo que leía.

Estaba triste por no haber entrado a la clase; era natural que hubiese llegado tarde: ¡había acabado su trabajo cuando ya iba tan avanzada la noche!

Pensaba en su vergonzosa miseria —¡es una vergüenza ser pobre!—, en aquella miseria subrayada ante sus ojos por el desprecio soez del sirviente imbécil de aquella casa a donde fue en busca de apoyo, la casa de un poderoso a quien ni siquiera llegó a hablar.

Pensaba en su desventura, en la mala hora en que sus padres, pobres por honrados, cometieran el error de hundirlo en la Escuela Preparatoria, cuando bien podían haberlo llevado a un taller, haberlo puesto a disposición de la industria, de la agricultura. Así habría sido más útil a sí mismo y a la Humanidad; lo sería, si llegaba a obtener el dificultoso título, defendiendo malas causas, porque de seguro, si quería prosperar, tendría que aceptar todas las que se le ofrecieran; ¡comenzaba a sentirse con pocas fuerzas para ser honrado!

Pensaba en las injusticias y recordaba a aquellos figurines, sus compañeros de banco en las aulas que, si en la escuela solían recurrir a él en consulta cuando no entendían bien un

¹ Francisco Zárate Ruiz, “Gusanos”, en *El Mundo Ilustrado*, año VII, t. II, núm. 17 (21 de octubre de 1900), p. [11].

problema científico, apenas si le saludaban en la calle, disimuladamente, avergonzadamente, porque los vieran sus iguales, los aristócratas.

¡Oh!, sus compañeros de banco: que sólo consumían su tiempo en los corredores gastando tabaco y a fin de año iban a presentar ante sus sinodales los rostros enrojecidos y sudorosos, acaso por un resto de vergüenza, acaso porque en esos momentos sentían lo poco que valían, pero que casi siempre eran aprobados y, después, repuestos, dueños de sí, salían sonrientes, orgullosos, porque sabían que, si lo deseaban, podían descalabrar con monedas arrojadas a distancia a los atrevidos que se refirieran a su ineptitud.

Y ellos no tenían que hacer traducciones, que tan mal pagaban, para poder comer.

Pensaba que aquellos cuyo ideal era un hermoso caballo y cuyo orgullo hinchaba la posesión de una hermosa levita, no tenían lucha.

Y bien, si llegaba a triunfar, mayor sería su mérito; más grande su triunfo, cuanto más cruenta fuese la lucha; pero empezaba a flaquear; ¡se sentía tan débil moral y físicamente!

La enfermedad a cada paso mordía su cuerpo delicado y lo hacía más inepto.

Cuando veía tan lejos el día de la recepción, el día en que iba a adquirir una arma que después necesitaba aprender a manejar, entonces sentía deseos de arrojar lejos el libro y salir a emplear sus energías, aquellas energías que sentía en su interior reveladas por el inquieto deseo de hacer algo, algo indefinidamente.

Pero, y ¿qué iba a hacer? ¿En qué iba a trabajar? ¿Sabía hacer algo que no fuera estudiar?

Recordó a sus dos compañeros que habían cambiado los asientos de las aulas por el alto banco de un escritorio en una notaría y por la desvencijada silla ante la mesa, constelada de periódicos, de una redacción.

¡Pobre amigo que gastaba sus energías en la abrumadora tarea de “hacer gacetilla”!²

² El trabajo de gacetillero era menospreciado por los escritores, aunque muchos de ellos tuvieron que desempeñarlo; Ceballos lo describe así: “En la mesa, sucia, con quemaduras de cigarreriles colillas por todas partes, frente a sus deshilachadas „cuartillas” cuadrangulares, en un mugriento sillón o silla, o banco, con el destorcido cigarro Habana-México humeando al lado, se hallaba el gacetillero ocupado en el desempeño de su interesante labor, bien sencilla a la verdad, pues consistía primero en escribir un título en el papel con letra

Si él hubiera tenido dinero, otra fuera su suerte; y aquellos que seguían en la escuela porque tenían el mérito de ser ricos, aquellos que con tantas facilidades alcanzarían el triunfo, mañana, cuando encontraran al pobre gacetillero, le negarían el saludo y ¡el gacetillero tenía talento, más talento que muchos de ellos!

¡Oh!, él también empezaba a sentir la rabiosa envidia de la impotencia.

Quiso tranquilizar sus nervios inquietos, y con cuidado puso la vista en el libro, pero su mirada, después de vagar locamente por los renglones científicos, después de saltar por entre ellos distraídamente, como mujer insubstancial, rodó hasta el suelo.

Dos gusanos se arrastraban, alejándose del césped, por las losas húmedas del patio.

Y el estudiante, con el codo apoyado sobre el libro y sobre la mano la barba, quedó mirando fijamente a la pareja de insectos.

Plegaban y despleaban pausadamente, como si les costara gran esfuerzo, los anillos de sus redondeados cuerpos y avanzaban poco a poco, muy poco a poco, sobre el suelo, arrastrando como penosamente los cuerpos aterciopelados.

¡Oh!, cuánto trabajo para avanzar tan poco, y ¡qué manera de avanzar, arrastrándose contra el suelo!

¡Qué pena!

Recordó a su buena madre que, cuando él se desesperaba por su mala suerte, le aconsejaba que viera hacia abajo.

Y, ¿por qué? Aquella desgracia no lo consolaba...

¡Infelices gusanos! Con qué temor avanzarían, sintiendo en los anillos de sus cuerpecitos el frío del miedo; cualquiera que pasase distraído, los podía matar.

Era tan fácil para el hombre matarlos, y ¡sin peligro!

Si hubiera[n] podido defenderse, igualar con una arma las fuerzas, como pueden hacerlo los hombres, no los apresar[í]an tan fácilmente, ni los matarían los desocupados niños que recorren los jardines.

¡Qué vida!, sin poder nunca levantarse del césped, sin poder nunca erguirse.

A merced del primer pie brutalmente humano que deseara despedazarlos.

Sin tener un agujijón para herir la mano aprisionadora; sin poder defenderse del picotazo de una *gallinaccia*.

Eternamente siendo víctimas de la injusta ley del más fuerte.³

¡Oh!, aquella monotonía del verde.

Así como los hombres desean algunas veces dejar la ciudad, cambiarla por el campo, así ellos desearían alguna vez dejar aquel campo, su campo, para ir a cualquiera otra parte; por eso huían del jardín, se alejaban arrastrando sus vientres por las negruzcas losas húmedas del patio.

Si hubieran podido cambiar la patriarcal agua insalubre por el negro café engendrador de ensueños, pero...

Y seguían los infelices, gusaneando, arrastrando con pena, contra las losas húmedas, los anillos de sus redondeados cuerpos.

¡Vida triste e inútil!

¿Y sus placeres?

¿Cuáles serían esos placeres de gusanos a que pudieran entregarse?

Su placer sería el amor, el eterno amor impuesto por la Naturaleza a todos los seres.

Y cuando fueran felices, con esa su única felicidad de gusanos, un pajarillo que saltara por entre la yerba, se los sepultaría en el estómago.

¡Triste condición de gusanos!

³ Uno de los dos principios en los que Herbert Spencer fundamentó su teoría de la evolución es la supervivencia de los más aptos, la evolución de los tipos más fuertes, que más tarde Charles Darwin retomó en *El origen de las especies* (1859). Las propuestas sociales de Spencer y biológicas de Darwin se difundieron en México como parte de la preparación del país en su camino a la modernidad (*cf.* Belem Clark de Lara, “Estudio preliminar” a José Tomás de Cuéllar, OBRAS VIII, UNAM, 2014, pp. LXXXI-XCII).

Y sintió compasión por ellos, por su desgracia.

¿Desgracia?

¿Serían de veras infelices? Y, ¿por qué?

Seguían caminando muy poco a poco, plegando y desplegando con suave elasticidad, con delicadeza, casi con elegancia, los anillos de sus cuerpos de un hermoso negro con salpicaduras de oro.

Parecían gozar acercando sus cuerpos y, al caminar, parecían contorsionarse de un lado para otro, con la contorsión de la voluptuosidad.

¿Quién sabe si eran amantes y se iban a buscar un sitio a cubierto de miradas ajenas, lleno de sombra, en donde entregarse a las delicias de su amor?

¿Amor?... y palpó los bolsillos de su chaleco, vacíos, mustios, con las bocas plegadas.

En aquellos pequeñísimos cerebros no podían caber esos temores, no podía caber la conciencia de su desgracia, no podían ennegrecerse con las tristezas. ¡Quién sabe si eran felices en su desgracia!

Se entregaban a los goces que podían proporcionarse y vivían ajenos a los peligros que pasaban cerca de ellos.

Vivirían su corta vida en medio de la felicidad, una estúpida felicidad, pero felicidad al fin.

Para él eran desgraciados, porque él podía pensar su desgracia, ¡pero ellos!

Arrastraban su vida por el suelo, sin pensar en más —¿en más o en nada?— como encogiéndose continuamente con el mohín del desprecio para todo lo que les rodeaba, el desprecio absoluto para todo, el desprecio general de la atrevida estupidez.

Tenían su alimento y su lecho verdes. ¿Qué más? Sus dolores... Un sabio cita, para apoyar su teoría de que no sufren dolores los insectos, el caso de la mariposa, que no sólo sobrevive largo tiempo con un alfiler atravesado en el cuerpo, sino que toma ávidamente el alimento que se le acerca.

¡Eran felices! Más felices que él... menos desgraciados puesto que no podían, como él, saborear su desgracia.

Y se levantó, y fue violentamente hasta el lugar donde los gusanos, delicadamente, voluptuosamente, arrastraban sus cuerpos aterciopelados de un hermoso negro con salpicaduras de oro.

Los contempló un instante y puso el pie sobre ellos, frotándolo después contra el suelo para desmenuzarlos.

Se había acabado el amor de los gusanos, porque, de seguro, eran amantes.

Ya que no podía compartir con ellos la felicidad, se las arrebató, arrebatándoles la vida, que era su felicidad.

Quiso nuevamente fijar su atención, y abrió el libro, lo abrió al azar.

Tropezó con unas palabras: *rien se perd, rien se cree*⁴ y, dirigiendo sonriente su vista hacia el sitio en que la sangre blanca de los gusanos prendía una mancha sobre las negruzcas losas húmedas del patio, dijo:

—Después de todo, no he hecho más que ayudar a la Naturaleza en su gran obra de eterna transformación.

⁴ La frase *rien se perd, rien se cree* puede traducirse literalmente como “nada se pierde, nada se crea” y hace referencia a la “ley de la conservación de la materia”, enunciada por Antoine Laurent Lavoisier: *rien ne se perd, rien ne se crée, tout se transforme*, traducida como “nada se crea, nada se destruye, todo se transforma”.

Aquel río era malo, muy malo, perverso, vengativo, odioso, inhumano.

Cuando a diario se retorció, siguiendo con su cuerpo sinuoso la misma ruta, amoldándose siempre a la misma forma, refunfuñaba frases de odio inmenso, odio que, porque no podía desbordarse, aumentaba a cada instante y crecía, crecía hasta mortificar a él mismo su desarrollo, hasta incomodarlo, porque no le cabía dentro del pecho.

Río Hondo le llamaban, seguramente por burla, a él que apenas si tenía profundidad para cubrir a un lechón!

Después de mucho tiempo en que corrió libremente por el camino que, desde su primer momento de vida, amorosamente le trazara su buena madre Naturaleza, después de mucho tiempo en que anduvo inconscientemente por la casa que ella le había dado, un día un hombre vino a esclavizarlo; verdaderamente odiaba con mucha justicia a esos hombres que habían venido a transformarle su casa, que habían venido a obligarlo a seguir el camino que más convenía a los intereses de ellos mismos y, temerosos de que, como un perro fiel, dejara algún día la casa a que había sido llevado por la fuerza para volver a la de su antiguo amo, le habían formado con gigantescos bloques de talladas piedras una gran cárcel.

Después, sobre su cuerpo viboresco, humillándolo, vilipendiándolo, habían hecho pasar la locomotora audaz que trasladaba a los maldecidos hombres de ciudad a ciudad.

Y en vano, él rumiando a diario su odio, había mordido las piernas férreas del puente; sólo se llevaba en la boca desesperante sabor ferruginoso y el puente esbelto, arrogante, seguía con orgullo enlazando las dos montañas, para que sobre ellas corriera el tren.

¹ Francisco Zárate Ruiz, “El río hondo”, en *El Mundo Ilustrado*, año VIII, t. I, núm. 22 (2 de junio de 1901), pp. [6-7].

Muchas veces había deseado tragar en sus aguas frías, espumosas, coléricas, al tren que infatuado pasaba resoplando arriba de él.

Cuando la Naturaleza toda se enrojecía de cólera, cuando el rayo tronaba y teñía de púrpura el espacio, cuando por rabia lloraban los cielos abundantemente empapando la tierra, cuando se oía por todas partes el grito de Natura furiosa, él había querido tomar parte en el concierto de furor y desbordarse y arrastrar árboles torcidos, ganados moribundos, hombres agonizantes, sobre todo hombres, y no había podido salir de su jaula; la rabia le había congestionado el rostro, le había amarillecido el semblante y ¡nada más!

¡Cómo había deseado arrebatarse alguna vez a un hombre, aprisionarlo entre sus garras, envolverlo entre sus brazos líquidos, arrastrarlo contra las rocas, golpearlo contra las pulidas piedras, arredondeadas y brillantes como cabezas calvas, y obligarlo a beber agua, mucha agua, hasta ahitarlo para que se desesperara; llevarlo hasta allá, hasta aquel desnivel de su lecho en donde, al caer, él reía estrepitosamente, con risa gritante, borbotada, espumajosa, colérica, como risa de atacado, y después arrojarlo, despeñarlo para ver cómo saltaba en pedazos el cuerpo y cómo la sangre teñía las aguas rojizamente; entonces habría podido saciar sus ansias de venganza, saboreando con placer tigresco la caliente sangre humana.

Sólo una vez había llevado en sus aguas el cuerpo de un hombre y eso había sido un hombre muerto, un infeliz, cuyo matador había pretendido ocultar el crimen, pero él no, nunca había matado a un humano; los más débiles, cuando estaba más airado y había pretendido ahogarlos, lo habían dominado, lo habían vencido rasgándole las entrañas con las manos, abriéndose paso a brazadas entre las ondas, cuya perfidia resultaba estéril.

Todos lo burlaban; hasta un niño una vez, desde la ventanilla de un coche del convoy, le había lanzado un escupitajo y él, el Río Hondo, que llevaba agua de sobra para haber ahogado al soberbio chiquillo, ¡no había podido contestar el ultraje!

Todos lo ofendían, lo despreciaban: los toros se complacían en profanarlo con las groseras pezuñas y los cerdos iban a saciar la sed en sus aguas, las pobres aguas de un río

infeliz. Las mujeres iban a la orilla y se inclinaban sobre él para mancharle las aguas, para teñírselas con el jabón.

¿Cuáles eran en cambio sus goces? Bien escasos; recordaba solamente con placer, el acre y aromoso sabor de las flores que se le deshojaban en el seno y las caricias con que había bañado los cuerpos blancos de unas doncellas que habían ido a buscar frescor en las ondas ese día limpias y puras... Tenía razón para haberse vuelto malo, perverso, vengativo, odioso, inhumano.

Aquella tarde calurosa, provocadora de bochornos, ondulaba perezosamente, bostezando su fastidio; miraba con indiferencia a los pájaros que en sus ondas iban a saciar la sed y arrastraba sin conciencia las flores que, como desvanecidas, como poseídas del vértigo del abismo, se le venían encima, se le hundían en sus aguas cuando él les besaba los pies de los tallos.

Respirando como siempre, fuertemente, acompasadamente, seguía su paseo forzado, interminable, mirando al cielo con fijeza, como interrogándolo perennemente.

Sólo acompañaba al rumor de su deslizamiento uno que otro mugido, el suave trinar de algunas aves y el chirrido de las serpientes que arrastraban, como él, los cuerpos sinuosos como el suyo por entre la maleza enmarañada.

Vio aparecer a lo lejos una indígena que llevaba a cuestas, sujeto con el rebozo, al último fruto de sus amores con el hombre que la había abandonado y en las manos y en la cabeza y junto al pecho cargaba los vegetales para vender en el mercado.

Detrás de la indígena, y cargando también ya un haz de yerbas sobre la espalda, caminaba dificultosamente una chiquilla. Las dos seguían la ruta del Río Hondo y el río ondulaba perezosamente mirando con fijeza al cielo, cuyas azulosidades y blancuras se le retrataban en la pupila. La niña se inclinó para recoger en el hueco de su manecita negra y maltratada un poco del líquido con que apagar su sed de caminante. La madre seguía trotando, con las verduras para vender en el mercado cargadas sobre la cabeza, junto al pecho y en las manos.

La niña resbaló bajo el peso de su fardo y cayó violentamente al río, sin servirle las ramas a que se asió y que llevó empuñadas al agua. Su grito, su ¡ay! de doloroso espanto, hizo volver la cara a la indígena cuya tez oscura se empalideció.

—¡Hija, hija! —gritó la indígena, como si quisiera detenerla; pero el río, como un ladrón que halla inesperadamente la oportunidad de saciar sus ansias de cleptómano, corría ya abrazando entre sus brazos líquidos el cuerpecito inocente.

La madre corrió también; dejó caer los cestos que llevaba en las manos y, asegurando al chiquillo que llevaba en las espaldas, corría con todas las fuerzas de sus piernas nervudas y negras y con toda la velocidad que le permitía el peso que soportaba.

—¡Hija, hija; Virgen Santísima! —gritaba mientras perseguía el cuerpo volteado mil veces por la fuerza de la corriente contra las pulidas piedras, arredondeadas y brillantes, como cabezas calvas.

El Río Hondo dejaba oír su murmullo, como risa burlona, criminal, y jugaba felinamente con su presa.

Hubo un momento en que unas ramas salvadoras afianzaron las ropas de la niña, pero luego el río cuidadosamente las desprendió y siguió adelante en su carrera, llevando el cuerpecito en mortales voltejeos. Contra el vértice de una piedra piramidal, golpeó la pequeña cabeza y las aguas se colorearon con la sangre que brotó de la herida.

La indígena, sudorosa, con los labios secos, los pies sangrándole y la cabellera opaca y lacia arrebatada por el viento, seguía corriendo y gritando tras el cuerpo de su hija.

Al fin llegó el río con su presa al “salto”, al despeñadero, y se detuvo un instante como para tomar fuerzas y para gozarse más en su perversa labor; balanceó un momento, cual si la arrullase para que entrara en el sueño eterno, a la débil criatura y la empujó, la arrojó entre las aguas espumosas que caían estrepitosamente, con sonidos de carcajada.

La madre vio, vio horriblemente como rebotaba contra las rocas el cuerpo hijo de su cuerpo, aquel cuerpo casi desnudo, de carnes oscuras en las que había muchos labios rojos

de las heridas recién abiertas, vio cómo se despedazaba contra los peñascos lavados continuamente por las aguas espumosas y coléricas.

Ya no pudo ver más el cuerpo, que tragaron ávidamente las aguas criminales, y asomándole la palidez de la angustia por las mejillas oscuras, sudorosa, con los labios secos, con las lágrimas rodando, con la cabellera lacia y opaca azotada por el viento, cayó de rodillas la indígena al borde del abismo. Y a sus frases cortadas, oraciones o quejas, y al llanto de la criatura aterrorizada que llevaba a las espaldas, hacía eco el Río Hondo, que después de su “salto”, seguía allá abajo, muy abajo, en el fondo del abismo, deslizándose tranquilamente, ondulando hipócritamente, remedando, con su murmullo, el sonido de las plegarias de la indígena; aquel río era malo, muy malo, perverso, odioso, vengativo, inhumano; el Río Hondo se había vengado de los hombres en aquella niña, su primera víctima.

Y la noche dejaba caer lentamente sobre aquel cuadro, su pesado y espeso telón de sombras.

20)

LA OVEJA
CUENTO PARA NIÑOS¹

Comenzaron a sonar en las torres, lentamente, las campanas, como si se desperezasen al comenzar su cotidiano² trabajo.

El Sol arrojó su primera luz y empezaron los ruidos a dejarse oír:³ cantos de⁴ gallos a lo lejos, abrir y cerrar de⁵ puertas, la tos del anciano portero que salía a barrer la calle, el relincho y el piafar del potro⁶ que ya José había sacado, para ensillar,⁷ al patio en donde sobraba la luz que faltaba en la caballeriza.

Afuera, mugidos de ganados, los cascabeles de las mulas de las tranvías que iban a la Plaza de Armas,⁸ y el grito especial: *jaletinas*. Raúl se esperezó, y apartando bruscamente, para huir⁹ la pereza, las tibias ropas de la cama, comenzó a vestirse.

¹ Conozco dos versiones: Francisco Zárate Ruiz, “La oveja. Cuento”, en *El Tiempo Ilustrado*, t. II, núm. 58 (3 de febrero de 1902), pp. 53-54, y con la misma firma, “La oveja. Cuento para niños”, en *El Mundo Ilustrado*, año IX, t. I, núm. 10 (9 de marzo de 1902), p. [21]. Fijo aquí la última versión, perteneciente a *El Mundo Ilustrado*, y ofrezco en notas a pie de página las variantes de la versión publicada en *El Tiempo Ilustrado*. // ETI agrega una nota del editor: *Del libro inédito Cuentos mexicanos de moral, aprobado por la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública para uso de las escuelas oficiales, escrito por Francisco Zárate Ruiz*. // ETI suprime: *para niños*

² ETI: *cotidiano* por *cuotidiano*

³ ETI agrega: *los*

⁴ ETI agrega: *los*

⁵ ETI: *las* por *de*

⁶ ETI: *pequeño caballo* por *potro*

⁷ ETI: *ensillarlo*, por *ensillar*,

⁸ La palabra *tranvía* fue consignada, como sustantivo femenino, por el *Diccionario de lengua castellana* en 1869; en la siguiente edición de dicha obra publicada en 1884, el término apareció ya como un anglicismo de género masculino (*vid.* Ana Laura Zavala Díaz, nota núm. 22 a “Los fuereños [1883, 1890]”, en José Tomás de Cuéllar, OBRAS IV, UNAM, 2012, p. 181). // Sobre la Plaza de Armas *vid.* nota 3 al relato número 17: “LA BRUJA”, en el presente volumen.

⁹ ETI agrega: *a*

Cuidadosamente aseado y correctamente vestido salió de su recámara para montar el¹⁰ brioso alazancito y salir, seguido de su fiel mozo que le profesaba, desde hacía muchos años, un cariño casi paternal.

Era un encanto de la vida, para Raúl, su higiénico paseo matinal. El viento fresco de la mañana alegraba a jinete y cabalgadura, que se recreaban en la excursión.

Se alejaban de la ciudad, en donde apenas una que otra casa de comercio abría sus puertas y se veían a las sirvientas que con las canastas al brazo y en la mano la jarra de lata, iban en busca de leche, el pan, etc., para el desayuno de los amos.

Algunos panaderos, con los amplios canastones circulares sobre la cabeza, corren por mitad de la calle; la vendedora de leche de burra hace trotar a la hembra que lleva los botes¹¹ y la arrea frecuentemente para llegar a tiempo a las casas de los enfermos.

De cuando en cuando se oyen apresurados toques de timbre y, al lado del caballito que para las orejas, pasan, como estrellas fugaces, los ciclistas.

Raúl pensó que siempre era mejor una bicicleta que un caballo y le iba a pedir a su papá que le cambiara el¹² *poliuto* por una de esas brillantes máquinas.¹³

Al fin el horizonte se volvió¹⁴ más amplio. Se divisaban a lo lejos grandes árboles que recortaban¹⁵ sus espesas copas verdes sobre el fondo azul del cielo limpio. Algunos hombres guiaban carros regadores y barredores que limpiaban la calzada amplia.¹⁶

¹⁰ ETI: *su por el*

¹¹ ETI agrega: *con su propia leche*

¹² ETI: *al por el*

¹³ Las primeras bicicletas llegaron a la Ciudad de México en 1869, enviadas de París y Boston; la llamada “manía parisina” se desvaneció pronto debido principalmente a la inestabilidad política del país. Hasta 1880 la única bicicleta que los mexicanos conocieron fue la del acto de un payaso en el Circo Chiarini; a partir de ese año comenzaron a llegar de Estados Unidos las bicicletas de ruedas altas, pero fue hasta 1891, con la llegada de la bicicleta “de seguridad” con ambas ruedas del mismo tamaño, que se convirtió en moda. Para 1902, año en que se publicó este relato, el ciclismo ya se encontraba bien establecido en México, con numerosos clubes, como el Club Veloce, el Club Ciclista de Occidente, el Club Unión de Ciclistas y el Club Velo Turista, que organizaban paseos, carreras y desfiles, incluso se llevó a cabo una exhibición de acrobacias en el Circo Orrin en 1895 (cf. William H. Beezley, *JUDAS EN EL JOCKEY CLUB, MÉXICO*, 2010, pp. 70-83).

¹⁴ ETI: *hizo por volvió*

¹⁵ ETI: *recortando por que recortaban*

¹⁶ ETI: *amplia calzada por calzada amplia*

En su camino hallaba Raúl a¹⁷ algunos madrugadores que iban a las fábricas, a los talleres; o paseantes que, convencidos de las ventajas de dejar temprano la cama, iban a hacer ejercicio al aire libre para poder después entregarse al trabajo.

Dejaron atrás la calzada y se internaron en unos potreros; siguieron por donde les pareció mejor, sin sujetarse a camino determinado, recorriendo los campos incultos cubiertos de yerba salvaje.

Al pasar junto a un barranco¹⁸ oyeron un balido triste, suplicante, Raúl volvió la cara y pudo ver a¹⁹ una pobre ovejita que se esforzaba²⁰ por salir de allí,²¹ pero que, sin fuerza suficiente en las patitas, sin la práctica necesaria para esos casos, resbalaba y caía y se maltrataba.

A un hombre le hubiera sido muy fácil bajar al barranco²² y volver a subir, pero no a la débil e inexperta ovejita.

El viejo mozo, que amaba a Raúl desde hacía muchos años con cariño casi²³ paternal, se atrevió a proponerle:²⁴

—¿Quieres, Raúl, esperarme un poco a que baje y saque a ese pobre animal?

—No, no; tengo hambre y quiero llegar al pueblo²⁵ a tomar²⁶ leche cruda.

—No hemos de tardarnos tanto —replicó el anciano.

—Te digo que no quiero —y como viera que el²⁷ mozo detenía su caballo, Raúl espoleó el²⁸ suyo agregando—: quédate si quieres; yo me voy.

¹⁷ ETI suprime: *a*

¹⁸ ETI: *una pequeña barranca por un barranco*

¹⁹ ETI suprime: *a*

²⁰ ETI: *hacía esfuerzos por se esforzaba*

²¹ ETI: *la pequeña barranca por allí*

²² ETI: *a la barranca por al barranco*

²³ ETI suprime: *casi*

²⁴ ETI: *proponer por proponerle*

²⁵ EMI: *puesto por pueblo* // Excepcionalmente fijo la variante de *El Tiempo Ilustrado*, porque ofrece una mejor lectura.

²⁶ ETI agrega: *mi*

²⁷ ETI agrega: *buen*

²⁸ ETI: *al por el*

El sirviente, temeroso de que algo sucediera al chicuelo, hizo correr también a su caballo tras el alazancito.

Todavía a lo lejos oyeron el triste balar de la pobre oveja.

Llegaron al pueblo pronto y Raúl bebió ansiosamente la leche espumosa y tibia, acabada de extraer de las ubres de una vaca prieta, robusta, hermosa.

El anciano sirviente hizo notar a Raúl:²⁹

—Vámonos, porque si no, llegas tarde al colegio y el amo se enoja.

Emprendieron el viaje de regreso, buscando el camino más corto.

Ya en la escuela, Raúl no se explicaba por qué sentía una tristeza, un malestar, una intranquilidad grandes. De pronto recordó³⁰ la ovejita y su tristeza aumentó, le pareció que aún oía el triste balido, como si el animal le suplicara que la salvase, y le pareció que aún veía cómo se empeñaba en subir y caía y se maltrataba.

“Pobre animal³¹ —pensaba— tal vez el pastor que cuidaba del rebaño no vio cuando cayó y allí quedó la³² infeliz, sin su mamá, que también estará triste cuando no hallara a su hija.³³ ¿Quién sabe si habría pasado por allí algún³⁴ carnívoro y la habrá³⁵ devorado?”

Y Raúl sintió con el descontento de sí mismo, aumentar su tristeza antes inexplicable.

Cuando llegó a su casa, buscó al viejo mozo y le contó su amargura.³⁶ El buen anciano le respondió:

—No vuelvas a hacerlo, Raúl, ha sido una injusticia.

²⁹ ETI agrega: *que era tarde*

³⁰ ETI agrega: *a*

³¹ ETI: *borreguito* por *animal*

³² ETI: *el* por *la*

³³ ETI: *hijo.* por *hija.*

³⁴ ETI agrega: *animal*

³⁵ ETI: *lo habría* por *la habrá*

³⁶ ETI: *tristeza* por *amargura*

21)

CUENTOS DEL MANICOMIO

¿FARSANTE?¹

Éste es el caso, ustedes resolverán si mi hombre estaba loco o no lo estaba. El practicante – un buen chico– me aseguró que en su concepto era un farsante, un hombre que tenía la suficiente fuerza de voluntad para fingir “su locura” cada día, con objeto de pasársela entre los locos, que es siempre menos odioso que vivir entre criminales, menos doloroso que trabajar en un castillo embutido en el mar y vestir el uniforme a rayas azules.² Ustedes sabrán si es creíble ese fingimiento, sin que, a fuerza de repetirlo, llegara un día en que se convirtiese en locura real.

Tengo que apretarme bien el cráneo para que no se me salga esta idea. A ver (contando) una; ya oigo una; la oí bien; a ver, otra; ya oigo otra. Esto es lo malo, que es otra, que son otras; no son aquellas mismas que no oí y que debía haber oído. ¡Qué torpe es la imaginación que yo tengo! ¿La que yo tengo o la que tienen todos los locos? –porque dicen que yo estoy loco– ¿la que yo tengo o la que tienen todos los hombres? Todos, sí. ¡Qué bien abarcan estas palabras al conjunto: todos los hombres! ¡Todos los locos! Es muy torpe, decididamente; yo no he podido oír esas campanadas que necesitaba oír; no puedo.

¹ Francisco Zárate Ruiz, “Cuentos del manicomio. ¿Farsante?”, en *El Mundo Ilustrado*, año IX, t. I, núm. 25 (22 de junio de 1902), p. [3]. Aunque fue publicado bajo el título “Cuentos del manicomio”, este texto no se recogió en el volumen homónimo.

² Referencia a la fortaleza de San Juan de Ulúa que se encuentra sobre un islote en el litoral del Golfo de México, muy cerca del Puerto de Veracruz y comenzó a construirse en 1582 y, al parecer, tardó más de dos siglos en quedar terminada. Funcionó como prisión desde la Colonia y hasta el Porfiriato; en 1912 el presidente Francisco I. Madero firmó un acuerdo por medio del cual ordenaba que la fortaleza dejara de ser presidio; sin embargo esto no se concretó sino hasta 1915, con Venustiano Carranza en la presidencia (cf. Eugenio Martínez Núñez, *LOS MÁRTIRES DE SAN JUAN DE ULÚA, MÉXICO*, 1968, pp. 263-264).

Si las hubiera oído, no sería extraño que pudiera oír las otra y otra vez, así como escucho muchas veces la voz de aquel maldito: “Urge, pues, señores jurados, un castigo ejemplar para el acusado...”

Pero, ¡por Dios! ¿Por qué no podré oír en la imaginación aquellas seis de aquella mañana? No, y culpa del reloj no fue; es decir, yo creo que no fue. ¡Ah!, el reloj es un gran invento, pero deberían tener repetición, no sólo una vez, sino muchas; una, dos, tres, cuatro, cinco, seis y luego, una, dos, tres, cinco, seis; ¿qué tonto soy! entonces se confundirían y tampoco habría oído yo la hora que necesitaba; ¿cómo saber cuándo acababa una vez y cuándo empezaba la repetición? Una, dos... hasta seis y luego siete, quince, veinte, ¡imposible! Un repique continuado... ¡eterno! La eternidad sería insoportable, ¡qué fastidio!

Esto es lo curioso: yo me figuro bien y oigo bien todo, menos aquellas seis campanadas, hasta este repique que oigo ahora. ¡Ea!, basta; basta; me aturden esas campanas; ya he oído como ochenta horas; al fin; ya nada; como si las campanas se hubieran vuelto de papel, como en aquella mañana; las campanas de papel, con lenguas de trapo.

¡Si hubieran podido guardarme aquellos sonidos para hacérmelos oír cuando desperté! Pero no y eso que existe otro gran invento: el fonógrafo, y ¿de qué me sirve el fonógrafo y el cinematógrafo y todo eso?³ Todo está muy bueno; se puede volver a oír y volver a ver, y a oler y a saborear; no, eso no; entonces se habría copiado bien la vida; cuando, asistiendo a una escena puesta en un aparato, veamos y oigamos y oíamos y gustemos y toquemos todo, todo como era en aquel instante, ¡qué hermoso descubrimiento! Pero, ¿por qué no podemos oír lo que nunca hemos oído?

³ El fonógrafo se dio a conocer en México el 10 de octubre de 1878 ante la Sociedad Nezahualcóyotl. La joyería La Esmeralda y la Casa Wagner y Levien comenzaron a comercializar los primeros aparatos, importados de Alemania, entre 1893 y 1894 (Elvira López Aparicio, nota 5 a la crónica núm. 54: “El telégrafo ha mentido: Adelina vive aún”, en Manuel Gutiérrez Nájera, OBRAS VIII, UNAM, 2001, p. 241). // La primera exhibición del cinematógrafo de los hermanos Auguste y Jean Lumière se llevó a cabo en Francia, en 1895, un año después, en septiembre de 1896, se realizó la primera exhibición pública en México; antes de eso, durante el año de 1895 había funciones públicas con el kinetoscopio de Edison (Juan Felipe Leal, ANALES DEL CINE EN MÉXICO, MÉXICO, 2002, pp. 89-90).

Aunque sí podemos, sí, sí; yo oigo todo lo que quiero, sin haberlo oído antes; a ver ¿cómo rugen las fieras en un bosque?

Así; así. ¿Cómo reirá el Diablo? Así; así. Ahora, ¡vamos!, me ayudaré. Me levanto precipitadamente de mi pobre cama; ya deben ser las seis; sí. ¡Qué!, ¿no han sonado? Voy a oírlas; una, otra... ¡nada más! ¡Se han vuelto de papel las campanas, campanas de papel con lenguas de trapo!

Verdaderamente yo tuve la culpa; ya estaba resignado con mi suerte: había oído con admirable precisión todas las horas; ¿quién iba a creer que cuando sólo faltaba una, me durmiera? Y me dormí y soñé con el perdón de la Justicia, ¿quién sabe cuántas cosas más? Esos sueños y lo que entre dos sueños he pensado, he visto, he oído —¡oh, qué palabra: “oído”!—, lo he olvidado siempre fácilmente, he desperdiciado por eso muy buenas ideas, porque luego no he podido recordarlas.

El despertar fue horrible; aún me parece ver a aquellos hombres de caras negruzcas, inmovibles, mudos como los muertos, cuando les preguntaba yo si habían sonado las seis, si ya iban por eso a agujerearme el cuerpo para hacer justicia al otro, a mi muerto, es decir, al que yo quité de esta vida.

Nada me quisieron contestar y ya se oían los pasos “rechinantes” en aquel corredor largo, estrecho y oscuro, como cañón de fusil, por donde me habían llevado tantas veces a la reja del juzgado, y ya se oía el ruido de las armas, pero las seis no sonaban, ¿por qué no sonaban ya? ¡Campana cruel, campana maldita, reloj maldito!

Al menos el personaje del drama veía en el reloj los momentos que le quedaban de vida, pero para mí se había muerto aquel reloj.

¿También habría matado a un semejante, a otro reloj, y también lo habrían fusilado?

¿Quién sabe qué sería peor? Yo me asomé una vez a una ventana y allá abajo, un viejo, parecido al tiempo, marcaba en un libro los momentos de mi vida que pasaban y ya había muchas hojas marcadas y muy pocas en blanco ¡por poco muero esa noche! ¡Ajaja! Ahora oigo un ruido metálico semejante al de mi reloj de comedor cuando se apercibe para dar la

hora. ¿Serán las seis que no pude oír? Porque hasta eso: las seis me persiguen todas las mañanas, pero yo me tapo las orejas, porque no quiero oírlas, porque no son aquellas seis que no pude oír y que –¡como si fuera un delito no oírlas!– son el origen de que me hayan traído aquí.

En efecto, grité que no había oído las seis y después me trajeron a este nuevo encierro.

Cuando ya era hora, es decir, debe haber sido la hora, porque yo nunca miento, yo no la oí, entraron unos hombres y me dijeron algo del juez, y ¡qué sé yo qué relación tenía el juez con un nombre de mujer! ¿Era Soledad?

Creo que sí; debe haber sido, porque me tienen aquí solo, absolutamente solo con mi pensamiento, que corre, corre mucho y luego salta y rueda, o se levanta y vuela, o se hunde y baja, baja mucho, hasta allá debajo de la tierra; va a visitar a mi muerto.

Cuando corre y salta o vuela y sube, nada importa; lo malo es cuando se detiene, cuando se para en una idea: las seis; entonces rompe con una horripilante solución de continuidad la paz de mi espíritu. ¡Las seis!

¿Cuándo oiré aquellas seis? Estoy seguro de que, en cuanto las oiga, moriré, porque es la hora marcada para mi fusilamiento y es preferible morir a llevar esta vida.

Ahora oigo horas: una, una... ¡sólo una! Como si se arrepintiera de seguir ese reloj; ¡los relojes que se burlan de mí! se quedan riendo después de que suena la última hora. Por eso me parecen muy naturales los cariños y los odios que yo siento por las cosas; creo que nunca he querido a una persona como quiero a ese portaplumas negro, regalo de un amigo. ¡Pobre portaplumas! Él debe extrañarme mucho si es agradecido y es bueno. Quiero a ese portaplumas con un grande cariño paternal, paternal, ¡qué raro y qué curioso fuera eso!, ¡un hombre que tiene un hijo portaplumas y luego negro!

En cambio, tengo un odio a los relojes, un odio a los fusiles, un odio a ese hidrante que arrojaba agua perennemente. ¡Qué grandes odios! Creo que no es posible odiar a una persona con ese odio, porque es mucho, ni es posible amar a un hijo con este amor que profeso a mi portaplumas negro, ¡es mucho amor!

Y hay que convenir en que tengo razón cuando amo con esa fuerza a las cosas, éstas son merecedoras, porque son absolutamente buenas o absolutamente malas; todo depende de la utilidad que prestan; mi espejo roto es absolutamente malo, siempre malo, y las personas tenemos esta mezcla de bondad y de nulidad que nos hacen menos dignos de amor y menos dignos de odio.

¿Ven ustedes? Ahora se ha ido el pensamiento; ahora es cuando me salta y corre, y tropieza y cae, para levantarse nuevamente, pero no, se ha detenido haciéndome mucho ruido dentro del cráneo, como esos focos eléctricos que se apagan y se quedan murmurando quién sabe cuántas cosas, runruneando fuertemente.

Así me pasa; ya oigo una, dos, tres; oh, los relojes de eterna repetición; hasta seis, veinte, ochenta... pero no son las seis que necesito oír; ¿por qué no podré oír las seis de aquella mañana? Esto es lo que me canso de preguntar.

Y así, todo sucede; no se llegará la hora de mi fusilamiento, la hora de mi muerte, y entonces... ¡nunca moriré! Quedaré ¡toda la vida! en este martirio enorme, esperando unas seis que no llegan, que no pueden llegar, porque ya pasaron, porque ya se fueron.

¡Y así habrá tontos que no quieran morir!

22)

CUENTOS DE MANICOMIO
LOS QUE NO LLEGAN A SAN HIPÓLITO
LA ENFERMERA¹

Pensando en *Sor Filomena*, de los hermanos Goncourt²

El demacrado moribundo llamaba a la gentil enfermera y le decía:

—¡Hermana, no me deje usted solo tanto tiempo! —y con la impertinencia febril le pedía—. Esté usted aquí a mi lado; hábleme de Dios, de Amor, de Vida y no me deje entregado a la desesperante idea de que la muerte está para mí muy cercana; me desespera horriblemente esa idea; yo que antes he deseado la muerte muchas veces y que la entreví en lontananza ofreciéndome su eterno abrazo frío, como una salvación del continuo

¹ Francisco Zárate Ruiz, “Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito. La enfermera”, en *El Mundo Ilustrado*, año XI, t. I, núm. 14 (3 de abril de 1904), p. [12]. Fechado en *Morelia, 1904*. Aunque fue publicado bajo el título “Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito”, este texto no se recogió en el volumen homónimo. // El hospital para dementes de San Hipólito fue fundado por el padre Bernardino Álvarez en 1566, en un principio estuvo ubicado en la calle de San Bernardo (hoy Venustiano Carranza). Dado que el predio era pequeño para las aspiraciones de Álvarez, decidió cambiar su sede y, en 1567, le fue concedida la licencia para fundar un hospital contiguo a la ermita de San Hipólito; desde entonces recibió “toda clase de miserables, viejos y dementes que vagaban por las calles sin amparo y sujetos a ser la burla del vulgo”. El edificio fue remodelado en 1777, posteriormente, tras la suspensión de las órdenes mendicantes, pasó a manos del Ayuntamiento, en 1821, y más tarde se encargó de él la Junta de Beneficencia (cf. Manuel Rivera Cambas, “El hospital de dementes”, en MÉXICO PINTORESCO, I, MÉXICO, 1880, pp. 383-402; *loc. cit.*, p. 384). En 1904 se derribó la mayor parte del hospital para abrir la primera calle de los Héroes, los enfermos se trasladaron, primero, a San Pedro y San Pablo, después al viejo Colegio de San Gregorio y, finalmente, al manicomio de La Castañeda en 1910.

² Fernando Araujo comenta que *Sor Filomena* nació de una anécdota contada por Louis Bouilhet en casa de Gustave Flaubert: “Una religiosa, enfermera del hospital de Rouen, se enamora platónicamente de un alumno interno; éste se suicida, y Bouilhet, que era también interno, ve a la enfermera entrar furtivamente en la habitación, arrodillarse a los pies del cadáver y derramar lágrimas silenciosas; entonces Bouilhet se acerca al muerto, le corta un mechón de pelo y se lo entrega a la religiosa, que lo recoge piadosamente, da gracias con los ojos y sale sin decir una palabra. El asunto enamora a los Goncourt, y de él sale *Sor Filomena*” (Fernando Araujo, “Revista de revistas”, en *La España Moderna*, año 24, núm. 280, abril de 1912, pp. 180-206; *loc. cit.*, p. 188). La novela llegó a México en 1895 editada en la imprenta de *El Universal*.

sufrimiento de vivir, como una solución del problema eterno del incierto mañana, hoy que la veo rondar en derredor de mi lecho, me siento aferrado a la vida, creo que si viviera sería feliz, que progresaría, que realizaría mis aspiraciones y me desespero; no quiero morir; hermana, no quiero; pero al menos, si ha de ser, inspíreme usted conformidad, hágame creer que hay algo tras ese momento indispensable para los humanos, en que se pierde uno de la vida... consuélame usted; haga algo por mi tranquilidad.

Y la mujer, enternecida, le prodigaba el exiguo consuelo de una mujer cuya educación se ha concretado a la que puede adquirirse a la cabecera de enfermos de hospital y como enfermera práctica, ve en la faz del paciente la aproximación de la muerte:

—No, hermano, no desespere usted, ni piense en que va a morir. Verá usted cómo se alivia, Dios ha de querer mandarle la salud.

Pero le temblaba la voz, la contradecía en sus palabras la tristeza de entonación con que las pronunciaba, y delataba sus temores y su cariñoso sentimiento por la próxima partida el gesto de dolor que le contraía el rostro, a pesar del esfuerzo para conservar su serenidad. Durante los días que llevaba el pálido mozo de recibir de las manos de la gentil enfermera las oscuras cucharadas y la blanca leche, ella había encontrado en el interesante aspecto del incurable la revelación de quién sabe cuántos sufrimientos pasados, la huella de muchas desilusiones sufridas y la simpatía había nacido para el enjuto y pálido mozo.

Después se había hecho a aquellas impertinencias febriles del enfermo, que no era como todos los enfermos de hospital, que se diferenciaba de ellos en aquella cariñosa súplica para que la enfermera no se fuese de su lado.

Durante las tardes largas y calurosas, cuando los enfermos quedan sumidos en el sopor provocado por la “hora sofocante” y ella tenía algún reposo, iba a sentarse cerca de la cama, en cuyo colchón se hundía el cuerpo ya esqueletado, momificado, del joven hartos pronto envejecido; la atraía aquel rostro varonilmente hermoso, que, de cuando en cuando, contraía un gesto de amargura.

A menudo, durante su inquieto sueño se le oía hablar y sólo salían de sus labios palabras incoherentes:

—Dios, Amor, Vida, María, Delito, Conciencia, Desesperación, Muerte...

Y la joven del mandil blanco, la gentil enfermera, fija la mirada en aquel cuerpo, al cual se acercaba la Muerte de rato en rato, ahogaba mal los suspiros y pretendía fijar la atención, para el cumplimiento de su deber, en los demás enfermos, pero casi todos dormían. Sólo se oía en el largo y ancho salón, de camas paralelamente colocadas a trechos, el gemido acompañado, el grito intermitente del “23” y el zumbido pertinaz de un moscardón que se colara por una de las ventanillas.

A la madrugada fue; ella, que allá lejos, en el falso concepto de los demás, dormía, pero que en verdad pagaba a su atávica histeria el natural tributo, escuchó el aviso por medio de la campana eléctrica: alguien necesitaba de auxilio y ese alguien era él.

En efecto, “el incurable”, como le llamaban ya en el hospital porque él les había dado el nombre, moría y cuando ella llegó, no en cumplimiento de sus deberes, pero sí en satisfacción de sus deseos, los ojos y la boca del moribundo se entreabrieron —para ya no cerrarse más a voluntad del sujeto, sino por mano ajena— como si el incurable hubiese dado un adiós a la paciente cuidadora.

¿Lo creerán ustedes? Yo lo creo: a los ojos grises de la gentil enfermera asomaron lágrimas y en la boca empezó una tartamudeante oración.

Después, dos hombres sacaron en hombros, depositado en una camilla —la improvisada camilla de hospital—, el cuerpo envuelto sólo en el largo camisón del muerto y ella, a hurtadillas, con reprensión de su conciencia traducida en sincero rubor para el rostro, contempló aquel cuerpo unos instantes, los que el paso rítmico de los camilleros duró en el pasillo que conducía al anfiteatro.

Entonces maldijo la curiosidad de los practicantes que iban a despedazar aquel cuerpo que ya amaba ella.

Su amor —entre oración y oración, para salvarse de aquellas mundanas tentaciones, entre arrepentimiento y arrepentimiento, se lo confesó a ella misma—, su amor a aquel muerto la llevó a la falta: cuando ya todos habían salido del anfiteatro, cuando ya la luz solar acababa, entró hasta la plancha, se aproximó al cadáver y cortó el rizo de la cabellera negra que se desbordaba sobre la frente fría. Fue entonces cuando de rodillas pidió a Dios perdón por sus amores; eran puros; eran los amores que iniciaba con un muerto.

Desde aquel día se aman. Ella lo mira todas las noches, cuando él viene a buscarla y sus amores siguen siendo puros —¡los amores de un muerto!

Sólo una vez él, atrevido, pretendió besarla en la frente, pero ella no lo consintió; “Dios se enoja”, le dijo, y él, ¡claro!, como muerto, no insistió.

Ella, la gentil enfermera, la enferma también, enferma de amor, seguía creyendo que sólo Dios y ella sabían de sus amores.

Sin embargo, ya ustedes lo saben y como buenos amigos, como buenos hombres, lo contarán a sus conocidos, recomendando, por supuesto, “el secreto”.

¡Pobre enfermera, mañana todos conocerán sus amores, que ella cree puros y secretos porque son con un muerto, y ello habrá sido porque yo lo conté a ustedes! Me arrepiento, pero ya no tiene remedio.

23)

LA MUERTE ARTIFICIAL¹

Para Salvador C. Sifuentes²

El caso ocurrió en París hace pocos meses.

Ya reunidos en el laboratorio casi todos los galenos invitados por el compañero propietario de la gran casa en la cual iba a verificarse la experiencia, cada cual tomó el puesto que mejor cuadrara a su gusto y siguieron así la recomendación del doctor Fournot que les había advertido:

—Como si cada uno de ustedes estuviese en su consultorio, hace lo que le plazca y ocupa el lugar que más le acomode.

Cuando el doctor Fournot opinaba que ya nadie llegaría, pues era mucho más tarde de la hora de la cita, un hombre preguntó:

—¿Ya puede pasar el *paciente*? —a fuerza de oír el término, lo había aprendido al servicio del doctor.

—Sí; que pase —fue la respuesta.

Los facultativos se agrupaban en torno de las mesas consteladas de instrumentos y aparatos, de retortas y matraces. Junto al brillante y afilado bisturí, el tosco y macizo fórceps; la fina tijera de corte compite en brillo con la delgada pinza, y allá enfrente, un horrible feto dobla sobre las rodillas la enorme cabeza empapada en alcohol, encurtida en

¹ Francisco Zárate Ruiz, “La muerte artificial”, en *Savia Moderna*. Revista Mensual de Arte, t. I, núm. 5 (julio de 1906), pp. 274-281. [*Revistas literarias mexicanas modernas*. *Savia Moderna 1906*, ed. facsimilar. México, FCE, 1980, pp. 314-321].

² Salvador C. Sifuentes, profesor. Perteneció a la Academia de Profesores Municipales en 1887, junto con Francisco Zárate, el padre de nuestro autor. Director de *La Evolución Escolar* en 1899, periódico quincenal pedagógico, dirigido especialmente al magisterio; inspector de primarias de niños. Autor de la letra de la *Marcha de Zacatecas*.

aguardiente, como las de muchos que no son fetos, pero que desearían no haber pasado al desarrollo, porque no habrían arrastrado una miserable vida que ha de acabar en una muerte más miserable. Así pensaba, frente al frasco, uno de los cirujanos invitados, un hombre de ojos enrojecidos, que, a pesar de la conciencia que tenía del mal que causa el alcohol, a despecho de su práctica dolorosa del mal enorme con que destruye el organismo la enloquecedora morfina,³ ingería el alcohol en grandes cantidades y se inyectaba la morfina; tras de un chasquido de lengua, dijo, triste, en voz relativamente alta, como si hablase con alguien:

—Sin embargo ¡ya no tengo remedio!

Más allá, en la misma mesa, junto a una sierra, había una caja de lentes y unas probetas que contenían líquidos de diversas coloraciones, todo en desorden; había hasta un libro abierto que estaba manchado por el líquido que antes contuviera el frasquillo, aun recostado sobre una lámina anatómica.

En los estantes, los libros, en desorden y empolvados, se recostaban unos sobre otros, extrañando la ausencia de sus compañeros, muchos de los cuales yacían sobre la mesa como mujeres despreciadas que de rodillas sollozan ante el amante; abiertos parecían los ojos de las letras hacia el cielo del techo, implorando misericordia, para no sufrir la mala suerte de sus compañeros que lloraban desde la alfombra.

Al oír la orden que diera el doctor Fournot para que entrase el paciente, un ginecólogo que, con las manos a la espalda, revisaba los instrumentos que había en un estante, se acercó al grupo que empezaba a formarse en semicírculo; frente al inventor, un especialista cerró un Dieulafoy,⁴ que hojeaba con desdén, y se levantó del asiento, desprendiéndose de la nariz las obscuras gafas. El recién titulado, el imberbe de lentes sin graduación, pero que servían para darle aspecto de doctor, fue majestuosamente hasta donde estaba una

³ Sobre la morfina *vid.* nota 2 al relato número 3: “¿QUIÉN SOY YO?”, en el presente volumen.

⁴ Georges Paul Dieulafoy, médico francés. Inventó un aparato destinado a la aspiración de líquidos orgánicos. Su obra más célebre es *Manuel de pathologie interne* (1883), también escribió *De la mort subite dans la fièvre typhoïde* (1869), entre otras obras.

escupidera, para arrojarla colilla del cigarro que fumaba y después, entallándose la levita, se agrupó a sus compañeros –así le decían con aire de protección sus antiguos profesores: “Compañerito”–; un alienista de bigote, barbilla y ojos mefistofélicos,⁵ arrojó sobre la mesa el periódico en el cual había revisado distraídamente los fotograbados.

Todos acudieron frente al descubridor, que los llamaba a su casa para que presenciasen una experiencia de los beneficiosos efectos de su elíxir.

Entonces el doctor Fournot, con ademán de invitación, les suplicó que pasaran a la sala contigua.

Se oyeron el “pase usted”, “gracias”, algunas fingidas toses doctorales y no se oyeron los pasos de los invitados a la experiencia porque la espesa alfombra de la sala guardó discretamente el ruido; todos pasaron bajo el umbral de la puerta que separaba el laboratorio de piso de madera, del alfombrado y bien tapizado salón.

Aquí había muebles lujosos, espejos grandes, vistosos jarrones, artísticos cuadros, dos retratos de familia, una gran piel de tigre –el doctor era gran aficionado a la caza– y una *chaise-longue* que iba a servir para lecho del paciente.

Repartidos y sentados o casi recostados en sofás y sillones los doctores en medicina, volvió el cetrino hombre, que ya sabía decir *paciente*, a desinfectar pinzas, agujas y, como un introductor de embajadores, presentó a la puerta de la sala al ya esperado *sujeto*.

—Pase usted y siéntese –casi le ordenó el doctor Fournot, como un altanero y parcial presidente de los debates, en un jurado popular.⁶

⁵ “Mefistofélicos”, en referencia a Mefistófeles de *Fausto*, personaje que se presenta de la siguiente forma: “Yo soy el espíritu que siempre niega, / y con razón, pues todo lo que nace / digno es de ser aniquilado; / por eso, mejor sería que nada naciera / y, así, todo cuanto vosotros llamáis pecado, / destrucción, en una palabra, el mal, / es mi auténtico elemento” (Goethe, *FAUSTO*, MADRID, 2010, p. 107).

⁶ En la Ciudad de México los tribunales de lo criminal se encargaban de instruir y llevar ante el jurado popular los delitos con una pena media superior a dos años de prisión. Los jueces de lo criminal fungían como jueces de derecho y el jurado popular como juez de hecho, pues era el que decidía sobre la inocencia o culpabilidad del acusado. “En 1904 se creó la figura del presidente de debates, encargado de llevar el proceso ante el jurado y de dictar sentencia, pues se pensó que al dirigir la instrucción, los jueces se formaban una opinión del reo y la transmitían a los tribunales” (cf. Elisa Speckman Guerra, *CRIMEN Y CASTIGO*, MÉXICO, 2002, pp. 252).

El *sujeto* era un hombre mortalmente empalidecido, de mirada vaga, titubeante, hirsuta cabellera de poeta o de loco; vestía de riguroso luto. Tomó asiento.

El doctor Fournot desde su amplio sillón empezó:

—Ilustrados compañeros: ante todo hago a ustedes presentes mis agradecimientos por haber atendido la súplica que les hice para que honraran la primera prueba de mi descubrimiento, que juzgo, sin falsas modestias, útil para los que sufren, beneficioso para la degenerada humanidad. En mi práctica profesional he hallado a muchos hombres que sufren, y muchos que sufren por causas hasta hoy no combatidas, vistas con desdén, tan sólo porque se trata, según dicen las llamadas eminencias médicas, de degeneraciones. ¡Cómo si los degenerados no fueran los que más necesitan que la ciencia los atienda y que la ciencia procure redimirlos y ahorrarles sus dolores, porque, como ustedes saben bien, el que más sufre es el que comprende que es un degenerado y no puede vencer sus pasiones que tantas amarguras le producen!

El cirujano que antes había balbucido “no tengo remedio” se revolvió en su asiento nerviosamente y el imberbe recién titulado sonrió con intención de aparecer maquiavélico.

—Esos casos que se me han presentado, me han movido a estudiar para en algo hacer el ahorro de dolores agudos, ya que los dolores más agudos son los morales. Entre esos *casos* he hallado muchos que muevan a compasión, pero... tenga usted la bondad de pasar al baño antes de la experiencia, Mr. Larrivière, nos habíamos olvidado de este detalle —así se interrumpió en su discurso el doctor Fournot y cuando el paciente salió de la sala silencioso, humilde, continuó el facultativo:

—No he querido que oyese el resto —prosiguió—: si he hallado *casos* que muevan a compasión, que despierten los sentimientos de humanitarismo, ninguno ha logrado fundir nuestra glacial indiferencia profesional, perdón, compañeros, por las agrias verdades, como el *caso* del que va a ser *sujeto* para mi experiencia. Este hombre se ha presentado y me ha dicho, no sólo como muchos otros, con la desesperación en el semblante, con la súplica en la mirada: “Doctor, recéteme usted algo para que duerma; no puedo cerrar los ojos en toda

la noche”; no, sino que este Mr. Larrivière me ha implorado: “Doctor, invente usted *algo* para que los enfermos podamos dormir con sueño compacto, con sueño espeso, sin horribles soluciones de continuidad, que son las *pesadillas*, que son los horripilantes ensueños. ¿Usted no sabe lo que es magullarse el cuerpo, a fuerza de dar vueltas en el lecho de insomnio? ¿Usted no sabe lo que es revolverse la cabellera contra una almohada que, a pesar de cambiar por uno y otro lado para buscar la frescura, resulta calenturienta, porque calenturienta está la cabeza que en ella quería descansar? ¿Usted no lo sabe? ¡Es verdad! ¡Usted es normal y no un degenerado! Pues bien, eso es horrible; es horrible temer la llegada de la noche, lo que otros esperan con ansia, porque ellos van a descansar y nosotros los enfermos, los degenerados si usted quiere, vamos a sufrir aún más que durante el día, porque vamos a encontrarnos solos con el insomnio, solos con nosotros mismos, y es entonces cuando vienen todas las consideraciones de nuestra desgracia, todos los arrepentimientos de nuestras malas acciones, todas las vergüenzas por no tener fuerza de voluntad para reprimir nuestros ímpetus, todos los temores por un incierto porvenir, todos los afanes por ser buenos, todas las preocupaciones por resolver el eterno y difícil problema de la vida.

”Eso es horrible; cuando tras toda una noche, va a conciliarse el sueño provocado por el cansancio del insomnio, caer en esa desesperante somnolencia dentro de la cual se sufren *pesadillas* y acuden a nuestros oídos voces en tropel y desfilan ante nuestra vista en macabras contorsiones mezclados extraños hombres, animales deformes y caras conocidas hacía mucho tiempo olvidadas, y se comprende que con sólo abrir los ojos y ver la luz de la *veladora* se ahuyentarían todas esas apariciones; se desespera porque haya noche, porque esté obligado el hombre a acostarse a dormir para vivir; se odia la noche, se desea un día prolongado hasta que llegara una sola noche, noche eterna, la noche de la muerte.

”¡Cómo es desesperante que las horas destinadas al descanso, sean las horas de mayor sufrimiento! Y eso cuando no se puede ni recurrir al consuelo de la compañía de los hombres amigos, ni de sus representantes, los libros, porque los hombres duermen y

también se desesperan insomnes en sus lechos y porque los libros no los admite nuestra excitación nerviosa. ¿Para qué leer páginas y páginas, sin entenderlas porque nuestro pensamiento está muy lejos de aquellas páginas?...”

—En fin, compañeros, afortunadamente se expresó así mi sujeto y por último agregó: “Ya que no se puede, ni aun en sueños, paralizar el pensamiento para que haya un verdadero descanso, ya que no se puede dejar sobre el buró y en un recipiente de agua clara, el cerebro, como se dejara una dentadura postiza para que lo recogiese uno a la mañana siguiente, limpio y fresco, por lo menos invente usted alguna substancia para que, ingerida o inyectada, preste al enfermo el sueño completo, el sueño, verdadera imagen del amor, de absoluto reposo temporal, para que no se sufra ni por falta de sueño ni por sobra de ensueños dentro del sueño. ¡Vamos; una muerte artificial!”

—He de advertir a ustedes, que el asunto me interesó, que el *caso* llamó fuertemente mi atención y por el amor sincero que profeso a la Humanidad, empecé a estudiar e inauguré mis experiencias.

”Ahora se explicarán mi aislamiento de ustedes, mi aparente misantropía, mi aparente resolución de prescindir de clientela que me remuneraba bien, de amigos cuyo trato me deleitaba, de esa gimnasia intelectual que en la compañía de ustedes practicaba. Porque urgía buscar el indispensable remedio para los que sufren, paralizar el pensamiento de los que, aun durante el sueño, piensan.

”Advertido esto, encuentro inútil para ustedes que conocen la renuencia de los pacientes en general para *medicarse*, pero con mayor razón la de los degenerados, explicarles cuánto habrá luchado consigo mismo ese *sujeto* a quien vamos a someter a la prueba; yo no he tenido que luchar para convencerlo, porque él ha sido quien me solicitó”.

Sofocado un tanto, el doctor Fournot respiró con fuerza y el alienista de bigote, barbilla y mirada de Mefistófeles aprovechó la oportunidad para dirigir en torno una mirada que reía burlescamente. Por supuesto, casi todos los profesionistas presentes inclinaron la cabeza para no contestar la mirada que habían sentido, interrogante y comprometedora.

Después, el temible experimentador, temible como los que hacen experiencias con la vida de los semejantes, agregó con la palabra ya claudicante porque le había llegado el cansancio:

—La experiencia a la cual va a someterse este *sujeto* y el descubrimiento que voy a sujetar a la opinión de ustedes, consiste en la aplicación al *paciente* de dos inyecciones: la primera para que duerma el tiempo que desee —vamos a hacerlo dormir durante ocho horas, que son bastantes para que un hombre de su edad viva perfectamente— y la segunda inyección, aplicada al cabo de ocho horas, para que resucite, por decirlo así, puesto que, como he dicho, la primera inyección constituye la muerte artificial y es la segunda inyección la que representa la resurrección. Al llegar a esta parte el doctor, llamó a la puerta el sirviente y preguntó:

—¿Puede pasar el señor?

—Adelante —y dirigiéndose a los nueve galenos que asistían al discurso, terminó el doctor—, vamos, señores, a aplicar la inyección para la experiencia, para la cual se ha prestado bondadosamente el señor Larrivière.

Y cuando el *sujeto* se despojó de su *jaquet* y se levantó la manga de la camisa, con mano trémula, silenciosa y resignadamente, el mozo presentó al doctor la jeringuilla que contenía la inyección; el doctor Fournot, también trémulo, acaso desconfiado, tras pasar por encima de la región glútea del enfermo un algodón empapado en éter, hundió la aguja de la jeringuilla.

El paciente se tendió sobre la *chaise-longue* y el doctor lo cubrió con un cobertor.

Poco después el inyectado empezó a parpadear; su palidez llegó a un tinte marfileño que en verdad pasaría por la decoloración de un cadáver y quedó, tras un ligero sacudimiento, como una mortal convulsión, inmóvil, muerto artificialmente, como decía el temible experimentador.

Mientras los galenos se agrupaban frente al *sujeto* y el imberbe recién titulado abría desmesuradamente, antiestéticamente, los ojos, el alienista recorría la sala, revisando las pinturas...

Los asistentes apuraron una copa de licor, fumaron un tabaco y cuando ya descendían las escaleras, unos sonreían, otros cuchicheábanse quién sabe cuántas cosas y el alienista susurró compasivamente al oído del cirujano de ojos enrojecidos:

—¡Pobre Fournot, y pobre Larrivière!...

Eran las doce del día; lo anunciaban las campanas de las torres; se hacía sentir un calor sofocante; heríanse los ojos con los destellos de los cristales de los escaparates bañados por el sol; recorrían la avenida muchos carruajes; se saludaban muchos transeúntes; era la hora de plena luz y de gran movimiento; era la hora de plena vida en el *boulevard*.

A las 9 de la noche, sólo había en la casa del doctor Fournot tres de los doctores invitados a la prueba definitiva: el cirujano de ojos enrojecidos, el alienista mefistofélico y el imberbe recién titulado.

Fournot había esperado con impaciencia, recorriendo nerviosamente la sala; negras líneas le subrayaban los ojos y en su amplia frente temblaban gotas de sudor.

Quiso abreviar la experiencia; casi no habló y, como en la prueba primera, aplicó la inyección *resucitadora* al enfermo.

Siguió un silencio de voces, como en un desierto...

Después, los asistentes a la experiencia reconocieron al sujeto y movieron tristemente la cabeza. El doctor Fournot aplicó el estetoscopio al corazón del enfermo y se pasó desesperadamente la mano por la cabeza. Hicieron todas las pruebas; por último, el experimentador practicó un corte con un bisturí en el cuerpo del enfermo y ¡no saltó sangre! Todavía hizo un segundo corte... ¡Lo mismo!

Entre tristes y burlones, sin comentar el caso, sin dar el pésame al fracasado, se alejaron los tres testigos del homicidio.

A la mañana siguiente, cuando el alienista estaba aún entre sábanas, llegó el imberbe recién titulado, notablemente pálido, y dijo:

—Oiga usted lo que dice *Le Journal*:⁷ “La experiencia del doctor Fournot. La Muerte Artificial. La experiencia de cuya verificación ya tenían conocimiento nuestros lectores, ha tenido un funesto resultado; esta mañana se encontró junto a la *chaise-longue* donde reposaba exánime el cuerpo del infortunado *sujeto* Larrivière, el cadáver del doctor Fournot. Éste presentaba todos los síntomas del envenenamiento por el cianuro de potasio. Búsquese el próximo número con detalles”.

”¿Qué opina usted?

El alienista, con su risa mefistofélica, respondió:

—¡La Muerte Artificial! ¡Qué asombro! ¡Causó dos muertes reales! Y... ¿el doctor Fournot se decidiría a suicidarse por arrepentimiento de haber causado una muerte más o instigado por el amor profesional porque sufrió un enorme fracaso?... ¡Quién sabe! ¿Verdad, compañerito?

⁷ *Le Journal*. Quotidien, Litteraire, Artistique et Politique (1892-1944), diario fundado por Fernand Xau.

APÉNDICE

EL ÚLTIMO CUENTO DE EDGARD POE

MI PESADILLA¹

Desde que admitieron a aquel niño en el servicio de la redacción me fue profundamente antipático. Su figura grotesca me hacía daño: la cabeza abultada, los pies deformes, las piernas en paréntesis; los brazos largos, muy largos, como si acabara de ponerse en dos pies después de usar muchos años de las cuatro extremidades, me producían el efecto de un mozo hecho hombre para escarnio de la raza y para tortura mía especialmente.

De nariz tenía la precisa para el servicio sucio a que está destinada y no lo bastante para presumir; la boca, mellada y encogida, parecía hecha con tijeras y los ojos... ¡ah!, los ojos incubaron en mi alma el torpe afán del crimen.

Nunca supe de su color y hasta juraría que lo cambiaba ex profeso para atormentarme; sólo recuerdo que entre las hendiduras de sus párpados carnosos se notaba como una ascua muy viva que ya giraba diabólicamente, ya se apagaba de improviso, coincidiendo tan extraña mudanza con la forma en que cumplía mis encargos.

No pude más. La obsesión de saber qué había dentro de aquella cabeza de cuadrumano llegó al paroxismo y, cierta noche, después de tomar mi ajenjo,² le llamé, y cuando entraba, como todos los días, con su portaviandas para la comida de los redactores, le asesté el golpe y reí de ver bailar por última vez los malditos ojos de diablo.

¹ Sin firma, “El último cuento de Edgard Poe. Mi pesadilla”, en *El Mundo Ilustrado*, año IX, t. I, núm. 10 (9 de marzo de 1902), p. [5].

² Sobre el ajenjo *vid.* nota 6 al relato número 5: “CUENTOS DEL MANICOMIO. AMNESIA”, en el presente volumen.

¡Horrible desilusión! El mono me miraba como nunca, las ascuillas que brillaban insolentes me desafiaban, se burlaban de mi ira, excitaban mi pasión de venganza...

Entre mis manos sentía yo el bullir de puchero de la cabeza miserable; “ésta –pensé– es la máquina que mueve al odioso muñeco”, y loco, la abrí pasmado de tan larga cuerda.

La maquinilla deshecha ya no me atormentaba; pero los ojos, los malditos ojos, seguían guiñando sin descanso, burlones y amenazadores a un tiempo.

Allí quedó. Vencido y confuso enterré los cuatro huesos que componían el escrúpulo de hombre. No tuve mucho que trabajar: en el espacio de seis losas dejé perfectamente acomodado el residuo de mi venganza... y le enterré con tartera y todo, recordando que mis mayores sufrimientos me los había causado al traerme la mísera comida del bodegón, siempre minorada por su gula insaciable.

¡Ah, mico odiado! Engañaime ahora, desafiame con tu mirada de zorra hambrienta, silba por la comisura de tu boca de bruja, escucha mis conversaciones con tus orejas de murciélago, turba mis siestas con el desahogo ruidoso de tu nariz de gato!

¡Con qué tranquilidad he de cenar, no baboseando tú mi postre, no chupando de mi vino, no riéndote de mis digestiones!

Pasaron días. Ni sé cuántos, ni me importa, ni el ajeno me permite contarlos. Sólo sé que comí, que dormí, que trabajé tranquilo y que debieron ser pocos, muy pocos; tan breves y escasos como son en la vida los momentos felices.

Una mañana aporrearon mi puerta y unos señores mal afeitados, sucios y de gesto repulsivo, invadieron la habitación. Eran los representantes del juzgado, que venían a denunciar el último número de mi periódico y a recoger la tirada.

Tampoco recuerdo a quién se había faltado, ni me explico semejante atropello. Les recibí todo lo afectuoso que mi despertar permitía, les entregué los originales, se hicieron cargo del papel, quisieron registrar la casa, hambrientos sin duda de botín, y allá fuimos, al olvidado rincón del sotabanco...

No pude franquear aquella puerta; del interior venía un ruido extraño que me helaba la sangre. Rota la cerradura, penetraron todos y... allí estaba, allí, de pie, con las tarteras en la mano, bailando espantosa danza, el desmedrado esqueleto de mi víctima.

Reía como nunca, con aquellos ojos incoloros asomándose por los enormes agujeros de la deforme calavera, y marcando con el sonar de sus huesos, en la macabra agitación, el rítmico compás de un canto de triunfo.

Como comprenden mis lectores, todo esto no pasa de ser un efecto del *Kirsch*³ y de la mala digestión de una lectura terrorífica.

Yo, ¡lo juro!, soy incapaz de matar una mosca.

³ *Kirsch*. Aguardiente de cereza.

ANEXO

callejas, saludaba á los transeúntes, andaba listo, radiante, con el cuello erguido y la gorra levantada, para que pudieran ver en su frente la estrella del estudio.

Poco faltaba, cien pasos á lo más, cuando de la plazoleta vecina salió una explosión de risas chillantes y de gritos agudos; un traqueteo de chiquillería desenfrenada. Y el buen muchacho se detuvo bruscamente como si algún obstáculo invisible le impidiera el paso. Había reconocido á sus camaradas, á su traviesa banda, á su cuadrilla regocijada.

El era del enjambre, y de pronto, una ola de desojo, viva, furiosa, energética, se levantó en su pensamiento, y el joyero de la memoria, abierto de par en par, le presentó las riquezas de los días felices, hurtados al rincón obscuro de la escuela, al pupitre raspado, al tintero que se volcaba sobre la banca grasienta, al libro que se desmenuzaba echado perezosamente en la palma de la mano, al rostro de abate irascible del maestro. Aquellas risas, aquellas exclamaciones, aquellos gritos eran la música arrulladora de placeres queridos; le hacían ver llanos empapados de sol; árboles cargados de frutas, zanjas de agua verdosa, colinas escarpadas y en todas partes, la banda de chibuculos colgada de las ramas, banándose en los arroyos, apedreando á los pajaros, persiguiendo á los reptiles.

¿Cómo fue que tan luego se hubiese podido destruir la firme catedral de sus propósitos? ¿Qué soplo apagó el incendio de su fe? ¿Qué viento arrasó la pirámide de su arrepentimiento? Un instante de indecisión, un minuto de angustia, un combate de titanes en el reducido espacio de aquella almita, y en seguida, . . . el saludo de un rezagado de la fiesta, los aplausos de bien venido, la discusión de las excursiones, el ejér-



cito en camino, la caravana bulliciosa, corriendo libre y olvidada de todo, á través de las llanuras sin límites y bajo la serenidad de los cielos.

... Cuando el muchacho volvió á la casa, después de cazar nidos, bailar pionzas y aventar el ave del paraíso de la raqueta, se paró, para ocultar su agitación y limpiarse el sudor de la frente

ante la tapia del hogar por donde asomaba un ciprés, que se movía, cabeceando, como mano que amenaza. Entonces él, arrepentido, sintió el zarpa del remordimiento, y temeroso, mudo, luchando con las lágrimas rebeldes, al levantar el brazo para tocar la puerta, experimentó sobre su cabeza la sensación de una caricia suave, y escuchó una voz dulce, aplicativa, con entonaciones de plegaria, que cantaba el tierno estribillo: *¡sé bueno, vé á la escuela!* . . .

Así, amiga mía— ¿lo ves?— así he sido yo toda la vida. ¡Cuántos propósitos me he hecho! ¡Qué raudal de juramentos he vertido! Voy de prisa hacia la Gloria, hacia el Bien, hacia la Verdad; estoy firmemente decidido y me empeño en seguir adelante. Héme ya en camino, con paso seguro, energético, sereno; he prometido á mis ídeales, los que me acarician y reprenden, cumplir con los deberes que me han impuesto.

Mas de repente, el eco de una risa, el ramor de un beso, la música de una palabra cariñosa, me detienen; allí están mis camaradas, allí están las pasiones que me dijeron: vuelve; allí está el amor ligero, alado y olvidadizo que cuando pasea conmigo suele ponerse serio; allí están las frágiles estrellas que se rompen, y los sueños luminosos que se desvanecen; allí están los amigos de un día, la amada de una hora, el placer de un instante. . . y yo con ellos sin acordarme de mis promesas.

Y cuando vuelvo á ti, encarnación de mis supremos ideales, símbolo puro de mis sueños, llevo cobarde, pensativo, y mudo, oyendo en mi espíritu la caricia de tu mirada, y oyendo en él tu voz dulce, consoladora, aplicativa; *¡sé bueno; vé á la escuela!* . . .

LEIS G. URBINA.

¿QUIEN SOY YO?

I

Fué ya inevitable: él había repetido sus burlas punzantes toda la noche, yo prometí castigarlo si reincidía. Repitió su insulto, y en presencia de los amigos, á la salida del Teatro, le abofeté.

Mucha gente lo vio, entre ellos, su novia. El lance era indudable. Nombré sus padrinos y yo los mías. Cuando ya en la madrugada me separé de los amigos para retirarme á mi casa, sentí, ¡por qué no confesarlo! un miedo grande, muy grande.

Apresuré el paso; sentía recorrer mi cuerpo un fuerte escalofrío que me hacía estremecer. En las calles desiertas, resonaban mis pasos como en el interior de una caja; hubo un momento en que al clara y distintamente los pasos de un hombre que corría en seguimiento, de puntillas, por cautela, después, una mano se posaba en mi cuello; me volví violentamente: nadie; y sin embargo yo le había sentido á mis espaldas, corriendo tras de mí. Traté de convencerme de que el ruido había sido causado por un papel que arrastraba el viento por las baldosas de la acera. Una silueta se dibujó en la pared, y me horroricé. ¡Bah! quizá hubiera sido mi propia sombra; acababa de dejar á mis espaldas un foco de luz eléctrica. Me habría olvidado de que tenía sombra, pero creo que no; aquella era larguísima y flaca, muy flaca.

Para dar vuelta á una esquina fui hasta la mitad del arroyo, el miedo que sentía era de algo indefinido, de algo no, de todo, pero de todo vago.

Me encerré en mi cuarto. Segura sintiendo mucho frío, el frío del miedo; parecía que allí en el interior de mi recámara nevaba miedo.

Quise leer, ya arrojado en el lecho, para entrar en calor; pero habría necesitado unas ropas de serenidad para calentarme.

Castañeteando los dientes leí algunos renglones. Algo se dibujó en la pared, algo siniestro; lo vi desolado, al volver la cara desapareció; volví á leer, y volvió á aparecer *aquello* moviéndose, como temblando; al dejar caer la mano se me ocurrió que podía ser el libro; eso era, ya lo sabía, y aún volví á colocarme en la posición en que estaba, para convencerme de que era el libro.

La vida de la vela se extinguió; lanzó un suspiro de luz, una llamita que se fué, que voló quién sabe á donde.

En la obscuridad de la pieza, había muchas luces de variados colores y figuras azuladas, como violetas luminosas; amarillentas, como lunas; rojas, como gló-

bulos de sangre igneos; blancas, de todos colores, y varias incoherentes. Se iban en hilillos, como si del techo las arrojaran en volutas, y atravesando el suelo, iban á estallar sus chispas de obscuridad abajo, muy abajo, muy lejano.

Yo quería ver la obscuridad, nada más la obscuridad, y me cubrí la cara y la apreté contra las almohadas, pero los ojos seguían viendo todo aquello.

Después, como en kaleidoscopio, pasaban muchos rostros haciéndome muecas, el de una joven, el de un niño, el de un viejo, el de otro, y otro más, todos viciosos pero distintos, y se rotan de mi angustia; debí haber estado ridículo en medio de mi espanto; sus carcajadas comenzaban ensordecedoras y se iban amortiguando hasta hundirse en el silencio, pero aún se oía, ya casi callada, la del viejo, cuando surgía la de una niña.

Después siguió el silencio y oía yo un rumor sordo, indefinido; el ruido del silencio. El silencio estaba formado por multitud de ruidos, que chocaban y se deshacían, quería salir de todo, hasta de mí mismo. ¡Oh, mi ideal! poder huir de mí mismo. Pugné en vano por levantarme; por salir de hierro mi cuerpo, y de pronto se alargó mucho sobre todo las piernas, á lo lejos se veían convertidas en dos puntas las extremidades; que asoleidad yo quería recogerme; el fin lo conseguí y fué más de lo que yo deseaba. El cuerpo se metió en la cabeza, lo sentí muy bien entonces podía y me levanté; no tenía más que la cabeza que salía de las sábanas; mas tarde ya sentí cuerpo, pero un cuerpo de aire. Voto un soplo, no sé de donde y me impelí, ya estaba en pie.

El error que estaba en mí buró me miraba, así como estaba siempre, sin ojos, pero yo sentía sus miradas abriendo las mías, y oía la respiración de la maldita cabeza hueca; ya no estaba aislada, tenía su cuerpo, un cuerpo luminoso, fosforescente, que se curvaba tendido sobre el buró prolongado en el interior de la pared era un cuerpo hermoso, formado por líneas por curvas, nada más por curvas, ni una recta, era de mujer.

¡Juro á mi se oía un ruido, como si latiera el corazón, pero no era el mío, era probablemente el de la maldita mujer.

En el fondo de la pieza se oyó un golpe; no era el de la puerta, á pesar de todo la abrí; nada, y sin embargo, al volverme ya estaban sentados, esperando á que me alegrase, mis padrinos vestidos de luto.

Entonces me serené. Juro que ya no tuve miedo. Yo mismo me asombraba de mi valor. Bien pronto me encontré en el campo. Apenas había luz. Pasaban los ga-

nados, silbaban las fábricas, ya se ve que podía fijarme en todos los detalles.

Se midieron las distancias, y se nos entregaron las armas. . . . Hilos de fuegos á la señal, y cal sintiendo un dolor en la cabeza.

II

Al despertar, porque aquello sin duda fué despertar me hallé en un cuarto de un hotel; tenía el sello especial que tienen los cuartos de los hoteles. Los ruidos llegaban amortiguados hasta mí, como llegan á la recámara de un enfermo: el toque de oración, la música de un orgullo, los gritos de alguno, vendedores. En casa debían de creer que ya había muerto. Me apresuré á llegar para desengañarles. Mi madre sufriría mucho en aquellos momentos: era lo que más dolor me causaba, porque yo la amaba mucho, aun cuando ella no lo creía, porque á pesar de las suplicas suyas yo seguía tomando alcohol y seguía inyectándome morfina. . . .

Las puertas estaban abiertas todas; había mucha luz, en mi recámara. Muchas personas estaban sentadas frente á ella.

Mis padres, que se hallaban en el corredor, al verme corrieron á esconderse en su alcoba y cerraron la puerta. ¿Tan trillados estaban contra mí?

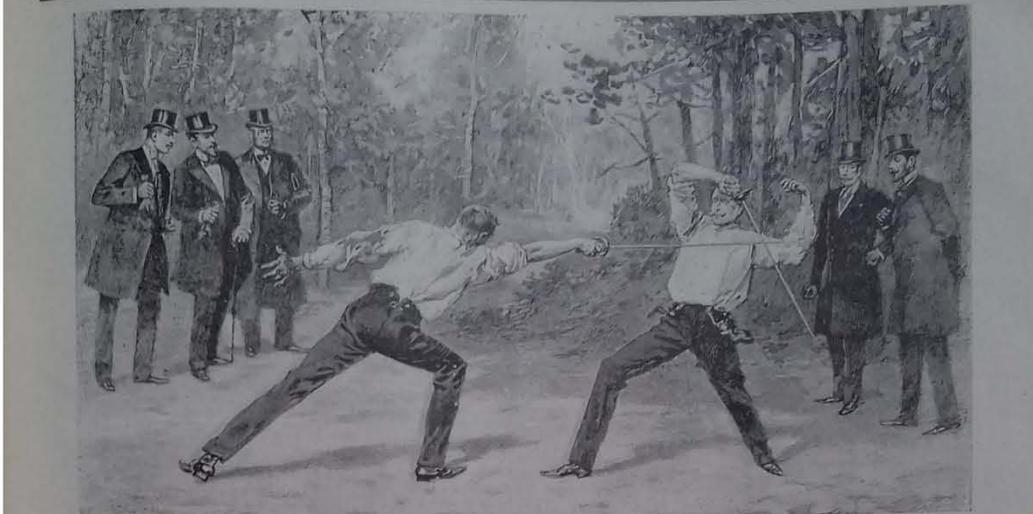
En mi recámara alguien rezaba.

En una cama, sobre las tablas desnudas, había un cadáver alumbrado por cuatro cirios. Al verme, hubieron gritando los que rezaban. ¿Por qué me habían? Y aquel cadáver ¿de quién era?

Resolví levantar el lienzo humedecido que le cubría el rostro. Aquello era terrible, para volverme loco el muerto era yo! Es decir, aquel era mi cadáver. Le alcé los párpados, nos vimos, pero nada más, no nos miramos, aquellos ojos estaban tristes, opacos, mudos, muertos.

No sé de dónde me había llegado calma. Le tomé el pulso á aquel cuerpo; no había pulso y estaba frío, rígido, no había duda, estaba muerto, ¡y era el mío! Entonces yo que estaba allí, yo que le buscaba el pulso al cadáver ¿quién era? Y levanté de nuevo el paño de la cara; sin duda, era mi cuerpo.

MI inteligencia, estaba como una máquina eléctrica en acción, y relampagueaba pensamientos. Éramos aquel cuerpo y yo, —quiere decir el que yo tenía en esos momentos vivo, — dos *seres* materiales. Yo tenía cabales todos mis sentidos, completo cada uno, luego zera el cuerpo muerto y el que



yo llevaba los de dos personas iguales con un mismo yo, con una misma alma? ¿seramos dos personas distintas y un solo yo? Si yo habia muerto, yo quien corri á golpear las puertas que habian cerrado mis dudas, mis dolientes, g.ítandoles: Abranme, abranme, ¿quién soy yo? ¡ah! ¿quién soy yo? Al fin, se abrió la puerta y dos parientes míos salieron, y luego otros más, y entre todos, ¡valientes cobardes! trataron de asegurarme; me resistí, mas el número me venció. Uno de ellos me dijo, lo como entre otros: "es necesario que se calma usted, váyase." Yo podía atender á todo, en aquellos momentos vivia mucho, pero con esa vida acelerada, palpitante y muriente de los fragmentos de una serpiente acabada de despedazarse. ¡Serían los últimos restos de vida, del alma de aquel mi cuerpo muerto, que se habia *desahogado!*

"Bueno, pero yo quién soy? ¿diganme y haré todo lo que ustedes quieran"

Entonces alguien dijo á mis espaldas—¿cuánto sienta no saber quien fué—«está loco,» «está loco."

Llamaron á un guardia, ese atrajo con su sábito á otro y otro más, y á muchos curiosos.

Yo seguí preguntándoles: ¿quién soy yo? pero aquellos imbéciles que me creían loco, ya lo habian dicho.—sólo procuraban sujetarme.

Mis parientes, siempre los malditos parientes! hablaron algo con el Inspector, y ni él, ni los escribientes, ni los practicantes me quisieron oír unos, muchos de los curiosos, se reían de mí, y me alibaban, algunos me veían con horror, otros me compadecían.

"Un espejo, un espejo," gritó: se me habla acurrido que era lo único que podía salvarme, él sí me diría cual era mi exterior.

No me hacían caso, y eso que con pies y manos golpeaba la puerta de mi encierro.

Al fin quise por ver si me tranquilizaba un poco me llevaron un espejito, de esos de bolsillo ¡al fin iba yo á conocerme! Encendí una cerilla... ¿Qué horror! yo era mi primo! es decir, el cuerpo que llevaba yo, era el del que habia dado muerte á mi otro cuerpo, al verdaderamente mío. ¡Caso extraño! yo me habia matado, y sin embargo no era un suicida. Aquel cuerpo que entonces era mío, al disparar sobre mí ¡Habíamos muerto los dos, mi primo y yo, y habia reusado su cuerpo, pero con mi alma? Si, eso debía ser, habia habido en los cuerpos una muerte, la del mío, y una separación de alma, la de la suya. En el cuerpo de mi primo, no habia habido muerte; se habia verificado una suspensión de vida, mientras habia estado sin alma, y luego vivia ya su cuerpo, pero con una vida que era mío. ¿Y el alma de mi primo? ¡Izabría ido á meterse en mi cuerpo? No: era un *avator*, avatar espontáneo, incompleto: aquel cuerpo que yo habia visto era un cadáver; no tenía alma; en el fondo de aquellos ojos no la habia; me habian visto, como ven los ojos de los retratos, los ojos de vidrio de los muñecos

Pensé en suicidarme, era el mejor medio de liberar á mi alma; pero reflexioné, después de todo al que daba yo su independencia, porque era el esclavo, era el cuerpo. No, ese no era el medio de vengarme de mi matador, debía yo sujetar á mi cuerpo á muchos sufrimientos. ¿Cómo iba á golpear á mi primo? ¡Cuán to iba ha hacerle sufrir! Hambras, vigilia, enfermedades, todo lo sufriría con gusto, sólo porque era en el cuerpo de mi matador.

Á la mañana siguiente, tampoco quisieron oírme, "¡loco, loco!" repetían todos, y me trajeron á esta casa, donde—no lo saben bien—me dan gusto, porque me matarían.

Sólo á veces sufro y entonces sí soy yo quien sufro, porque pienso y sí no hay alta, y sí todas son manifestaciones de la materia, entonces *quién soy*

yo? ¿qué me ha sucedido? ¡Oh! pero no quiero pensar en eso; entonces sí me volveré loco.

FRANCISCO ZÁRATE RUIZ.
LOS SONETOS
DEL ILMO. SR. DON JOAQUIN ARCAUDIO PAGAZA,
OBISPO DE VERACRUZ.

México, Á 21 de Agosto de 1898.
Al Señor Director de El Mundo.

Presente.

Muy estimado amigo:

Recentemente llegado de Jalapa, tengo el gusto de enviar á usted un ramillete de las más esquisitas rosas que florecen en aquella poética ciudad: un grupo de sonetos de D. Joaquín Arcadio Pagaza, cincelados como Anforas de plata de Buenvencuto Ceititl.

Si el mejor poeta clásico es aquel que expresa de la manera más sencilla los pensamientos más sublimes, y así se aproxima lo más posible á la perfección del arte, entendiéndolo por esta perfección sí concociendo del fondo con la forma, del pensamiento con la expresión, de la imaginación con la razón y de la grandeza con la verosimilitud y la sencillez, todo esto combinado con un profundo amor al buen gusto, creo que pocos pueden rivalizar en el genero clásico con el Arcado Obispo de Veracruz cuyo estilo es la naturalidad misma, cuyo gusto es de una pureza intachable y cuya verificación, fácil y fluida, tiene una armonía correspondiente al asunto, en extremo delicada.

Lejanos están los siglos de Pericles, de Augusto y de Luis XIV, los tiempos de Platón y Sófocles—la aboga atica,—de Horacio y Virgilio, de Bossuet, Racine, Molière y La Fontaine, autores de eter. a juventud; pero el clasicismo no puede morir, y más tarde, más temprano se volverá á escribir imitando la majestuosa antigüedad griega y latina; porque la literatura clásica era, como Ilón, "arrasada dos veces y otras tantas levantada altivamente sobre los mudos caminos."

Esclético por temperamento, pláceme en grado en esas hermosas revoluciones que hoy experimenta el arte literario, lo que no empere para que siga siendo constante admirador de la vieja poesía, que ha de perdurar como quedan las estrellas clisulando sobre el terciopelo sombrío del cielo despues de las más gigantesco borrascas, como permanece el manantial, claro y bello, por más que el torrente arroje al cielo el agua enculerizada, como brillaron las blancas alas de la paloma del arca en medio del negro diluvio.

El autor de los sonetos que envío á usted es un devoto admirador de Horacio y su fiel traductor. Hablando con él de los imitadores del inmortat poeta romano, movió la cabeza en ademán de suprema duda, ó más bien, en señal de la profunda convicción que alimenta de que nadie volverá á escribir iguales monumentos para la eternidad.

Exegi monumentum aere perennius

Pienso el Señor Pagaza, respecto de Horacio, lo que éste creía acerca de Pindaro, que rivalizar con él es querer repetir con alas de cera el vuelo de Ícaro. Tal adhesión á las cosas antiguas me recordó la de Esquilio, cuando, exhortado á rehacer el poema de Timón con que solia darse principio á los juegos, "Excelents," respondió, "es este himno y componiendo uno nuevo temeria la sucediese lo que á las nuevas estatuas comparadas con las antiguas: pues estas, en su tosca sencillez, son tenidas por divinas, al paso

que las nuevas, más artificiosas, se admiran, pero ninguno describe en ellas á la Divinidad".

Acaso por tan singular propensión á volver el rostro hacia atrás, abraiga el Señor Pagaza tanta fé en su corazón tanta esperanza en el progreso de nuestra literatura: sueña con tiempos mejores y desea ardentemente poderlos revivir, jugando que México sí puede aliar sus concepciones á una forma acabada, y que no le pesará á nuestro país lo que sigua una frase celebre: *le país á Égipto*, que hizo colosos como los asirios, pero no estatuas como los griegos.

Al poeta de quien hablo sólo se le puede en justicia formular un cargo: el de excederse un poco en la elección de voces y de frases, en el escogimiento de exquisitices de lenguaje; pero hay que decir en su abono que tal esmero y escaujante artificial no le hacen perder la diuza y gracia virgilianas de su estilo, ni la naturalidad de ideas y propiedad de expresión que trae á la memoria las elegías de Ovidio, ni su ingenio y gusto horacianos, ni la música de los sonetos epundáticos y dóricos inuoladas que se escuchan siempre en el curso majestuoso de sus endecasílabos.

El autor de los "Murmullos della selva" canta en los sonetos que entrego hoy á la publicidad el cielo del Estado de Veracruz, lavade por continuas tempestades; canta el Papantlan, que besa las dulciosas riberas de Tlacotalpa, haciendo rodar sus aguas clarazas, azules y profundas, entre el gorjeo de las aves que desgranran su garga de notas argentinas; canta el cerro de Macultepeth, que toma tinas color de malva bajo la lluvia de oro del sol de Jalapa, cuya luz dorada los caminos poblados de valles de flores y de rosales; canta las perfumadas noches de los trópicos que dan vigor al pecho y fortaleza al pensamiento, y todo esto lo canta el Obispo poeta en versos puros como el grano de cera que rodea las flamas de los cirios de la Catedral jalapena, como el agua que brota, fresca y limpia, del agris peñón de la sierra.....

De usted afmo, amigo S. S.

ADALBERTO Á ESTEVA

LOS PANTANOS.

Soy admirador apasionado del agua: el mar demasiado grande, demasiado vivo, de imposible posesión; los rios que pasan, que bucen, que van y sobre todo, los pantanos en que balte la vida indecristible de los animales acuáticos. Un pantano es un mundo pobladores permanentes y con habitantes de un día; un característico misterio nada que tanto costurbe, «Por qué ese mieda singular que se siente en esas llanuras cubiertas de agua? ¿Será por el rumor vago profundo que las envuelve en las noches de calma, por el silencio que las envuelve en las noches de calma, por los juncos, por el hervor casi imperceptible de aquel mundo tan dulce, tan fugaz, pero mas atormentado y de las tempestades del cielo? ¿Qué será por esas regiones españolas que ocultan un secreto inescrutible y peligroso?»

No. Otra cosa es lo que de allí se desprende: un misterio más profundo, más grave, el que flota sobre quízáis—GUY DE MAUPASSANT

Francisco Zárate Ruiz, "¿Quién soy yo?", en *El Mundo*. Semanario Ilustrado, año V, t. II, núm. 9 (28 de agosto de 1898), p. 171.



Sin firma, ilustración para “¿Quién soy yo?”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado.



AMNESIA

So me ha fogado! Lo imaginaba y lo tenía que me dejara muy pronto, pero no así; esperaba que muriese al fin, víctima de la terrible anemia que la iba consumiendo; nunca que me abandonase criminalmente. So ha ido escapándoseme, cuando menos lo esperaba; su plan estaba bien preparado; su artificio me engañó; no conocí su acecho. ¡Hoy que tenía más esperanzas de que volviera á serme fiel! Estuvo tan amable, tan complaciente, á todo accedió, y entré en el sueño tranquilo, y ¡qué horrible despertar! ha huido; no tiene dudó; su casa está desahabitada; siento aquí el hueco que me dejó; siento su vacío; me duele el hueco; experimento los dolores que



tienen las flores, cuando dedos femeninos, criminales les arrancan las hojas. La he sentido salir como si en una incontenible hemorragia, á causa de la ruptura general de arterias y venas, se me escurriera la sangre por todos lados,—la he sentido salir á borbotones por los oídos, por los ojos, por la boca; hasta por las puntas de los dedos. Los ojos, los oídos... ¡Ah traidora! acostumbrada á ver entrar por allí tantas sensaciones de que ella era mi depositaria, por allí mismo se me ha fogado.



Infame; engañosa, mujer, y ladrona; se ha llevado mis secretos; me roba mi pasado. ¡Ya nada sé! ¡De nada me acuerdo! ¡Tengo una cabeza acéfala! ¡Un hombre sin memoria! ¡Qué horror!

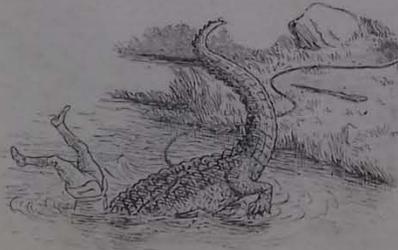
Yo pienso bien ¿no es cierto? discierno con claridad, comprendo con exactitud, pero ¿y qué? si para mí no existe el recuerdo. ¡Ah! sólo uno me dejó la maldita; el de su huida ¿por qué no se lo llevó también?

¡Pobre Andrés! ¡Si yo hubiera atendido sus indicaciones!

Me lo dijo cuando temblando, con el corazón que me saltaba como un desesperado, con las manos sudorosas y los labios pálidos y secos,—asustado como una mujer,—le conté los primeros síntomas:

«Higiene, higiene, agua fría; alimentos sanos; ningún excitante; nada de poesía en las bebidas, nada del licor que hace la vida más intensa y acerca más á la muerte. Campo, mucho campo y neurosiná! ¡Ah, los nervios!»

La mano que en horrible crispatura oprime el puñal y rompe el corazón, el cuerpo que azota contra los muros en ridículos tambaleos y perdido en



centro de gravedad, cae en la acera; la planta que se estremece al oír silbar el viento, la casa que tiene cimbramientos hasta sus entrañas; ¡nervios! ¡nervios!

¡He ahí al enemigo!

¿Y qué hace la ciencia que no descubre la manera de hacer una neurotomía general?

¡Nada de excitantes! no acelerar la tediosa y monótona vida, no vivir en otro mundo; vivir siempre despierto, no vibrar á los innegables placeres cerebrales, y el campo, la naturaleza, lo normal; desesperante monotona y neurosiná; si la medicina fuera eficaz, á ningún ciudadano francés le faltaría en su casa.

—Degenerescencia, y ¿el libre albedrío?

—¡Bab!

La gradación fué aborrecible. Primero insomnio, viendo claro en la obscuridad de la noche cómo los muros arrastrando la puerta y la ventana, los tapices y los cuadros, bailaban ridícula y desvanecedora danza. Y era cierto que danzaban, las maderas de las puertas crujián con el movimiento.

Otras veces era yo el que con todo y lecho recorría la pieza iluminada por luz fosfórica; ya no estaba como antes negra, ya el espejo no era un cómplice de la negrura, y no sólo retrataba esa obscuridad de la alcoba, sino que reproducía por millares, como si hubiera tenido en frente un compañero, todos los objetos.

El ronco rumor de los árboles despertados por el viento, el aleteo y el canto del gallo en el próximo corral, las voces quejumbrosas, semi-bummas de los gatos en el patio, el vuelo de un moscardón que se quedara por distraído, preso en la redámar, me provocaban el salto sobre la cama y me aceleraban los latidos del corazón.

Qué de temores pueriles, qué de sobresaltos femeninos!

Ya rendido concillaba el sueño. ¡Y qué sueño! No el sueño pesado, espeso, que repara el sistema nervioso, no; un sueño lleno de ensueños. ¡Aún dentro del sueño había insomnio para mí!

—Exajeradamente empujados emparedado en una canica, rodaba; unas veces la cabeza contra el suelo, otras hacia el Oriente.

Ora era un viaje *julivernesco* por los aires; y subir, y subir; ora el descenso, rápido, con sofocación y vértigo, abajo, muy abajo de la superficie de la tierra.

Allí miriadas de monstruos marinos y terrestres, en estrecho maridaje. Ejemplares nunca vistos en la fauna de la tierra.

Rocas animadas que reían con *risa de piedra*. Plantas vestidas á la europea sacando á guisa de cabeza por el cuello de la ensaca una heja enorme de múltiple coloración.



Un lagarto grandísimo, antiluviano, se me acercaba á paso lento para mayor martirio, saboreándose de antemano, luciendo sus bien alineados dientes, dientes *gubiales*, amarillentos, sucios y afilados entre lágrimas, mas y sollozos, contra las osamentas de sus víctimas. Y yo sin poder moverme; ¿por qué? quien sabe, pero yo no podía correr, huir, salvarme. Y después, dentro de sus gigantescas fauces, enormes telerafas tendidas de mandíbula á mandíbula, y los insectos en didulas de acrobacia.

Senti cómo me tragaba. En su vientre gigantesco, cientos asquerosos destilaban en mi rostro, por su lengua puntiaguda y por sus dientes desiguales, movibles y huecos, baba pegajosa, emponzoñante y amarga.

Enrollaban en mi cuerpo los suyos anillados parafucos ó verdosos y fríos, may fríos, más fríos que el hielo.

Diabillas que por sus bocazas, (vomitando fuego) se acercaban cabriolando hasta mi cabeza, y me encendían el cabello, y me perforaban con barrenas el occipito. Duendes y trasgos que se me entraban por la boca, y celebraban extraño festín dentro de mi cráneo, con inusitada algazara, en escandalosa embriaguez. Brujas que, vampiros humanos, revoloteaban cerca del pecho y de las paredes del intestino del ofidiano, de cuando en cuando con las membranosas alas negras, me agostaban la frente, haciéndome estremecer.

Oh! qué hubiera dado por detener aquella imaginación que volaba, velaba, pajarraco nocturno ¡qué hubiera dado porque durmiera mi pensamiento, cuando yo dormiera!...

Cuando mi sirvienta me habló, me pareció que con una red de finos hilillos de frío, me envolvían el cuerpo todo.

¡Qué asombroso parecido! Me figuraba que era el saurio que se me acercaba á paso lento para mayor martirio, saboreándose de antemano; luciendo sus bien alineados dientes *gubiales*, amarillentos, sucios y afilados entre lágrimas y sollozos, contra las osamentas de sus víctimas. ...

Más tarde, muchos sueños, muchos. Yo tenía todas las noches una pesadilla horrible, muy horrible, y siempre la misma—estoy seguro—pero solo en el sueño sabía cuál era. A la mañana siguiente, ... ¡nadá! ni un

recuerdo; sólo sobre el cerebro una lápida de mármol, y en el cuerpo una insufrible flaxidez. ¡Ajeno! ¡ajeno!

Terrible confusión entre las personas que realmente existían y me habían sido presentadas, y los extraños seres engendrados por mi excitado cerebro loco, en nauseabundo contubernio con la noche sombría y larga, muy larga y estrecha como mujer tísica.

Esfuerzos de titán con éxitos de enano, para recordar una fecha histórica, el nombre de algún héroe. Después, el olvido de lo que intentaba hacer en el momento de ir á llevarlo á la práctica.

¡Qué hice ayer? ¿qué hice? y *ella* muda; *ella* que debía *saberlo*, sin contestarme, causando mi desesperación.

En verdad que era injusta al tratarme así, porque el día anterior, no me había embriagado como otros, casi hasta la comatosidad.

¿Las aguas del Leteo contendrían alcohol? Y cada vez, estrechándose más el círculo de mis recuerdos; el presente viniéndose encima, lo pa más y más densa de polvillo negro. Sobre mi pasado caía una lluvia de hollín como la que cae en las inmediaciones de Newcastle.

Desapareció mi infancia; perdí la inefable consuelación de vivir entre compañeros, verdaderos socialistas—lo de uno era de todos—entre otras niñas, con risas y juegos puros.

¿Comprenden ustedes mi suplicio? ¿se explicen mi desesperación? ¿verdad que eso era para volverse loco?



Bien luego se me borró toda noción de mi adolescencia; pero yo había sido joven alguna vez?

¿Y no creen ustedes que también para pensar, para acordarse de lo porvenir se necesita la memoria? ¡Yo estaba condenado á un presente insaciable, eterno! ¡Qué estrechos límites para una vida! Vida... ¡sin pasado ni porvenir!

Y la medicina inútil; los fosfatos impotentes; ineficaz el contraveneno; estériles los ejercicios gimnásticos de la mnemotenia.

Un terror grande; un miedo espantoso, agobiosador, se apoderaba de mí al pensar en la locura como epilogo inevitable de todo caso.

¿Al cabo se cumpliría el pronóstico general? ¡Loco! ¡Loco!...

Ya no hubo más transiciones violentas de una tristeza tan honda como inmotivada á una alegría explosiva, gritante que se traducía en gestos, saltos, cantos y abrazos injustificados á algún amigo. Se apagó el ansia inmensa de algo indefinido: mi memoria era lo que yo pedía, su falta mi obsesión.

Los días se hicieron más tristes y más largos. Una atmósfera fúnebre me envolvió; un aspecto romántico indignante, me bañó.

¡Cómo envidié á los buenos burgueses hiperhédicos, despidiendo felicidad por sus carnes abundantes! Y el opalino talismán perdió su virtud; nunca volvió á reanimarme; no volvió á darme una caridad de energías que ¡ay! duraban un minuto. Desde entonces hacen triste el Absintio; parece fabricado en algún cementerio; lleva hálitos de muerte.

¡Cómo arrancarme aquella placa marmórea que pesaba tanto y me dolía tanto? La imaginación, movediza unas veces, como ventilador eléctrico, giraba y giraba sin que yo pudiera detenerla en algún objeto determinado; otras, apenas podía moverla; pesaba como la rueda de hierro de una máquina enmohecida.

Enmohecida? Si, sí, eso me decía Andrés, que había dejado enmohecer mi memoria; las celdillas nerviosas psíquicas, habían ido perdiendo su estabilidad, pero repitiendo la irritación responderían al fin ¡Necias teorías!

Es necesario no desperdiciar este resto de recuerdo que me ha dejado la odiada Mnemosynia, como la estela de perfume que dejan las mujeres tras de sí.

Si al menos como *Moirisse* hubiera llevado un libro de memorias, tendría allí mi historia, y no sólo este proceso de mi desgracia...

Un día: ¿no me conoce usted? ¿no se acuerda de mí? me dijo, y en efecto, no sabía quién era aquel hombre, como no lo sé todavía; ¡un condiscípulo de los preferidos, un íntimo! Y citó fechas y nombres de amigos y de parientes míos á quienes yo no recuerdo. Luego, estaba irremisiblemente perdido, contenido sin esperanzas de indulto.

Y dentro de unas horas, no sabré quién es mi madre, ni mis parientes; cuáles mis amigos, cuáles mis enemigos. ¡Maldición! No me podré proporcionar el placer exquisito de la venganza.

Yo he deseado á algunas mujeres pero ¿cuáles? tengo una amante ¿quién es?

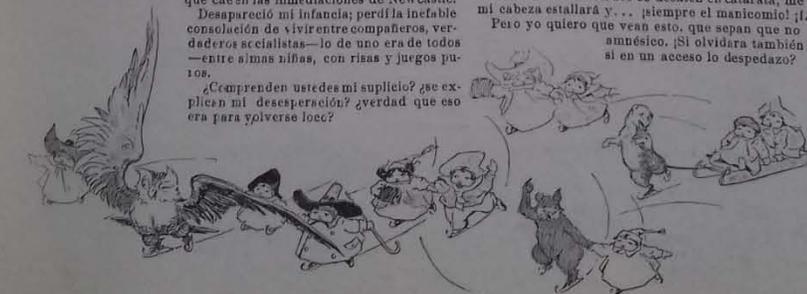
Y tendré que preguntar cuál es mi nombre, cuál es mi patria, y me creerán loco, y me mandarán con los locos ¡y me volverán loco de veras!

Pero veamos; si no se me hubiera escapado, si este molde suyo que siento, le hubiese dejado porque se había escondido en algún rincón de mi cerebro para hablarme de mí; que se haya euroscado como un serpiente en algún hueco del cráneo, y acaso pronto se desenrolle. ¡Entonces... si, ya sé! cuando los recuerdos se desatan en catarata, me despedazarán la razón; mi cabeza estallaré y... ¡siempre el manicomio! ¡Loco! ¡Loco!

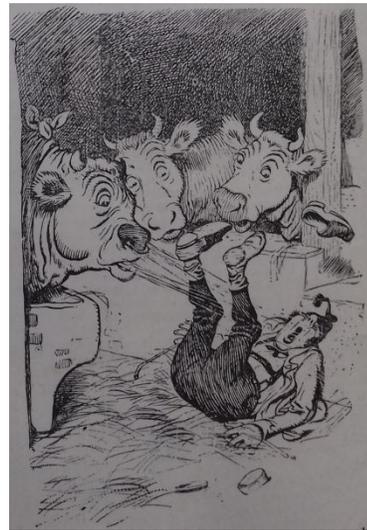
Pero yo quiero que vean esto, que sepan que no lo estoy; que soy un amnésico. ¡Si olvidara también donde tengo este libro! si en un acceso lo despedazo?

¡Una medicina! ¡Una medicina! ¿En dónde venden una memoria? ¿No hay en la terapéutica una fórmula para este caso? ¿No hay quien me pueda inyectar memoria? ¡Maldito manicomio! ¡Yo no quiero ir allí! ¡No quiero! ¡No estoy loco! ¡No estoy loco!... ¡No estoy loco!

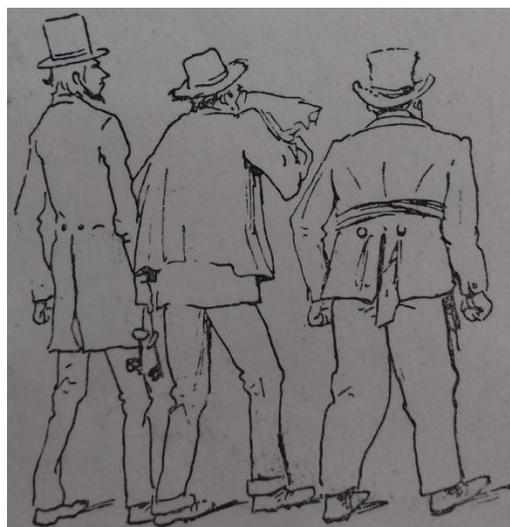
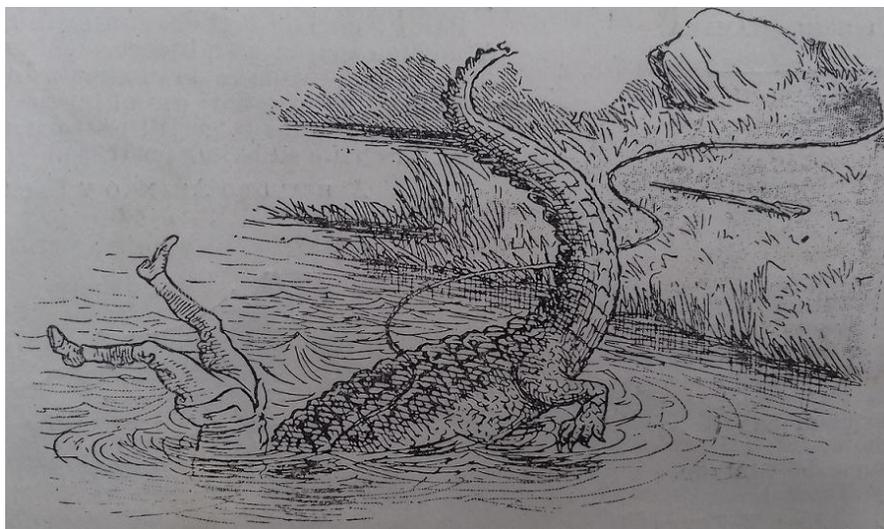
FRANCISCO ZÁRATE RUIZ



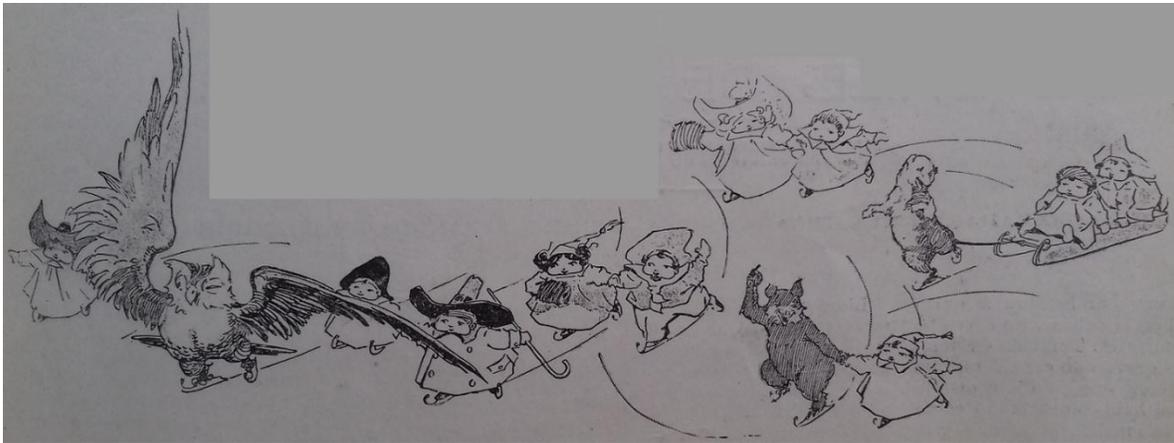
Francisco Zárate Ruiz, "Cuentos del manicomio. Amnesia", en *El Mundo*. Semanario Ilustrado, año V, t. II, núm. 15 (9 de octubre de 1898), p. 291.



Sin firma, ilustraciones para "Cuentos del manicomio. Amnesia", en *El Mundo*. Semanario Ilustrado.



Sin firma, ilustraciones para “Cuentos del manicomio. Amnesia”, en *El Mundo. Semanario Ilustrado*.



Sin firma, ilustraciones para “Cuentos del manicomio. Amnesia”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado.

CUENTOS DEL MANICOMIO ¿HOMICIDA?



Es el ronquido horrible, el estertor humano de aquel maldito animal! por mi desgracia lo oigo dentro de mí á todas horas.

¿Lo oye usted? Pero no; usted no puede oírlo. Y quo sería posible por algún medio hacerle oír á los demás?

Y acaso sería inútil, porque los señores curiales se han empeñado en cometer una injusticia. Pero ya pasó. Volvamos al asunto.

¿Que si me empujo en seguir sosteniendo eso que ustedes llaman fabula? ya lo era; es la verdad: yo no he dado muerte á una mujer. He extranulado eso si me da venganza hasta, exquibta, dulcedina — á mi gata mortica; pero yo lo sé bien no hay en el Código un artículo para castigar el asesinato de una gata.

Usted no puede pensar como los demás, porque no es vulgar.

hugta ni la agrietarian por todos lados, con sus mordiscos.

Si desesperado por el insomnio, encendia luz para leer, ya no los veria corriendo junto á las paredes en busca de sus madrigueras, desalzándose rápidos silenciosos, como el solio fueran siluetas, aéreas, fantasmagóricas.

Acaso ni saldrían. ¡Dígan que les huete á gato!

Sobó con el silencio.

Pero ¡ay! así como lo oigo ahora, así lo oí aquella noche: mire usted como se me erizan hasta los pelos de la barba.

La vieja sirvienta me lo dijo: la había llevado por la tarde muy lejos. Á la casa de una comadre, y al anochecer había vuelto.

—Pobrecita, no la eche usted, míe como vino de tan lejos, quién sabe si ahora no lo molesta.

Yo pensé: en verdad, quizá esta noche esté más tranquila. Puede haber sido pasajero ese estado de excitación nerviosa. Veremos.

No sé si fué que me venció el cansancio, ó realmente ella estuvo tranquila en las primeras horas, pero después comenzó.

Al principio, entre sueños, fué como el ruido que hace un insecto que se nos meto en una oreja, y fué creciendo, creciendo.

No era el ronquido natural de todos los gatos. Era un ronquido estertoroso, era la queja acompasada de un enfermo que dormita. Un lamento salpicado de ronquidos. Lo principal era el lamento, y sólo como la armonía el gorgoriteo, el ronquido e-pum-pote de esos felinos domésticos.

Mas aún ¿abbe usted? como si en una misa de requena, el mismo muerto rezara, y los frailes le hicieran coro con sus voces cavernositas.

Los ratones me pisaron.

Tuve paciencia; la desperté moviéndola sobre la poltrona; — me causa horror aquella poltrona cuando la recuerdo.

Tendría alguna pesadilla. ¡Pohrel!

En efecto me miró, como las personas á quienes se despierta repentinamente, cuando tienen una pesadilla.

Después se despezó y acurruose de nuevo.

Cubierto hasta la cabeza, entreceerando los párpados, comenzaba á ensombrecerse me la inteligencia, y de nuevo se levantó en medio del silencio el maldito quejido.

Pero ¿qué tendría aquella gata? ¿Padece algún mal físico? ¿Qué sufrimiento moral la turbaría el sueño?

Otra vez, y otra más la desperté, me veía tristemente y volvía á huirse, volvía á perderse en aquel páramo insondable oréano de su sueño.

Y siempre, en medio de la silenciosa oscuridad, se alzaba aquel lamento salpicado de ronquidos, como se hiergue en medio del templo oscurecido por negros paños, el catafalco cuajado de flamas amarillentas, severas, tristes, pavorosas. El silencio era un paralelepípedo trunco, ¡ay! muy irregularmente, espantosamente trunco por la voz de aflicción de aquella enferma; porque de seguro estaba enferma.

Entonces sentí curiosidad: sería útil saber que enfermedad era esa que provocaba en un gato ese quejido humanizado; un caso patológico curioso.

Y la dejó pasar en mi pobre cuarto el resto de la noche, á costa de mi tranquilidad.

¡No estaba enferma!

¡Me repugó y la odí!

—¡Llévatela, lejos de aquí, y regalala, máatala, haz lo que quieras de ella, pero que no pase aquí la noche; prefiero los ratones, — aún cuando me devoren hasta á mí mismo — le dije á la vieja, y se la llevó envuelta en un saco.

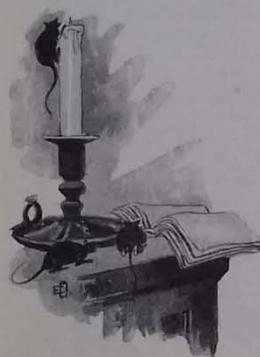
Al llegar tranquilo en busca de mi duro lecho — es higiénico ¿verdad Doctor? el colchón duro — allí estaba, allí instalada en su poltrona favorita.

Oígame usted: si todavia está en casa esa poltrona, que la quemem; no quiero encontrarla ahora que vuelva.

Se levantó y encorvándose, alargó la mano izquierda como lo hacen algunos chiquillos para saludar. Á sus conocidos.

¡Y! el mismo quejido, el mismo ronquido estertoroso, el mismo lamento de muerte, y haciéndole coro los ratones en los libros; algunas veces, me parecía que con una risita chillona se burlaban de mí.

Calculé en la oscuridad adonde estaba la poltrona, y ¡zas! le arrojé la novela que estaba en mi buró. Lanzó un quejido débil; ¡ese sí era de gato!



Mis defensores se empeñan en demostrar que estoy loco para que no me lleven á jurado. ¡Vaya una manera de defender! pero usted hará justicia, usted informará en conciencia, y me entregará á los jueces; y el jurado — usted lo verá — el jurado me absolverá.

Si no pueden, si no deben condenarme!

Verá usted:

Aquello era ya una burla; no esperaban la noche para deslizar fuera de sus diminutas cavernas, cautelosamente, sus cuerpillos color de sombra; no. Á todas horas, en pieno día, se les veía trepar por mi mesa, y por mi estante, asándose con sus rosadas manos á los lomos de los libros ó á las molduras del mueble.

Y después, en mi habitación, siempre tranquila ese ruido que hacían sus dientes, dientes de roedor, contra las hojas de los pobres libros, rasgaba por todos lados el silencio.

Y un día, la sirvienta la llevó. Fué en la mañana, cuando me aseaba para salir.

No corrí á esconderme temerosa bajo algún mueble; subí confiadamente á una vieja poltrona, y se instaló allí como un amigo que visita á otro.

Atentamente me observaba; y como vergonzada de que su pelaje parduzco no estuviese bien limpio, comenzó también su toilette, se pasaba la mano repetidas veces por la cara y se asomaba á inspeccionarse el pecho, luego, como para consultar, me miraba, y volvía á su tarea.

No me causó mala impresión. Hasta llegué á acariciarla. Encarcanose me dió las gracias.

Y eso, que nunca fui amigo de los animales domésticos.

Siempre he gustado de ver tras las rejas de una jaula, á maggestuoso carnicero revolviéndose inquieto, bramante, furioso, por no ser libre y no poder hincarme sus zarpas y sus dientes, las caricias torpes, empalagosas, del perro que nos retrata en el traje sus manos asquerosas, oh... siempre me han repugnado.

Llegó la noche.

¿Por qué llegó?

¿Qué felicidad! Ya los roedores no turbarían mi sueño, travesando sobre mi cuerpo no censarian con las estalactitas de la



Y cada vez que el lamento maldito volvía á revolotear como asqueroso mu chigazo por la alcoba, le asestaba un nuevo golpe; la bujía, la palmatoria, rollos de papeles, y en el paroxismo de la desesperación hasta mi despertador; fueron á rodar sobre ella ó en las inmediaciones.

Afortunadamente amaneció aquel día más temprano que otros.

No parecía guardarme rencor. Me miraba con pupilas tiernas, inmensamente tiernas.



Francisco Zárate Ruiz, "Cuentos del manicomio. ¿Homicida?", en El Mundo. Semanario Ilustrado, año V, t. II, núm. 23 (4 de diciembre de 1898), p. 423.



¿Se ha fijado usted alguna vez como miran á su amante las mujeres cuando por el mismo, cuando va á llegar la reconciliación? Pues así.

Alguna vez me pareció que salían de su pecho vapores que procuraba ahogar. Ese dolor que sofocaba durante el día en la plenitud de sus facultades, era el que por la noche, cuando la fatiga la rendía, hasta explosión?

A menudo me dirigía sus miradas, con aquellas ojos extraordinariamente brillantes y atractivos como los de una tísica.

Llegué á pensar si estaba aquella hembra, empujada de algún hombre, y generalizando con falsicia, en su rudimentario intelecto, como lo hacen los niños que llaman *papi* á todo hombre que ven, me confundiría con el objeto de su amor.

No sé cómo en su poltrona pasó largas horas arrojando por la ventana sus miradas pardas, y dejándolas ir á perderse á lo infinito.

... Allí la encontré de nuevo la tercera noche. No iba con exhalaciones, nada de estado moribundo, en estado normal.

No bien sepulté la luz de la vela en la obscuridad de la alcoba, cuando brotó de su pecho el maldito quejido. Celebraba por el suelo á trepaba hasta el techo por los ángulos diestros de su aposento como lo hacen las ratas.

Osalta en espirales que se elevaban como el humo, y así, así era, gaseoso, transparente, pero negro, muy negro.

Lamentaciones de joven enferma, dolerosos quejidos de mujer moribunda, pero muy humanas, más, so brehumanas como la voz de un muerto que resaca en sus nubes de *zephyrus* y le hacen coro los fríos convulsos *exvotos*.

¿Qué me importaba ya averiguar qué ejercicio de fantasma pasaban bailando danza macabra ante sus pupilas romboides, cuando corria el telón de sus párpados?

Sus dolores me hacían sufrir, por egoísmo; yo atempere lo sé muy egoísta. Aunque ¿quien es así? ¿quien en el fondo, sinceramente?

¿No cree usted que puede haber habido desequilibrio en sus facultades mentales, Doctor?

Págame usted, qué ridículo! Con mi traje blanco de dormir, pisando sin hacer ruido, y con la mano derecha, cogida por la parte posterior del cuello para que no me causara daño, la endablada gata, esa diabla.

¡Aquello fué horroroso! Ya no era el quejido de niña enferma, de mujer moribunda.

Era grito desesperado de mujer furiosa.

Algunos congéneres suyos, estralidos por los gritos llegaron. ¡Inbélial!

Tomaban aquellos lamentos por los ahullidos de la hembra en celo.

Se le acercaban y se le arrojaba encima, llena de odio, fiera, atoradora, y *La heria*.

¿Podía yo acaso dormir?

La sbrí.

A pesar de que sus gritos eran de mujer, usted comprendo que no es fácil confundir una gata con una mujer, digo por el tamaño. No tenía remedio.

Gato Negro á retratarse la figura de la víctima en la pared que estaba á la cabecera de la cama. No me arrepentiría como Poe en su personaje, de haber ejercido esa venganza justa. Como el par, ilo de Byron que cogió de cielo de su cama la espada con que dió muerte á un pariente suyo, cogaría yo la calaverilla de la gata.

¿Usted ha visto un cráneo de gato? Son curiosas verdades?

Y lo hubiera hecho, si no me hubieran aprehendido.

¡Qué justicia!

¡Pobre país!

Si no fuera porque deseaba dormir y porque tenía miedo de salir con las manos acarrionadas, la hubiera dado muerte con crueldad, como dicen los timoratos.

¿Cómo me habría deletado con sus sufrimientos, y que ella me había causado tantos.

AMOR NUEVO.

Primera un pinchazo en la nariz, luego sacarle un ojo el otro no, para que pudiera verme á mí. Así verdugo; por fuerza la lengua, cortársela y ponerla en sus propias garras; y para burlarme de ella, con su propia mano, separada ya, acariciarle la carilla para lavársela. Y luego acartarle el corazón para saber cuál era la causa de sus dolores.

¡Ja, ja, ja! Ahora sí creo que me estoy volviendo loco.

¡Ah! si no hubiera Códigos y jueces, y policía, vería usted cuantos hombres mataban á otros así con esa crueldad. Yo no; yo no he matado á esa mujer!

... Fue obra de segundos.

Allí estaba, en la sombra, brillándole fuertemente los ojos, eblapándole como dos faros lejanos, la vi usted?

Fue la última vez en que me miró con sus pupilas téricas, inocentemente tiernas y poderosamente atractivas, como de ojos de tísica.

A mí nadie me quita que sus miradas eran amorosas.

Eso me exasperó más.

La acaricié, y cuando estaba confiada, rápidamente le oprimí el cuello con ambas manos.

¡Muerda! Parecía que ya estaba la matado á otras por el mismo método, qué seguridad!

¿Esto? ¡ah! es verdad; una convulsión labizó arañarme. Yo creo que fué sin intención. Me ha d. haber agr. dedido que la libertase de la vida.

Y arrojé su cadáver á la puerta de mi cuarto.

Oh, si he sabido lo que iba á pasar, antes me lo como.

Eso dicen que allí á la puerta de mi alcoba misteriosa, se encontró el cadáver de una mujer con las huellas de la estrangulación.

¿Y no puede haber sido otro el criminal? ¿No puede ser una de tantas coincidencias?



Mire usted; yo creo que el veneno que óclara que me vió entrar del brazo de una mujer, es el mismo asesino, el mismo homicida, que ha querido perjudicarme.

A mi cuarto de estudiante nunca llevé mujeres; yo le juro á usted por... por el alma de la gata, que no había visto ese cuerpo esquero, lleno de manchas y cicatrices, horrible, hasta que lo vi en la plancha.

Si antes la hubiera conocido puede ser que si la hubiera matado por fea y por esquerosa, pero no.

¡Oh! rinda usted su informe favorable; que me lleven á jurado. Y se hará la luz.

El jurado - usted lo verá - el jurado me abanuele. No soy un homicida; soy un hombre que ha matado una gata.

O que se aprenda á todos los que han matado gatos.

...

Ya ustedes sabrían cuál fué el informe que yo rindi, ¿verdad?

FRANCISCO ZÁRATE RUIZ.

AMOR NUEVO.

El alma es como arroyo cristalino que de una cumbre inaccesible arranca en busca de los mares del destino.

corre suave ó febril se desahoga; y en vasto mar se con diversa suerte agua que se desborda á que se estanca.

El alma mía, retemplada y fuerte á golpes de dolor, torrente ha sido que furioso lanzara himnos de muerte;

y que después por el amor venido se arrastrara á tus pies, cual atropé loco, pronta ya á dar el temblador sílido.

Si te espanta el repitir la magia *invoca* de tu mirada eléctrica; y al punto, arrancando una fuente de la roca,

resucitando á Lázaro difunto, harás que del zepi brote un sídido ser celestial de harmónico conjunto,

como el Fausto viejo y acabado brota del Fausto amoroso, y como brota el arrepentimiento del pecado...

La *inf* neta que pasó, la edad remota, que siempre destilada con el pozo con la monotonía de la gota;

y luego mi ilusión de encanto mozo que se desvaneció cual humo al viento dejándose un hastio en cada *gozo*;

todo ello para mí fué acaso aliento, pero impulso no fué ser nunca pudo ni amor, ni voluntad, ni pensamiento.

Sólo tú, sólo tú rompes el mundo de mi suerte fatal; y haces que en flores reñe á fin tu corazón desentido,

y logras, consolando mis dolores, que se rientes pero no envejezca con el tiempo el amor de mis amores;

logras que ya jamás se desvanezca mi crítica ilusión; que no concluya, sino más bien que con el tiempo crezca...

Puede que el tiempo volador destruya hombres y monumentos y ciudades; puede que el alma hasta los cielos haya;

puede que indescribibles tempestades acudan este mundo en su cimiento y llegue el fin del fin de las edades;

puede que se desquicie el firmamento, mas tú subalistras en el Dios mismo, hecha amor, voluntad y pensamiento.

Hecha amor. Por un mágico espejismo te veo como palma en las arenas, como rayo de sol en el abismo,

y así en las horas de la serenidad creo que llegarás á ser guirnalda de mi gloria y consuelo de mis penas...

Hecha al par voluntad, sobre tu falda recostaré mi frente pensadora ó de escabel te ofreceré mi espalda,

hasta que llegue la esperada hora de lucha diaria, y me estimule entonces de tus ojos la luz que es luz de aurora.

Si te molesta el ruido de los bronces amparamos en tu cielo y has que giro la puerta del Jordán sobre sus gongos...

Hecha al par pensamiento, el que se alispice canto á los soplos de tu sacro nimen y tu bondad y tu belleza admire;

es justo que en mis cánticos se esfumen siquiera de tu imagen los perfijos cuando las horas del dolor me abrumen,

puesto que tú, mientras la miel desfilas del amor, lograrás que confundidos estén á tus abries mis abries...

Te amo como la cuerda á los sonidos, cual las sombras al astro te deseo, pienso en ti cual las aves en sus nidos;

y hasta creyese en Dios si fuera ateo, al escucharte hablar como te escuché, al verte fulgurar como te veo...

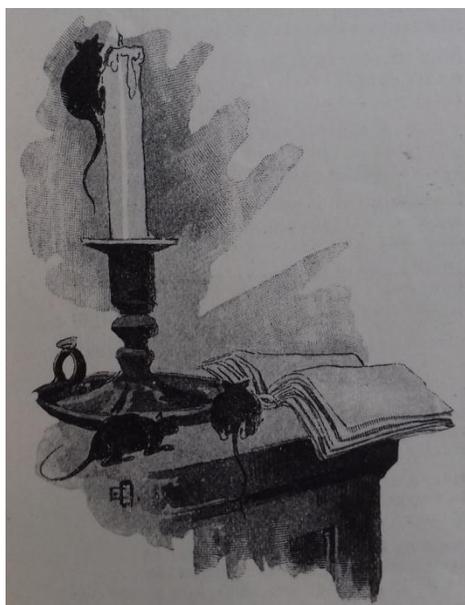
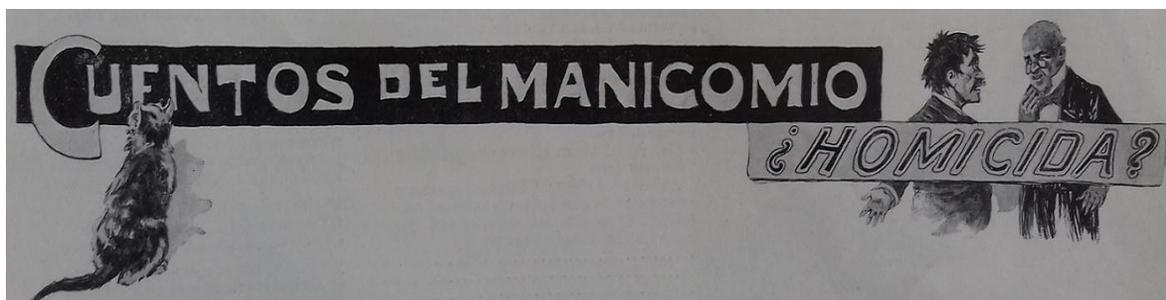
Quando lo quieres tú me rindo ó luchó y así oblánote en fin mi fuerza vana, poca es la frase y lo que acierto es mucho;

porque al ver en tus ojos la mañana alborazar de mis días de consuelo, como quien vcha á vuelo una campana echo también mi corazón á vuelo!

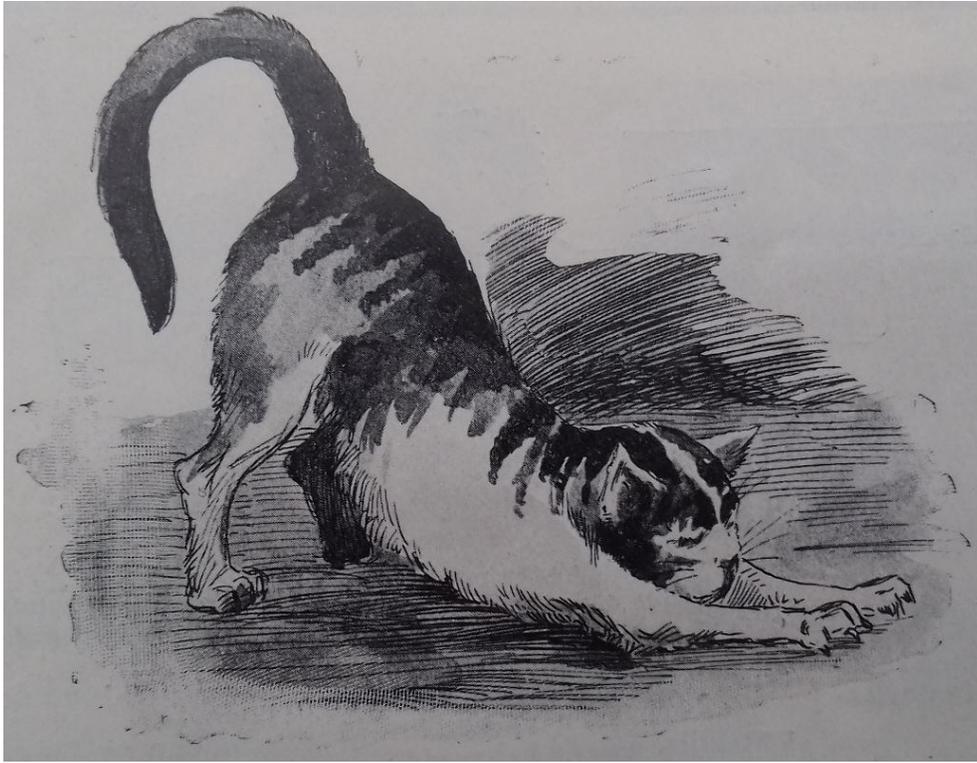
JOSÉ S. CHOCASO.



Francisco Zárate Ruiz, "Cuentos del manicomio. ¿Homicida?", en *El Mundo*. Semanario Ilustrado, año V, t. II, núm. 23 (4 de diciembre de 1898), p. 424.



Sin firma, ilustraciones para "Cuentos del manicomio. ¿Homicida?", en *El Mundo*. Semanario Ilustrado.



Sin firma, ilustraciones para “Cuentos del manicomio. ¿Homicida?”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado.

Cuando la retiré, busqué en el fondo de sus ojos la verdad, y subió á ellos una oleada de perdón. Pasó por sus celestes pupilas un relámpago de maldad. En sus labios azules y rojos, en sus labios de sangre coagulada, en sus labios de nieve roja, se balanceó una sonrisa *clownesca*, burlesca, trágica, bafante, escarnecedora.

Gozaba con su triunfo y le causaba yo lástima y desprecio. Había logrado engañarme.

Oh, no! eso nunca.

Pude haber oprimido su cuello con mis manos atencantes, pero habría caído muy pronto inerte sobre la alfombra. No hubiera sufrido mucho, como yo lo deseaba.

Así lo reflexivé con una rapidez notable.

Y acariciando con cariño, con prematura gratitud, con delirio, el pomo de mi puñal *español*—una cabeza dantesca—esperé impacientemente.

Llegó la noche envuelta en su manto muy negro, taimada, hipérita... y mala consejera. Como si ella no tuviese parte en el crimen!

Quité sabe si la luz de la luna hubiese llegado hasta mi espíritu á disipar un tanto sus negruras.

Esperé yo tranquilamente—así, tranquilamente—esperaré mis verduges en la víspera de mi ejecución—á que el suelo se extendiera por su cuerpo pecador. Debo en justicia hacerme un elogio por la destreza y violencia con que la até con fuertes ligaduras á su propia cama.

Presintió su destino y gimó y se retrató desesperadamente como un enfermo á quien se ministrara consermo.

Sus dolorosos y penetrantes gritos no entraron en mi alma.

Cómo me deleité con los temblores que imprimió á su cuerpo, el miedo! Le temblaban los brazos, las piernas, los labios, hasta las miradas y aquel miedo horrible, mortal para yo quien se lo inspiraba!

Retardé un momento más el placer, para saborearlo mejor, y suavemente, delicadamente, hundí la hoja brillante y pura en la carne blanca... la sangre puso su nota roja.

Huí asido en el muslo. No debía morir muy pronto y sin embargo murió; el miedo lo asesinó. Fué una pequeña decepción para mí; después iba á saclar mi febril sed de venganza en carne muerta.

Una vez y otra y otra, hundí la hoja acorada.

¿Qué placer cuando sentía la resistencia de la carne muerta?

Cómo oprimían las carnes abiertas al puñal justiciero, y cómo besaban las heridas con sus labios muy rojos—¿podrían no serlo?—la hoja homicida.

Y cada vez que de escaraba la epitelmis, cada vez que rompía los tejidos, abriendo nuevos manantiales de sangre tibia, muy tibia y muy roja, experimentaba la plaer infinito, inefable y enervante.

A cada puñalada sentía mayor desahogo, un peso enorme se desprendía de mi alma. El odio me salía ya satisfecho, en enormes cantidades. Transpiraba odio por todos los poros. ¡Estaba yo sanando!

El brazo fué debilitándose; fueron más suaves los golpes, más pequeñas las heridas y no pude más.

Me encontraron desmayado, desmayado de placer, junto al cadáver.

Dicen que eran cuarenta y ocho heridas; es posible,—y me acusan de espantosa crueldad. Tienen razón: fué una imbecil crueldad, tanto herir un cuerpo muerto. ¡Si hubiera tenido vida hasta el último golpe!

Estor vengado y ella está redimida. La hice impenetrable. La sacra putrefacción purifica su cuerpo del pecado y la salva de toda profanación humana, allá en el fondo de su tumba.

¿Ve usted? ya empieza de nuevo mi pesadilla.

Ya ve el velo blanco y los blancos azules de la desposada. Ya siento el olor de incienso del templo.

¡Oh! que me maten pronto, que me maten pronto.

FRANCISCO ZARATE RUIZ.

Una escena del Evangelio.

RELATO DE UN DISCIPULO.

Se levantaban al cielo las gallardas agujas de mármol blanco, entre arquerías colosales de mármol blanco, entre innumerables estatuas de mármol blanco, entre profundos quillones de mármol blanco; todo esto rematado, á más de cien metros de altura, por una gigantesca columna de oro!

Adulces nosotros que jugamos al *baccarat* y menospreciamos el *tuto* ó la *brisca*! Adulces nosotros que tocamos el piano y no la guitarra! Adulces nosotros que preferimos la trufa al *alio* y el Champagne al Manzani!



las columnas de mármol blanco, en las esculturas de mármol blanco.

El Tesoro resplandecía, folgoraba. Las grandes cruces de oro y pedrería, las pesadas coronas de oro y pedrería, las severas casacas de oro y pedrería, los imperiosos blancos de oro y pedrería, los anoches cálidos de oro y pedrería, ¡oh! todos los dones de Emperadores, Papas y Arzobispos—grandes de riqueza y remordimientos, de poder y de miedo.

Pálido, el blondo Redentor de ojos judíos, salió del templo triste, angustiosamente triste. Y ojos, allá en los rientes huertos de Galilea, se arrojó sobre un pedazo de tierno césped, ante un pedazo de claro cielo. Y su voz gloriosa dijo esta oración: «Padre, Padre de Justicia! más altas y más puras que esas agujas de mármol blanco son mis aspiraciones al bien; más bellas que esas estatuas de mármol blanco son las estrofas de mi poesía; más raudalosas que esas notas de los órganos y de los coros, son las plegarias de mi alma resonantes; de más limpias aguas, de más vivas luces que las pedrerías de ese Tesoro son las virtudes que constelan mi espíritu; mi frente es tersa, mis ojos sonadores, mis labios castos; oh Padre Padre de Justicia! dame valor!»

Y luego, en la soledad, estavo tejelendo, con las cuerdas duras, vibrantes y trágicas de su indignación, un *Lidlo!*

Milán.

JESUS URTEGA

SOMOS MORISCOS.

Una de las sorpresas mayores y acaso menos agradables que pudiera darse á un mexicano *pus susy*, sería la de revelar que era andaluz, y si de la sorpresa se le quisiera hacer pasar á la estupefacción, no habría más que afirmarle que no solo es andaluz sino morisco. Ante sucesos semejantes, el gomoso del Jockey Club que se cree inglés, el cursante de *bacc ball* que se repita yanket el boulevard que se juzga francés y el asiduo del Cambio de la Tambores ó de La Amistad de los amigos que no solo es andaluz sino morisco, de una pasta y de una sangre especiales que no son ninguna de las conejadas y sí mejores que todas, pondrían el grito en el cielo, clamarían á toda la corte celestial y desvalorarían *trampolinos*, *resistera* y *cuchillos* en el fondo de su abieccion denigrado y de su genealogía calumniada.

Ya es fuerte cosa, en efecto, llevar en las venas la misma sangre del «Bejano» ó del «Boto» y desentender en línea recta de Diego Corrientes, y aunque sea honroso ser nieto de la misma María santísima, apenados ser nieto de la misma María santísima, cuando se ve *japote* y se monta en hiechela, tener hermanos de sangre que visten de corto y cabalgan su jaca, que ponen su *buen par* al *corto* ó se *acuestan* en la *cuca* previa una *caja en corto*.

Adulces nosotros que jugamos al *baccarat* y menospreciamos el *tuto* ó la *brisca*! Adulces nosotros que tocamos el piano y no la guitarra! Adulces nosotros que preferimos la trufa al *alio* y el Champagne al Manzani!

Nada en efecto más paradójica! pero nada en cambio más cierto ni demostrable. ¿Qué es en efecto un andaluz? En lo físico, es un ser bajito, encanijado, huesoso y amarillento y no podemos pretender á la nivea blancura del inglés, á los dos metros y centímetros del ruso, á las morbideces y exuberancias del holandés y á las proporciones armoniosas que immortalizó la estatuaría griega. A mayor abundamiento nuestros ojos son negros y ocupan la mitad de la cara; nuestra mirada es ardiente y despidió fuego; nuestros labios tienen una alarmante contracción. Irónica y nuestras cejas pobladas y oscuras parecen un suplemento de bigotes; todo esto es andaluz á más no poder y nuestras mujeres, con sus pesadas crechelas de ébano, sus cadenas amplias, su andar ondulado y sus ojos chispeantes, no son más que sevillanas. En lo físico no podemos, pues, negar el andaluz.

En punto á virtudes y vicios, á usos y costumbres, á moralidad y á indumentaria, la analogía no solo se mantiene sino que se corrobora. Los caracteres morales del andaluz son un sentimentalismo exagerado, un eterno colipio de pasiones encontradas, una imprevisión de niño, un bisterismo de mujer; grandísimo desprendimiento, sentimientos hospitalarios, valor heroico, vanidad elevada á la quinta potencia, amor á la ostentación, fanfarronería; culto de la bibelote, del ditirambo y de la mentira.

Esta enumeración es casi nuestro retrato. Como el andaluz, somos ponderativos ó hiperbólicos; nuestro estilo ampuloso é hinchado va siempre, como el suyo, esmaltado de palabrotas, de juramentos y de obscenidades. Nuestras pasiones son tumultuosas y volcánicas: el amor es delirio frenético; el patriotismo, religión y culto; la amistad, abnegación y sacrificio.

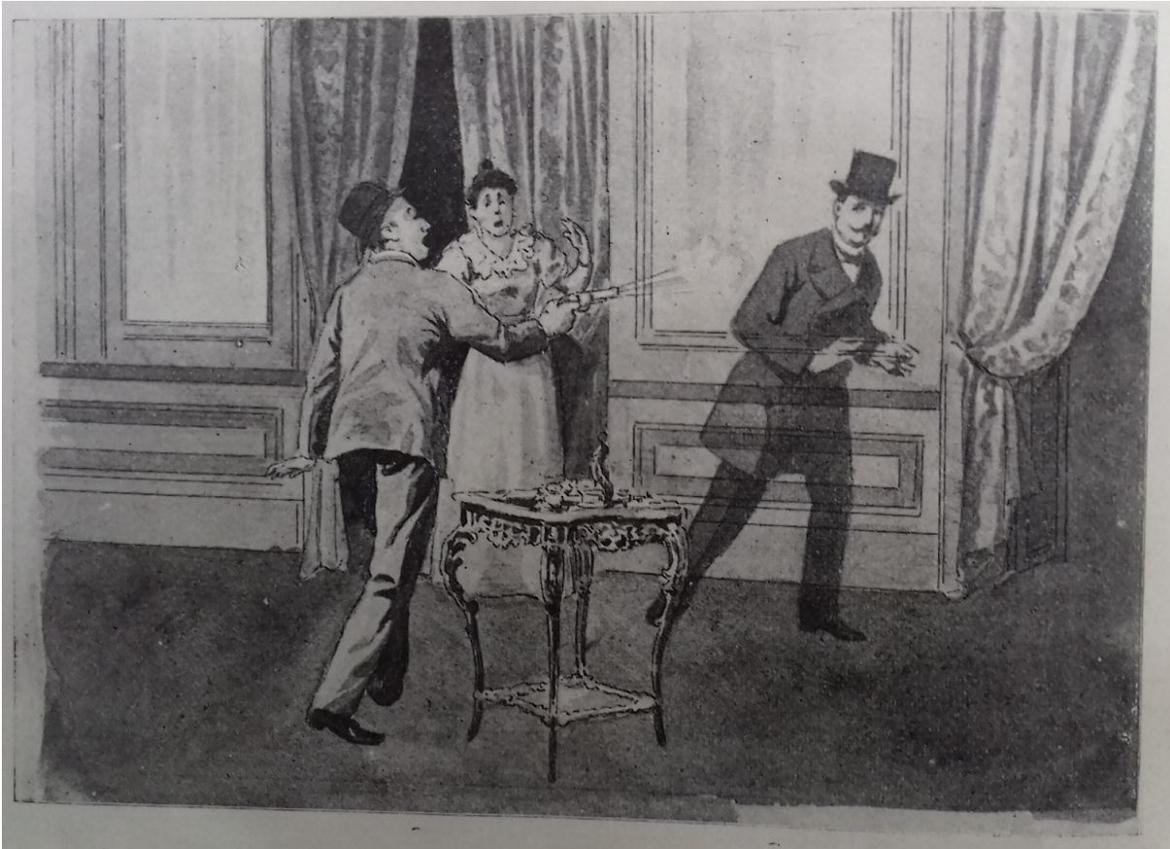
No existen para nosotros sentimientos atenuados é intermedios; amamos ó odiamos; huimos ó desafiámos; borramos ó cargajamos. Nuestras opiniones son contundentes como martillazos, nuestra crítica cortante como cuchillada. Fulana es divina ó dotosa; Zutano es sublime ó ridículo; Mengano es un genio ó un imbecil. Llevamos en la mano un látigo, la sátrica, y nos sermoneamos de él sin descanso con sin piedad. Somos burlescos, agresivos, parantes; cada persona tiene su apodo; á cada individualidad se le cueiga su milagro; nadie está al abrigo de la maledicencia y de la crítica. Nuestra conversación gira siempre al rededor de una persona á quien se desuelva viva, y va salpleada de chistes, de anécdotas y de chascarrillos.

Nuestras costumbres son tanto ó más andaluzas que nuestros sentimientos y pasiones. Como en Andalucía, comemos ajo, cebolla y chile picante; comemos callos, acuchamos celosias y damos serenatas; somos celosos, pendencieros y mal hablados; gustamos de montar potros brutos; nuestros espectáculos favoritos son el género chico y las corridas de toros; la guitarra es un utensilio doméstico; tenemos santo patrono, le encendemos cirios y le colgamos milagros y retablos; somos tan asiduos al templo como á la verbena; hacemos San Lúnes y dormimos siesta; cargamos navajas; regamos flores al paso de las mujeres y gustamos de *chubascos* y galaneos.

Nuestra indumentaria, la popular á lo menos, es calcada de la suya; el zarape y el jorongo son nuestra manta zamorana siempre estorbosa y siempre al hombre; vestimos de corto y nuestra chaqueta es bordada, nuestras calzoneras con vistosa y ruidosa botonadura, nuestro jarano lantejueado con voluminosa toquilla, remedan y reproducen los alamares, brandeburgos, bordados y *golpes* del traje andaluz. Hace poco aún, la china poblara calzaba bajo, vestía corto, casillo y bordado, y se envolvía en el rebazo de seda como una manola en su mantón de Manila. Las randas y bordadas de la camisa, los bolanes y encajes de la enagua, las voluminosas arracadas, los hilos inconciables de la gargantilla, las sortijas brillando en todos los dedos; las flores, los clavillos y peinetas del tocado y el balanceo de las cadenas y el salero y el donaire y la gracia, todo recordada y todo reproducía la indumentaria ostentosa, graciosísima y pintoresca de la tierra de María Santísima.

Hasta en la articulación de la palabra somos andaluces. Pronunciamos idénticamente la z, la c y la s. Decimos *supito* y no *sapote*; *gose* y no *gose*; nutillamos las palabras y nos tragamos sílabas y letras; no decimos *saludo* sino *salú*, ni *comido* sino *comio*; usamos de un caló tan pintoresco como incorregible; todos son sentidos figurados, metáforas desmesuradas, hiperbólicos intulitas. Amenazamos con un *Fog ó rimperte el amor* que rompe los tímpanos; unos pelillitos que empujan un vehiculo gritaban á los transeúntes: *déjeme de Temamata!* en recuerdo del gran siniestro ferrocarrilero; arrepentirse ó desdecirse es: *Arrirse de atos ó reñarse*; humillarse es *acostarse*; en una fiesta animada ó una reunión tumultuosa *está la cosa que verde*; locuciones todas, giros y modismos que revelan nuestro temperamento ardiente y nuestra índole imaginativa y consanguínea con los andaluces.

En nuestras costas del Golfo y en la Península yucateca el parcelo pasa casi á la identidad y puede decirse de veracruzanos y yucatecos, y es cuanto hay que decir, que son más andaluces que nosotros y puede también que hasta más que los mismos andaluces. Ahora bien; quien dice andaluzes dice moriscos. Son enteramente orientales,—la historia de las con-



Sin firma, ilustraciones para "Cuentos del manicomio. Adulterio", en *El Mundo*. Semanario Ilustrado.



—Pues bien, oye; saca tu tenaz curiosidad aún cuando sea á costa de mi reputación de hombre cuerdo.
Veremos si sabes guardar el secreto.

Cuando Juan movió, no esta vez, la otra, recibió la potellita inesperadamente, bruscamente. Me hallaba en una cautela, y me produjo el espasmo que me hubiera causado una impresión violenta, á mano armada.

Lo de siempre me pasaba sueltas. Me entró la tristeza de la muerte.

Ciertamente, era de muerte aquella inmovilidad. Estaba rígido, sobre las verdes tablas de su pobre cama desnuda. Tenía cruzados los brazos sobre el pecho, y un tanto inclinada hacia adelante la cabeza; así, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, durante los crepúsculo se pasaba meditando por los sombreros corredores de la escena.

¡Oh, qué hermoso cuadro, si se hubiera incorporado, para recorrer meditando la pieza de su casa!

Con una sensación desinfectante le bañaron el rostro, rostro de pergamino viejo, y el cuerpo esquelético, que tenía por mortaja, como él lo pidió, una blanca sábana. —Ni un signo de protesta; ningún músculo de la cara se le contrajo.

¡Debia de estar bien muerto!

Siguió espumando por sus párpados entrecerrados y dejó indiferente, que le rodaran las gotas venenosas por los ojos, por las mejillas, por la boca entristecida. Era una lluvia de lágrimas que rodaba hasta el cuello.

Sus cabellos y su bigote desordenados, parecían entonces más negros que nunca, sobre el amarillento mate del cutis de tísico. Todos le tenían miedo, asco, y por precaución lo velaban desde la pieza inmediata, enfrente de su cadáver, y todos llevaban escarinas en sus pañuelos.

¡Es tan horrible la tisis!

¡Qué repugnante!

Algunas frases me parecieron demasiado dolorosas. —¿Por qué te vas, y no me llevas contigo?
—¡Hermosas escenas para un drama espeluznante! Una sonrisa de incredulidades y de desprecio, se asomó por los entrecerrados labios del muerto.

Muchos lloraban, aun sin ser parientes del que se llevaban los enterradores.

Por egoísmo unos; por contagio otros.

Al pensar en el padre, en el hermano muertos, ó valdunarios, enfermos desahuciados.

Por contagio, como se ve con los que ríen, y se bostea, y se come con apetito, con los que beben, ó comen con apetito frente á nosotros.

Recordó á los que alquilaban horros para sus muertos.

Sacaron el ataúd.

¡Cuán larga es una noche pasada en compañía de un cadáver!

Las horas se arrastraron muy lentamente, rodeadas del negro silencio.

Sólo cortaba el silencio del. luto uno que otro suspiro periódico de dolor, de simple desahogo, ó... de fastidio, y el conjunto de los que formaban charlaban de política, de medicina, de comercio... para no rodar al abismo del sueño.

De cuando en cuando, alguien se acercaba al infante Juan, y nuevo ruido desinfectante, que hacía saltar, en la sábana blanca, manchas oscuras, y nueva desahogada á los gruesos cirios que crepitan acuosamente, como si murmuraran una oración.

Andaban santelosamente, sin prohibir ruido.

Era el temor de que se fuera á despertar de su espeso sueño.

Debo ser espantosísimo el que un muerto resucite. Hasta los que habían to mado parte más activa, en el curso de lamentaciones, de llanto y de sollozos, con que acompañaron el estertor de su agonía, hubieran emprendido la fuga aterrorizados, si lo hubieran visto moverse.

Al fin llegó la luz del día, levantando ruidos por todas partes: abrir y cerrar de puertas; toses de madrugadores; mugidos de ganado; gritos de vendedores, rodar de carrujas; llantos de chiquillos.

¡Cuánta cabellera en desorden, cuántos semblantes empalmeados y manchados por las lágrimas de un río seco, de lágrimas amargas, porque amargo es el sabor de toda secreción.

El anciano, eterno acompañante de los que por la última noche están viálidos para los de este mundo, aquí que hizo rezar tantas oraciones, tenía currojada hasta el escarriata, la esclerótica.

Comenzaron á valear la recámara; precisaba la desinfección, y urgía que la familia no encontrase el mismo aspecto para que transiriera con los recuerdos.

¡Qué grande empeño, tienen los vivos en olvidar pronto á los muertos!

¡Ah, si él pudiera haber asistido á las escenas que se desarrollaban ante su cadáver!

Siempre lo había dicho; sería curioso presenciar todo lo que hacen los deudos y conocidos cuando uno acaba de morir.

Llegaron los enterradores, y procedieron como muy amestrados á su tarea de recolectores de cuerpos inútiles, perjudiciales, en vísperas de putrefacción.

Los deudos se entregaron á los más desesperados y ruidosos desbordamientos de dolor.

Hubo gritos agudísimos, llantos escandalosos y frases impresionantes.

Una joven anacorada de Juan, se abrazó al cadáver y pretendió no separarse de él, besándole por todos lados el rostro duro y frío.

¡Qué repugnante!

Las palabras dichas en latín con sosonete y lentitud desesperadas?

Le hicieron ocupar su puesto en la carroza para que fuese delante de nosotros, como correspondía. Y saltamos al coche ensortijada.



Las conversaciones eran obligadas á toma triste. El aire del campo, es aire puro, me hizo mucho mal.

Me pareció que aspiraba una cantidad enorme de gas ácido carbónico.

¡Cómo me repugnaron aquellos áboles que corrían en sentido contrario, como si vinieran huyendo del pantón, y al pasar rápidamente, nos hacían las más extrañísimas genuflexiones; contorsionaban sus troncos, como lo hacen con sus cuerpos, los cirqueros.

¡Qué extraño!

Sentía la angustiosa sofocación que debe sentir la nube cargada de electricidad, antes de unirse á otra para que estalle la chispa. Mi cuerpo se convulsionaba, —istericamente,—con los estremecimientos que he visto en los hipnotizados.

Los latidos de mi corazón, que parecía asustado, repercutían dentro de mi cabeza, como si fuera mi órbita la bóveda de una gigante catedral en donde una multitud de herreros golpeaba fuertemente y á compás sobre un yunque descomunal.

Experimenté la impresión de que mi pobre cabeza era una bomba piétoica de dinamita, á la que lentamente se iba acercando el fuego de una mecha encendida para hacerla estallar. Me faltaba oxígeno, para la respiración.

Salí á la plazaforma.

Me causé lástima, y me inspiré temores por mi salud. Intenté tranquilizarme...

De pronto volvió al coche un hombre. Vestía de negro y cubría su cara una gran bufanda.

Apenas se le veían los ojos, unos ojos negros, muy negros, de extraño y poderoso brillo.

Me tendió la mano y estrechó la mía, de manera significativa.

¡Su voz! No podía dudarlo; la conocía bastante.

—¡Qué curiosas son estas escenas! me dijo. No había duda; era Juan.

¡Llamé todas mis energías, y creo que estuve sereno.

—¡He presenciado todo lo ocurrido anoche, y desearo de ver las últimas pantomimas de esta gente, con un esfuerzo supremo de voluntad, no logré venir hasta aquí. Y con voz de ultratumba, me refirió todas las conversaciones que tuvieron frente á su cadáver.

Francisco Zárate Ruiz, "Dos veces muerto", en *El Mundo*. Semanario Ilustrado, año VI, t. II, núm. 6 (6 de agosto de 1899), pp. 83.

¡Qué angustia!
Llegamos; alguien quedó al cuidado
del infeliz joven que tenía fiebre.
¡Ilusión! Éramos entonces dos los ilus-
trados.

Yo llevé en hombros el féretro.
¡Estaba vacío!
Un sepulturero confirmó mi sospecha.
Al bajar á la fosa nueva la caja muer-
toria, le dije: ¡Qué poco pesa este muerto!
La tierra resonaba sobre la tapa del ataúd
como cuando se golpea una caja
hueca.

Colocaron una cruz sobre la tumba y
partió el severo cortejo.

El pobre Juan estaba condenado á
quedar insepulto.
Esperaba hallarlo muerto, tendido en
el camino.

¡Oh! y si lo encontraban, ¿cuántos iban
á morir de miedo, horrible muerte!

Nada; Juan no pareció.
Los dolientes se habían salvado de una
impresión superior á las energías de sus
vulgares espíritus, pero Juan, el infortu-
nado Juan, ¿qué sería de su cadáver am-
bulante?

Cuando ya entraba la noche, la luna
frigió fantasmas por todas partes con los árboles de
la calzada, resolví volver á mi casa. Traté de con-
vencerme de que era yo juguete de una pesadilla.

Y seguí muchos días con la duda siniestra, clava-
da en mi cerebro como un clavo monstruoso.
Y varias veces he visto pasar á ese hombre rápida-
mente, velozmente, junto á mí, en la calle.

El mismo traje negro, ya deteriorado, la misma
enorme bufanda cubriéndole el rostro.

Una noche, lo encontré en el fondo de una cantina
de barrio.

¡Naturalmente no tomaba alcohol!
Tenía la vista perdida en el espacio. Ya no brillan
extraña y poderosamente sus negros ojos. ¡Mirada
idiotas! Cuando llegaba á mi casa, ha pasado no muy
lejos de mí, como siempre, corriendo, como si le ur-
giese llegar á tiempo á alguna parte.



Estoy seguro de haber sentido olor de cuerpo pu-
trefacto.

Y siempre el temor al ridículo me impidió hablar
á ese hombre, llamar á ese cadáver.

¡Agotadas sus energías, seguía caminando por
Inercia, como un autómata, sin saber á dónde iba,
ni qué podía hacer! Si hubiera resucitado, si estu-
viera vivo, lo más fácil le hubiera sido volver á una
vida de trabajo; pero ¿estaba muerto! ¿Y qué necesi-
ta á su muerte?

Lo único que le hacía falta era una fosa. Pero
acaso él mismo ya no lo sabía, porque ya no pensaba.

¡Y si era un transtufo de él!
Si mi imaginación echarde, asustadiza, le había
hallado parecido con aquel hombre que era acaso un
limosnero vergonzante! ¿Y por qué corría?

Los mendigos no corten; siempre van
despacio, abrumados bajo el peso de su
miseria.

En todo caso yo no podía presentarme
á denunciarlo ante una autoridad, ni de-
tenerlo para darle sepultura.

Pero ayer, ayer han cesado todas mis
dudas.

Ese hombre que has visto en la plan-
cha del antiteatro, que fué destronado
por un tren, ese cuerpo putrefacto, cu-
yas vísceras no hemos podido ya exami-
nar, cuyos intestinos estaban vacíos de
alimentos, ese era Juan!

¡Estados han creído que es un infeliz
que murió de hambre, y á quien ya muer-
to, trituró la locomotora. Bien, esa hipó-
tesis robustece mi creencia ó bien, ya
falto en lo absoluto de energías, de faci-
lidades mentales, lo ha sorprendido el tren,
ó acaso con el último resto de intelligen-
cia, comprendió su desesperante situa-
ción, y se arrojó á la vía, para que lo re-
cojiera muerto y le diesen sepultura.

Debe de haberle repugnado mucho ir á
compartir su lecho con toda clase de gen-
te: á la fosa común.

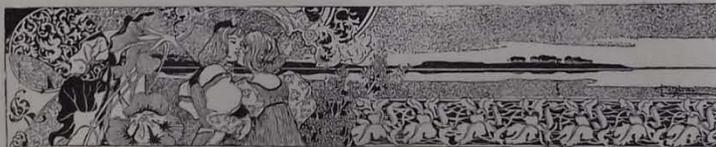
¿Comprendes ahora mi empeño por ha-
cer la autopsia de ese nauseabundo cadáver?
¿Comprendes mi obstinación por que se me entrega-
ra?

Y yo solo lo he velado, y yo solo he asistido á
sus funerales, pero ahora sí no me cabe duda; está se-
pultado. Esta vez no se escapó.
Ya ese cadáver no se pasará más por las calles.

Ya estoy tranquilo.

¡Y la ridícula romántica enamorada de Juan, si al-
gún día quiere hacer ostentación de su dolor de oropel,
depositará flores sobre una tumba sin muerto, sobre
una fosa vacía!

FRANCISCO ZARATE RUIZ.



DEL "JARDIN DE LOS POETAS."

Jorge Manrique

Nave de mi fantasía,
tu casco por cristalino
mar realaba,
y al soplo de la poesía,
desplegas tu blanco lino,
como un ala.

¡Nave azul, boga ligera
y condúceme al vergel
de la Historia;
á la mágica ribera
donde florece el laurel
de la gloria!

Allí, de torres feudales
al pie de los cincelados
miradores,
cantan hazanas triunfantes
y el amor los atamados
trovadores.

Entre todos, allí brilla
el vate Jorge Manrique,
gran guerrero,
luz y espada de Castilla,
que venciera al cauto Enrique,
con su acero.

Manrique, mozo gallardo,
arrogante defensor
de Isabel (1);
paladín como Bayardo,
á su reina y á su honor
siempre fiel.

Espejo es de la bravura,
del asalto en los furros
y en torneos,
y consagra á una hermosura
sus endechas, sus amores
y trofeos.

El lauro de Jorge ufana
la ancianidad de su noble
padre amado,
como la yedra engalana
el tronco de un viejo roble
deshojado.

(1) La Reina de Castilla.

Muere el héroe don Rodrigo (2),
el que á insignes campeones
humilló;
aquel de buenas abrigos,
que villas y corazones
conquistó,

y Jorge, al ver apagado
sol tan hermoso y lucente
de virtud,
besa á su muerto adorado,
y baha con loro ardiente
su ataúd.

Y ante el palacio deshecho
de su lusión, su alegría
y esperanza,
el bardo siente en su pecho
la adlada punta fría
de una lanza.

Después, su astro volador
de tinieblas y congostas
al través,
gime como un ruiñeñor
que se queja entre las hojas
de un ciprés.

(2) El padre de Jorge Manrique.

Y canta en bella elegía
la luconstancia y los rigores
de la suerte;
profunda, excoela poesía
que ornan las pálidas flores
de la muerte!

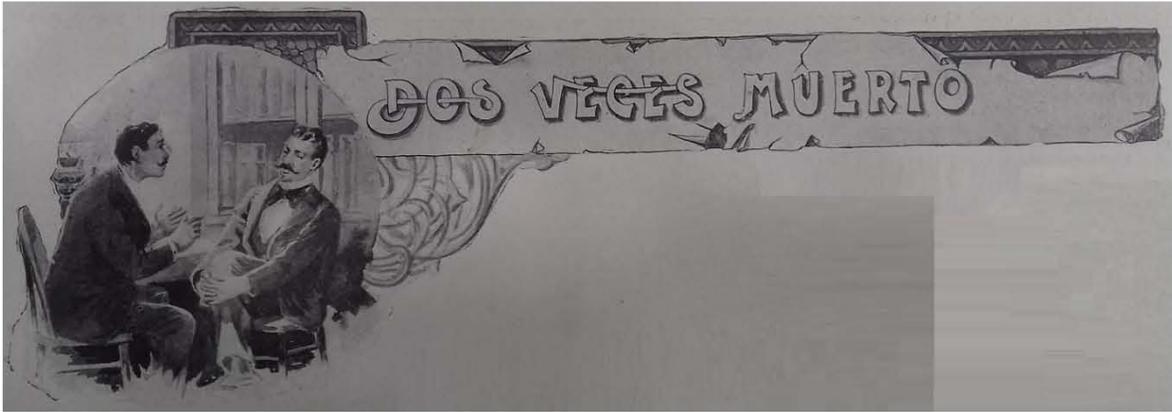
¡Nave azul, boga ligera
y condúceme al vergel
de la Historia;
á la mágica ribera
donde fulgura el laural
de la gloria!

Allí, en la noche estival,
de la luna al argentado
resplandor,
vibra en arpa de cristal
el canto más inspirado
del dolor.

MANUEL REINA.

Enero 99.





Olvera, ilustraciones para "Dos veces muerto", en *El Mundo*. Semanario Ilustrado.



Olvera, ilustraciones para "Dos veces muerto", en *El Mundo*. Semanario Ilustrado.

AMOR DE GATO.

Salí de su somnolencia, dentro de la cual, en un momento, había pensado mucho tiempo con pesar en la llegada de esa hora. Irguió en el blanco sillón su delicado cuerpo, con el que fingió el arco de un acueducto antiguo, y con feliz suavidad descendió á la alfombra.

Con la boca llena de bostezos reveladores de fastidio, emprendió la marcha.

Sus ojos llamaban como foguillos de luz en medio de la sombra. Sacudió la cabeza para esparcir el bochorno perezoso, y avanzó resueltamente moviendo la cola, como si por su finura, el viento la impeliese.

Se agitaba como serpiente gozosa, la cola negra, delgada, esbelta.

Y avanzaba entre la silenciosa negrura de la alcoba. Ya lo buscaban en la obscuridad, dos ojillos negros, dos brillanzas de carbunco.

A la puerta de una amplia galería del sombrío castillo que agujereaba los muros de la casa, y al fondo se volvía subterráneo, estaba ya la amante esperándole.

Llega, y la apasionada con sus manecitas rojas, acaricia la elegante cabeza felina.

El coloquio empieza.

De la delicada boca de la roedora, ruedan promesas de un eterno amor, brotan dulces afirmaciones de una poderosa é inmortal pasión.

El la acaricia, procurando ocultar del todo las curvas y afiladas uñas.

La historia de esa pasión empezó hace ya mucho tiempo, mucho, hace 99 noches,



Envuelto en un saco de revo lienzo, lo llevaron allí cuando era muy pequeño todavía.

Temeroso de los hombres y de las cosas desconocidas que allí miraba, fué á ocultarse temblando de su miedo bajo amplia cama de palo santo.

Ella salió á su acostumbrado paseo nocturno, seguida de una dama, y bruscamente, inesperadamente, sorprendentemente se halló cerca de él; se aterrorizó por el olor que revelaba la presencia de un enemigo temible.

El pobrecillo inexperto se echó á temblar y á maullar pidiendo auxilio.

Ella que conocía muy bien el idioma, cambió sus temores por confianza y lástima para el infante.

Se le acercó, y le prodigó palabras de consuelo.

El se lo agradeció inmensamente. Podía haberle hecho mucho daño, porque era grande, era experimentada.

Desde aquella noche siguieron viéndose todos los días y siempre á la misma hora, cuando el silencio iba cubriendo toda la casa, cuando todas las voces morían y ningún paso resonaba.

Ella no volvió más cuando él creció; tenía la obligación de buscarla.

Y allí, envueltos en sombra, él recostado, y ella en pie algunas veces, giras dejando perder su negro cuerpo entre los pliegues del blanco y negro del amado, y siempre acariciándose con bocas y manos, pasaban las horas, viendo con ternura inmensa los ojos negros y brillantes, á los ojos verdes y lumíneos.

Hasta que un gallo amigo suyo les avisaba con su canto cortado por aletazos, que ya la aurora se había puesto en camino, se decían adiós... un adiós de enamorados.

La pobre enferma de un ojo oblongo, recorría entonces con cautela, silenciosamente, la amplia galería, para ir á su alcoba—celda de prisionera real—á soñar con él.

El centinela dormía.

Con sus pasos mudos, se alejaba el felino gozando con la idea del descanso y del sueño.

Después, durante todo un día encerrada al lado del odioso tirano del castillo eternamente obscuro, de su dueño, de aquel noble pardo de mirada inquisitiva é inquisidora, á quien su familia la había vendido.

¡Qué negros eran los días! cuánto tardaban en llegar las noches, esas noches que si tenían luz, la luz forecente de sus ojos oblongos.

Sólo gozaba cuando no tenía encima el peso de aquellas miradas negras de su tirano, y podía pensar en las amorosas palabras que él le decía en su lenguaje de amor.

El no había nacido para sentir el frío y el hambre de las azoteas. Era de estirpe real; una de las más puras noblezas de la raza de los felinos, era la nobleza suya.

Nadie se atrevía á arrojarlo del cómodo sillón que había adoptado como lecho, y en donde roncando pasaba las horas del día sumido en su incurable somnolencia, la somnolencia de los enfermos.

Muchas manos iban á prodigarle la voluptuosa caricia. Se incorporaba, esperanzaba y erguía la cola negra, delgada, esbelta, que levantada parecía cuebra que quisiera salir de su triste situación de reptil.

Por supuesto, no pocas veces, cuando se hallaba malhumorado, contestó á las caricias con un manotazo que acardenaló la mano humana.

De cuando en cuando, pensaba en la dama negra de ojos brillantes y redondos, en la cautiva que era su único amor.

¡No podía tener otro!

Algunos días bajaba, y se ponía á saltar, y correr por toda la casa, silenciosamente, sin que su cuerpo de terciopelo negro y blanco hiciera sonar un mueble, ó derribarse un objeto.

Subía á las mesas cuajadas de bibelots y se complacía en andar por entre ellos, colocando las manos y las patitas en los lugares más difíciles; ejercitaba su habilidad y bajaba triunfante.

De tarde en tarde, hacía sus visitas á la despensa, pero el ama rota de la travesura, y reprimía al que había dejado la puerta abierta.

Sólo una vez lo golpearon, pero no se fué porque allí estaba muy bien tratado. ¡Iba á vulgarizarse á las azoteas ó al patio; á vivir en la miseria para encanallarse y ser un ladrón, un salteador?.....

Una vez el tirano de su amada sospechó de la existencia de aquellos amores debilmente criminales. ¡Qué vergüenza! ¡Pender la mano á la odiada raza, á aquella con la cual tenía guerra declarada desde hacía tanto tiempo, desde que sus antepasados rieron en una Arca!

El noble pardo compró la mano de un asesino que fué á llevarle un tóxico en un apetitoso pedazo de carne. Pero el asesino nunca volvió. Aquella noche, después de las caricias del saludo, ella le dijo lo que ocurría.

Malas noticias. El, su dueño, sabía la historia de los amores criminales.

Una sonrisa de Voltaire asomó á la boca del felino. De pronto se oyó ruido. Ella pegó á la puerta su fina oreja. Eran pasos, y eran los suyos, no había duda, los conocía muy bien.

Y sus redondos ojos negros y brillantes, se llenaron de angustia.

—El se dijo implorando ayuda de su amante. El felino, sin contestar, sin moverse, hincó los agudos dientes en el femenino cuerpo negro, en donde la sangre plató un listón chillante. La roedora dió un grito ríspido, metálico, y todo volvió al silencio.

A la puerta de la amplia galería del sombrío castillo que agujereaba los muros de la casa, y

al fondo se volvía subterráneo, asomaron unos ojos de mirada inquisitiva é inquisidora.

Y el noble pardo, el odioso tirano del castillo eternamente obscuro, vió al felino que aún se reclamaba las fauces, y volviéndose atrás se alejó á paso lento royendo unas palabras:

«Amor de gato.» FRANCISCO ZÁRATE RUIZ.



Del libro "PURPURA."

La selva estremecida, en abanicos
Abre sobre los vientos sus ramajes,
Ondulantes enojos
En gotas de rocío y savia rícos.

Peña la fronda el sol con peine de oro,
Y á través de las hojas, sobre el suelo

De verde terciopelo
Que de aroma y frescura es un tesoro,
Al filtrar su fulgor que reverbera,

Con linares de luz mancha la sombra,
Y del bosque en la alfombra

Pinge la regia piel de una pantera.

El silencio solemne de la umbría
Turba y llena de pronto un clamoreo

Con rítmico, vibrante martilleo:
Es el bravo latir de la jauría,

Y allá va, jadeante en la maleza
Chufando el césped y saltando troncos,

Y á sus ladridos ronos
Mas tiembla y huye la espantada pieza.

Salta al claro del bosque, alta la frente
De arborecentes cuernos coronada

El ciervo, y la mirada
Con angustia en redor vuelve doliente.

Cruza el aire la flecha albadora,
Y en pie, junto á la rea que está tendida,

Y sangra por la herida,
Se alza gentil la Diana Cazadora!

M. LABRANAGA PORTUGAL.

FUGACES.

Quando gozas y rías y se encienden
Cual amapolas tus megillas blancas,

me figuro que veo entre celajes
una hermosa mañana;

y cuando sufres y en tus ojos tristes,
próximás á caer, tiemblan las lágrimas,

me parece que miro agonizante
una tarde cañada.

Quando me hablas de amor y en armonías
se desborda tu acento que arrebató,

me figuro que sueña en mis oídos
una música extraña;

y cuando sin hablar y percatativa
juegas con los ensueños de tu vida,

me parece que escucho en el silencio
una música el alma.

RANULFO PENAGOS.



Sin firma, ilustraciones para “Amor de gato”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado.

opaca, ella abandona el lecho conyugal, gana el campo por antiguas poternas que se creían conzanas monstruosas que aparta á su paso la ortiga y la yerba loca, va á sangrar la mandrágora y á cosechar la cicuta en las tumbas de los ajusticiados.

Y loco de espanto y de ansiedad, Bertrand quiso verla y seguiría una noche, pero no pudo pro-



longar el espionaje, pues apenas llegado á los fosos del castillo, bajo el arco mismo de la entrada principal.

—Adiós para siempre, le dijo y volviéndose á él añadió: adiós, hermoso señor de Tombelaine, ya no te esperaré más todas las tardes, como la tarde aquella, porque la tarde de la muerte ha llegado para Tifaina. Dudaste, y mueres: adiós!

Y en tanto que él agonizaba de espanto y de angustia asándose al muro con dedos crispados que sangraban, ella se desvaneció en el campo inundado por la luna, vibró un leve rumor de aleteo y ya no volvió más, nunca más.

¡Tifaina, Tifaina!

JEAN LORHAIN.

¡MIEDO!

—Si, amigo mío, he resuelto aceptar esa defensa, y no voy á ser yo quien la haga, va á hacerse el mismo acusado; yo sólo repetiré lo que él me dijo:

—Si nunca ha probado usted ese hervor manjar, si nunca ha sentido calofrías en la piel, mezclarse la sangre misma dentro de las venas, con el frío intenso del miedo, no acepto usted mi defensa; no sabrá defenderme, porque no comprenderá mi crimen—comenzó el imberbe encarcelado de mirada febril y ademán nervioso.

Jamás he experimentado la hermosa, la engrandecedora, la varonil impresión del valor. Nací cobarde, vergonzosamente cobarde, desesperantemente miedoso. No conozco más sentimiento que el miedo; como los ebrios experimentan todas sus sensaciones, al través del alcohol, yo he sentido todo, todo lo he visto al través del miedo; ahora mismo he deseado sentir el remordimiento, no lo conozco; he seguido sintiendo mi miedo general, un miedo á todo, sin particularizarlo, sin que me aterrorice la figura del muerto por las noches.

Con mis primeros recuerdos de la infancia apa-

recen mis primeras aterradoras sensaciones de miedo.

¿Por qué me causaban, desde tan pequeño impresión tan honda los atardeceres?

Cuando las campanas daban el pausado toque de oración, como si se quejasen por que iban á quedar sumidas en la obscura soledad de las torres, me invadía una tristeza infinita, sentía en mis ojos plétora de lágrimas y la tristeza era precursora de mi miedo. Llegaba mi inseparable acompañero nocturno haciéndome sentir siempre su llegada, como en los rieles se siente la aproximación del tren, por estremecimientos, por vibraciones.

Odiaba yo la noche, deseaba para tranquilizarme que pronto encendieran luz.

Las hondas heridas abiertas en mi amor propio, por mis padres y hermanos, no bastaban á hacerme acometer la temeraria empresa de entrar en una habitación oscura. En una pieza negra y silenciosa, había para mí enorme cantidad de miedo que me batía al entrar. Se me desplomaba, abrumándose con su peso, sofocándome con sus mil brazos constrictores, como sofoca el boia con su anillado cuerpo cuando se desprende del árbol sobre la terna.

Una noche mi padre me obligó á entrar en la sala sin luz.

Entré. ¡Cómo me aumentaron las pulsaciones! Anduve despacio y en silencio; hubiérase creído que temía yo despertar á alguien.

Y cual si manos invisibles me hubieran oprimido bruscamente las costillas, me estremecí, enarqué el cuerpo hacia atrás, y volví violentamente la cara, con un grito de espanto.

Contra un mueble me descalabró y á la carrera salí, chorreando sangre y lágrimas.

En la misma recámara dormíamos, muy cerca de nuestros lechos, mi hermano menor y yo.



Juntos entrábamos los dos hermanos en la recamarita, y me apresuraba á dormir antes que Felipe entrase en el sueño. ¡Qué horrible quedarme solo!

Y en la pieza contigua dormían mis padres!

No pocas veces Felipe rendido al cansancio provocado por sus juegos de atleta, sus retozos de muchacho sano y fuerte, dormía con sueño macizo, invencible para él y para mí que pretendía me acompañara en mi temible soledad. (Yo prefería á la pelota y el trompo, una pavoisa por entregas, prefería la inmovilidad á la carrera, y mi pequeño teatro era el que más me atraía entre mis juguetes) Entonces procuraba que despertasen mis padres; una tos persistente me atacaba ó bien un dolor repentino, una neuralgia me hacía quejar ruidosamente.

Nunca en esas noches tuve valor, sino para descender de la cama castañeteándome los pocos dientes que me quedaban de los primeros que había tenido, y acercarme al bulto de ropa que, según mi consoladora presunción, era el que fingía en la pared, la figura de un burro enorme ó de un hombre agazapado.

Alguna vez el catre estremecido por mis movimientos, chillaba como grillo, y no seguro de que fuese el catre necesitaba yo cambiarlo de lugar.

Una noche desperté bruscamente á Felipe, preguntando qué le sucedía, porque me pareció que no respiraba, yo no oía el ruido de su respiración en el silencio de la alcoba. ¿Estaría muerto? Me pidió indignado que le dejase dormir.

Parece que había una doble personalidad, y que yo, el menos cobarde iba á convencer al otro de que no le exababa razón cuando se atemorizaba.

—¿Lo ves? no tenías razón» Y sonriendo volvía á arroparme.

Pero me engañaba yo mismo; mientras apretaba los párpados, y me cubría la cabeza con las sábanas, para protegerme de los mosquitos que entornaban su monótona serenata, con el oído atento parecía cuidarme de enemigos invisibles, indefinidos, imaginarios.

Primero el ruido de un ratón que entreteña sus dientecillos contra la madera de un mueble, después la tos seca de la vieja erizada allá lejos luego el lugar maullido de un gato, y yo me echaba á temblar con un estremecimiento constante y suave, interrumpido á intervalos por fuertes sacudidas brevísimas, como sucedía á nuestro f no pero, cuando le ponían al sol después de bañarlo.

A veces empezaba yo á dormir y me descubría violentamente la cara, arrojaba lejos las ropas; había sentido, había tenido la seguridad de que un fantasma se me acercaba. El sueño, ese sueño nunca definido que era para mí hacia algunos años, según la voluntad de mi nodriza, un merdugo de voz ronca, «que iba á llevarme», ó un mer-



Nuestro padre se había apladado de aquel muchacho raquítico, endebido, delgado, feminal que deshonraba el mayorazgo, que sufría horribles pesadillas y promatras insomnios, y había permitido que nos alumbrares durante la noche, velando nuestro sueño, una lamparilla que á veces como si quisiera también dormir, parpadeaba. Mi angustia era grande: quedar á obiscuras!

Envidiaba yo á los gatos que según el dicho de la abuelita sirvienta ven en la obscuridad; «el os pueden hair del peligro, pueden defenderse de los enemigos.»

Francisco Zárate Ruiz, “¡Miedo!”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado, año VI, t. II, núm. 18 (29 de octubre de 1899), pp. 269.

tón de harapos verdosos que encandaban una cara arrugada y negra, me hizo despertar todo en llanto muchas noches. Con su respiración, yo sentía el mismo terror que cuando apenas empezaba a hablar. Me invadía todo el cuerpo, pero con especialidad la frente, un sudor frío.

¡Oh! sí, el sudor del miedo es frío, como el sudor de un bloque de hielo cuando siente calor.

Cuando me serenaba disminuía la impresión.

Los valientes debían sentir pocas veces calor. Ahora aquí, en esta celda, he recordado muchas veces aquellas noches, por estas que paso; la misma impresión desesperante cuando, al despertar entre el silencio, sólo oigo las campanas del reloj vecino que indican los cuartos de hora. Esperaba impacientemente, contándoles con cuidado y en el día, cuatro que algún día una hora más de marcha lenta, como marcha forzada, de la imponente noche hacia su ocaso.

¡Ah, la Aurora! Me producía el mismo efecto que he visto luego que causa a los enfermos que no logran conciliar el sueño.

Me volvía la calma, la confianza en los seres y en las cosas. Hasta la esperanza de que viviría más; muchas noches sentía ahogarme, me faltaba aire, ignorante puerilidad! el corazón no me latía. Entonces llamaba, gritaba... Siempre «¡la pesadilla!» no me pedían explicaciones ya.

No olvidaré cuando subía la escalera, alibando fuertemente para aliventar el susto, y en el corredor, acurrucado, me aguardaba mi hermano. Saltó a mi paso, y gritó: ¡abhh!

Las lágrimas, que procuré ocultar a miradas ajenas, fueron de dolor, de rabia, de desesperación, de impotencia, de vergüenza. ¡Mi hermano menor me había atomizado!

Y bien, ¿o era yo hombre? ¿no tenía por mi sexo obligación de ser valiente? ¿no debía luchar?

Y yo trataba de convencerme: en resumen ¿qué era lo que temía? ¿qué lo que me causaba miedo?

¡Si hubiera sido algo definido! Yo no habría sido, no sería un infeliz cobarde. He conocido a un hombre que temía horriblemente a los perros, por pequeños que fuesen; pero sólo ellos le causaban temor.

Trataba de persuadirme: ¿por qué en las contiendas con mis compañeros, cuando prevía que terminaríamos en una lucha cuerpo a cuerpo, el temblor me invadía las carnes, y mi cara se hacía pálida, como la cara de aquel viejo santo que en un nicho encajado de prismas cristallinos estaba en nuestra recámara alzando al cielo sus miradas vidriosas?

En todo caso, si la derrota se declaraba por mi parte, no podía ser lo que sufriera sino un golpe más ó menos doloroso que nada significaba.

Sin embargo, siempre lo mismo. entonces con ningún talento, y después con alguna diplomacia, hui de los asaltos de pugilato callejero, tan comunes entre los escolares.

Una vez, en los momentos en que se levantó, para descargarse sobre mí, la mano cerrada de un compañero, con quien reía, la vi agigantarse, anticipadamente sentí con desconmuta fuerza el golpe, y grité y corrí miserablemente, sin intentar siquiera defenderme.

Por fortuna no había testigos, y rogué a mi adversario que al día siguiente no publicara mi deshonrosa derrota.

Lo hizo; seguramente pensó que esos triunfos no merecen publicarse.

Sólo una vez recuerdo haber llevado en la cara, las huellas de una lucha corta y desigual; urgía demostrar que no tenía miedo y acepté con qué gran esfuerzo de voluntad!

Poco Joaquín fué quien comprendió muy bien hasta qué punto era yo cobarde, y muchas veces me hizo con sus burlas, con sus sarcasmos, el dibujo de todos los demás compañeros nuestros, en aquella escuela primaria.

Ni yo mismo supe por qué aquel muchacho, dibujado, juguetón, que parecía no observar hecho alguno, llegó a tener el conocimiento y la exacta medida de mi cobardía.

Yo habría sido muy feliz, si el destino nos hubiera separado al salir de aquel destartado y sucio salón, en donde hicéramos nuestros primeros estudios.

¡Juntos fuimos a la Escuela Superior!

Llegó a tratarme con cariño, pero su cariño que llevaba la ternura de la compasión y la frialdad

del desprecio, me ofendía, me injuriaba. Me quería porque no era yo digno de que me odiase.

Su orgullo le obligaba de cuando en cuando, a hacerme sentir su superioridad, a recordarme que me condecia, que había descubierto la vergonzosa enfermedad, el asqueroso mal de que era víctima mi espíritu.

Comprenda usted todo lo grandioso de mis esfuerzos, para hallar siempre una contestación ingeniosa a la frase en que iba envuelto una injuria, una respuesta que les hiciera olvidarse de ella, y debia profesar otra ofensa. Y les hacía reír con mis palabras, cuando la rabia me ahogaba, y el hielo destilaba gota a gota helada en mi corazón.

Al separarme me entregaba a la desesperación de mi ira contra él, y contra mí que no podía dominarme. Yo empezaba a pensar seriamente: ¿qué iba a ser de mí en la lucha de la vida, si no sabía, si no podía dominarme, vencerme a mí mismo?

Formaba mi resolución; le injuriaría, reíría con él, aun cuando perdiese; eso ya no era mi culpa, sino obra de su notable superioridad física. Y, a la mañana siguiente, cuando le veía, y sobre todo, cuando él me veía, mi túnica de desahogado, tal como yo era: un tembloroso cobarde.

Llegué a dominar mi amor propio, y una tarde, tarde tempestuosa, lo recuerdo... en esas tardes el relámpago y el rayo me producían tal impresión de terror, que huía de la soledad, iba a buscar compañeros; ría usted: ¡al lado de ellos tenía menos al rayo! Esa tarde le expliqué al tembloroso cobarde: ¡era más valeroso, podía mejor protegerme contra los demás, que ridiculizarme ante ellos. Si era dueño de mi secreto ¿por qué no lo guardaba? Me oyó seriamente.

Aquel día sintió, es seguro, crecer su desprecio hacia mí, hasta el extremo de necesitar hacérselo sentir a los demás, y se los dijo; yo era un cobarde; no habían visto cómo procuraba huir siempre las riñas; ¿no habían observado cómo me estremecía muchas veces, con sólo que me gritasen mi nombre cerca, para llamarme cuando estaba distraído?

¡Si era yo más débil como una mujer, más, más cobarde que una niña! Lo verían. Y lo vieron. Al entrar a mi dormitorio di un grito, y salí corriendo.

Los brazos musculosos de Joaquín me sujetaron en la misma puerta, y tal fué el estruendo de las carcajadas, que deben de haber despertado de su profundo sueño al esqueleto que vacía en mi cama, y él mismo debe haber reído del terror que me inspiró su descarnado, ó inofensivo cuerpo. — También los cobardes matan; cuidate—le dije enfáticamente, ridículamente, cuando estuvimos solos.

Un día puso en mis manos un revólver para que le matara y ¡no le maté! Enfrente con los brazos cruzados, sonriendo y mirándole con firmeza, aguardé hasta que arrojó el arma al suelo. Imposible, me estaba mirando.

¿Temi errar el tiro? ¿Temi las consecuencias si lo acertaba?

No sé; «¡tuve miedo!» es lo único que puedo afirmar.

Me mal se exacerbo. Cuando había alcohol, al contrario de lo que yo había notado en otros, me volvía aún más cobarde, y al siguiente día peor; sobre todo la soledad era lo que más me aterraba. No quería hallarme solo.

A menudo, en las noches, cuando inclinado sobre el libro, procuraba la resolución de un problema, sentía enmarme el miedo por la cabeza, caerme como si fuese un chorro de agua. Y muchas veces la misma palabra me abofeté: «cobarde, cobarde»; en sueños la oía; salía de una garganta poderosa, me ensordecía, y después como si me rodeasen montañas y montañas, el eco me la arrojaba muchas veces a la cara: «cobarde, cobarde».

Decidí matarle; me vindicaría a los ojos de quienes me creían incapaz de dar muerte ni a un perro. Me vindicaría a mis propios ojos. Me urgía confirmar lo dicho: «también los cobardes matan», y así me libraría de aquel dominador mío.

Me bañaba con sus temibles miradas, me recorría con la vista de la cabeza a los pies, y en el lugar en que más se detenía mirándome. Allí miraba, sentía el pinchazo de las agujas de sus miradas y por allí me entraba la inyección del miedo que se difundía lentamente por el cuerpo. Necesitaba evitar que me viese, llegar sin que sintiera mi aproximación, matarle por la espalda.

Gozaba durante el día con la idea de mi venganza, pero por la noche mis sufrimientos eran grandes; despertaba sobresaltado buscando bajo las almohadas mi acariciada arma; temía que me la robasen; que él, conocedor de mis intenciones, se me adelantara y fuera a darme muerte. Y sin embargo no acababa de resolverme a llevar a cabo mis propósitos.

Pero ese día me injurié nuevamente: «Eres un cobarde», y me volvió con desprecio sus anchas espaldas presentando un magnífico blanco, aun para mi mala puntería.

Sin vacilar ya, hice fuego, y cuando le vi caer agitado como culebra herida, temía que se levantara, y disparé, disparé hasta que ya no hubo proyectiles en el cilindro ¡qué lástima! ¿Qué habría pensado cuando se revolcaba en la sangre que le brotaba de la herida abierta por la mano de este cobarde?

Y hoy, en la prisión, me siento libre, aligerado de aquella mirada abrumadora, independiente de aquel dominio.

Yo que he sido desesperantemente miedo, irremisiblemente cobarde, me siento algunas veces curado de mi mal; ya no huyo a la soledad, y creo sentirme valiente.

Ahora comprenderá usted porque maté a ese hombre.

FRANCISCO ZARATE RUIZ.



Francisco Zárate Ruiz, “¡Miedo!”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado, año VI, t. II, núm. 18 (29 de octubre de 1899), p. 270.



Sin firma, ilustraciones para “¡Miedo!”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado.



Sin firma, ilustración para “¡Miedo!”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado.

y yo: en el coche iba muy aburrido, pero mamá me dijo: «Al llegar á Pamphily, bajaremos.»
—¿Nunca habías ido en coche cerrado, Mario?
—Nunca, papá.
—¿Y en Pamphily jugaste con tu ar y tu pelota?
—Sí, mientras mamá platicaba con Ricardo.
—¿Con Ricardo?
—Sí, papá.
—¿Y qué hacía allí Ricardo?
—Se andaba paseando. Me estuve un momento con él y con mamá, pero no me hacían caso, y entonces me fui corriendo delante con mi pelota. La pelota se fue rodando hasta otra avenida y por buscarla se me perdió mamá. Oye papá, ¿si yo me hubiera extraviado en el bosque me habrían comido los lobos?
—Sí, . . . tal vez. Y . . . ¿tu mamá?
—La encontré cerca del coche en donde me aguardaba ya.
—¿Cuánto tiempo te estuvo aguardando?
—Cinco minutos, papá.
—¿Cinco minutos nada más?
—O cinco horas. Me regañó y yo me puse á llorar. La culpa la tenía la pelota y lo pegué. Ri-



cardo subió al coche con nosotros y bajó las cortinas; no se veían las calles. Nos apeamos en Ripetta pero antes Ricardo le dió á mamá un beso en el cuello. ¿Por qué haría eso, papá?
—Nos íamos y él se quedó en el coche. Pero ¿por qué besó á mamá? El no es papasito, ni es Mario, el chiquitín mimado, para que besé á mamá. Dile que ya no lo haga, papá.
—Ya se lo diré.

La madre esperaba á su hijo en la antesala, poniendo atención al ruido de sus pasos.
—¿Estás sólo, Mario?
—Sí, mamá, solito. Papá me compró una aldea y pastetes para tí.
—Estaba pálida y temblorosa; el niño la miraba con sus ojos candorosos y brillantes.
—¿A dónde fué tu papá, Mario?
—Fué á decirle á Ricardo que no te bese.
—¿Hijo mío! gritó, y cayó en tierra con los brazos abiertos.

MATILDE SERAJO.

UNA VENGANZA.

El naturalista después de levantar el bordado gorro, para coquillarse la cabeza cebra, con los afilados dedos, y alzarse hasta la frente las gafas de color, para restregar los ojos irritados por la prolongada lectura, salió de la pieza en donde durante tantas noches como aquella, se había entregado á los estudios que constituían su especialidad, y le habían dado nombre entre la gente docta.

Y recorriendo piezas amplias y solitarias, en cuyas paredes la bugía le dibujó, caricaturizándolo, su cuerpo envuelto en aquella larga bata floreada, empujándolo y alargándolo, extraordinariamente, ridículamente, llegó al cuartucho húmedo, lóbrego, destinado á bodega y biblioteca.

La bugía señaló con su dedo luminoso las grotescas figuras de todos los desechos de la casa que habían ido á sepultar allí, en desordenado hacinamiento, en abigarradísima multitud. Unos zapatos viejos hacíanse garfios, burlándose de una antigua bañera que, reina destronada, ostentaba aún los brillos de la corona, y unos sabihondos libretos, muy serios y orgullosos, aunque vestidos de polvo, y olvidados en ridícula postura de vulgares ebrios que van á baer.

Dejó en el suelo la amantilla palmatoria para levantar el viejo diccionario, y vio entonces moverse algo muy cerca: ¡un animal! Y lo bañó de luz; era una lagartijilla entumecida, asustada, acaso medio dormida ó moribunda que, apenas podía menearse.

Y era preciosa, ¡qué piel hubiérase creído que era un trozo de ósperp húmedo y animado.

¡Un ejemplar raro!

¡Un buen ejemplar!

Con la hoja brillante del pequeño cortaplumas de cubiertas de concha, la pinchó en mitad de la espalda, la prendió contra la madera del piso y ¡cosa rara!, sintió un estremecimiento le recorrió el cuerpo, y le pareció que un quejido débil, apenas perceptible, quejido de lagartija, extraño como lamento de flor azotada, brutalmente golpeada por el viento, salió de la boca del animal herido.

Vió con tristeza cómo se retorció ansiosamente, cómo levantaba del suelo la cabeza, agitaba las manos y la delgada cola haciendo esfuerzos para huir á aquella mortal presión, y sólo conseguía hacerse mayor la herida. Deseó que muriera pronto, para ahorro de sus dolores y sus ansias; sintió en el pecho un pequeño peso de tristeza y de temor que bien pudiera ser recordamiento por el crimen cometido. Ante los agónicos estremecimientos del reptil, recordó á cuantos animales había cado muerto, sólo porque eran hermosos, para enriquecer su colección, á cuantas plantas había sorprendido en momentos de amo-



rosa unión y con la misma hoja brillante del cortaplumas de cubiertas de concha, había roto esos colocolos con la muerte. Pensó en las muchas alegrías criminales que había experimentado cuando se apoderó de esos buenos ejemplares, sintió un remordimiento equivalente á la suma de muertos que había causado. ¿Tenía él derecho sobre todas aquellas vidas?

Esperó; los movimientos se hicieron menos rápidos, menos fuertes, menos frecuentes, y al cabo vino la inmovilidad, se fué aquella pequeña vida.

Salió rumbo á la mesa de estudio con la palmatoria en una mano y el cadáver flexible en la otra; por el vientre blanquizco asomaba la punta brillante del arma.

Y tomando por pantalla la pared, nuevamente se entretejo la buja en dibujar ridiculizándolo, los cuerpos del vivo y de la muerta.

Pareció en un momento que iba á saltarle á la cara el animal aun vivo, y en un temblor instantáneo, dejó caer su ejemplar el nervioso naturalista.

Cuando volvió á sentarse ante el tapete verde de la mesa, notó que llovía.

Hasta entonces, y toda la tarde, con aburridora constancia se había oído el repiqueteo de los dedos ociosos de la lluvia, en la vidriera de la pieza. Tuvo frío.

Tendió sobre la tapa del tintero el cuerpo de la infortunada criatura, y abrió nuevamente el libro.

En el fondo negro de la taza de café apareció un ojo brillante que le miraba atentamente. Retiró la bugía.

Se sentía fatigado, sentía en el rostro la calentura de la irritación, y resolvió ir á la cama.

Mientras se desnudaba oyó á un grillo que en un rincón de la pieza silbaba y silbaba. Otro le contestó; le despertaron la idea de esos bandoleros que en mitad de los oscuros caminos, se ponen de acuerdo para salir al encuentro de la víctima que se aproxima, por medio de silbidos significativos.

Luego, un negro moscardón revoloteó en torno suyo. ¿Quién sabe que le dijo en su lenguaje y con una voz ronca y solemne, como la de un fiscal acusador ante los jueces.

Con el cuerpo ya cubierto por las blancas sábanas del lecho, y la cabeza oculta entre el espeso velo de la obscuridad tendido sobre la almohada, quedó pensando: «¡si los deudos de los animales muertos por los naturalistas, se vengasen!»

Y los grillos silbaban en los rincones de la alcoba. Había aumentado el número. Dentro de la escala aguda de sus voces, había infinita variedad; eran muchas voces distintas, seguramente de muchos grillos iguales.

Y el negro moscardón zumbaba diciendo cuánto sabe que en su lenguaje silbado y con voz ronca y solemne.

En el techo los alacranes gritaron algunas palabras, gorgoritaron algunas frases.

Sobre el buró se oieron pasos menudos y discretos, y cautelosas palabras, apenas murmuradas.

Después le pareció sentir esos pasos ligeros, menudos, sobre sus piernas, como si un ratón corretease por encima de él.

Algunos cuerpos poco pesados caían desde el techo sobre el suyo. Pero eran tan leves los golpes que, sólo por su excesiva sensibilidad, el naturalista podía darse cuenta de ellos. ¿Sería aprendiz de brujo? ¿De veras estarían cayéndole encima algunos animales? . . .

Sintió en la cara la misma ligera molestia que había sentido tantas veces, al tropezar en un jardín con una telaraña tendida de un árbol a otro cercano, y quiso pasarse la mano por la cara, pero una ligera presión ejercida en el brazo se lo impidió, la presión de una ligadura hecha con delgado hilo; y no pudo vencerla; era un hilo delgado y fuerte como finísimo alambre de acero, un extraordinario hilo de araña.

Pretendió incorporarse; no pudo; iguales ligaduras le oprimieron en las piernas, en los brazos, en el tórax, en todo el cuerpo, y le oprimían más y más, como si alguien estrechase las mallas de aquella grande y extraña red. Cuando no pudo absolutamente moverse sintió sobre el cuerpo el cosquilleo y horripilante andar de innumerables arañas.

Y las vió, las pudo ver milagrosamente, á través de la compacta sombra. Entonces pudo darse cuenta de su angustiosa situación.

Un golpe de horror le hizo estremecer.

Las arañas recorrían por todas partes el techo, entrando y saliendo por las ropas que mostraban algunos agujeros. Los ratones con tezón trabajaban y abrían otras nuevas bocas en las sábanas despedazadas, y mientras roían incansablemente, moviendo sus hocquillos en donde temblaban los largos bigotes, hacíanle muecas, y le clavaban en la cara, como desafiándole, sus miradas brillantes, negras, vivarachas.

Bien pronto la obra estuvo concluida.

Las ropas roídas con furia, le rodaban sobre el cuerpo en pelmazas, como grumos espesos de jabón, y hasta como cenizas volaban los más pequeños pedazos.

Entonces comenzó una invasión inesperada.

Del cielo de la pieza se descolgaban las arañas, bajaban por sus hilos, cabrioleando y deteniéndose á techos, como esos saltimbanco que en los circos descienden de los trapecios por una cuerda, poco á poco, tomando figuras efectistas ó ridículas. Luego se desprendían cerca de su cara, y oía la agitada respiración de los pulmones de las arañas fanambulantes.

Se devató una lluvia negra, muy negra; los alacranes chirriaron, agitando sus tenazas, caían, se revolocaban sobre él, lograban tomar su posición, y ligeramente se resbalaban por la cama. Algunos como por distracción le hirieron con sus armas. El dolor le atrofió los órganos vocales y no pudo gritar.

Alguna colmena se vació y el emjambre invadió la pieza. Todas las abejas seguían á su reina; el ruido que producían era ensordecedor, y relance cuando él, el desgraciado naturalista, cerraba instintivamente los ojos al verlas acercarse aterradoramente, hasta rozarle las mejillas con sus alas.

¡Las abejas! y pensó en la miel y en los cirios. Anunciándose á la puerta con ruidosos aleteos, llegaron aviones y salangos que rompían á gritar como si vieran una ave de rapiña. No sabía aún del nuevo temblor miedoso que le causaba la reciente aparición, cuando hizo su entrada triunfal, como todas las suyas, una nube de langostas que hacían retumbar el aire con su estruendoso vuelo.

Bandadas espesas de mosquitos revoloteaban por todos los ámbitos de la pieza museo.

Sólo él, él que era un notable naturalista, podía distinguir las voces de tantos animales, y podía distinguir unas de otras las variadas especies. Mientras se fijaba en los mosquitos, cuyas picaduras tanta molestia le causaron siempre, un en-



jambre de cantáridas le llamó la atención. No pudo fijarse en el hermoso color de los élitros, porque pensó en la fiebre que iba á causarle el oír de ellos; y sintió la fiebre, y quiso escaparse al delirio que veía aproximarse!

Bajo la vista; el suelo estaba alfombrado; desagradable alfombra animada. Por los pies del catre subían escorpiones rabiosos agitando desesperadamente los garfios de sus coxas ya henchidos de veneno, y sobre ellos cabalgaban las tarántulas.

Se arrastraban penosamente incontables aligadores iguales á los del Nilo,—con los ojos desbordantes de sangre y los cortantes dientes descubiertos,—pero empujados hasta como una lagartijilla; ¡oh, la lagartijilla muertral!

Tortugas que andaban inusitadamente despacio, tortugas viejas, subían también produciendo con sus carapachos al chocar, ruido de castañuelas rotas, manejadas por manos torpes. Y abrían las bocas para morderle y le mordían, ¡qué dolor!

Había en la movediza alfombra un fragmento rojo que se agitaba sin cesar, y bullaba á intervalos, como las lentejuelas de un traje fantástico, cuando las golpea la luz las hormigas. Subían, subían y cubrían completamente las cuatro piernas de la cama. En los cuatro extremos del catre vió á cuatro cuervos que graznaban á compás.

Describiendo elipsoides, voltejaron entonces en derredor de sus ojos unas falenas. Se le ocurrió: ¿despedirían luz sus ojos? ¿El estaría viendo á favor de esa luz?

Y parpadó repetidas veces. Sintió en los pies un hormigueo y logró ver á dos hormigas que se colocaban riendo—de veras reían—en una misma línea, y se preparaban á á correr. Empezaron la carrera en línea recta, cada una por una pierna.

Ellas creían que era carrera, y el cosquilleo le molestaba profundamente.

Un hidrófilo se le clavó en los labios, y empa-

zó á chupar la sangre hasta dejarlos pálidos, muy pálidos, ceráceos, ¡Debian llamarse hemófilos.—quiso gritar.

Una abeja se le había prendido en el vientre, y empezaba á introducirle poco á poco el aguijón.

El naturalista recordaba el suplicio de Prometeo y él se creyó un sentencedo de los dioses.

El piquete de la abeja fué la señal de ataque.

Todos los animales se avalanzaron sobre él y le picaban ó le mordían por todas partes, hasta los de ordinario más inofensivos, como las golondrinas. Algunos no contentos con herirlo, le arrancaban pequeños pedazos de carne. Le pareció que era un caballo muerto arrojado en mitad de un muladar poblado de hambrientos zorros.

En un ángulo de la alcoba convertida en jaula una triste tórtola lanzó su lúgubre cacé.

Las hormigas fatigadas, según, sin tomar descanso, su carrera á través del cuerpo del infeliz sabio, lleno de piquetes y mordeduras, salvaban las zanjas abiertas y desbordantes de sangre, y les dejaban paso libre las arañas, los alacranes, los grillos y las hormigas sus compañeras. El las vió aproximarse y apretó los labios blancos, temía que le entrasen por la boca, pero no llegaron y siguieron su camino.

Creció su angustia ¿á dónde iban?

Al llegar á los ojos se detuvieron: era el punto marcado para final de su carrera. Todos los animales celebraron la llegada con gritos.

¡Apareció una lagartijilla con un cortaplumas de cachas de cancha clavado en la espalda!

Se arrastraba penosamente, quejaóse con amargura.

Y empezó su peregrinación sobre el cuerpo destrozado.

Por última vez quiso gritar, llorar, moverse, correr, huir. ¡Imposible! Cuando ella llegó al corazón se detuvo.

Muchas hormigas comenzaron á subir sobre el cortaplumas, como á una percha. ¡Iban hundiendo poco á poco en el pecho del naturalista!

Las dos hormigas se arrojaron al fondo de los ojos como dos nadadores á un estanque.

Se desalentamiento creció grandemente. Y lo último que vió, con los ojos ya ciegos, fué otro naturalista igual á él, quizá él mismo, dentro del vientre de una gran vaca que se exhibía en un tablado, y un mono con la cabeza llena de canas que le hacía muecas de burla y de desprecio.

FRANCISCO ZÁRATE RUIZ.





Olvera, ilustración para “Una venganza”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado.



Alcalde, ilustración para “Una venganza”, en *El Mundo*. Semanario Ilustrado.

LA CABEZA DEL MUÑECO.

¡Al fin! las últimas palabras aletearon en la habitación; toda quedó repleta de silencio, y dejaron al muñeco rodeado de la atmósfera vietada con el humo de los cigarrillos que consumieran aquellos hombres, durante todo el tiempo en que habían permanecido allí encerrados, sosteniendo

en la tienda había, y el cual llamaba "Papá" y "Mamá," si le oprimían un botoncito oculto bajo las ropas, abrigaba la esperanza de que iba a descansar, de que se le sosigaría la cabeza y podría dormir, dormir con su pesado sueño de plomo.

Pero no, alguien pasaba pisando fuerte, por cerca de él, y se estremecía el mueble, y nuevamente empezaba a temblarle la cabeza, a vibrarle el cerebro.

Otras veces en medio del silencio de la noche un carruaje pasaba á toda presa, y la casa se estremecía, y la cabeza coronada con pesadísimo sombrero puesto de través empezaba á columpiarse de atrás á adelante.

Algunas veces no se explicaba la causa de sus estremecimientos; ¿sería que hasta el movimiento de la tierra le hacía dañar porque él había oído decir un día, que la Tierra giraba.

El rorro que en la juguetería había sido su compañero de escaparate, hablaba cuando le introducían aire pero no pensaba; al igual del caballo de madera, y el "clown" de porcelana, tenía siempre puesta la cabeza.

¡Pero él! ¿Que injusto había sido su creador! ¿por que le había hecho un cuerpo de muñeco y le había puesto cabeza de hombre, cabeza que pensaba?

Si al menos le hubiese dado hablar, habría podido que se le arrancasen.

El niño de cachetera tenía por el sol y tez brillante como la de porcelana del rorro de la tienda, había roto en su presencia muchos muñecos caros; al llevarlos el Papá le había recomendado que los cuidase.

El había acariciado la esperanza de que también le arrancara algún día la cabeza temblorosa, se la separase de aquella varilla delgada y larga



una charla para ellos amena y para el detestable. No pocas veces pareció que esa charla iba á caer, pero alguien lo apartaba, como edificio en peligro alguno lo levantaba, como en los frontones los buenos jugadores lo hacen con la pelota cuando va rebolando muy cerca del suelo, próxima ya á rodar solamente.

Se desesperó porque no podía abrir la ventana y estaba condenado á pasar así, envuelto en la gasa azul del humo, la noche entera.

Y con el pensamiento suspiró largamente, hondamente, ¡qué suplicio!

Tras unos cuantos instantes que pasó encerrado en una caja de cartón, lo desenvolvieron, lo desbriguaron del papel de china que se le envolvía en el cuerpo, lo desnudaron á la vista de toda la familia.

¡Cómo lo alabaron!

Pasó de mano en mano; ¡qué bonito! Y cada uno que lo examinaba, al darle vueltas entre los dedos, le hacía temblar la cabeza, aquella cabeza, fuente y receptáculo de sus padeceres.

Temblando lo dejaron despididamente sobre la mesa, con el peso enorme de la sombría sobre sus débiles espaldas.

Desde aquel día sus sufrimientos fueron mayores de los que había experimentado en el escaparate de la Mercería.

Casi no tuvo desde esa vez una hora de reposo.

Continuamente tenía en movimiento la cabeza, su cabeza hueca y pesada, su cabeza de plomo, cabeza de estúpido, ¡ojalá que de veras le hubiese sido!

Con esa cabeza, siempre estremeciéndose, sentía revolotear en el interior el pensamiento, como ave asustada que vuela por una ventana dentro de la iglesia, se agita contra las bóvedas, buscando torpemente la salida.

Los primeros días, cuando lo dejaron alejado sobre algún mueble, aquel niño de cachetera rubia y tez brillante, iguales á los del gran rorro que

que, como espina, tenía clavada en mitad del cráneo.

Y no; era su favorito, era su juguete querido, el único que con su presencia le estancaba el llanto, en los ojos brillantes y azules, como lagos que retratan el cielo.

Tras las noches sin sueño, largas noches pasadas sintiendo el frío de la soledad, venía el niño inconscientemente cruel, inocente de las torturas que con sus manecitas hoyueladas y blancas provocaba, y reía, reía hasta enrojecer y fatigarse, ante aquel temblor de la cabeza, esclava de todos y nunca de su dueño.

La tarde en que se vió parado en el barandal del balcón, cuánto deseó que lo dejaran caer; un paso, un paso solamente y se habría estrellado contra las losas de la acera, pero ¡no podía mover los pies!

Por aquel cariño dañoso del chicleo, rara vez cumplía con sus deberes de pisapapel. Rodaba por todos los muebles de la casa; unas veces en la sala de espera; allí una niña que tenía 15 años y los ojos muy negros, lo tomó entre las manos; y repetidas veces sonriente, le sacudió con fuerza; no supo qué grande era el mal que causaba.

Muchas horas había pensado él en aquella niña, y había sentido no verla cerca, no estar sufriendo entre sus manos.



¿Por qué no habría vuelto? Ya que él no podía ir en su busca, ¡si casualmente se le hubiera producido á los encajes de su vestido y se lo hubiera llevado!

Un día lo habían dejado sobre el piano; cuando el temblor de su pobre cabeza empezó á hacerse, le pensar, vio en derredor mucha gente; miró muchos ojos hermosos, sintió perfume de mujer, los dedos de la joven sentada ante el mueble, travesaban sobre las teclas, y un hombre apoyado en la cubierta, allí en donde "él" estaba de pie, decía acompasadamente frases amorosas y deceptivas.

Cómo gozó y sufrió con las notas que saltaban por debajo de él.

Sintió deseos, unos deseos inmensos, de llorar, y las lágrimas congeladas ante sus ojos cerrados para el exterior, le rodaban sólidas y pesadas por dentro de la cabeza y al rebullarle le hicieron aún más daño, le provocaron dolores más grandes. Alguien lo tomó y al volver á colocarlo sobre el mueble, lo volvió de espaldas hacia el espectador.

Entonces pudo verse en el espejo. Hasta entonces se conocía con la mirada siempre hacia el frente, no sabía qué cuerpo le sostenía la cabeza,



Domingo 4 de Febrero de 1900.

EL MUNDO ILUSTRADO

que cuerpo sostenía á "él," porque ¿él no era su cabeza?

Y él mismo, agitando la cabeza se contestaba materialmente y con acción sentenciosa que sí, que sí....

Se entristeció ¿pues, no tenía aspecto de estúpido?

El traje multicolor, de pésimo gusto, con las manos,—aparentaba tener manos,—"perdidas" en los bolsillos del pantalón, replegada hacia atrás el largo abrigo que le cubría. Y tenía abdomen redondo y abultado como de hombre satisfecho, como de burgués rechoncho; él que, si alguna ventaja tenía, era la de no comer, porque no le necesitaba.

¿Su cara? una cara amplia y carnosa, cara de hércules candado, bueno, bonachón, tonto.

Si hubiera podido hablar, y hubiese dicho qué pensaba, nadie le hubiera creído, sólo por el aspecto de idiota que tenía. Sin embargo, pensaba, y pensaba como hombre barbudo— aunque ridículamente barbaudo—Además, el sufrimiento le había despertado extraordinariamente la inteligencia.

Mucho tiempo estuvo contemplándose en el espejo hasta que, agobiado, desvanecido, triste, se le detuvo el pensamiento, entró en reposo absoluto su cerebro, con la cesación del movimiento de la cabeza que tanto odiaba; se odiaba á sí mismo, con odio destructor, odio mortal.

Sólo unos cuantos días, muy pocos, tres, había sido feliz; no había pensado.

Por la noche el niño rubio lo dejó acostado en un librero y cuando él mismo fué á sacarlo de allí, llevaba el rostro muy pálido como si lo hubiesen bañado con cera, y los ojos muy hundidos, como si hubiesen estado á punto de sepultarse en sus propias órbitas.

Pobre niño; él le amaba á pesar de todo.

¡Ah! él había sufrido no sólo con sus dolores; estaba sentenciado á ser testigo mudo del drama que se desarrollaba, como entre bastidores en aquella casa. El había asistido á las aterradoras desesperaciones de aquel hombre, dueño suyo, que, creyéndose sólo se mesaba los cabellos y rugía por sollozar. Alguna vez ese hombre clavó sus ojos que destilaban lágrimas en el muñeco de cabeza fuertemente estrocinada y quedó pensativo; tal vez sospechó por un momento el suplicio de aquella cabeza.

Otra vez fué despertado bruscamente; la dueña de la casa tomó entre sus manos un papel que

él pisaba y la víó caer sin sentido sobre la alfombra, y contra la mesa hacerse sangre y no pudo auxiliarlo!

La cabeza le temblaba inusitadamente; pensaba, pensaba mucho, recordaba su pasado y miraba hacia el horizonte de lo porvenir y se miraba desesperante, desgraciado, extraordinariamente infeliz.

Aquellos hombres se habían estado allí toda la tarde, iban á desvanecer, iban á ver á sus mujeres, iban á gozar, á vivir, ¡já dormir!

Y él no, él no tenía afectos, no tenía comodidades, él ni siquiera podía haberles gritado: "yo también pienso, también siento; yo también amo y odio, también vivo, pero con una vida de muñeco que tiene cabeza de hombre, con una vida sin igual, con la vida de una cabeza que separada de su tronco, si guerra viviendo muchos días."

Y la cabeza seguía balanceándose sobre la varilla elástica.

Le dolía por todos lados; parecía que le enterraban

en muchas partes gruesos alambres, y sentía la vibración continuada como debe sentir el estrocinamiento del alambre telegráfico cuando le pasa la corriente.

El trozo de plomo desprendido de la bóveda craneana le rebataba dentro de la cabeza; y á veces se le quedaba quieto en alguna sinuosidad como doloroso tumor.

Ese trozo de la misma sustancia que estaba hecha su cabeza ¿no sería su pensamiento?

Por la calle pasó despacio un carro cargado con rieles, levantando mucho ruido, y haciendo temblar el piso.

El estrocinamiento se le acentuó, se hizo más fuerte y continuado el temblaqueo, y nuevamente se desesperó.

Sus dolores aumentaron; sintió como si se le derretiera por el interior la cabeza; igual sensación



habría experimentado, cuando lo fundieron en el molde, si ya entonces hubiera tenido vida, si hubiera entonces podido sentir ya; pero no; la vida se la había dado fatalmente aquel bambaleo.

Al menos los hombres cuando odian la vida, pueden dejarla á un lado.

Y bien, ¿no dicen que la cabeza manda y gobierna al cuerpo?

¿Por qué él no podía ni levantar una mano?

Y el esfuerzo del muñeco fué terrible....

En la mañana encontraron la cabeza caída á los pies del muñeco, y las manos, ¡las manos que había sacado de los bolsillos del pantalón! crispadas y en alto, cerca de la varilla elástica, ya quieta, rígida, y en la cual antes se balanceaba la desgracia del pisapapel.

FRANCISCO ZARATE RUIZ.



PÓRTICO.

Villano, trovador, fraile ó guerrero,
Con hoz, breviario, bandolín ó espada,
Fuera heroico vivir en la pasada
Heróica edad de corazón de acero.
Fuera heroico, en verdad! Si fraile austero
Ver á Dios con extática mirada;
Llevar por la Esperanza constelada
Y la Fe, el alma, si infeliz pechero.
Si trovador, en el feudal castillo
Cantar guerras y amor, al suave brillo
De los ojos de hermosa castellana;
Combatir, si guerrero, noche y día,
Asaltar, lanza en mano, una abadía,
O acuchillar la hueste musulmana!

Medioevales

COMPLAINTE.

~o~

Va mi pálida quimera
A enredarse, como una ave,
En la onda, crepsa y suave,
De tu blonda cabellera.

I

Eres la rosa ideal
Que fué la Princesa-rosa,
En la querrela amorosa
De un menestral provenzal.

Si tú sus trovas quisieras,
Llegarían, como un ruego,
Los serventesios de fuego,
En armoniosas hogueras.

Darías al vencedor
Los simbólicos trofeos,
En los galantes torneos
De la ciencia del amor.

Incensado por el aura
De la dulce Proesa,
Su cetro Clemencia Isaura.

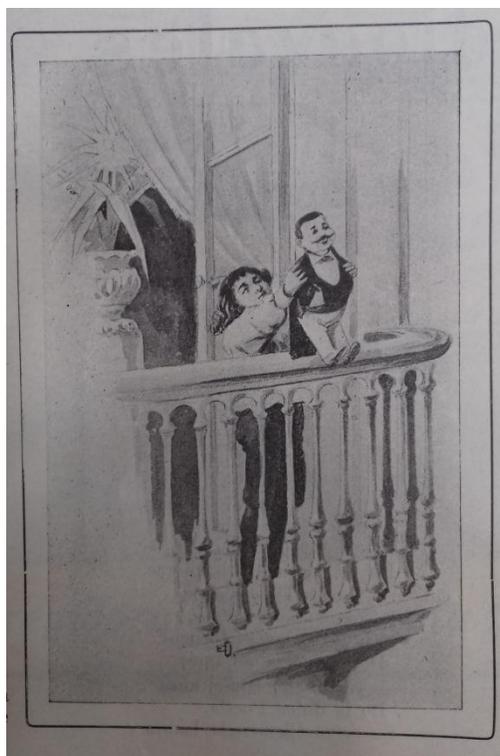
II

Serías el lirio humano
Que halló un rey, bajo su tienda,
En la brumosa leyenda
De un menestral rhinano.
En ti vertía el guerrero
Perlas y rocío, como
En el tesoro del gnomo
Que descubrió un hechicero.
Tendría un camarín,
Por las haldas adornado,
En un palacio encantado
De las márgenes del Rhin.
Y en las noches de las citas,
Bajo el rayo de la luna,
Envidiarán tu fortuna
Loreleys y Margaritas.

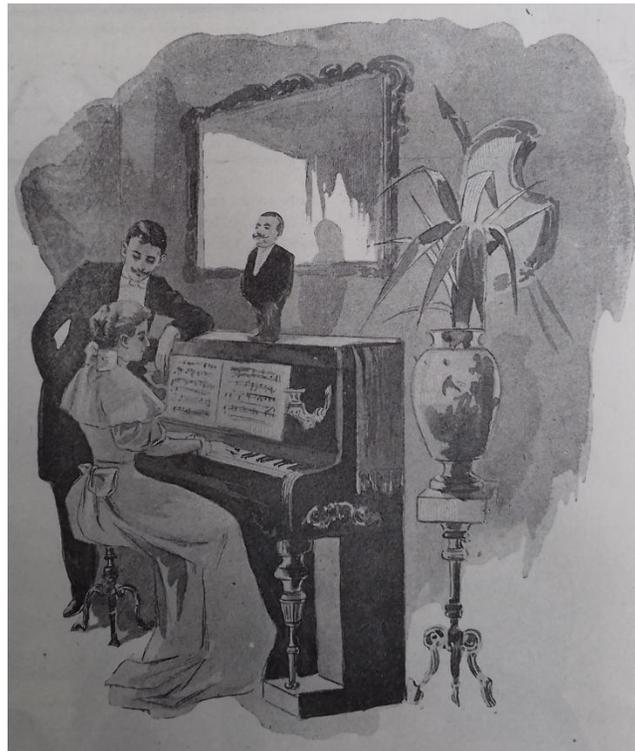
III

Mientras pensativo y triste,
Junto á la cruz de un sendero,
Estrechara un caballero
La banda azul que le diste.
En tu ventana ojival
Dulcemente reclinada,
Orias la habida
Del ardid Paraisal.
Y de un juglar, que ha traído
Su harpa cubierta de flores,
La historia de los amores
De Crimilda y de Sigfrido.
En tu blanco camarín
Por las haldas adornado,
Resonaría el sagrado
Cántico de Lohengrin.
Ya mi pálida quimera
Se ha enredado, como una ave,
En la onda crepsa y suave,
De tu blonda cabellera.

Ricardo Jaimes Freyre.



Sin firma, ilustraciones para “La cabeza del muñeco”, en *El Mundo Ilustrado*.



Sin firma, ilustraciones para "La cabeza del muñeco", en *El Mundo Ilustrado*.

Domingo 10. de Abril de 1900.

EL MUNDO ILUSTRADO

Cuentos del Manicomio

EL CREADOR DE HOMBRES.

En plena sala de la Exposición de la Academia, se lo dijo aquel hombre conceptuado por todos como nuestro, se lo dijo en voz baja, cortando la frase con sonrisitas que hicieron el efecto de alfileros al pobre joven pintor.

—En efecto; ese Judas está bien muerto; pero



no porque se haya ahorcado, no; usted es quien lo ha matado; igual estaría si lo hubiese presentado vendiendo á Cristo; falta expresión, falta vida. ¿En dónde están las huellas que dejó esa vida al desprendirse de este cuerpo? Decididamente tienen razón los cronistas: usted nunca podrá pintar más que cadáveres. Esa figura acaso con un soplo de vida...

—¿Qué crueldad!—y el infortunado creyó que todos los visitantes habían oído la opinión, que todos iban á verle saltar la vergüenza que sintió subirle al rostro en una gran oleada; y hubiéra deseado arrancar de la pared su cuadro y echar á correr con él á cualquier parte á esconderlo en donde nadie pudiese hallarlo.

Desde entonces fué su constante pesadilla esa opinión: "no podrá pintar más que cadáveres."

Y aquel soplo de vida!

Bien; trabajaría mucho, estudiaría mucho, y pasaría la mañana y la tarde, ... y la noche en su taller.

¿Por qué no habría de dar vida á sus figuras al trasladarlas al lienzo, si las sentía con vida en su interior?

En el taller pasó muchas horas en manga de camisa, con el vestido manchado, el caballo en desorden, y con el pincel en la mano. Y siempre su obra era coronada, con corona de espigas, por el fracaso.

Sentía las palpitaciones de la concepción, con placer infinito, pero luego experimentaba la deliriosísima tristeza de la madre que esperaba ansiosa por el fruto de su vientre lleno de vida, y mira después nacer un cadáver.

A cada nueva derrota que sufría, pasado el momento primero de desesperación furiosa, aspiraba nuevas energías, nuevos bríos para la lucha.

Triunfaría al fin, porque perseveraba.

Un día se lo dijo un compañero: "Deja los cuadros y dedícate á algo más práctico; que vas á volver loco, y sin conseguir el triunfo."

Todos lo desalentaban, todos lo creían inútil; no demostraría con el tiempo que se habían equivocado.

¿Volverse loco? ¡Ah! sería volver á volver loco, porque á despecho de las precauciones tomadas por su familia, para que no lo supiese, un buen amigo se lo había hecho saber.

Había sido al cumplir los 11 años. En efecto; él lo recordaba muy bien; es decir, recordar que había estado loco, precisamente no, eso no.

Y ¿por qué se había vuelto loco? ¿Cuál habría sido su locura?

¡Era extraño! no lo recordaba; que no sepa el loco cuál es su locura, es natural; pero ¿por qué no ha de saberlo después? Si no está ya loco, debería recordar al loco que el representado durante una época de su vida, el loco que él había sido antes. A ver, haría un esfuerzo de memoria. Si se pudiera haciendo un esfuerzo, alcanzar en la memoria lo que se desea y se ve muy alto, muy lejos, lo mismo que en los gimnasios se llega á alcanzar el techo, asistiendo de un cable, y subiendo por él.

Pero no, no tenía ni un hilo de cuyo extremo tirar y tirar, hasta que llegara lo que habla más allá, dentro de una caja por donde se asomara el cabo del hilo mismo.

Sentía entre los dedos las canicas, sentía el atractivo desvanecimiento del columpio, se veía en aquel gran patio acompañado de sus primos lidiando al hermoso perro negro; pero después, después chocaba contra el paréntesis que se abría en su vida, caía en una honda laguna, una laguna de aguas negras, muy negras, que se le presentaban en su pasado.

Y se perdía, se hundía, en aquella laguna, por más que luchaba desesperadamente para alcanzar la superficie y mantenerse en ella caminando en la dirección que deseara.

Experimentaba la angustiosa sensación que experimentaría perdido en un amplio salón obscuro, sin poder hallar la salida.

Sentía una inexplicable impresión de vacío dentro de él mismo, primero, y después fuera, pero de un vacío cercano, como si estuviera en peligro de caer en un pozo próximo, obscuro y profundo, muy obscuro y muy profundo.

Y desalta no pensar más en aquello. Inconscientemente imprimía fuertes sacudidas á su cabeza, como para ahuyentar una idea que hacía morderle los espámulos con necia insistencia en el cráneo.

—¡Diablo! Sería grave eso de volverse loco.

Y comenzaba á recorrer á grandes pasos la habitación, procurando recorrer y sillar con precisión un trazo de ópera, ó recitar sin equivocarse, una poesía que él había aprendido muy bien.

Sentado, tranquilo, esperaba.

El segundo verso lo había olvidado!

¿Desde cuándo? desde el día anterior! Era serio que empezaran á escapárselo las ideas, como se le escapaban las mariposas, cuando ya creía tenerlas apratadas bajo su sombrero, allá por la época de los 8 años.

Tomó el sombrero y se descubrió la cabeza.

Siguió repitiendo el primer verso, y el segundo no llegaba.

Se pasó la mano por la frente, y se quitó el sombrero.

Derribó la silla al ponerse en pie de un salto. Y no vió al espejo al rostro encendido, y sintió sudores.

No, pero no estaba loco; estaba excitado. Desde el momento en que pensaba que podía estar loco, ya no lo estaba.

Ya vendría la tranquilidad.

¡Ah! pero eso sí era un mal síntoma; ¡el mismo trataba de convencerse de que no estaba loco! ¿No sería ese el principio?

El aire fresco de la noche lo tranquilizaría; era bueno un soplo que apagase aquella fragua que tenía en la frente.

No quería estar solo; tenía horror á la soledad, horror á la locura; eso era ¡el horror al vacío! tenía miedo al loco que quería asustarlo.

Fue en busca de amigos; ellos también! "¿Qué tienes? ¿Tras algo raro?" En verdad, viene extraño.

Al acostarse, menos excitado, repetía que tendría que confesar alguna vez que se habían equivocado; sus figuras vivirían; y sonriendo añadió: yo encontraré ese soplo que ha de darles vida.

En sueños vió á una Venus suya que pasaba de brazos con un capitán del ejército, por la Gran Avenida; ¡Vivía, vivía! Luego una gran torre en actitud de arrojarse encima (¿Sería la de Pisa?). Y él, tendido en la orilla de la convexa cúpula de una catedral, sentía que un sueño irresistible le iba dominando poco á poco; al pensar en que moriría á la muerte, si se dormía, hizo esfuerzos grandes para no dejarse vencer por aquel sueño traidor, y ¡de veras despertó!

Reposó un tanto del sueño, sonrió, sonrió de él mismo; también reírían de él los demás si se volvía loco. Unos lo compadecerían, otros se reírían, los demás allá se horrorizarían. Y él; ¡ignóralos!

El no quería que lo comprendieran; siempre le había repugnado inspirar lástima; y necesitaba tener completo el pentágono de sus sentimientos para poder corresponder á los que inspirase, y poder odiar, y despreciar.

Seguramente por el tiempo que había despreciado del peso agobiador de su miedo, lo sentía más fuerte que antes.

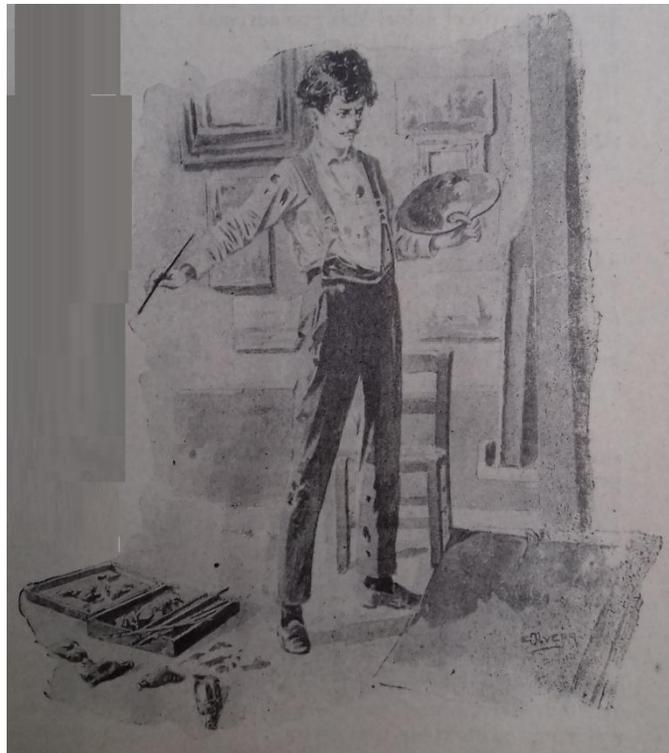
Y ahora, suponiendo que volviese á estar loco, ¿cuál sería su locura?



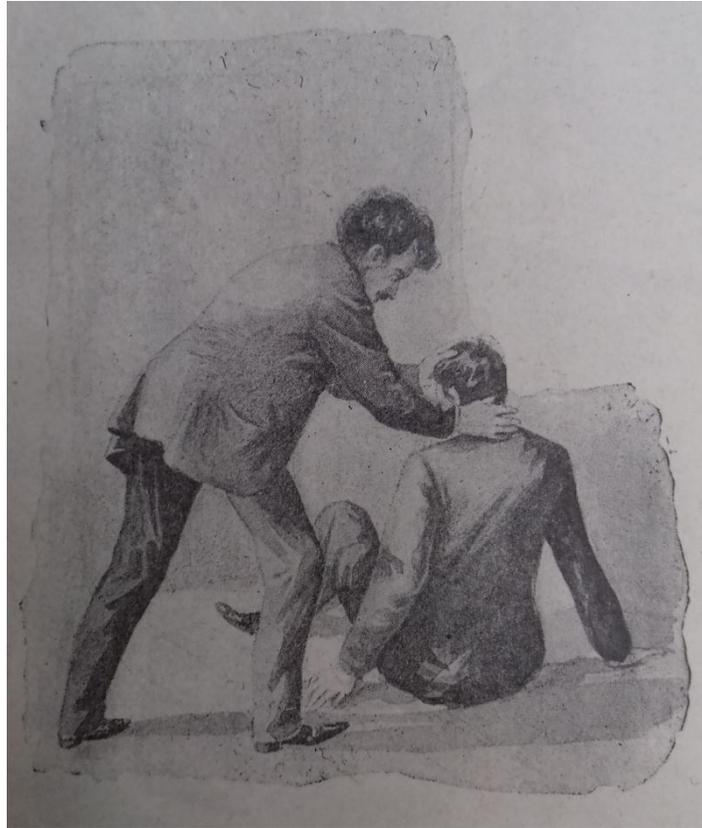
Francisco Zárate Ruiz, "Cuentos del manicomio. El creador de hombres", en *El Mundo Ilustrado*, año VII, t. I, núm. 13 (1° de abril de 1900), p. [9].



Sin firma, ilustración para “Cuentos del manicomio. El creador de hombres”, en *El Mundo Ilustrado*.



Olvera, ilustración para “Cuentos del manicomio. El creador de hombres”, en *El Mundo Ilustrado*.



Sin firma, ilustración para “Cuentos del manicomio. El creador de hombres”, en *El Mundo Ilustrado*.

Domingo 20 de Mayo de 1900.

EL MUNDO ILUSTRADO



Como si no bastara para mi desesperación el vocero de los chiquillos en retozo, allá en el patio que quedaba a mis espaldas, vino a tomar parte en mi desgracia "El tuerco."

Hasta ese día lo conocí, era nuevo en el gallinero de la corraliza que se extendía a mi vista, un poco alajo de la ventana ante la cual solía yo trabajar, darle con tarde.

¡Qué tirdelo era! un ridículo pisaverde. Horriblemente crestado, con la cresta amoratada, con esa coloración que toma la cara de los viejos enfismatados, y asquerosamente calvo. El ojo derecho perpetuamente clausurado.

La coloración de las plumas, le fingía un chaleco enorme de plumé amarillo con salpiondras negras; pantalón blanco muy corto y ajustado, y las plumas de la cola, veroselas y brillantes, flotándole, como los fallones de un levitón viejo enorme.

Caminaba con fingida y grotesca gallardía; doblando exageradamente las piernas, contoneándose volviendo con brusquedad de un lado para otro la cabeza, y lanzando orgulloso, imbecilmente orgulloso, su mirada izquierda en derredor.

De cuando en cuando, se detenia, y lanzaba al viento su grito ríco, destemplado; zora el canto del gallo? No; eso no era el canto del gallo; era un grito extraño. Su conpañero de habitación si cantaba; había en su voz inflexiones, había dulzura; ¡oh! pero "el tuerco" no tenía más que una horrible aspereza en la garganta, una voz asperjada de puas, como cuerpo de erizo.

El ki-ka-ri-ki sonoro del rey del gallinero, se convertía en su pico, en un hi-hi-hi angustiosamente aspirado.

Yo experimentaba la misma molestia que se siente cuando se oye hablar a una persona enferma, cuya voz apenas suena.

"El Tuerco" me fué antipático; pero no lo odiaba yo, como he odiado a muchos animales y a muchos hombres, con deseos de muerte para ellos; lo despreciaba con un desprecio lleno de risa.

Y él, como si creyera que su voz tenía bellezas dignas de mostrarse, seguía lanzando su roncísimo grito. Perseguido con tenacidad por una hermosa gallina blanca, con blancura deslumbradora. El contraste era grande y vergonzoso para él.

El la perseguida y la perseguida, y ella se le fugaba.

Cuando él que estaba a punto de darle alcance, arrojó a la cabeza una pelotilla de papel; se detuvo, y nuevamente gritó; esa vez con susto.

Repuesto un tanto, volvió a su persecución. Muchas veces excitó de igual modo que se aproximara demasiado a ella. Gustaba yo de verlo un poco cerca, porque resultaba más la hermosura blanca de la perseguida.

Cada vez que le asestaba un nuevo golpe de papel, mientras él me arrojaba encima su "sinistra" mirada, ella se le burlaba, encluchando con el compañero de vida. Ese sí que era hermoso y joven; con zorra se disputaban su amor ellas.

Era fuerte y grande; por eso veía al "tuerco" con desprecio, y no se ocupaba en ir a castigarlo. Sólo se reía cada vez que yo lanzaba al ridículo gallinero, una nueva pelotilla de papel.

Repitidas veces más por la carita del ovejuno tomaba la risa de su burla. Y para hacer mayor esa burla, se fingía asustado por lo que pasaba al compañero, y después daba a su canto notas de creencia.

Hubo momentos en que me guiñó los ojos, como para interrogarme qué pensaba yo de su rival. Y me reía con él, y nos reíamos del "tuerco."

También la graciosa cara de ella, la ví bañada de risa a menudo.

Lajos del perseguidor rasca la tierra, como si buscara algo que hubiera perdido, y luego con miradas de saqueo lo provocaba hasta que él comprendía nuevamente su tarea, y ella comprendía nuevamente la carrera de la huida.

Y allí permanecí gastando muchos cigarrillos y ninguna tinta, hasta que, apenas se veían ya a lo lejos las nubes que perzozas bajan a recostarse sobre las montañas.

Para ellos era muy tarde. Acaso yo era quien los había desvolado.

Todos fueron a recogerse. Desde la rejá de entrada de su común habitación, "El tuerco" me aventó por despedida su mirada rabiosa.

Al reirme de él por última vez en el día, estuve a punto de hacerle una mueca, como un chiquillo mal educado reído con otro.

Cuando lo ví la segunda tarde, seguramente por que la noticia de nuestra burla, había circularado en el gallinero, todos los habitantes de allí se mofaban de él.

A veces se escuchaba un coro de risas que de seguro habían creyado cuidadosamente de antemano, para que resultase muy uniforme.

"El tuerco" me demostraba su odio, un ofensivo y ridículo odio de gallo, con su mirada dura, muy dura, que, para ir a clavarse en el cuerpo, le salía constantemente de su ojo—ojo enrojecido y brillante que hacía imaginarse una lamparilla colocada detrás de él.

Estaba encaprichado en que había de ser su amante la gallina blanca, y no perseguida a alguna otra; desde que les abría el poqueno gallinero, para que gozara de una relativa libertad en el corral, renovaba su labor de persecución tras ella.

Salta a paso majestuoso, después de inclinar la cabeza al pasar bajo la puerta bastante alta; flexiona, convencido de su talla, lastimarse la cresta amoratada.

Sacudia las alas, como esos hombres que al salir de una pieza en donde sintieran sofocante calor, se dan aire agitando el saco contra el cuerpo.

Después, como siempre, levantaba paulatinamente la pierna, y avanzaba pavoneándose.

Me miraba con amenaza, previniéndome que no fuese a empezar mi cotidiana y desesperante burla, que luego secundaban sus congéneres.

Alguna vez me causaba lástima, y me retiraba de la ventana; pero casi siempre, al contrario, deseaba mortificarlo; pues que, ¿no comprendería qué ridículo era su papel?

Por las madrugada, cuando oía yo su cavernosa voz, cuando se complacía en romper el silencio con su ríco grito, me lo imaginaba "medio despierto," con su pobre ojo cerrado, ya pensando en sus planes de conquista, y me reía entre las sábanas.

Una tarde observé que el gallo joven ya no reía; parecía disgustado, parecía que encontraba demasiado tenaz la persecución del "tuerco."

Ya no había notas de creencia en su canto, y se pasaba erizbajado; golpeaba nerviosamente el suelo con las patitas, y pasaba el pico, lo arañaba contra la tierra de uno y otro lado, como los carniceros añan su cuchillo antes de cortar.

En momentos en que el tuerco se acercaba a la dama blanca, quien sabe qué grito el joven; los compañeros de gallinero no se rieron en coro, sino que, uno tras otro murmuraron muy por lo bajo, algo que no pude entender. Un paró viejo que reía siempre barga y estrepitosamente, dió un chillido breve, cortado, lígubre, y se acercó a un papipollo, con el cual se puso a cuchellear.

"El tuerco" pareció entristecerse.

Y todos en silencio, contraron temprano en el dormitorio, y subieron a sus camas. (?)

Desde entonces disminuyeron las burlas. Dos gallinas serias, matronas respetables, se paseaban juntas, comentando el caso.

Las pollas veían con indiferencia al enamorado.

El gallo joven, taciturno, vigilaba constantemente a su horrible rival. Este lo veía también con rabia, con desesperación algunas veces, ó no lo veía otras; permanecía triste, meditando, ¡fímbrel! olvidado en un rincón.

Y, ¡ya no gritaba!

La gallina blanca no salta del gallinero.

Sólo un perico de la vecindad ayudaba a mi risa, pues sabía imitar perfectamente el grito ríco y destemplado que, antes brotaba tan a menudo de la garganta del "tuerco," llena de una horrible aspereza, aquel hi-hi-hi angustiosamente aspirado que hacía sentir la molestia que se experimenta oyendo hablar a una persona enferma, cuya voz apenas suena.

En la noche, desde que hubo silencio, trabajaba yo ante mi mesa pobre.

Serían las diez, cuando se oyó el grito del "tuerco." Era extraño que graznase otra vez, y a esa hora.

Después, todos lo secundaron con gritos desepemites, y el perro despertado de su buen sueño por aquella gritería, empezó a ladrar con furia.

El ruido se prolongaba, y yo no podía trabajar.

Las gallinas encareaban dolorosamente; pedían auxilio; y el perro protestaba, porque no lo dejaban volver a su sueño.

Un drama de gallinero: "El tuerco," insistiendo nuevamente en sus imbeciles pretensiones, habría provocado la ira del gallo joven, y reírían; ó bien, el malvado habría dado muerte, traicionadamente, con premeditación, a era capaz de todo; a mí, si hubiera podido, me habría asesinado.

La algarabía era insoportable.

Abri de par en par la ventana, y por ella saltó al corralillo.

¡Qué viento y qué frío! las estrellas tambaleaban. Llegó, el espectáculo fué original: "el tuerco," cerca del techo del gallinero, se columpiaba enredado entre una cuerda vieja del tendadero que le oprimía el cuello.

Aproximé la luz, y lo ví estremecearse por la última vez, y por la última vez lanzarme una siniestra mirada del redondo ojo brillante y enrojecido.

El gallo joven y hermoso, fuerte y grande, me veía atentamente. Estaba tranquilo; él no había gritado; nada había hecho.

Cerré la puerta del gallinero, y todo volvió al silencio.

Al día siguiente, empezó a enfermar el ojo derecho, y al fin lo perdió.

Algunos dicen que me felicite él no haber perdido los dos; opinan como los médicos, que fué la enfermedad causada, porque salí violentamente de la habitación en que había estado trabajando durante tanto tiempo.

En los médicos, pero me parece una extraña coincidencia.

¡Oh! aquella última mirada siniestra del ojo enrojecido y brillante...

—¿Está usted que piensan?

Francisco Zárate Ruiz.

NAPOLEON



Simoun, torrente, erator, sobre el corral galopó su corral blanco!... ¿A dónde, por fin, lo llevará? De su imperial ejército la rebosante copa del triunfo, eternamente su mano oscilpirá?

En medio de la noche, la fatigada tropa tendida en la llanura, como un rebano está; es un constriector monstruo que a la aterrada Europa,

del uno al otro extremo amenazando va.

Y en tanto que en las tiendas que esultan la llanura,

á la merced del viento que agita la espartosa,

durmiendo están las águilas del imperial blasón,

la fuerte diestra reulta bajo el obscuro puño del redingote, inmóvil, inalterable, lúreño,

como insaciable cuervo está Napoleón.

Tacubaya.

Aurelio G. Carrasco.



Peón del Valle, encabezado para “El tuerto”, en *El Mundo Ilustrado*.

Dom. ngo 15 de Julio de 1900

EL MUNDO ILUSTRADO

La Cabeza Parlante.

Al fin, toda anegada en llanto, rodándoseme por las mejillas las lágrimas que iban á humedecer el velo enlutado con que cubría mi cara pálida y ojerasa por el insomnio, me hallé frente al cadáver mutilado de mi infeliz compañero de vida.

Al fin; estaba en presencia de la acre satisfacción de mi enfermo deseo: mirándolo allí, tendido sobre la plancha, horriblemente descabezado.

Entonces sí, perdí unas pocas de mis energías, entonces sí, me saltaron las lágrimas que había reprimido durante la ejecución. Porque yo asistí á la ejecución; creí que si en alguna parte necesitaba de mí, era en el cadalso. Y mis ojos fueron á buscar los suyos, allí, sobre la mortuoria plataforma. Nuestras miradas se encontraron, y se besaron sobre las gradas de su patíbulo.

¿Por qué sólo se ha de acompañar á los que mueren poco á poco, tranquilamente, entre los blandos almohadones del lecho, y no ir á despedirse del que la justicia arranca del mundo sobre el duro tablado infamante?

El necesitado ceceo de una mirada amiga en el momento último. ¿Quién sabe si se tiene más serenidad para entregar la cabeza al verdugo, cuando enfrente hay unos ojos amados?

Fuá á cumplir con el deber, cruelmente impuesto por los hombres, de despedirse de los que mueren.

Además, entre la curiosa multitud que se arremolinaba, en derredor de su cadalso, sería yo la única que le mirase con cariño, la única que no sintiera asco por el crimen, y horror é indignación para el criminal que iba á expiar su delito, el delito cometido por el amor que me tenía; un amor loco que lo engendró unos celos imbeciles, pero amor al fin.

Por mí había partido de un certero golpe de puñal, el corazón de aquel infeliz, de aquel inofensivo, á quien hizo la injuria de juzgar peligroso, tentador, perverso. Se condujo como un valiente; no llevaba ni miedo en el semblante, no, el pavor no le había arrancado los colores de la cara; solamente sus labios, secos por la fiebre, habían perdido el carmin; no recorrió su cuerpo estremecimiento visible, mientras estuvo completo. Sólo, cuando el horripilante cuchillo tronchó aquella cabeza, cuya frente yo había besado tantas veces, cuando la sangre saltó parabolíamente de los vasos rotos, cuando cayó el cuerpo ya separado de su cabeza, se convulsionaron aquellas brazos que tantas veces me habían estrechado, se retorcieron un momento, como miembros de epiléptico.

Cuando ví sobre la bandeja de estaño, su cabeza chorrente, sentí más precisamente definida, más claramente terrible, la impresión de gran miedo que experimenté, cuando, siendo muy niña, me llevaron á un salón, en donde había una cabeza ensangrentada que respondía á las preguntas que se le dirigían.

Después... ¡al cesto!

¿Cuánto oí á todos los que tomaban parte en la tragedia, tranquilos, con seriedad afectada, y á los curiosos que fueron á satisfacer, como á una corrida de toros, sus ansias de impresiones fuertes, sus deseos de ver sangre.

Un boedo cercano á mí, se burló de sí mismo, después de haberse entorneado: "¡pues no había llegado hasta el punto de ahigirse!"

¡Desgraciado! La cabeza estaba entre las dos piernas, recostada sobre uno de los muslos; los ojos entrecerrados, como si dormitase, y por la boca entreabierta, se le asomaban hacia adentro, algunos de los bigotes, desordenados y marchitos.

¡Oh! así, con los ojos entrecerrados, pero llena de vida, así había yo tenido recostada sobre mi hombro, aquella cabeza, entonces ya hueca, mustia, que ya no abriría los ojos al sentir mis besos, que ya no buscaría con sus labios siempre fres-

cos, tersos siempre y en esa herida, secos, hoyuelados y lividos, los míos que le esquivaba para aumentar su deseo.

De cuando en cuando, desde el cuello rebanado, en donde comenzaban á prenderse negruzcos coágulos, rodaba silenciosamente un hilillo de sangre, que iba culebrando por el metal de la plancha, hasta detenerse contra la mano crispada, á la que coloraba.

Las fuerzas me faltaban; empezaba á sentir miedo, horror, y—¿por qué no confesarlo?—asco, sí, asco que comenzaba á causarme aquel cadáver sangriento del decapitado.

Pensé en salir; yo ni siquiera podría dar el último beso á mi muerto; habría necesitado tomar entre las manos su cabeza divorciada del

trunco, y mancharme los dedos y las ropas, y acaso ¡los labios! con su sangre derramada por el implacable verdugo, por el mayor asesino, investido de impunidad por la misma Ley.

Huba á volver la espalda al cuerpo ensangrentado, cuando ví que aquella cabeza, parpadecía, ¡parpadecía! como cuando sentimos la pesadez del sueño y no queremos dormir, como cuando no queremos dejarnos vencer por un bledo. Sentí el resortazo del susto; sentí lo mismo que si alguien hubiera aplicado á mi cuerpo bruscamente una esponja empapada en agua fría.

Quise huir, pero no pude; mis piernas temblaron, mi vista se nubló, y para no caer, apoyé la mano sobre la plancha, cerca de su pie derecho que comenzaba á la cabeza; ¡visión mía! seguramente. No; en aquellos ojos había vida; no tenían la vidriosa opacidad de los ojos muertos.

¿Sería posible que aún viviese aquella cabeza? ¡Qué horror!

Y seguía parpadeciendo, seguía parpadeciendo.

Al fin abrió los ojos completamente, y su mi-

rada puntiaguda se clavó en mí. Sus ojos que- rían hablarme, pretendían decir algo, pero yo, ¡oh Dios! no los entendí.

Y desbordaban desesperación.

Su boca se entreabrió varias veces, como por un esfuerzo supremo; castañeteóronse los dientes, y cuando el corazón me latía apresuradamente y un sudor frío me humedecía el cuerpo, oí clara, distintamente, mi nombre pronunciado por aquella cabeza tronchada: "¡Ana, Ana!"

¿Era posible?

Mi pavor fué ilimitado; quise correr, gritar, moverme al menos; nada pude, y con la mano apoyada cerca de su pie derecho, que comenzaba á ponerse horizontal, quedé inmóvil.

—¡Ana, Ana mía!—repetió con voz humana, con entonación que nada tenía de sobrenatural.

Entonces, más tranquila, con una mezcla de cruel curiosidad malsana, de complacencia carinosa para el pobre ajusticiado, y de presuntuoso valor de mujer colocada en espantosa situación me aproximé un poco á la cabeza de mi marido.

Apenas entreabriósele los labios lividos, volvió á salir claro y distinto mi nombre:

—¡Ana, Ana mía!"

Quise contestar, darle ánimo, inspirarle confianza en mi serenidad, por la que de seguro temblaba, y sólo pude articular un tembloroso: ¿Qué?—como si apenas me atreviese á hablar.

El esfuerzo de la cabeza creció, creció grandemente; la vi congestionarse; tomó la marcada coloración del esfuerzo, y lanzando un suspiro, como para descansar del trabajo ejecutado, como de satisfacción por el triunfo, empezó á hablar con voz débil.

—¡Oh! Ana mía, qué inesperada dicha; verte á mi lado, acompañándome en mis últimos horribles momentos, cuando yo creí que, la vez en que nos miramos allí en el cadalso, era la última.

Como sufro, Ana; mis dolores en esta gran herida son insoportables. Cuánto he sufrido en unos pocos momentos. Mentira que no se sufra con esta muerte, mentira Ana, mentira; yo he padecido horriblemente.

Nada son los sufrimientos de la víscera comparados con los del día de la ejecución. ¿Nada valen!

Cuando pasé la noche oprimido en la camisa de fuerza, oyendo desde la celda la lóbrega, el ruido que hacían al clavar el tablado afuera, en la plaza, para matarme allí, oyéndolo, como oyen los espectadores en un teatro el chaveteo detrás del telón, cuando durante el entreacto preparan la escena, estaba yo completo! Y ahora... ahora sufro horriblemente mutilado, sufro mi cabeza que vive, aquí sujeta entre su cuerpo muerto, al que antes gobernaba, y el que ahora le presta un punto de apoyo, para que no rueda hasta el suelo. Siento en la cabeza, cómo comienza á enfriarse mi cuerpo.

¿Comprendes mi extraña situación?

¿Ay, cómo me duele el cuello cortado!

Oya es mentira que no se sienta dolor...

Al principio, la fuerza del golpe me dejó inconsciente, pero después, como se vuelve de la inconsciencia de una fiebre, volví á pensar, y con la misma violencia con que piensan los cerebros débiles de los febricitantes.

Mi pensamiento se aceleró en su marcha; se avivó mi memoria. Allí, dentro del cesto obscuro, he pensado rápidamente en mi pasado, en mi presente, en mi porvenir.

He recordado nuestros días de ventura, perdida para siempre; he recordado la noche de mi crimen.

¡Ojalá que á ese maldito lo hubiesen guillotina-



EL MUNDO ILUSTRADO

mado para que hubiese sufrido mucho, tanto como yo.
Siento como me destila la sangre por los agujeros abiertos, y me siento á cada instante más débil.
Y ya quiero morir, sería atroz que, cuando veagan los que han de hacer la necropsia de mi cuerpo—porque así está muerto—pudiera ver nada, como lo despedazaban. Si así es, si llego, toma mi cabeza entre tus manos, y como si fuese una cabeza de yeso, arrájala contra el suelo, hasta que salte en pedazos mi masa encefálica. Tú que quedas, díles que es muy cruel este castigo, que es crudelísimo cortar una cabeza para que piense y sienta, junto á su cuerpo degollado, muerto.
¿Por qué no parten mejor de un hachazo el cráneo del condenado? Así destruirían de una vez el "yo."
Cuando me depositaron aquí sobre la plancha, y pude ver mi pobre cuerpo contraído por las

últimas convulsiones, ¡cuánto deseé huir! nunca como entonces he sentido deseos poderosos de correr, y "senti" la ausencia de mis piernas, he "sentido la falta" de mis miembros; no pude acostumbrarme á la idea de no tener cuerpo, y me lo figuraba aéreo, insensible para mí, pero existiendo, y distinto del que tenía á mi alrededor, sangriento y desfigurado.
Si el espíritu sobrevive, después de mi completa muerte, porque esta es incompleta, ¡ay, horriblemente incompleta! experimentaré esta misma molestia por la falta de cuerpo, sentiré este mismo vacío que yo siento después de la cabeza?
La cabeza se agitaba, temblaba nerviosamente; su respiración (?) se hacía fatigosa, y empezaba á parpadear de nuevo.
Ahora siento en palpitaciones, con interrupción de breves instantes, repetida la crispadora caída del cuébillito de la guillotina.
Siento mas clara la impresión del contunden-

te y mordicante aparato, cayendo sobre mi pobre cuello.
—¡Dame la mano, dame la mano!—gritó febrilmente la cabeza de mi marido, y empezó á boquear.
Confusamente dijo por último: "¡nuestro amor nuestra hija!" Senti que yo boqueaba también; experimenté en derredor la impresión del vacío, la falta de mis miembros.
Para cerciorarme de que estaba yo completa, me llevé los ojos á la mano derecha que estaba pintada con la sangre del muerto, y.... no sé más.
Aquí, en esta cama del Asilo, he venido á despertar.
¿Me siento tan débil?
¿Cómo sentiría él, que sentía la destilación de la sangre, la destilación de la vida de su cabeza, con presencia de su cuerpo que empezaba á rigirse?

Francisco Zárate Ruiz.

El crimen de Copalillo.

Va á hacer un año que ocurrió el suceso trágico de Copalillo, del que resultó la muerte de dos estimables extranjeros: M. M. Dupin y Courmont, emparentado el primero con una respetable familia de Francia, y luchador incansable el segundo, que había fundado hacía poco tiempo su hogar en México con una joven señorita compatriota.
En los principios de las averiguaciones quedaron desfigurados de tal modo los hechos, que aparecieron los extranjeros como asaltantes, mas que como asaltados y víctimas de un crimen que horripila en sus detalles. En México se recibieron noticias bien distintas de ser exactas, y con ellas hubimos de formarnos el criterio de aconteci-

esa localidad se encontraban reunidos centenares de indígenas entre ellos las autoridades municipales de Oxtitlán y otras poblaciones cercanas á Copalillo, las que habian sido convocadas por Francisco Sánchez, Presidente Municipal de Copalillo.
Courmont y Dupin llegaron á Copalillo como á la una de la tarde del día 16 de Septiembre, en los momentos precisos en que iba á dar comienzo la corrida de toros que se efectuó en la plaza formada provisionalmente en el poblado; los que después ejecutaron el crimen se fijaron en la circunstancia de que Courmont llevaba sacos de dinero en su montura, los que despertaron la codicia de los lugareños. Los extranjeros pidieron á Sánchez un guía que los condujera á Xiotla, habiéndoseles proporcionado al indígena



José Basilio, Comisario 1º de Oxtitlán. Francisco Sánchez, Presidente Municipal de Copalillo.

en la persecución que se les hacía por la muerte de Alumbre.

En este lugar, en donde se dió alcance á Courmont, fué también en donde se cometió el robo y distribución de botín del dinero, alhajas y cuanto llevaban los franceses.

A Courmont se le condujo sujeto por los brazos y por su propio pie hasta un punto retirado de Ahuastitlán unos doce kilómetros, á la falda de un cerro llamado Halixtecatzapa, en un paraje que se conoce con el nombre de Copango, suspendiéndolo de las muñecas á un árbol y disparándole más tarde varios balazos, que acabaron con su vida. El cadáver lo condujeron hasta el paraje de Tlattepechi; ahí explicó Sánchez á sus cómplices que dejaran que, perseguido Courmont, se había echado al río, habiendo tirado el mismo Sánchez la carcacha de Courmont al agua.

Terminada la tragedia, los autores de ella se retiraron con el producto del crimen. Las primeras averiguaciones judiciales ninguna luz daban en el asunto; pero más tarde, cuando se abrió el período de las revelaciones y que la Justicia se propuso abrirse paso, variaron las circunstancias que cubrían el crimen horrendo: en fuerza de trabajos ingeniosos, de una labor dura y continuada por parte de los señores Juez Carlos M. Gil y Jefe Político Ismael Zuñiga, se logró el esclarecimiento de los hechos, llegar al conocimiento de los sucesos, hasta el punto de que nada hay oculto ahora para la justicia. Cuantos tomaron participación en el crimen están bien asegurados y solamente faltan algunos puntos de trámite para dictarse la sentencia, que será dentro de muy breves días.



M. J. Dupin.



M. Albert Courmont.

mentos que permanecieron envueltos en el más profundo misterio por espacio de varios meses, hasta que la Justicia se abrió paso por los tenebrosos senderos que ocultaban la verdad de los sucesos.

¿Cuáles fueron éstos? ¿Cuál el móvil de un crimen semejante? La codicia de un analfabeta mal aconsejado por sus propios instintos y el deseo immoderado de apropiarse de un dinero ajeno, del de los franceses que viajaban por aquellos rincones del Estado de Guerrero, casi deshabitados y dispersos entre penascos y arroyos, en medio de una tierra de fuego y alejados de los centros donde moran las colectividades ilustradas.

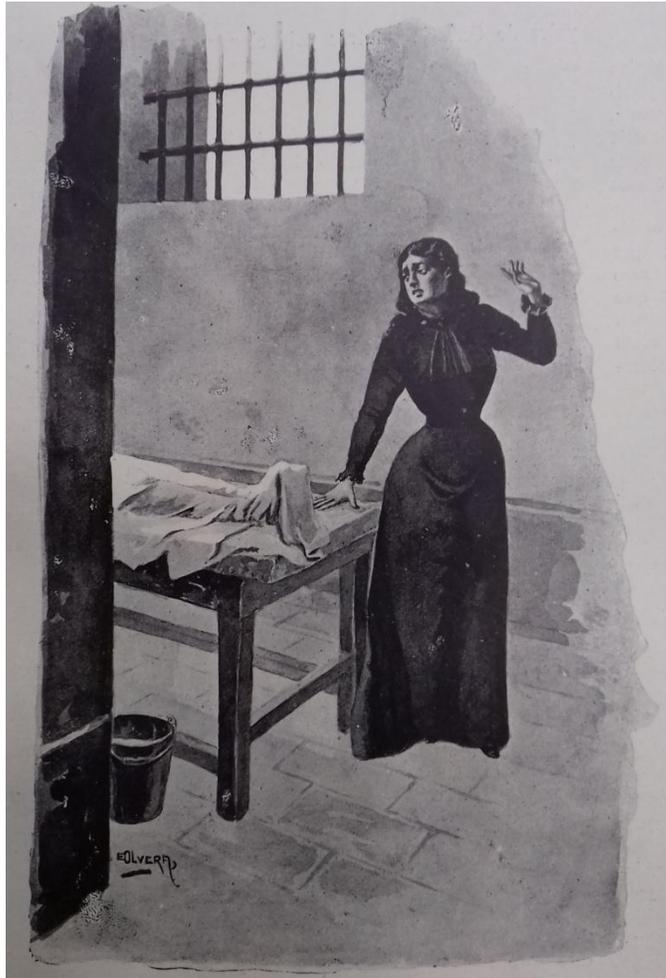
Se celebraban en el pueblo de Copalillo las fiestas patrias en Septiembre del año de 1899. En



Ahuastitlán, en la margen derecha del río. Lugar adonde fue asesinado Dupin.



Lugar adonde estuvo sepultado el cadáver de Courmont.



Olvera, ilustración para “La cabeza parlante”, en *El Mundo Ilustrado*.

SON LOS SUEÑOS QUE PASAN...

DE UN LIBRO PARA ELLA.

A veces tu recuerdo se condensa en mil formas extrañas; huye el día y en rojo funeral, sobre la inmensa extensión del azul la tarde piensa y yo pienso con ella, virgen soñal!

Pienso en tí! Cae! el sol... Alguien me nombra, una voz—muy lejana!—de reproche. Y clavado de horror sobre la alfombra, con los ojos abiertos en la sombra te busco entre los sueños de mi noche.

El primer sueño.

Y un sueño viene á mí. Cruza la sala con un halo de fantasma, y se divulga un rumor ideal si bate el ala y es tan puro como una colegiala vestidita de lino, que conculga.... La fe de mi niñez!

El segundo sueño.

Sigo un scherzo inefable, que el ánima me roba y otro sueño se acerca, entre el disperso enjambre y es azul: el primer verso que escribí, niño y trémulo en mi alcoba.

El tercer sueño.

Y llega un sueño rosa—oh paraíso!—y sueño no sé que dulces resabios: es el beso primer que de improviso le dejé á una muchacha que me quiso, cierta noche de Abril, entre los labios.

El cuarto sueño.

Y luego un sueño púrpura: ni el cielo arde tan vivo cuando el sol navega. Le conozco muy bien: el primer color! Mas si ya no sé odiar! si ya el Océano murió en mi corazón.... que tarde llegal!

Ella.

Y por fin vienes tú; con el sedoso pelo envueltas mi frente atormentada y al oído me dices: pobre duñío, lo mejor de mi ser es ser un sueño, un copito de luz, un eco.... nada! Y suspiras "¡adiós!" y en el tranquilo azul en que cada astro es como un broche de trémulo cristal, hallas asilo.... mientras surge el menguante y con su filo guillotina la testa de la noche!

Kriens, Agosto 4 de 1900.

Amalia Weiss

LA BRUJA.

Cuando ya sólo se oía en la cárcel el alarido de las centinelas que rodaba por todo el espantoso edificio, y el alarido de la campana de voz serbia y pausada, alertas igualmente lágrimas, tristes, con tristeza desesperante, él y yo en nuestra celda de distinción, jugábamos á las cartas el pocker, para pasar el tiempo.

El me decía mientras barajaba: Si, en esta vez en que mi crimen es más disculpable, en esta vez en que soy, relativamente, por supuesto, menos criminal que en las otras, cuando lo vivido aquí durante algunos meses, va á ser cuando la justicia, popular, esa justicia un poco risible, me va á imponer mayor pena que todas las que he cumplido "obedientemente;" ¿quién sabe si la de la muerte!

Es que ellos no pueden comprender que haya un hombre que cometa el crimen en las circunstancias en que yo lo cometi.

Pero usted que es literato, puede comprender esos crímenes que parecen tan repugnante, sólo por un olvido mío, sólo por una torpeza.

Ese olvido, esa torpeza y una cobardía pueril que me avergüenza, son las causas de que yo esté aquí; pero si no fuera por mis torpezas, por nuestros olvidos, por esos defectos que hacen la imperfección del crimen, no habría en esta cárcel tantos infelices, y no estaría tan ufana la policía de sus triunfos.

Bien; volvamos al asunto,—y sin consultarme suspendió nuestro juego, y siguió barajando á veces nerviosamente, á veces celando las cartas antes su vista en "albueros" que parecía jugar en la memoria.—Este es el caso—siguió, mientras procuraba destilar en el vaso las últimas gotas de la botella visiblemente vacía. Llegué huyendo de aquel pueblo, en donde amaneció muerto uno de los vecinos ricos, y luciendo elegante traje de marca de hechura norteamericana.

Mi lujo llevaba á mis amigos á buscarte para que cambiase á su vista, y en pago de algún brique de que habían disfrutado, una moneda de

Al colampiar-se las enaguas, descubrían las chanelitas que calzaba la vieja, y un pedazo de la media blanca.

¡Oh! yo no creo haber sido cobarde, pero esa noche, al pasar rápidamente á su lado para dejarla la nariz, sentí un calorío que me entró por el cerebro y me bañó todo el cuerpo.

Al llegar á la esquina volví la cabeza, avanzaba poco á poco, balanceando las amplias enaguas que me dejaban al descubierto las chanelitas y las medias. Eran las dos manchas blancas que se destacaban en la obscuridad de su cuerpo: la cara y las manos. Aquella cara de cadáver que aterrizzaba; yo no creo en apariciones de muerto, por supuesto, ni en la existencia de las brujas, pero de ambas figuras tenía; de muerte y de brujas.

Aquella noche la vi en el sueño; la misma cara cadavericamente blanca; los ojos pecunios de mirada torva y las enaguas redondeadas que se balanceaban descubriendo las medias blancas.

¡Bah! la preocupación de una noche. No; al día siguiente doraba mi fea impresión. Y al tercer día creí verla al volver una esquina, y temblé.

En la noche me propuse ir al portal; quizá por allí fuera á su casa todas las noches; y la vería de cerca, y me desimpresionaría yo; sólo quedaría, naturalmente, la impresión de asco, porque eso sí; era asqueroso la vieja, la arpía, la bruja, con su cara abundantemente enharinada. Supe que se ponía polvo de almidón sobre el cutis engrasado.

Llegó; la distinguí á lo lejos, atravesaba la plaza, viniendo del Zócalo.

Por junto á una columna entró.

Me acerqué, y mi impresión se alivió, se fijó lamentablemente.

El mismo calorío me entró; me crispé los nervios, y sentí grandes deseos de arrojarle encima y hacerle daño.

Una mañana con amigos que me acompañaban, la encontré por el mismo Portal, seguramente era su costumbre pasar por allí para ir á su tugurio; un cachetillo tan asqueroso como ella, sería su dormitorio, su habitación no, porque habitaba en la calle; quién sabe en dónde?

Interrogué á mis amigos; ¿quién era qué hacía aquella mujer, á lo que fuera?

¡Ah! me contestaron; era "La Bruja", una limosneta vergonzante, una miserable beata que vivía de la caridad pública, con las caridades de los ricos.

"La Bruja"; así me había parecido. Era su aspecto, el de las legendarias brujas que figuran en los cuentos fantásticos.

Y cuantas veces la encontraba, y la encontraba, dos enamoradamente, muy á menudo, me horripiló de igual modo, y sentí los mismos impulsos de arrojarle encima y maltratarla.

En muchos años la vi. Llegué á temerla, y en cada mujer que vestía de negro, y que miraba yo venir á lo lejos, era la encontraba.

Un día observé que á cada paso mi capital se iba consumiendo, y mis negocios iban siendo más malos; perdía yo en el juego, y una tarde, en que en unos Bolches intenté extraer del saco de un elegante amigo mío que jugaba en pelotas de camisa, la gané era que yo había visto henchida de billetes de Banco, lo vió, y tuvo que hacerle creer que era una broma. Acaso lo creyó ó apartó el cerebro; me habia visto gastar demasiado, y enseñarle poco antes, al día una lunosa! no pocas monedas de oro que aún le quedaban.

Comencé á sentirme verdaderamente enfermo. Sentía una gran intranquilidad, un sobresalto constante.

Algunas veces me parecía que era yo víctima de



Francisco Zárate Ruiz, "La bruja", en El Mundo Ilustrado, año VII, t. II, núm. 9 (26 de agosto de 1900), p. [10].

Domingo 26 de Agosto de 1900.

EL MUNDO ILUSTRADO

una persecución oculta. Sin embargo, las autoridades no me buscaban; se habían olvidado un poco de mí. . . . ¿No era "La Bruja"?

Y me avergoncé de haberlo pensado siquiera un momento.

Una noche á la salida del teatro, cuando ya habían apagado todas las luces, en el interior, y sólo una puerta quedaba entre cerrada para que salieran los artistas, al salir del brazo de una corista la vi ó creí verla, yo no sé á punto fijo, pero sentí el peso de su mirada torva encima de mí.

La luz roja de los focos del pórtico le chorreaba por el cuerpo, y le daba un aspecto extraordinariamente fantástico, temblaba en verdad.

Mi deseo de arrojármele encima y golpearla, se hizo imperioso, intolerable.

¿Si no hubiese sido por la surripant!

Como si alguien me la hubiese disparado enfrente, con certera puntería, se me entró en el cráneo y allí se me adhirió la idea de que mi malhechor era "La Bruja".

Seguí encontrándola con frecuencia; me crispaba los nervios, no podía yo remediarlo, y me entraban las ganas de arrojármele encima, y tomarla por la cabeza, y sacudirla haciéndola describir con los pies un elipsoide; así he visto á algunas mujeres dar muerte á las gallinas.

"La Bruja", y á mi pesar pensaba yo en las maldades de cabellos y en los brevajes de que se oye hablar á los sirvientes, y con los cuales han embrujado á sus parientes ó amigos.

A veces me parecía que, como en las comedias, por artes ocultas, aquella vieja asquerosa sabía de mi último crimen, y me vigilaba, y me amenazaba con su mirada torva.

¿Sería esa mujer la causante de mi aprehensión y mi sentencia?

Pero, ¿era eso posible?

Bueno, seguramente que no existen las brujas, pero si existieran, ¿sentirían así, tan desagradablemente, tan atrozmente, los embrujados?

Y me volví hurao y malhumorado.

A menudo volvía la cara, cuando caminaba, porque tenía que me seguiera. Una noche, al llegar á la esquina de la calle en que yo vivía, tuve la seguridad de que la encontraba en esa calle aguardándome hipócritamente para luego pasar como si nos hubiéramos encontrado por casualidad, y me volví en busca de amigos.

(El prisionero se levantó repentinamente sonriendo, como si hubiera tenido una feliz idea y se dirigió al lugar en que estaba la lamparilla de alcohol, con la cual calentamos algunas veces nuestros alimentos; vació en la copa el aguardiente que había, lo mezcló con agua y lo bebió. Después, haciendo chasquear la lengua volvió á sentarse.)

—La encontré al atardecer y me ocurrió seguir la por entre la multitud que á esa hora se arremolinaba en las calles.

Acaso era mejor hacerse su amigo, pero ¿cómo? Tendría desconfianza; le extrañaría mi resolución.

Veremos—me dijo—y la seguí.

Pareció notar lo con disgusto, ¿y qué? Cuando tuvo la seguridad de que la seguía, aceleró su marcha; casi corría, con torpe carrera de vieja. Entonces ¿era ella la que me temía?

¡Ah! la seguiría á cualquier parte que fuese, y me quedaré atrás, bastante atrás; podría yo distinguirla desde lejos; tanto particular era su aspecto, ¡ay! demasiado fija llevaba su imagen.

Después de cruzar callejones sin empedrar, llenos de baches pestilentes, llegamos á una callejuela muy estrecha y oscura. Sólo un farol opaco, á la mitad del arroyo, dejaba caer su luz lánguida desde el alambre en que se columpiaba tristemente, como el cadáver de un ahorcado.

Llegó á una puerta baja y estrecha, y sacó la llave. Á tiernas halló la cerradura y abrió.

Cerró tras de sí la puerta, antes de encender la luz, y cuando prendió la cerilla, se iluminó una ventana que había al lado de la puerta.

La vieja fué pausadamente á cerrar con toda precaución, las maderas de la ventana.

¿Habría yo emprendido en balde mi larga caminata?

Con una última esperanza atravesé la calle, y llegué á la ventana.

Por una amplia hendidura de la madera vieja, se asomaba la luz.

Sosteniéndome á pulso con las manos fuerte-

mente prendidas á los hierros fríos de la ventana, apenas rosando con las puntas de los pies la pared, quedé espionando al interior del cuartucho.

Con la juiciosa lentitud de los viejos, "La Bruja" pliegó cuidadosamente su tápalo verdoso, desanudó de su cuello una mascarada blanca, y la dejó sobre la cabecera de la cama. Hasta ese día le vi el busto, pues siempre lo cubría completamente el verdoso tápalo.

Del cuello le pendía una camandula de toscas cuentas negras, y rematada por un gran crucifijo. Al lado izquierdo, como condecoraciones, tenía prendidas medallas con listones azules.

De pronto la perdí; se alejó, y no la alcanzaba mi vista, pero luego volvió.

¿Qué iba á hacer?

Levantó el colchón, y de debajo sacó un bulto.

Tomó asiento sobre la cama, y en la confianza de que estaba sola, cruzó una pierna con la cual dejó al descubierto la otra, horriblemente flaca, forrada con la media blanca que remedaba las arrugas que cubría.

El bulto era algo envuelto en un pañuelo. Lo desanudó ayudándose con su desdentada boca, lo desenrolló, y después otro lienzo que también envolvía aquello. Al fin apareció un sobre de carta viejo, surcado de arrugas y dobleces, y sacó, ¡un paquete de Billetes de Banco!

Entonces abrió su chaquetilla, y de junto al seno plano, negrozco, ajado, sacó otros billetes, y los unió á los atesorados.

El producto del día, ¡explotaba bien la caridad póstica!

Confieso que el ladrón saltó en mí, y mi deseo de arrojármele encima, se hizo mayormente irresistible, intolerable, imponente.

Era un magnífico pretexto ante mí mismo, para darle muerte.

Además, la ocasión era propicia; había soledad y oscuridad.

Pero, ¿cómo iba á hacerlo? Yo sólo llevaba un revólver, y la detonación llamaría impertinente.

¡Ahorcándola! ¡era tan fácil fácil sí, pero me aqueaba tocar aquel cuerpo. ¿No me acordaría con su mirada torva? ¿No iría ella á darme muerte, al contrario de que yo se la diera?

Entonces. . . .

Y ¿cómo llamar? ¿fingiría la voz? No sabía su nombre ni el de una amiga suya; no era buen pretexto.

¿Un desconocido? No abriría.

¡Ah! la policía; un reo que se había ocultado.

¡Bah! me lavaría las manos después, como aquella vez en que despedí un sombrero grisiento que me empujó los dedos.

Esperé á que guardara de nuevo el dinero, y llamé con fuerza.

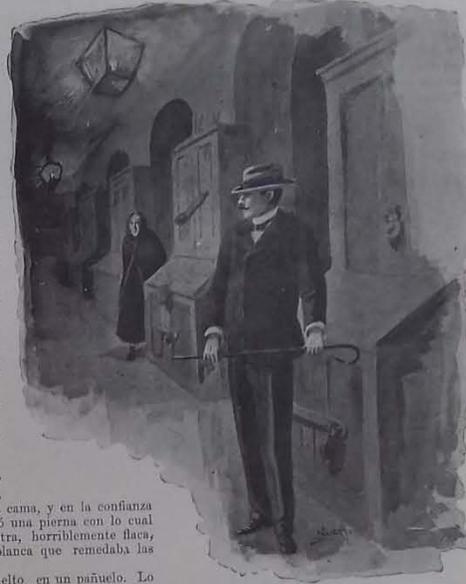
La ví por el ojo de la cerradura, lividecer extraordinariamente, temblar, temblar fuertemente, cubrirse mejor con las ropas de cama; ir de un lado para otro, quitando de sus lugares los objetos y volviendo á dejarlos allí mismo, y gritando que no sabía, que no sabía, haciendo señas desesperadas con la mano derecha sobre el hombro, como para que me alejara, como de que no quería oír: "¡allí no tenía á nadie; era sola."

¡Solté! ¡Ya lo sabía!

La intimidé; si no abría, ¡la autoridad! abriría por la fuerza.

Cuando apenas entreabrió, de un fuerte empujón la separé, y le apliqué violentamente su cabeza abrazada con mi brazo izquierdo, contra mi pecho, mientras con la mano derecha daba vuelta á la llave prendida en la chapa.

Se resistía, y la codicia y el temor le daban fuer-



zas á la maldita vieja; pero unas fuerzas muy relativas, fuerza semi.

La llevé hasta su misma cama, y allí la tendí y le introduje en la boca su propia mascarada blanca.

Después puse mi mano en su cuello, y oprimí, oprimí.

¡Qué horror! ¡Cómo sentía yo sus nervios viejos bajo mis dedos ateneantes!

Se retorció, se acudía, levantando los brazos y las piernas, enseñándome su cuerpo apegaminado, y yo oprimía, oprimía con gran horror, con "miedo." En medio de sus ansias, tendía la mano y buscaba algo, algo que le interesaba mucho en sus últimos momentos; los billetes; después lo he pensado.

Entonces sólo pensé en el horror que me inspiraba; sus ojos se abrieron desmesuradamente; manos se abrieron tanto en su vida, como en el momento de su muerte. Se relajó en la boca desdentada de labios amoratados y secos, y asomó la lengua colgante.

Por última vez me arrojé á la cara su aliento ya muy débil, un aliento fétido.

Y cuando desprendí de su cuello mi mano, y la ví muerta, y me ví solo en aquel cuartucho, un terror incomparable se apoderó de mí; me miraba, es decir, tenía los ojos abiertos fijos en mí, y sentí el mismo calorío en mi cuerpo que cuando me miraba estando viva.

Me pareció que iba á levantarse; unos deseos irresistibles de achir á correr, me entraron de repente, y abrí, y corrí desesperadamente. Corría por los callejones oscuros y estrechos, haciendo saltar el todo al pisar, y enfangándome las ropas y la cara.

La sentía detrás de mí, sentía su mirada, y corría más y más.

En una esquina un policía me detuvo; ¿á donde iba yo, corriendo, sin sombrero, con el traje enfangado, y el rostro enrojecido, sin poder hablar por la sofocación?

¿Lo sabía yo acaso?

Y no quiso oír mis ruegos que, ya un poco sereno, le dirigí para que no me aprehendiera, y me llevó á la inspección de policía.

Pero después llegó otro guardián pidiendo una camilla; llevaba mi sombrero! el sombrero que "había dejado junto á la muerta el asesino".

Y si hubiera sido por robarla, se explicarían los jurados un asesinato así; pero no, ni eso. Se necesita tener el vicio de matar—como me decía el

Juez—para dar muerte á una pobre vieja indefensa, con tanta crueldad, para gozar con ese crimen. ¿Gozar! cuando ha sido la vez en que, con más asco he puesto mis manos en un cuerpo.

Recuerdo horripalado la impresión de sus nervios viejos bajo mis dedos ateneantes; la impresión de su piel ajada y sudorosa, y la vista de su cuerpo apesagumado.



Y ¿ve usted como mis presentimientos se cumplieron? "La Bruja" fué la causante de mi aprehensión y lo será de mi sentencia, de mi desgracia.

Aún después de muerta sigue siendo mi malhechora.

El prisionero se llevó por manía, el vaso vacío hasta sus labios febriles, y dijo suspirando: —Lo que siento es que esta noche no podré dormir, por el recuerdo de "La Bruja;" además, ¡sin una gota de alcohol!

Francisco Zárate Ruiz.

EL NEVADO DE TOLUCA.

El Nevado de Toluca, el Xinantecatl (Señor desnudo) como lo llamaban antiguamente, es la preciosa montaña que se levanta al Sur del extenso Valle de Toluca y es un vetusto volcán, del cual casi no se tienen noticias de haber hecho erupción formal en épocas históricas, aunque se ha mencionado alguna vez que arrojó humo y cenizas.

Y decimos que es un viejo volcán, porque en sus formas graciosas y elegantes, en los muros desgarrados de sus cimas, en las paredes gigantes de sus cráteres se demuestran los largos períodos de tranquilidad como ha pasado y la devastadora acción del tiempo, á las riadas de nieve, las lluvias, los torrentes y el fuego, origen de tan colosal fuerza que lleva sus flancos, allá abajo, hasta los Valles calientes y fértiles de Brava y de Tenancingo.

Entre el límite de las llanuras no menos ricas del Valle de Toluca, hasta la altura donde la atmósfera favorece el desarrollo de la vegetación, dilatados montes se extienden en magnífico tapiz, desgraciadamente devastados por la mano imprevisionera de los hombres; pero la tierra, feliz en otro tiempo, calcinada por las lavas, arrojada por las masas de ceniza, substituye bien pronto, con



Vista del gran Cráter, tomada en el lago Sar.

el delicado retoño, el tronco despedazado por el indio ó el árbol derribado por el rayo en los momentos de tempestad desecha, como es frecuente en aquellas soledades del Xinantecatl.

Más arriba, en donde el aire ya delgado y frío impide á la planta crecer, sólo se encuentra el mustio líquen, una que otra planta que apenas puede arrastrarse por el suelo, ó el débil zacate que mueve su espiga dorada al menor soplo de aquel aire enrarecido y helado al contacto de las masas de hielo escondidas entre las anfractuosidades de las rocas, áncas lugares en donde es posible la acumulación de las nieves á la altura de solo cuatro mil doscientos metros sobre el nivel del mar.

Sea que se acienda á la montaña directamente por la ciudad de Toluca, ó por la de Calmacyan de Díaz González, lo que es más cómodo, aunque un poco más largo, se atraviesan los montes en dos ó tres horas de agradable jornada, en medio de corpulentos árboles, del pino aromático, del oyamel, cuyas bases cubiertas de verdura y el panorama que se desarrolla á través del tupido follaje, dejan una impresión de las más persistentes por la belleza del conjunto.

Ya fuera de la vegetación, el panorama abierto del Valle de Toluca, con sus innumerables sembrados, distribuidos como los cuadros de un tablero de ajedrez, los grupos de arboleda, los pueblitos inmediatos primeramente reclinados en las faldas de los pequeños volcanes, hijos ó parásitos del gran Nevado, dejan en el ánimo impresiones imborrables.

Cuando se ha alcanzado la cima del coloso, el espectáculo cambia súbitamente, y entonces hay un sentimiento de pavor y de grandeza. Un inmenso circo profundo y abrupto, con rampas gigantes que parten de agujas colosales coronantes de las cimas del antro, en donde elaboráronse los acontecimientos que han engendrado los vómitos inmensos de cenizas y de lava acumulados ahora al derredor de la inmensa cavidad, se destaca entre aquellas casi inaccesibles alturas poco trilladas por el pie humano.

En el fondo lagano y velado por la mucha luz del medio día, un lago de aguas azules y sombrías yace muerto; en él se reflejan los altos muros que lo circundan y pedruzcos de cielo muy azul, como es el azul de las altas regiones de la atmósfera.

El silencio es imponente; sólo lo interrumpen una que otra masa de roca que se desprende de arriba y que al rodar al abismo se pierde en mil pedruzcos, ó por el chirrido de las auras que pasan



Laguna chita.

veloces rasando con sus alas las crestas dentelladas.

Una noche en estas alturas es solemne. Metido en un rincón de las rocas en que se busca abrigo, se siente el caminante en otro mundo, enfrente del inmenso circo que entonces parece perderse

en la profundidad de las aguas de color negro que se ven como la boca del abismo por donde se tría al misterioso recinto de las ciclopes.

Del otro lado de un grande mamelón se descubre un pequeño lago, también de aguas azules, rodeado de una angosta playa arenosa que semeja el borde de un oasis.

En la anterior relación dejamos transcritas las ideas de la persona que nos suministró estos datos y las fotografías que corren adjuntas; hemos pretendido trazar del modo más adecuado, como manifestó el autor del viaje, la grandiosidad de este volcán apagado, que ahora es poco frecuentado. Dicha persona forma parte de uno de los establecimientos científicos que posee el Gobierno Federal en esta ciudad; él solo comprendió la marcha hacia la cuspide del Xinantecatl y recorrió las partes de la inmensa mole, que son accesibles al hombre.



El pico más alto del gran Cráter.

Es de sentirse—nos manifestó el entrevistado—que nosotros los mexicanos, poco amantes del sport, no asistamos con frecuencia á admirar las grandes soledades de nuestras hermosas cimas nevadas, y que el Xinantecatl, una de las más grandes montañas de México, sea poco conocida aún de nosotros mismos, sobrando elementos para llegar hasta ella, preparar sus alas, subir hasta la cumbre y bajar hasta la sima, hasta la base espléndida de solemnitales de natura y digna de ser conocida y descrita.

Las fotografías de que se tomaron los grabados que figuran en este artículo, fueron hechas por el mismo excursionista científico, en lo más elevado de los picos y en lo más bajo de aquellas inmensas profundidades. Nadie hasta ahora había



El lago mayor.

dado cuenta con los misterios allí reinantes, nadie había preocupado de fotografiar la naturaleza en sus antros y abditos del Xinantecatl, del Señor Dormido, de las edades prehistóricas del país.

EL COMICO es el periódico ilustrado de mayor circulación en la República, consta de 20 páginas semanales, impresas en papel superior.

Obsequia en cada número 14 páginas de novelas escogidas, de las cuales pueden hacerse volúmenes separados.

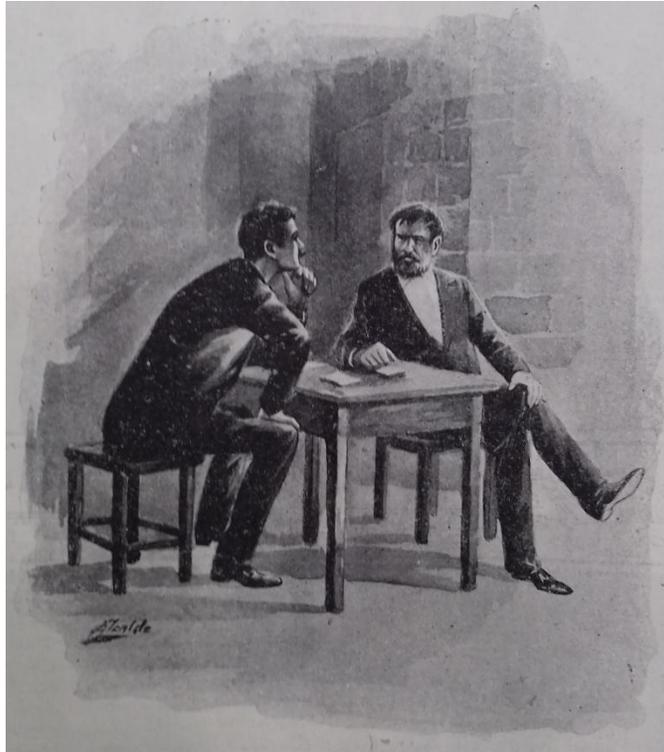
Se ocupa de asuntos serios y humorísticos.

Se ilustra con dibujos bien ejecutados y con fotografías tomadas del natural.

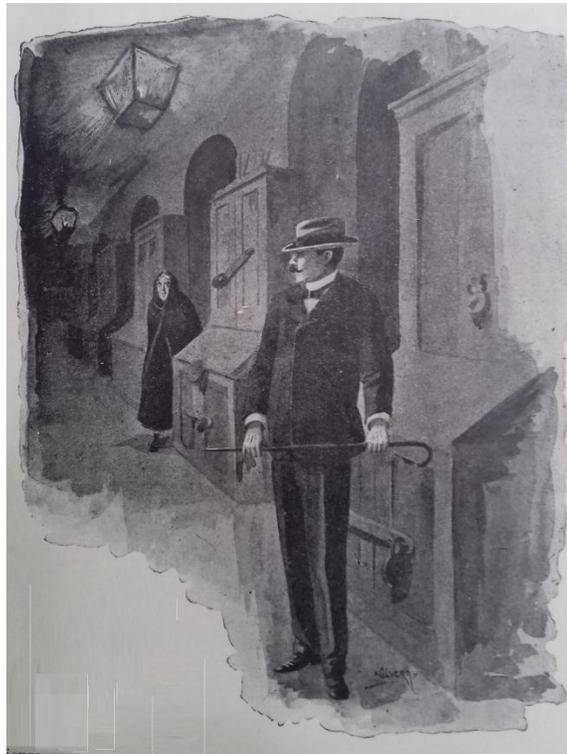
La suscripción mensual vale sólo cuarenta centavos.

Los pedidos pueden hacerse enviando el valor de un trimestre en giro postal ó timbres, dirigiéndose á R. Muraglia y Ca.—México, Apartado número 20 Bis.

En el número de esta semana y en el próximo se publicaran las más notables caricaturas que se conocen de los soberanos de todo el mundo.



Alcalde, ilustración para “La bruja”, en *El Mundo Ilustrado*.



Olvera, ilustración para “La bruja”, en *El Mundo Ilustrado*.



Olvera, ilustración para “La bruja”, en *El Mundo Ilustrado*.

GUSANOS

Había llegado cuando ya estaban en clase todos los alumnos sus compañeros, y allí en el escalón de la puerta del Gimnasio tomó asiento.

Balanciando presurosamente la pierna cruzada sobre la otra, el estudiante repelía sin entender los renglones franceses del tratado de Química que sostenía abierto sobre la rodilla.

Sus nervios inquietos, le impelían fijar la atención en lo que leía.

Estaba triste por no haber entrado a la clase; era natural que hubiese llegado tarde; ¡habían acabado su trabajo cuando ya iba tan avanzada la noche!

Pensaba en su vergonzosa miseria—¡es una vergüenza ser pobre!—en aquella miseria subrayada ante sus ojos, por el desprecio acoz del sirviente imbecil, de aquella casa a donde fué en busca de apoyo, la casa de un poderoso, a quien ni siquiera llegó a hablar.

Pensaba en su desventura, en la mala hora en que, sus padres pobres por honrados, cometieron el error de hundirlo en la escuela Preparatoria,



cuando bien podían haberlo llevado a un taller, haberlo puesto a disposición de la industria, de la agricultura. Así habría sido más útil a sí mismo y a la Humanidad, lo sería, si llegaba a obtener el difícil título, defendiendo malas causas porque de seguro, si quería prosperar, tendría que aceptar todas las que se le ofrecieran; reconvencía a sentirse con pocas fuerzas para ser honrado!

Pensaba en las injusticias, y recordaba a aquellos figurantes sus compañeros de banco en las aulas que, si en la Escuela solían recurrir a él en consulta, cuando no entendían bien un problema científico, apenas si le saludaban en la calle, distimuladamente, avergonzadamente, porque los veían, sus iguales, los aristócratas.

¡Oh! sus compañeros de banco, que sólo consumían su tiempo en los corredores, gastando tabaco, y a fin de año iban a presentar ante sus sinodales los rostros enrojecidos y sudorosos, acaso por un resto de vergüenza, acaso porque en esos momentos sentían lo poco que valían, pero que, casi siempre eran aprobados, y después, repuestos, dueños de sí salían sonrientes, orgullosos; porque sabían que, si lo deseaban, podían desahuciar con monedas arrojadas a distancia a los atrevidos que se refirieran a su ineptitud.

Y ellas no tenían que hacer traducciones que tan mal pagaban para poder comer.

Pensaba que aquellos cuya ideal era un hermoso caballo, y cuyo orgullo hipelaba la posesión de una hermosa levita, no tenían lucha.

Y bien, si llegaba a triunfar, mayor sería su mérito, más grande su triunfo, cuanto más cruenta fuese la lucha; pero empezaba a flaquear; ¡se sentía tan débil moral y físicamente!

La infirmitad a cada paso mordía su cuerpo delicado, y lo hacía más inepto.

Cuando veía tan lejos el día de la recepción, el día en que iba a adquirir una arma que después necesitaba aprender a manejar, entonces sentía

deseos de arrojar lejos el libro, y salir a emplear sus energías, aquellas energías que sentía en su interior reveladas por el inquieto deseo de hacer algo, algo ineficientemente.

¡Pero, y ¿qué iba a hacer? ¿en qué iba a trabajar? ¿Sabía hacer algo que no fuera estudiar?

Recurrió a sus dos compañeros que habían cambiado los asientos de las aulas, por el alto banco de un escritorio en una Notaría, y por la docencia de ella ante la mesa constelada de periódicos, de una Redacción.

¡Pobre amigo que gastaba sus energías en la abrumadora tarea de "hacer gacetilla!"

Si él hubiera tenido dinero, otra fuera su suerte; y aquellos que seguían en la Escuela, porque tenían el mérito de ser ricos, aquellos que con tantas facilidades alcanzarían el triunfo, mañana cuando encontrarán al pobre gacetero, le negarán el saludo, y el gacetero tenía talento, más talento que muchos de ellos!

¡Oh! él también empezaba a sentir la rabiosa envidia de la impotencia.

Quiso tranquilizar sus nervios inquietos, y con cuidado puso la vista en el libro, pero su mirada después de vagar locamente por los renglones científicos, después de saltar por entre ellos distraíblemente, como mujer insubstancial, rodó hasta el suelo.

Dos gusanos se arrastraban, alejándose del césped, por las losas húmedas del patio.

Y el estudiante con el codo apoyado sobre el libro y sobre la mano la barba, quedó mirando fijamente a la pareja de insectos.

¡Fleaban y desplegaban pausadamente, como si les costara gran esfuerzo, los anillos de sus redondeados cuerpos y avanzaban poco a poco, muy poco a poco, sobre el suelo, arrastrando como pensativamente los cuerpos atrecioplados.

¡Oh! cuánto trabajo para avanzar tan poco, y qué manera de avanzar, arrastrándose contra el suelo!

¿Qué pena!
Recordó a su buena madre que, cuando él se desesperaba por su mala suerte, le aconsejaba que viera hacia abajo.

Y ¿por qué? Aquella desgracia no lo consolaba.

¡Infelices gusanos! Con qué temor avanzarían, sintiendo en los anillos de sus cuerpecitos el frío del miedo; cualquiera que pasase distraído, los podía matar.

Era tan fácil para el hombre matarlos, y ¡sin peligro!

Si hubiera podido defenderse, igualar con una arma las fuerzas, como pueden hacerlo los hombres, no los apresarían tan fácilmente, ni los matarían los desocupados niños que recorren los jardines.

¿Qué vida! sin poder nunca levantarse del césped, sin poder nunca erguirse.

A merced del primer pie brutalmente humano que deseara despedazarlos.

¡Sin tener un aguijón para herir la mano aprisionadora; sin poder defenderse del puñetazo de una gallinácea.

Eternamente, siendo víctimas de la injusta ley del más fuerte.

¡Oh! aquella monotonía del verite.

Así como los hombres desean algunas veces dejar la ciudad, cambiarla por el campo, así ellos desearían alguna vez dejar aquel campo, su campo, para ir a cualquiera otra parte; por eso huían del jardín, se alejaban arrastrando sus vientres por las negruzcas losas húmedas del patio.

Si hubieran podido cambiar la patriarcal agua insalubre, por el negro café engendrador de en sueños, pero. . . .

Y seguían los infelices, gusanamente, arrastrando con pena, contra las losas húmedas, los anillos de sus redondeados cuerpos.

¡Vida triste é inútil!

¿Y sus placeres?

¿Cuáles serían esos placeres de gusanos a que pudieran entregarse?

Su placer sería el amor, el eterno amor impuesto por la Naturaleza a todos los seres.

Y cuando fueran felices, con esa su única felicidad de gusanos, un pajarillo que saltara por entre la verba, se los sepultaría en el estómago.

¡Triste condición de gusanos!

Y sintió compasión por ellos, por su desgracia.

¿Desgracia?

¿Serían de veras infelices? Y ¿por qué?

Seguían caminando muy poco a poco, plegando y desplegando con suave elasticidad, con delicadeza, casi con elegancia, los anillos de sus cuerpos de un hermoso negro con salpicaduras de oro.

¡Parecían gozar acortando sus cuerpos, y al caminar parecían contorsionarse de un lado para otro, con la contorsión de la voluptuosidad.

¿Quién sabe si eran amantes, y se iban a buscar un sitio a cubierto de miradas ajenas, lleno de sombra, en donde entregarse a las delicias de su amor?

¿Amor? . . . y palpó los bolsillos de su chaleco, vacíos, mustos, con las bucas plegadas.

En aquellos pequeños cerebros no podían caber esos temores, no podía caber la conciencia de su desgracia, no podían ennegrecerse con las tristezas. ¿Quién sabe si eran felices en su desgracia!

Se entregaban a los gozos que podían proporcionarse, y vivían ajenos a los peligros que pesaban cerca de ellos.

Vivirían su corta vida en molin de la felicidad, una estúpida felicidad, pero felicidad al fin.

Para él eran desgraciados, porque él podía pensar su desgracia, ¡pero ellos!

Arrastraban su vida por el suelo, sin pensar en más—¿en más ó en nada?—como ennegrecidos continuamente con el molin del desprecio, para todo lo que les rodeaba, el desprecio absoluto para todo, el desprecio general de la atrevida estupidéz.

Tenían su alimento y su lecho verdes. ¿Qué más? Sus dolores. . . Un sabio cita para apoyar su teoría de que no sufren dolores los insectos, el caso de la mar-popa, que no sólo sobrevive largo tiempo con un afiller atravesado en el cuerpo, sino que toma avidamente el alimento que se le acerca.

¿Eran felices! más felices que él. . . menos desgraciados, puesto que no podían como él saborear su desgracia.

Y se levantó, y fué violentamente hasta el lugar donde los gusanos, delicadamente, voluptuosamente, arrastraban sus cuerpos atrecioplados, de un hermoso negro con salpicaduras de oro.

Los contempló un instante, y puso el pie sobre ellos frotándolos después contra el suelo para desmenuzarlos.

Se había acachado el amor de los gusanos, porque, de seguro, eran amantes.

Ya que los podía compartir con ellos la felicidad, se las arrebató, arrebatándoles la vida, que era su felicidad.

Quiso nuevamente fijar su atención, y abrió el libro, lo abrió al azar.

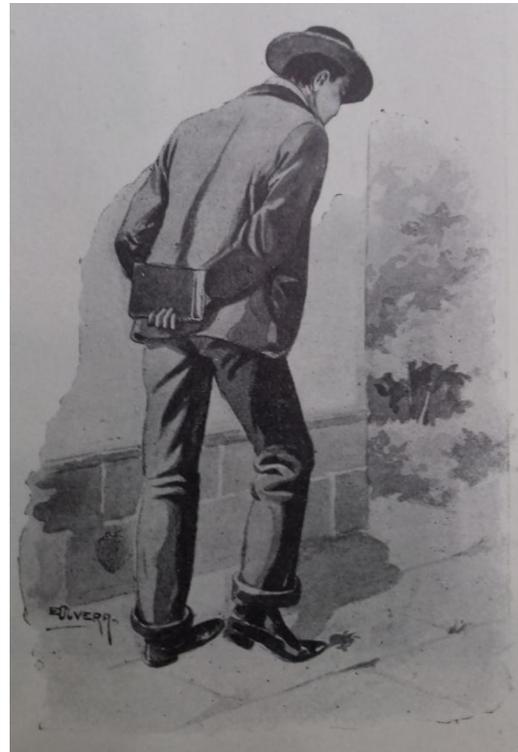
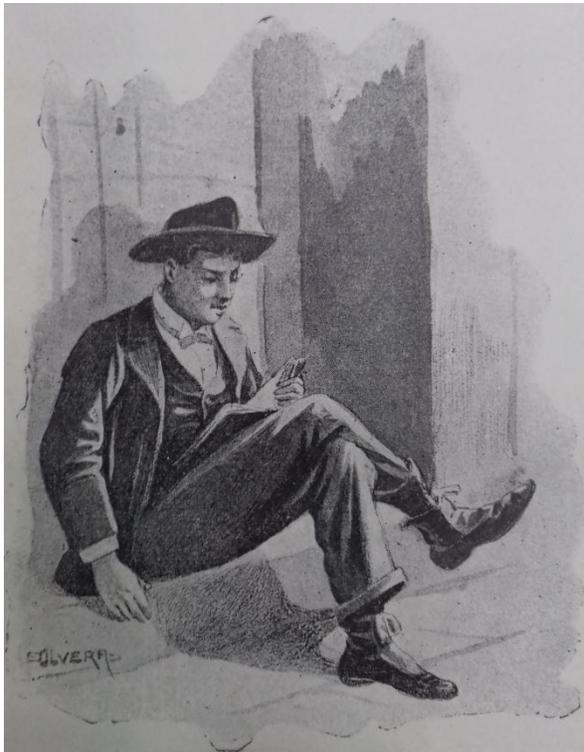
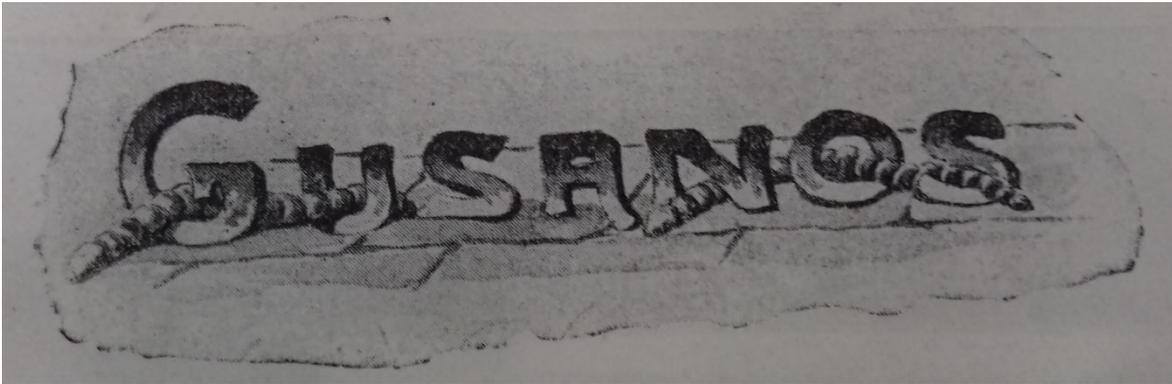
Tropézó con unas palabras: "rien se perd, rien se erice," y dirigiendo sonr eute su vista hacia el sitio en que la sangre blanca de los gusanos, prendía una mancha sobre las negruzcas losas húmedas del patio, dijo:

—Después de todo, no he hecho más que acudir a la Naturaleza en su gran obra de eterna transformación.

Francisco Zárate Ruiz.



Francisco Zárate Ruiz, "Gusanos", en *El Mundo Ilustrado*, año VII, t. II, núm. 17 (21 de octubre de 1900), p. [11].



Olvera, ilustraciones para "Gusanos", en *El Mundo Ilustrado*.

"EL RÍO HONDO."

Aquel río era malo, muy malo, perverso, vengativo, odioso, inhumano.

Cuando á diario se retorcía siguiendo con su cuerpo sinuoso la misma ruta, amoldándose siempre á la misma forma, refundiéndose en las mismas formas, como un río que, porque no podía desahogarse, amantaba á cada instante, y crecía, crecía hasta



mortificar á todo su desarrollo, hasta incomodarlo, porque no le cabía dentro del pecho.

"Río Hondo" le llamaban, seguramente por burla; á él que, apenas si tenía profundidad para cubrir á un fuchón!

Después de mucho tiempo en que corrió libremente por el camino que desde su primer momento de vida, amorosamente le trazara su buena madre Naturaleza, después de mucho tiempo en que anduvo inmensamente por la casa que ella le había dado, un día un hombre vino á esclavizarlo; verdaderamente odiaba con mucha justicia á esos hombres que habían venido á transformarle su casa, que habían venido á obligarlo á seguir el camino que más convenía á los intereses de ellos mismos, y temerosos de que, como un perro fiel dejara algún día la casa á que había sido llevado por la fuerza para volver á la de su antiguo amo, le habían formado con gigantescos bloques de talladas piedras una gran cárcel.



Después sobre su cuerpo vibrante, humillándolo, vituperándolo, habían hecho pasar la locomotora azul que trasladaba á los malditos hombres de ciudad á ciudad.

Y en vano, él removiéndolo á diario su odio, había mordido las piedras férricas del puente; sólo se llevaba en la boca desesperante sabor ferruginoso,

so, y el puente ebullente, arrogante, seguía con orgullo ondulando las dos montañas para que sobre ellas corriera el tren.

Muchas veces había deseado tragarse en sus aguas frías, espumosas, coléricas, al tren que infatigable pasaba resoplando arriba de él.

Cuando la Naturaleza toda se enojaba de cólera, cuando el rayo tronaba y tenía de púrpura el espumo, cuando por rabia floraban los cielos abundantemente, empapando la tierra, cuando se oía por todas partes el grito de Natura furiosa, él había querido tomar parte en el concierto de furor, y desahogarse y arrastrar árboles torcidos, ganado moribundo, hombres agonizantes, sobre todos hombres; y no había podido salir de su jaula; la rabia le había congestionado el rostro, le había amarillado el semblante, y ¡pueda más!

¿Cómo había deseado arrebatarse alguna vez á un hombre, aprisionarlo entre sus garras, envolverlo entre sus brazos líquidos, arrastrarlo contra las rocas, golpearlo contra las pulidas piedras, arredondadas y brillantes como cabezas calvas, y obligarlo á beber agua, mucha agua, hasta ahogarlo para que se desesperara; llevarlo hasta allá, hasta aquel desierto de su lecho, en donde al caer, el río estrepitosamente, con risa gritante, borbotada, espumajosa, cólerica, como risa de atacado, y después arrojarlo, despoñarlo, para ver como saltaba en pedazos el cuerpo, y cómo la sangre teñía las aguas rojizamente; entonces habría podido saciar sus ansias de venganza, saboreando con placer físcico la caliente sangre humana.

Sólo una vez había llevado en sus aguas el cuerpo de un hombre, y eso había sido un hombre muerto, un infeliz, cuyo matoral, había pretendido recortar el crimen, pero él no, nunca había matado á un humano; los más débiles, cuando estaba más arado y había pretendido ahogarlos, lo habían dominado, lo habían vencido rasgándole las entrañas con las manos, abriéndose paso á brazadas entre las ondas, cuya perfidia resultaba estéril.

Todos lo burlaban; hasta un niño una vez, desde la ventanilla de un coche del convoy, le había lanzado un escupitajo, y él, el "Río Hondo", que llevaba agua de sobra para haber ahogado al soberbio chiquillo, ¡no había podido contestar el ultraje!

Todos lo ofendían, lo desprecaban; los toros se complacían en profanarlo con las grossas pezuñas, y los cerdos iban á saciar la sed en sus aguas, las pobres aguas de un río infeliz. Las mujeres iban á la orilla, y se inclinaban sobre él para mancharle las aguas, para teñírselas con el jabón.

¿Cuáles eran en cambio sus gozos? Bien escasos; recordaba solamente con placer, el acre y aromoso sabor de las flores que se le deshojaban en el seno, y las caricias con que había bañado los cuerpos blancos de unas doncellas que habían ido á buscar frescor en las ondas ese día limpias y puras... Tenía razón para haberse vuelto malo, perverso, vengativo, odioso, inhumano.

Aquella tarde calurosa, provocadora de bochornos, ondulaba perzosamente, bostezando su fastidio; miraba con indiferencia á los pájaros que en sus ondas iban á saciar la sed, y arrastraba sin conciencia las flores que, como desvañecidas, como necidas del vértigo del abismo, se le venían encima, se le hundían en sus aguas, cuando él les besaba las pies de los tallos.

Respirando como siempre, fuertemente, acompasadamente, seguía su paseo forzado, interminable, mirando al cielo con fijeza, como interrogándolo perennemente.

Sólo acompañaba al rumor de su deslizamiento, uno que otro mugido, el suave trinar de algunas aves y el chirrido de las serpientes que arrastra-

ban como él los cuerpos sinuosos como el suyo, por entre la maleza cimarrana.

Vió aparecer á lo lejos una indígena que llevaba á cuestas anjado con el pecho, el último fruto de sus amores con el hombre que la había atestado, y en las manos y en la cabeza y junto al pecho cargaba los vegetales para vender en el mercado.

Detrás de la indígena y cargando también ya un haz de yerbas sobre la espalda, caminaba dificultosamente una chiquilla. Las dos seguían la ruta del "Río Hondo" y el río ondulaba perzosamente y miraba con fijeza al cielo, cuyas azulidades y miradas con fijeza se le retrataban en la pupila. La niña blancos se le retrataban en la pupila. La niña se inclinó para recoger en el hueco de su mancha negra y frustrada un poco del líquido con que apagar su sed de caminante. La madre seguía trotando, con las yerduras para vender en el mercado, cargadas sobre la cabeza junto al pecho y en las manos.

La niña resbaló bajo el peso de su fardo, y cayó violentamente al río, sin servirle las ramas á que se asió, y que llevó acompañadas al agua. Su grito, su ¡ay! de doloroso espanto, hizo volver la cara á la indígena cuya tez oscura se empalideció.

—¡Hija, hija!—gritó la indígena, como si quisiera detenerla, pero el río, como un ladrón que halla inesperadamente la oportunidad de sacar sus ansias de elefonomo, corrió ya abrazado entre sus brazos líquidos el cuerpecito inocente.

La madre corrió también; dejó caer los costos que llevaba en las manos, y agarrando al chiquillo que llevaba en las espaldas corrió con todas las fuerzas de sus miembros nervadas y negras, y con toda la velocidad que le permitía el peso que se portaba.

—¡Hija, hija, Virgen Santísima!—gritaba mientras posecía el cuerpo flotando mil veces por la fuerza de la corriente, contra las pulidas piedras, arredondadas y brillantes, como cabezas calvas.

El "Río Hondo" dejaba oír su murmullo, como risa burlona, criminal, y jugaba felonamente con su presa.



Hubo un momento en que unas ramas salvadoras aflanzaron las rocas de la ríra, pero luego el río cuidadosamente las desprendió, y siguió adelante en su carrera, llevando el cuerpecito en mortales voltejos. Contra el vértice de una piedra piramidal golpeó la pequeña cabeza, y las aguas se colorearon con la sangre que brotó de la herida.

La indígena, sudorosa, con los labios secos, los pies sangrándole, y la cabellera opaca y hacia arredondada por el viento, seguía corriendo y gritando tras el cuerpo de su hija.

Al fin llegó el río con su presa al "salto", al despoñero, y se detuvo un instante como para tomar fuerzas y para gozarse más en su perversa labor; balanceó un momento, cual si la arrullase para que entrara en el sueño eterno, á la debel criatura, y la empujó, la arrojó entre las aguas espumosas que caían estrepitosamente, con sonidos de atvejada.

La madre vió, vió horriblemente como rebotaba contra las rocas el cuerpo hijo de su cuerpo, aquel cuerpo casi desmudo, de carnes oscuras, en las que había muchos labios rojos de las heridas recién abiertas, vió cómo se despedazaba con-

Francisco Zárate Ruiz, "El río hondo", en *El Mundo Ilustrado*, año VIII, t. I, núm. 22 (2 de junio de 1901), p. [6].

tra los peñascos lavados continuamente por las aguas españolas y coléricas.

Ya no pudo ver más el cuerpo que trágicamente la palidez de la angustia por las mejillas oscuras, sudorosa, con los labios secos, con las lágrimas rotando, con la cabellera lacia y opaca acortada por el viento, cayó de rodillas la indígena al borde del abismo. Y á sus frases cortadas, oraciones ó quejas, y al llanto de la criatura aterrizada que llevaba á las espaldas, hacía eco el "Río Hondo", que después de su "salto", seguía allá abajo, muy abajo, en el fondo del abismo, destrozándose tranquilamente, ondulando hipócritamente, remolcando con su murmullo, el sonido de las plegarias de la indígena; aquel río era malo, muy malo, perverso, odioso, vengativo, inhumano; el "Río Hondo" se había vengado de los hombres en aquella niña, su primera víctima.

Y la noche dejaba caer lentamente sobre aquel cuadro, su pesado y espeso telón de sombras.

Francisco Zárate Ruiz.

LAS RUINAS DE ITÁLICA.

"¡Estos Fabioh dolori que ves ahora!"

Angela Peralta, resuelta á arruinarse por fomentar el arte, había decidido dar á conocer en México el grandioso, el incomparable Requiem de Verdi. Yo, como dice de sí mismo el duque de Mantua en *Rigoletto*, era "studente e povero", y fracasaron todas mis combinaciones financieras emprendidas á "allegarme los recursos necesarios", los seis reales fuertes que costaba un asiento de galería. No pudiendo asistir á la ejecución, determiné concurrir al ensayo general, procurándome un recibido de abono, "credencial" indispensable para ser admitido á él; pero en todo el "mundo escolar", único que yo frecuentaba, no había un solo abonado que pudiera facilitármelo.

Fallidos los medios financieros y los de astucia, decidí forzar la consigna, penetrar en la plaza por la fuerza, y presentarme al ensayo con desahucio, "matucandolo gordito", como quien entra en su casa, y burlar con no aplomo la vigilancia de los carniceros. Así lo hice, tuve éxito en la primera puerta; pero en la segunda me cerraron el paso y me quedé rabioso y taciturno en el vestibulo. Tuve entonces una idea genial; el Conserje del Teatro tenía su habitación en el tercer piso, y se entraba á su casa por el pasillo de los palcos inferiores; esa puerta debía de estar abierta y acaso desguardada, y si así era, desde los palcos podría salir el ensayo. Salí entre y vuani, y pude, sin ser notado, colarme en un palco. ¡Qué noche! Desde la oscuridad de mi palco absorbía á torrentes aquellas maravillosas armonías, aquella música vigorosa, sabia, inspirada, la mejor, acaso, de Verdi, ejecutada á la perfección por artistas de primer orden, y por imponentes masas corales é instrumentales. Gocé cuanto me es posible, me entregué á las intensas voluptuosidades de mi arte favorito, y realizada con las experiencias del fruto prohibido, aquella audición es en mi recuerdo la más deliciosa de todas cuantas he podido disfrutar.

Concluido el ensayo, salí á tientas por el oscuro pasadizo, llegué á la puerta... Estaba cerrada y yo prisionero. ¿Qué hacer? Llamar, despertar á los criados del Conserje, era exponerme á provocar un escándalo, y á ser tomado por un ladrón. Quisieron solo en aquella oscuridad y con un frío ibérico, me aterraba, y largo rato no supe qué partido tomar. Decidí quedarme, pasar allí la noche y salir de madrugada, cuando saliera el ensayo.

Arreglé una cama con alhas y me acosté en ella. Tenía un sueño horrible; sentía, sin verla, la inmensidad de la nave pedrada de tinieblas; me abrumaba el sepulcral silencio que me rodeaba; oía sentir el "aqueleto" de las ratas entre las lunetas y en los pasadizos.

Poco á poco me invadió el sueño; una voz dormida, aquellas sombras se poblaron de visiones y fantasmas. Resucitaron para mí todos los artistas y evolucionaron á mi vista los personajes de ópera y de drama que había podido adorar en el gran coliseo. ¡Qué epopeya! Para mí volvió á cantar la Cortés "La Norma", "La Medea" y "La Traviata"; me veía, muy niño aún, absorto en la contemplación de la sacerdotisa Drauda y arrobado por los acentos de su mágica plegaria á la luna, cuyo disco surgía inmenso y brillante de en-

tre las espumas del bosque sagrado; tan absorto y arrobado que, por más inclinarme y mejor ver, perdí el equilibrio, basculé sobre la barandilla del palco y, á no detenerme alguien de las ropas, hubiera ido á estrallarme en el patio.

Después de la Cortés; la Vestalí revistió la armadura de plata de Rómulo, y surgió deslumbrante de belleza, llenando la nave con las vibraciones de su voz robusta y melodiosa. Mujer angular, con todos los instintos y los hábitos de un hombre, recibía á sus íntimos en la mañana, de "bata" y "gorra griega", como un magistrado; vestía después su amazona, paseaba á caballo, y remataba zambulléndose en el estanque de "El Jordán", y luego tirando el rifle y la pistola, y "apostando juevas" con los mejores tiradores de México. Un día respondió á una infancia de galán con un bofetón terrible, y acto continuo le cayó dos padrinos. El adorador no hallaba qué hacer; no podía batirse con una mujer ni se atrevía á demostrarle miedo por sus habilidades de tirador. El infeliz encamocó en veinticuatro horas y dió la más cumplida satisfacción á la ofendida. En otra ocasión, asaltada la diligencia en que caminaba, dispersó á riflazos á los forajidos.

Como analizar aquel desfile de sombras, que no eran más que recuerdos! Ahí Tombsi y la Alta se amaban y morían suspirando canciones y gimiendo romanzas; Mazzoleni, convocando el arrojado con los ojos de su voz de trueno; Biachi gorgieando como una alondra, Maffiei resonando como una campana mayor; Angela Peralta cantando como solo cantan los querubines; Tamberliok caballeroso y apuesto en Manrique; místico é inspirado en Palluto; travieso y juguetón en Al-maviva; Gassier, el Fíguro ideal, el cantante maestro "con quien murió escuela", flotando al viento la capota roja de Molánzoles; brillando en sus manos el puñal de Saint Bris; sugiriendo perfidias y crímenes á Otello, siempre inspirado, siempre grandioso, siempre encarnando su personaje, resucitándolo, creándolo á veces de todas piezas y sacándolo de la nada. Y Storti el genial y Guaditta Galazzi, la ardiente, la inspirada, florando las ingratinidades de Faon y yendo á la muerte como los ángeles van al cielo.

Imposible seguir; la historia del Teatro Nacional es casi la historia del arte teatral en la segunda mitad del siglo XIX, uno y otro se han casi confundido é identificado, han seguido la misma ruta, fluctuado en el mismo oleaje, escalado las mismas luminosas cimas con la Ristori, con Sarah, con Coppola, con Valero; descendido á idénticos abismos con la farsa zarzuelera, con el género chico, con la barbarie acrobática; atravesado los mismos pantanos con la ópera obscena, con la canción puerca; sufrido los mismos eclipses y las mismas ocultaciones, degradándose y ennobiliándose juntos, y ofreciéndose á la admiración de las multitudes, salpicados de marchas y lunares como el sol; pero resplandecientes y deslumbradores como él.

Hoy, del Teatro más glorioso de América, no quedan sino escombros y un vacío que acaso no llenemos jamás. Y á los que vivimos lo mejor de nuestra vida, identificadas con sus triunfos y con las arduaciones del arte, no nos queda sino pasar sobre sus ruinas, con el libro de Olavarría y Ferrarri, que ha escrito su epopeya, en las manos, y en los labios los versos del poeta.

Estos Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora...

Dr. M. Flores.

IMPRESIONES DE LA SEMANA.

Los conciertos de la Sala Wagner.

Ha sido esta semana un anuncio de primavera lírica. La sala Wagner ha acogido con su acostumbrada hospitalidad, al cuarteto Saloma y al octeto "Médico".

Nos parece increíble, en el desierto de la vulgaridad musical en que vivimos, encontrarnos, por unas cuantas horas, dos oasis. Y hemos respondido, como en un sueño ideal, en la música de cámara.

Música de cámara: una velada de invierno, una llamada generosa de chimenea, infantes dormidos en el regazo de la madre, un perro fiel de cancha blasonada, husmeando los tizones en actitud de estinguir, un interior germano, nudo bie-

nestar, y la musa de las sonatas, en su infancia, iniciando una frase inocente, como las frases de los niños.

Habla á los corazones amplios esa música clásica. Nada hay en ella pequeño. Parece ser como el eco de la Naturaleza que la ha inspirado al cerebro de sus hijos. En ella se encuentra el rumor grave de los bosques; primaveraz solomnes, noches angustias, patéticos dolores, alegrias á grandes bríos. En ella hay silencios solennos que parecen de vieja catedral; acordes que suenan al espíritu como llamamientos de vieja catedral; lentitudes graves y acompasadas que envían procesiones de levitas y venerables patriarcas; dulzuras que son blancas plegarias de sencillos voces.

Música de cámara. Y me entristece pensar que en esta época en que la humanidad llora por carencia de sueños, no haya sino unos cuantos des-voles que acudan á la sala Wagner, para tener un punto de recogimiento, y mirar sugestivos por esas melodías de otros tiempos, las divinas visiones que acuden, como al mágico efecto de un conjuro, llamadas por la voz cantante de los violines y la grave súplica de los violonchelos. Dos noches de concierto en la sala Wagner nos han dejado una profunda impresión de encanto y sueño.

¿Y sabéis lo que hemos sentido? Paso oíd. Cuando estéis un poco tristes, sentaos á la orilla de un río, en una tarde serena. Contemplad el agua que pasa, clara, ondulante y rítmica. Absorbos. Ahí, bajo la placa de cristal que os salpica de rocío el rostro, se agita otro mundo, está otra naturaleza: un cielo que centellea más luminoso, unas frondas que se mueven más lejanas, un ambiente más puro, por donde cruzan los pájaros con las alas inmóviles y tendidas. Hay mundo que se esfuma, que se desvanece, que no se alcanza.

Y entre tanto que el agua corre por aquel cauce de zafiro, pensad en vuestras tristezas, en vuestros amores, en vuestros desengaños, arrullados por el eterno canto, por el misterioso monólogo de la línia, cuyos sonidos traducen con la maravillosa intuición del sentimiento...

Honras manchadas.

Traen los periódicos diarios una noticia que quizá haya pasado inadvertida para muchas pobres gentes que no husmean, como otras las huellas del escándalo. La tal noticia está semi-velada, vagamente encubierta, y aunque no por vulgar deja de ser traste, pasa entre las demás sin despertar la curiosidad, ni dar pábulo á la murmuración.

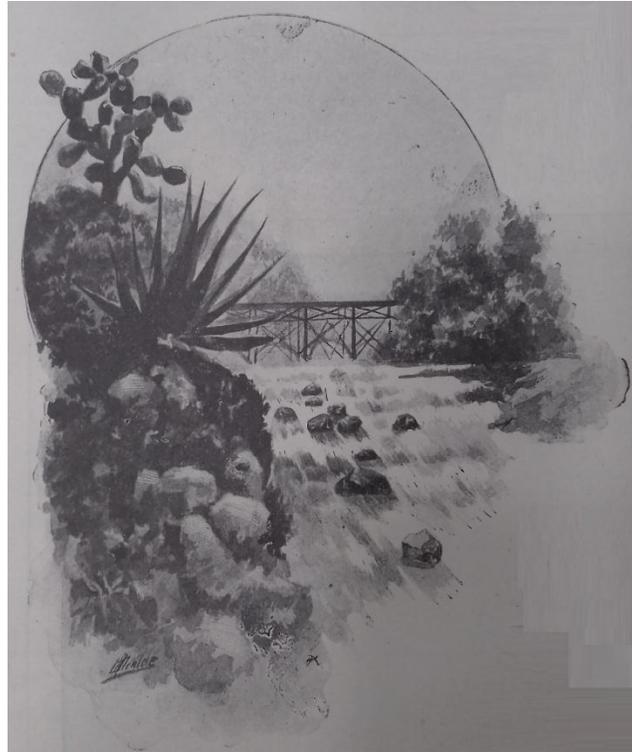
Es un cuento vulgar en el que los personajes se llaman "él" y "ella", "El" es seductor; "ella" la víctima. El tercer personaje es un pobre joven, que llega más tarde, y al conocer al secreto, retra su palabra de casamiento y hace pública la deshonra de su prometida.

Los periódicos no hacen los nombres; pero los nombres importan poco. El problema es viejo: una mujer caída en el infame lazo de un amor-muerto, manchada en la blancura de su castidad, ¿puede elevarse hasta el matrimonio? ¿puede, sin mengua, caminar por la vida de la mano de un hombre honrado?

¡Ah, sí! Cuando la mujer después de la falta, ruge como luna ante los fragmentos de su honra manchada, cuando víctima de un perjurio amoroso llora hasta borrar la huella de la caricia lasciva, y después, sufriendo mucho y ocultando mucho su vergüenza, siente que entra por fin en la consuelo sombra de su espíritu el hábito perfumado de un amor nuevo que le dice: Yo beso los ojos que se humedecieron con lágrimas, y las frentes que guardan los pensamientos puros; yo vierto bálsamo de consuelo sobre las alas heridas para que sanen y tornen á volar; yo despierto esperanzas en las almas cansadas, y pongo, en silencio, sonrisas castas en los semblantes tristes; yo perdono, yo olvido... entonces, elevada dignificada, asucende del fango de la culpa la mujer caída, y puede abrir los brazos al esposo, la conciencia al deber y las puertas del hogar honrado.

¿No es verdad, pensativo Dumas II, que opinas lo mismo, tú el glorificador y el defensor de la perpetuamente débil, de la eternamente herida? ¿No es verdad, buen Michelet, gran compasivo, vejido de nueve curia casta, sonrisa de ábulo feliz no ha plegado nunca labios más puros, ni servido de expresión á alma más noble y santa?

Luis G. Urbiña.



Alcalde, ilustración para “El río hondo”, en *El Mundo Ilustrado*.

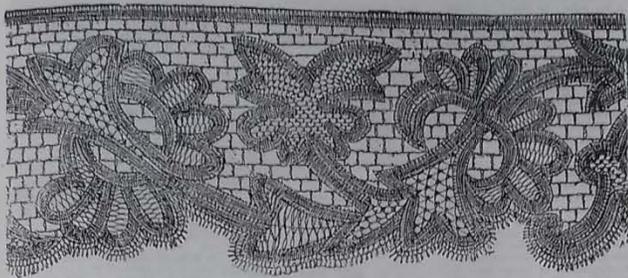


Olvera, ilustración para “El río hondo”, en *El Mundo Ilustrado*.



Alcalde, ilustración para “El río hondo”, en *El Mundo Ilustrado*.

PARA EL HOGAR



Punta al crochet con "mignardi."

LA OVEJA.

CUENTO PARA NIÑOS.

Comenzaron á sonar en las torres, lentamente, las campanas, como al ser desperzadas al comenzar su cotidiano trabajo.

El Sol arrojó su primera luz, y empezaron los ruidos á dejarse oír: cantos de gallos á lo lejos; abrir y cerrar de puertas; la tos del anciano portero que salía á barrer la calle; el relincho y el pafar del potrero que ya José había sacado para ensillar, al patio, en donde sobraba la luz que faltaba en la caballería.

Afuera, mugidos de ganados; los cascabeles de las mulas de las tranvías que iban á la Plaza de Armas; y al grito especial: "¡aletinas!" Rudi se esperezó, y apartando bruscamente para huir la pereza, las u-

comercio abrió sus puertas, y se veían á las sirvientas que con las canastas al brazo y en la mano la jarra de lata, iban en busca de leche, el pan, etc., para el desayuno de los años.

Algunos panaderos con los amplios cascabeles circulares sobre la cabeza, corren por mitad de la calle; la vendedora de leche de burra, hace trotar á la hembra que lleva los botes, y la arroja frecuentemente para llegar á tiempo á las casas de los enfermos.

De cuando en cuando se oyen

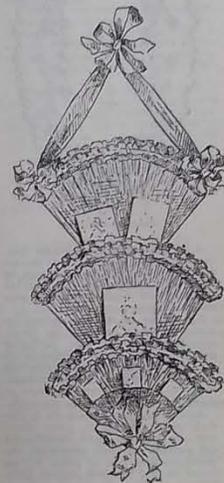
terminaron en unos potreros; siguieron por donde les pareció mejor, sin sujetarse á camino determinado, recorriendo los campos incultos, cubiertos de yerba salvaje.



Alhajero de laca.

Al pasar junto á un barranco, oyeron un balido triste, suplicante. Rudi volvió la cara y pudo ver á una pobre ovejita que se esforzaba por salir de allí, pero que, sin fuerza suficiente en las patitas, sin la práctica necesaria para esos casos, resbalaba y caía y se maltrataba.

A un hombre le hubiera sido muy fácil bajar al barranco y volver á subir, pero no á la débil é inexperta ovejita.



Porta-retratos, novedad, hecho con papel encarrujado.

como si el animal le suplicara que se salvase, y le pareció que aún veía cómo se empujaba en subir y caer y se maltrataba.

—Pobre animal—pensaba—tal vez el pastor que cuidaba del rebaño, no vio cuando cayó y allí quedó la infeliz, sin su mamá, que también estará triste cuando no hallara á su hija. ¿Quién sabe si habría pasado por allí algún carnívoro y la habría devorado?

Y Rudi sintió con el descontento



Falla para bebé.

El viejo "mozo", que amaba á Rudi desde hacía muchos años, con cariño casi paternal, se atrevió á proponerle:

—¿Quieres, Rudi, esperarme un poco á que bajo y saque á ese pobre animal?

—No, no; tengo hambre y quiero llegar al puesto á tomar leche cruda.

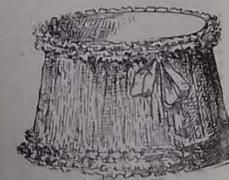
—No hemos de tardarnos tanto, replicó el anciano.

—Te digo que no quiero—y como viera que el "mozo" detenía su caballo, Rudi espoleó el suyo agredando: "¡quédate si quieres; yo me voy!"

El sirviente, temeroso de que algo sucediera al chuceno, hizo correr también á su caballo tras el alaznucito.

Todavía á lo lejos oyeron el triste balar de la pobre oveja.

Llegaron al pueblo pronto, y Rudi bebió ansiosamente la leche espu-



Caja para dulces hecha con papel encarrujado.

de sí mismo, aumentará su tristeza antes inexplicable.

Cuando llegó á su casa, buscó al viejo "mozo" y le contó su amargura. El buen anciano le respondió:

—No vuelvas á hacerle, Rudi; ha sido una injusticia.

Francisco Zárate Ruiz.



Inicial para marca.

bias ropas de la cama, comenzó á vestirse.

Cuidadosamente aseado y correctamente vestido, salió de su recámara, para montar el brioso alaznucito y salir seguido de su fiel mozo, que le profesaba desde hacía muchos años, un cariño casi paternal.

Era un encanto de la vida para Rudi, su higiénico paseo matinal. El viento fresco de la mañana alegraba á jinetes y cabalgadura, que se recreaban en la excursión.

Se alejaban de la ciudad, en donde apenas una que otra casa de



Inicial para marca.

apresurados toques de timbre, y al lado del caballo que para las orejas, pasan, como estrellas fugaces, los ciclistas.

Rudi pensó que "siempre era mejor una bicicleta que un caballo y lo iba á pedir á su papá que le cambiara el "Polito", por una de esas brillantes máquinas."

Al fin el horizonte se volvió más amplio. Se divisaban á lo lejos gran-



Inicial para marca.

des árboles que recortaban sus espesas copas verdes sobre el fondo azul del cielo limpio. Algunos hombres jalaban carros regadores y barredores que limpiaban la calzada amplia.

En su camino hallaba Rudi á algunos madrugadores que iban á las fábricas, á los talleres; ó pasajeras que, convencidos de las ventajas de dejar temprano la cama, iban á hacer ejercicio al aire libre, para poder después entregarse al trabajo.

Dejaron atrás la calzada y se in-



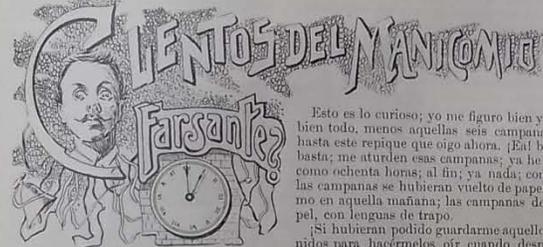
Cesta para papel, hecho con papel encarrujado.

EL SR. MAGISTRADO
FRANCISCO DE P. SEGURA

El día 16 del corriente dejó de existir en la capital el Sr. Lic. D. Francisco de P. Segura, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.
Fue el Sr. Segura un hombre de elevadas dotes intelectuales, y un abogado en que se hermanaban la ilustración más amplia y la rectitud más bien entendida.
Al sepelio de su cadáver, que se verificó el día siguiente por la tarde en el Panteón Francés, concurren, entre otras distinguidas personalidades, el Sr. Secretario de Hacienda, el Presidente de la Suprema Corte, Magistrado don Félix Romero, los Sres. Lics. Pablo y Miguel Macelo, Jacinto Pallares, Indalecio Sánchez Gavito y Francisco de la Barra.
En representación de la Corte, hizo el elogio fúnebre del Sr. Segura el Magistrado D. Manuel García Méndez, hablando después, á nombre de la Escuela de Jurisprudencia, el joven Enrique Rodríguez Miramón.



Fot. de Maza.



Este es el caso; ustedes resolverán si mi hombre estaba loco ó no lo estaba. El practicante—un buen chico—me aseguró que en su concepto era un farsante, un hombre que tenía la suficiente fuerza de voluntad para fingir su locura cada día, con objeto de pasársela entre los locos, que es siempre menos odioso que vivir entre criminales, menos doloroso que trabajar en un castillo embudido en el mar, y vestir el uniforme á rayas azules. Ustedes sabrán si es creíble ese fingimiento, sin que á fuerza de repetirlo llegara un día en que se convirtiese en locura real.

Tengo que apretarme bien el cráneo para que no se me salga esta idea. A ver (contando) una; ya oigo una; la oí bien; á ver, otra; ya oigo otra. Esto es lo malo, que es otra, que son otras; no son aquellas mismas que no sé, y que debía haber oído. ¡Qué torpe es la imaginación que yo tengo! ¿La que yo tengo, ó la que tienen todos los locos? porque dicen que yo estoy loco—¡la que yo tengo, ó la que tienen todos los hombres? Todos, sí. ¡Qué bien alcanzan estas palabras al conjunto: todos los hombres, ¡todos los locos! Es muy torpe, desdichadamente; yo no he podido oír esas campanadas que necesitaba oír; no puedo.

Si las hubiera oído, no sería extraño que pudiera oírlos otra y otra vez, así como escucho muchas veces la voz de aquel maldito. ¿Ve, pues, señores jurados, un castigo ejemplar para el acusado.....?

Pero ¿por Dios! ¿por qué no podré oír en la imaginación aquellas seis de aquella mañana? No; y culpa del reloj no fué; es decir, yo creo que no fué. ¡Ah! el reloj es un gran invento; pero deberían tener repetición, no sólo una vez, sino muchas; una, dos, tres, cinco, seis; qué tanto soy! entonces se confundirían y tampoco habría oído yo la hora que necesitaba; ¿cómo saber cuándo acababa una vez, y cuándo empezaba la repetición? Una, dos..... hasta seis, y luego siete, quince, veinte, ¡imposible! un repique continuado.....eterno! La eternidad sería insoportable; qué fastidioso!

Esto es lo curioso; yo me figuro bien y oigo bien todo, menos aquellas seis campanadas, hasta este repique que oigo ahora. ¡Eh! basta; basta; me aturden esas campanas; ya he oído como ochenta horas; al fin; ya nada; como si las campanas se hubieran vuelto de papel, como en aquella mañana; las campanas de papel, con lenguas de trapo.

¡Si hubieran podido guardarme aquellos sonidos para hacérmelos oír cuando desperté; pero no; y eso que existe otro gran invento; el fonógrafo, y á él que me sirve el fonógrafo, y el cinematógrafo, y todo eso! Todo está muy bueno; se puede volver á oír, y volver á ver, y á oír, y á saborear; no, eso no; entonces se habría copiado bien la vida; cuando asistiendo á una escena puesta en un aparato, veamos y oigamos y olamos y gustemos y toquemos todo, todo como era en aquel instante, ¡qué hermoso descubrimiento! Pero ¿por qué no podemos oír lo que yo oigo ahora?

Aunque sí podemos, si, si, yo oigo todo lo que quiero, sin haberlo oído antes; á ver, ¿cómo rugen las fieras en un bosque?

Así; así. ¿Cómo reír el Diablo? Así; así. Ahora, ¡vamos! me ayudaré. Me levanto precipitadamente de mi pobre cama; ya debería ser las seis; sí. ¡Qué! no han sonado? Voy á oírlos; una, otra.....nada más! ¡se han vuelto de papel las campanas, campanas de papel con lenguas de trapo!

Verdaderamente, yo tuve la culpa; ya estaba resignado con mi suerte; había oído con admirable precisión todas las horas; ¿quién iba á creer que cuando sólo faltaba una, me durmiera? Y me dormí, y soñé con el perdon de la Justicia; ¡quién sabe cuántas cosas más! Esos ensueños, y lo que entre dos sueños he pensado, he visto, he oído—¡oh, qué palabras! ¡oh!—lo he olvidado siempre fácilmente; he desperdiciado por eso muy buenas ideas, porque luego no he podido recordarlas.

El despertar fué horrible; aun me parece ver á aquellos hombres de caras negras, inmovibles, mudos, como los muertos, cuando les preguntaba yo si habían sonado las seis, si ya iban por eso á aguijearme el cuerpo, para hacer justicia al otro, á mi muerto, es decir, al que yo quité de esta vida.

Nada me quisieron contestar, y ya se oían los pasos crechiantes en aquel corredor largo, estrecho y oscuro, como cañón de fusil, por donde me habían llevado tantas veces á por donde me habían llevado tantas veces á la sala del Juzgado; y ya se oía el ruido de las armas, pero las seis no sonaban, ¿por qué no sonaban ya? ¡Campana cruel, campana maldita, reloj maldito!

Al menos el personaje del drama veía en el reloj los momentos que le quedaban de vida, pero para mí se había muerto aquel reloj.

¿También habría matado á un senejante, á otro reloj, y también lo habrían fusilado?

¿Quién sabe qué sería eso? Yo me asomé una vez á una ventana, y allá abajo, un viejo, parecido al tiempo, marcaba en un libro los momentos de mi vida que pasaban, y ya había muchas hojas marcadas, y muy pocas en blanco; ¡por poco muero esa noche! ¡Ajá! ahora oigo un ruido metálico semejante al de mi reloj de comedor cuando se apercebe para dar la hora. ¿Serán las seis que no pude oír? Porque hasta eso; las seis me persiguen todas las mañanas, pero yo me tapo las orejas, porque no quiero oírlos, porque no son aquellas seis que no pude oír, y que—¡como si fuera un delito no oírlos!—son el origen de que me hayan traído aquí.

En efecto, grité que no había oído las seis, y después me trajeron á este nuevo encierro.

Cuando ya era hora, es decir, debe haber sido la hora, porque yo nunca miento, yo no la oí, entraron unos hombres, y me dijeron algo del Juez, y ¡qué sé yo qué relación tenía el Juez con un nombre de mujer: era Soledad?

Creo que sí; debe haber sido, porque me tienen aquí solo, absolutamente solo con mi pensamiento, que corre, corre mucho, y luego salta y rueda, ó se levanta y vuela, ó se hunde y baja, baja mucho, hasta allá debajo de la tierra; va á visitar á mi muerto.

Cuando corre y salta ó vuela y sube, nada importa; lo malo es cuando se detiene, cuando se pía en una idea: las seis; entonces rompe con una horripilante solución de continuidad la paz de mi espíritu. ¡Las seis!

¿Cuando oír aquellas seis? Estoy seguro de que, en cuanto las oiga, moriré, porque es la hora marcada para mi fusilamiento, y es preferible morir á llevar esta vida.

Ahora oigo horas: una, una.....¡sólo una! Como si se arrepintiera de seguir ese reloj; ¡los relojes que se burlan de mí se quedan riendo después de que suena la última hora. Por eso me parecen muy naturales los carifios y los odios que yo siento por las cosas; creo que nunca he querido á una persona como quiero á ese portaplumas negro, regalo de un amigo. ¡Pobre portaplumas! El debe extrairarme mucho si es agradecido y es bueno. Quiero á ese portaplumas con un grande cariño paternal, paternal, ¡qué raro y qué curioso fuera eso, que un hombre que tiene un hijo portaplumas, y luego negro!

En cambio, tengo un odio á los relojes, un odio á los fusiles, un odio á ese hidrauto que arroja agua perennemente. ¡Qué grandes odios! creo que no es posible odiar á una persona con ese odio, porque es mucho, ni es posible amar á un hijo con este amor que profeso á mi portaplumas negro; es mucho amor!

Y hay que convenir en que tengo razón cuando amo con esa fuerza á las cosas; éstas son merecedoras, porque son absolutamente buenas ó absolutamente malas; todo depende de la utilidad que prestan; mi espejo rojo es absolutamente malo, siempre malo; y las personas tenemos esta mezcla de bondad y de maldad que nos hacen menos dignos de amor y menos dignos de odio.

¿Ven ustedes? Ahora se ha ido el pensamiento; ahora es cuando me salta, y corre, y tropieza y cae, para levantarse nuevamente, pero no, se ha detenido haciéndome mucho ruido dentro del cráneo, como esos focos eléctricos que se apagan, y se quedan murmurando ¡quién sabe cuántas cosas, rnmurando fuertemente.

Así me pasa; ya oigo una, dos, tres; oh, los relojes de eterna repetición; hasta seis, veinte, ochenta.....pero no son las seis que necesito oír; ¡porqué no podré oír las seis de aquella mañana? Esto es lo que me canso de preguntar.

Y así, todo sucede; no se llegará la hora de mi fusilamiento, la hora de mi muerte, y entonces.....¡nunca moriré! quedaré toda la vida en este martirio enorme, esperando unas seis que no llegan, que no pueden llegar, porque ya pasaron, porque ya se fueron.

¡Y así habrá tantos que no quieran morir!

FRANCISCO ZÁRATE RUIZ.



Sin firma, encabezado para “Cuentos del manicomio. ¿Farsante?”, en *El Mundo Ilustrado*.

ÍNDICE DE PERSONAS

A

ACUÑA, Manuel (1849-1873), LIII
 AGUIRRE, hermanos, 5n
 AGUIRRE LÓPEZ, Dulce Diana, XXX
 ALCALDE, Carlos (1871-1917), XIX, 204,
 221, 227, 228
 ALTAMIRANO, Ignacio Manuel (1830-
 1893), LIII, LIIIIn, LIV
 Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de (1568-
 1648), LV
 ALVARADO TEZOZÓMOC, Hernando
 (1525-1606), Ln
 ÁLVAREZ, Bernardino (*ca.* 1514-1584),
 155n
 ÁLVAREZ, Cristian, 49n
 ÁLVAREZ, José Rogelio (1922-2011),
 XXVII, 26n
 ANDERSON IMBERT, Enrique, XXVIII,
 XLIX, XLIXn
 ARAUJO GÓMEZ, Fernando (1857-1915),
 155n
 ARIZPE, Rafael R., XXIII, 5n
 ARREOLA CORTÉS, Raúl, XXVIII, XLVIIn
 ARTS, Niké, XXVII, 124n

B

BACHE CORTÉS, Yolanda, XXX
 BARBEITO, Manuel, XXIII
 BARRAZA, Eduardo, XXIII
 BARRERA LINARES, Luis, XXV, XXVIII
 BATIS, Huberto, XXXII, LIII, LIIIIn
 BEEZLEY, William H., XXVIII, 146n
 BENAVENTE, Toribio de, fray (*ca.* 1482-
 1569), Ln
 BESCHERELLE, Louis Nicolas (1802-
 1883), 3, 3n
 BESSIÈRE, Irène, XXXI, LXXV, LXXVn,
 LXXVIII, LXXVIIIIn, LXXXI, LXXXIn
 BLECUA, Manuel, X
 BOLAÑOS, Joaquín, Ln
 BORGES, Jorge Luis (1899-1986), LXIII
 BOUILHET, Louis (1822-1869), 155n
 BRUCE-NOVOA, John (1944-2010), XXIV

BYRON, George Noël Gordon, Lord
 (1788-1824), XXV, 45, 45n

C

CAMPO, Ángel de (1868-1908), XXIX
 CAMPOS, Rubén M. (1871-1945), IX, LX
 CARRANZA, Venustiano (1859-1920),
 149n
 CARVAJAL ROSAS, Bartolomé, 3, 3n
 CASTAÑEDA Y NÁJERA, Vidal (1836-
 1903), XXXV, XXXVII, 11, 11n
 CASTILLO LEDÓN, Luis (1879-1944),
 XLVII
 CEBALLOS, Ciro B. (1872-1938), IX,
 XXXI, XXXIX, XXXIXn, LVII, LX,
 LXXXVIII, 23n, 134n, 135n
 CERVANTES DE SALAZAR, Francisco (*ca.*
 1514-1575), Ln
 CHAPSAL, Charles-Pierre (1788-1858),
 3n, 4, 4n
 CHOPIN, Frédéric (1810-1849), 54
 CLARK DE LARA, Belem, IX, XXIV, XXX,
 XXXII, XXXVIIn, LVn, LVI, LVIIn, LVIIIn,
 LIX, LIXn, LXVIIIIn, LXIXn, LXXIVn,
 136n
 CONDOR, María, XXVII
 CONTRERAS, Manuel María (1833-1902),
 3, 3n
 CORTÁZAR, Julio (1914-1984), XXVII
 CORTÉS, Jaime Erasto, LII, LIIIn, LIII, LIIIIn,
 LV, LVn, LVIIn
 CORTÉS GABAUDAN, Helena, XXVII
 COSÍO VILLEGAS, Daniel (1898-1976),
 XXXIII
 COUTO, José Bernardo (1803-1862), LI
 COUTO CASTILLO, Bernardo (1879-1901),
 IX, XXXVIII, XXXIX, XLIV, LVII, LX, LXI,
 LXXI, LXXXVIII, 23, 23n
 COVARRUBIAS GAITÁN, Francisco, XXIV,
 5n
 CRAVIOTO, Alfonso (1884-1955), XLVII
 CUÉLLAR, José Tomás de (1830-1894), x,
 XVII, XXX, LIII, LIV, 136n, 145n
 CURIEL DEFOSSÉ, Fernando, XXX, XXXVIIn

D

- DARWIN, Charles (1809-1882), 136n
 DÁVALOS, Balbino (1866-1951), XXXIX, LVII, LVIII
 D'HARLEVILLE, Jean François Collin (1755-1806), 4n
 DHOMBRES, Jean, XXIV, 76n
 DÍAZ, Pedro, XLI
 DÍAZ [MORI], Porfirio, presidente de México (1830-1915), XLVIIn, LV, 11n
 DÍAZ ALEJO, Ana Elena, X, XIII, XIIIIn, XXVI, XXX
 DÍAZ DUFOO, Carlos (1861-1941), XV, XXXV, LVIIIIn, LXXIV
 DÍAZ MIRÓN, Salvador (1853-1928), LVIIIIn
 DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina (1916-2012), XXVII, XXXVI, XXXVI, XXXVIIIn, 3n, 11n
 DIEULAFOY, Georges Paul (1840-1911), 160, 160n
 DORANTES, Prudenciano (1840-1907), XLVIIn
 El Duque Job [*vid.* Manuel GUTIÉRREZ NÁJERA]
 El duque Juan [*vid.* Rafael MARTÍNEZ RUBIO]
 DURÁN, Diego, fray, Ln

E

- EDISON, Thomas Alva (1847-1931), 150n
 ENGLEKIRK, John E. (1905-1983), XVIII, XLIII, XLIIIIn, XLIV

F

- FALCÓN MARTÍNEZ, Constantino, XXVI, 35n, 37n, 62n, 93n
 FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín (*seud.* El Pensador Mexicano, 1776-1827), LI, LIV
 FERNÁNDEZ GALIANO, Emilio, XXVI
 FERRI, Enrico (1856-1929), XXXII, 27n
 Fígaro [*vid.* Mariano José de LARRA]
 FLAUBERT, Gustave (1821-1880), 155n
 FLORES, Carlos, XXIII
 FLORES, Pilar, XLII
 FUENTES, Carlos (1928-2012), XXVII

G

- GAMBOA, Federico (1864-1939), XL, LVIIIIn
 GARCÍA BARRAGÁN, Elisa, XXVII, XXXVI, XXXVI, XXXVIIIn, 3n, 11n
 GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín (1825-1894), Ln
 GARCÍA Y ALVA, Federico, XLIV, XLV
 GARRIDO, Ricardo, XLII
 GARZÓN LOZANO, Luis Eduardo, XXVIII, 4n
 GARZA [MURGUÍA], Juan B. (1852-1916), XLI
 GAXIOLA, Francisco J. (1870-1933), XLI
 GEDOVIVUS, Antonio, XIX
 GIMBERNAT, J. A., XXIII
 GLEZ DEL CAMPO ROMÁN, Pedro, XXVI
 GOETHE, Johann Wolfgang von (1749-1832), XXVII, 49n, 161n
 GÓMEZ DE LA CORTINA, José Justo (1799-1860), LI
 GONCOURT, Edmond Huot de (1822-1896), 155, 155n
 GONCOURT, Jules Huot de (1830-1870), 155, 155n
 GONZÁLEZ, Francisco de P., XLI-XLII
 GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés (1926-2015), XXXIII, 26n-27n
 GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael, XXX, LXXI, LXXIIIn
 GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel (1859-1895), X, XV, XXX, XXXV, XXXVIIIn, LVI, LVIn, LVII, LVIIIIn, 150n

H

- HAWTHORNE, Nathaniel (1804-1864), LXIII
 HERNÁNDEZ, Héctor, XIX
 HERNÁNDEZ ROURA, Sergio Armando, XXXI, XLIIIIn, XLIX, XLIXIn, LII, LIIn, LXIVIn, 45n
 HERNÁNDEZ SERRANO, Sebastián, XLI, XLII, XLIIIn
 HORTA, Aurelio, LIX
 HOUDON, Jean-Antoine (1741-1828), 76n
 HOYO, Arturo del (1917-2004), XXVI, 4n

I

IBARRA CHÁVEZ, Fernando, XXX
 IGLESIAS, Claudio, XXIII, LXVII, LXVIII, LXIX, LXIXn
 ISER, Wolfgang (1926-2007), XXIII, LXXXn
 IWASAKY, Fernando, XXVII
 IZAGUIRRE, Leandro (1867-1941), XIX

J

JIMÉNEZ, Mariano (1831), XLVI
 JUÁREZ [GARCÍA], Benito, presidente de México (1806-1872), XXXV, 7n
 JUÁREZ OÑATE, Rafael David, XIII, XIII, XV, XXII

K

KENT, Michael, XXVI, 37n
 KOCH, Robert (1843-1910), 27n

L

LACUNZA, José María (1809-1869), LII
 LACUNZA, Juan Nepomuceno, LII
 LARRA, Mariano José de (*seud.* Fígaro), LIV
 LAVOISIER, Antoine Laurent (1743-1794), 138n
 LEAL, Juan Felipe, XXIII, 150n
 LEAL, Luis (1907-2010), XXIV, XXVIII, L, Ln, LI, LII, LIIIn, LIV, LIVn, LV, LVn, LXII, LXIIIn, LXIII, LXIIIIn, LXV, LXVn, LXVI
 LEDUC, Alberto (1867-1908), XXXIX, LVIII, LIX, LIXn, LX, 23n
 LEÓN DE LA BARRA, Francisco, presidente de México (1863-1939), 3n
 LESCOANO, Antenor (1870), XXIV, 20n
 LLANOS, Adolfo (1841-1904), 45n
 LOMBROSO, Ezechia Marco (*seud.* Cesare Lombroso, 1835-1909), 27n
 LÓPEZ APARICIO, Elvira, XXX, 150n
 LÓPEZ DE SANTA ANNA, Antonio, presidente de México (1794-1876), 125n
 LÓPEZ MELERO, Raquel, XXVI
 LÓPEZ ZÁMANO, Manuel, XLII
 LUJÁN, Jesús E., LVII

LUMIÈRE, Auguste Marie Louis Nicolas (1862-1954), 150n

LUMIÈRE, Louis Jean (1864-1948), 150n

M

MADERO [GONZÁLEZ], Francisco I[gnacio], presidente de México (1873-1913), 149n
 MANCISIDOR, José (1894-1956), XIII, XIIIIn, XV, XXII
 MARADONA HIDALGO, José Antonio, XXXII, 27n
 MÁRQUEZ ACEVEDO, Sergio, XXVI, XXXVIIn, 37n
 MARTÍNEZ, José Luis (1918-2007), LVIII
 MARTÍNEZ CARRIÓN, Jesús (1860-1906), XIX
 MARTÍNEZ NÚÑEZ, Eugenio, XXIX, 149n
 MARTÍNEZ RUBIO, Rafael (*seud.* El duque Juan), XXXIX
 MAUPASSANT, Guy de (1850-1893), v
 MEDINA, Concepción, XLI
 MESONERO ROMANOS, Ramón de (1803-1882), LIV
 Moirisse, S. E. [*vid.* TRUEBA]
 MOLINER, María (1900-1981), XXVI, 6n
 MONROY, José, LIX
 MONTERDE, Francisco (1894-1985), XXXI, XLVII, XLVIII
 MONTESINOS, José, XXIV
 MONTÚFAR, Alonso de, arzobispo de México (1489-1572), 5n
 MORALES, Ana María, v, XXIX, LXXVII, LXXVIIIn
 MOREAU, Jacques-Joseph (1804-1884), LXXIII
 MORELOS Y PAVÓN, José María (1765-1815), XXXV
 MORENO, María Isabel, XLI
 MUÑOZ CAMARGO, Diego, Ln
 MUSSET, Alfred de (1810-1857), XXXI, 76n

N

NERVO [ORDAZ Y NÚÑEZ], Amado (*seud.* Rip-Rip, 1870-1919), XXXIX, XL, LVII, LIX, LIXn, LX

NIETO, señor, XXXVIIIn
 NORDAU, Max (1849-1923), LXXIVn, 32n

O

OCHOA SERRANO, Álvaro, XXXII, XLVn
 OIKIÓN SOLANO, Verónica, XXVIII
 OLAGUÍBEL, Francisco M. de, LVII, LVIII,
 LX
 OLEA FRANCO, Rafael, XXV, XXVII, LXXV,
 LXXVn, LXXVI, LXXVIIn, LXXXIV,
 LXXXIVn, LXXXV
 OLVERA [MEDINA], Eugenio (1866-1934),
 XIX, 194, 195, 204, 211, 217, 221, 222,
 224, 227
 ORDÓÑEZ, Javier, XXIV
 OROZCO, José Clemente (1883-1949), 4n
 OTHÓN, Manuel José, LVIIn

P

PACHECO, Carlos, XXV, XXVIII, XLIX,
 XLIXn, LXI, LXIn
 PASTOR, José M., XLI
 PAVÓN, Alfredo, XXIII, L, Ln, LI, LIIn,
 LIIIn, LVIn, LXI, LXIn, LXII, LXIIIn
 PAYNO, Manuel (1820-1894), LIII
 PAZ, Ireneo (1836-1924), XLII
 El Pensador Mexicano [*vid.* José Joaquín
 FERNÁNDEZ DE LIZARDI]
 PEÓN DEL VALLE, José (1866-1924), LVII,
 LVIII, 214
 PERALES OJEDA, Alicia (1922-1994),
 XXIV, XLI XLIn
 PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel, X
 PESADO, José Joaquín (1801-1861), LII
 PEZA, Juan de Dios (1852-1910), XL
 PHILLIPS-LÓPEZ, Dolores, XIII, XIIIIn, XV,
 XXII, LXXII, LXXIIIn, LXXV, LXXVn,
 LXXXIV, LXXXIVn
 PIÑA IZQUIERDO, Juan, Ln
 POE, Edgar Allan (1809-1849), XXVII,
 XXVIII, XXXII, XLIX, LIII, LXIII, LXIIIIn,
 LXIV, LXIVn, LXV, LXVn, 44, 45n
 PRIDA, Ramón (1862-1937), XXXVI
 PRIETO [PRADILLO], Guillermo (1818-
 1897), LII, LIII, LIV
 PUGA Y ACAL, Manuel (1860-1930), LVIIn

Q

QUIRARTE, Vicente, XXV, 35n

R

RAMÍREZ, Ignacio (1818-1878), LII, LIII
 REYES SPÍNDOLA, Rafael (1860-1922),
 XVIII, XIX, XXXV, XXXVIII, XXXIX, XL,
 XLIII, XLIV, LXXXVII-LXXXVIII
 RIVA PALACIO, Vicente (1832-1896), LIII
 RIVERA CAMBAS, Manuel (1840-1917),
 XXIX, 155n
 ROA BÁRCENA, José María (1827-1908),
 LIII
 ROAS, David, XXIII, XXXI, LXXV, LXXVn,
 LXXVII, LXXVIIIn, LXXX, LXXXn, LXXXI,
 LXXXII, LXXXIIIn, LXXXIII, LXXXIIIIn
 ROBERT II, duque de Normandía (1050-
 1134), 36n
 RODRÍGUEZ GALVÁN, Ignacio (1816-
 1842), LII
 ROPERO BERZOSA, Alfonso, XXVIII
 RUELAS, Julio (1870-1907), XIX, XXXIX,
 23n
 RUIZ, María de Jesús, XXXV, XLVII
 RUIZ CASTAÑEDA, María del Carmen, XI,
 XXVI, XXXVIIIn, 37n

S

SAHAGÚN, Bernardino de, fray, Ln
 SALADO ÁLVAREZ, Victoriano (1867-
 1931), XXIX, XXXIX, XL, XLn
 SALAS CONTRERAS, Carlos, XXIII, 7n
 SÁNCHEZ AZCONA, Juan (1876-1938), X
 SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Martín, XXXII
 SANTAMARÍA, Francisco J. (1889-1963),
 XXV, 5n, 6n, 12n, 74n
 SCHULMAN, Ivan A., XXXI, LIVn, LVI,
 LVIIn
 SIERRA [MÉNDEZ], Justo (1848-1912), LIII
 SIFUENTES, Salvador C., XLVII, 159, 159n
 SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de (1645-
 1700), Ln
 SOL TLACHI, Carlomagno, XXXI, LXVIII,
 LXVIIIIn, LXX, LXXn
 SPECKMAN GUERRA, Elisa, XXIV, 161n
 SPENCER, Herbert (1820-1903), 136n
 SUÁREZ GAMBOA, Ricardo, 26n

T

- TABLADA, José Juan (1871-1945), XXXIX, LVII, LVIII, LVIIIIn, LIX, LX, LXVIIn, 20n, 23n
 TODOROV, Tzvetan, XXVIII, LXXVI, LXXVIIn, LXXVIII, LXXVIIIIn, LXXIX, LXXX, LXXXI
 TOLEDO, Sergio, XXIV
 TOLSÁ, Manuel (1757-1816), 5n
 TORRES OVANDO, José, XLII
 TOSSIAT FERRER, Manuel, LII
 TOVAR, Agustín de J., XXXVII
 TREVIÑO GARCÍA, Blanca Estela, XXIX, 32n
 TRUEBA, periodista (*seud.* S. E. Moirisse), 37, 37n

U

- URBINA, Luis G. (1864-1934), LVIIIn
 URIBE URIBE, Rafael, XXV, 126n
 URUETA, Jesús (1867-1920), LVII, LVIII, LVIIIIn, LIX, LXVIIn

V

- VALENZUELA, Jesús E. (1856-1911), LVII, 23n
 VALLES SEPTIÉN, Carmen, XXIV
 VARGAS LLOSA, Mario, XXVII
 VELÁZQUEZ ALVARADO, Coral, XXX
 VÉLEZ, Carlos, XLI
 VERDI, Giuseppe (1813-1901), XLII
 VERNE, Jules (1828-1905), 33n
 VICENTEÑO BRAVO, Pamela, XXXII, 116n
 VILLA, José Manuel, XXXVI
 VILLADA [PEREA], José Vicente (1843-1904), XL, XLI, XLII, XLIII
 VILLARELLO, Felipe N. (1853-1921), XLI
 VILLASANA, José María (1848-1904), XIX
 VIVEROS ANAYA, Luz América, IX, XXXI
 VOLPI, Jorge, XXVII
 VOLTAIRE (François-Marie Arouet, 1694-1778), 76, 76n

X

- XAU, Fernand (1852-1899), 167n

Z

- ZAVALA, Lauro, XXXII
 ZAVALA DÍAZ, Ana Laura, XXIV, XXV, XXVII, XXIX, XXX, XLIX, XLIXn, LIVn, LVn, LVI, LVIn, LVIIIn, LVIIIIn, LIX, LIXn, LXn, LXV, LXVn, LXVI, LXVIIn, LXVII, LXVIIIn, LXVIIIIn, LXIXn, LXXIII, LXXIIIIn, LXXIVn, 145n
 ZAVALA GÓMEZ DEL CAMPO, Mercedes, XXXI
 ZÁRATE, Francisco (*senior*, † 1901), XXXV, XLII
 ZORRILLA, José (1817-1893), XXVI, 53n

INDICE DE OBRAS

A

- EL ACTO DE LEER, de Iser, XXIII, LXXXn
Un adulterio, de Ceballos, LX
La alegría de la Muerte, de Couto Castillo, LXX
AL FINAL, RECUENTO, de Pavón, XXIII, LXIn
EL ALUMBRADO PÚBLICO EN LA CIUDAD DE MÉXICO, de Arizpe, XXIII, 5n
“LA AMENAZA DE LO FANTÁSTICO”, de Roas, XXIII, LXXVn
ANALES DEL CINE EN MÉXICO, de Leal, XXIII, 150n
ANTOLOGÍA DEL CUENTO SINIESTRO, de Juárez Oñate, XIII, XIIIIn, XXII
ANTOLOGÍA DEL DECADENTISMO, de Iglesias, XXIII, LXVIIIn
ARQUEOLOGÍA DEL EX CONVENTO DE LA ENCARNACIÓN, de Salas Contreras, XXIII, 7n
Asfódelos, de Couto Castillo, LX, 23n
LAS ASOCIACIONES LITERARIAS MEXICANAS, de Perales Ojeda, XXIV, XLIn

B

- El bachiller*, de Nervo, LIX
BREVE HISTORIA DEL CUENTO, de Luis Leal, xxiv, Ln

C

- “CATEDRAL DE MÉXICO”, de Covarrubias, XXIV, 5n
Les Châteaux en Espagne. Comédie in cinq actes et en vers, de D’Harleville, 4, 4n, 5
“LA CIENCIA ES JOVEN”, de Dhombres, XXIV, 76n
Claro-oscuro, de Ceballos, LX
LA CONSTRUCCIÓN DEL MODERNISMO, de Belem Clark y Ana Laura Zavala, XXIV, LVn, LVIIIn, LVIIIIn, LIXn, LXVIIIIn
CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LA MORFINOMANÍA, de Lescano, XXIV, 20n

- CRIMEN Y CASTIGO, de Speckman Guerra, XXIV, 161n
“CRITERIOS PARA UNA CONCEPTUALIZACIÓN DEL CUENTO”, de Carlos Pacheco, XXV, XLIXn
Crónica de la Nueva España, de Cervantes de Salazar, Ln
Croquis y sepias, de Ceballos, LX
CUENTOS DE MANICOMIO, de Zárata Ruiz, XIII, XXI, XLV, LX
CUENTOS FANTÁSTICOS MODERNISTAS, de Phillips-López, XIII, XIIIIn, XXII, LXXIIIn
CUENTOS FUNAMBULESCOS, de Zárata Ruiz, XIV, XXI, XXXVIII, XLV, XLVIn, LX
CUENTOS MEXICANOS, de Mancisidor, XIII, XIIIIn, XXII
Cuentos mexicanos de moral, Zárata Ruiz, XIV, XLIII
“CUERPO, FANTASMA Y PARAÍSO ARTIFICIAL”, de Quirarte, XXV, 35n

D

- DE ASFÓDELOS, de Zavala Díaz, XXV, LXIXn
“THE DEATH OF CALMAR AND ORLA” de Byron, XXV, 45n
De la mort subite dans la fièvre typhoïde, de Dieulafoy, 160n
De la Terre à la Lune (De la Tierra a la Luna), de Jules Verne, 33n
DICCIONARIO ABREVIADO DE GALICISMOS, de Uribe, XXV, 126n
DICCIONARIO DE BOTÁNICA Y ZOOLOGÍA, XXV, 34n
Diccionario de la lengua castellana (1869), 145n
DICCIONARIO DE MEJICANISMOS, de Santamaría, XXV, 5n, 12n, 74n
DICCIONARIO DE MITOLOGÍA CLÁSICA, 2, de Falcón Martínez, XXVI, 35n, 62n, 93n
DICCIONARIO DE PALABRAS Y FRASES EXTRANJERAS, de Arturo del Hoyo, XXVI, 4n

DICCIONARIO DE SEUDÓNIMOS, de Ruiz Castañeda y Márquez Acevedo, XI, XXVI, XXXVIII, 37n
 DICCIONARIO DE USO DEL ESPAÑOL, II, de Moliner, XXVI, 6n
 DICCIONARIO OXFORD DE MEDICINA, de Michael Kent, XXVI, 37n
 DIRECTORIO TELEFÓNICO, XXVI, 7n
 DON JUAN TENORIO, de Zorrilla, XXVI, 53n

E

EDICIÓN CRÍTICA, de Díaz Alejo, X, XIII, XXVI
Elementos de Aritmética razonada: escritos para uso de los alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria, de Contreras, 3n
 ENCICLOPEDIA DE LOS JUEGOS DE CARTAS, de Arts, XXVII, 124n
 ENCICLOPEDIA DE MÉXICO, III, de Álvarez, XXVII, 26n
 EN CUERPO Y ALMA, de Zavala Díaz, XXVII, LXXIII, LXXIVn
 EN EL REINO FANTÁSTICO DE LOS APARECIDOS, de Olea Franco, XXVII, LXXVn
Entartung (Degeneración o Degenerescencia), de Nordau, LXXIV, 32n
 ESCRITOS SOBRE POESÍA Y POÉTICA, de Poe, XXVII, LXVn
 LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA, de Díaz y de Ovando, XXVII, XXXVI, XXXVII, 3n, 11n

F

FAUSTO, de Goethe, XXVII, 49n, 161n

G

“EL GATO NEGRO”, de Poe, XXVII, 44, 45n
 “EL GÉNERO CUENTO”, de Anderson Imbert, XXVIII, XLIXn
Grammaire nationale, de Bescherelle, 3, 3n
 GRAN DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE LA BIBLIA, XXVIII, 25n, 59n

H

“HAWTHORNE Y LA TEORÍA DEL EFECTO EN EL CUENTO”, de Poe, XXVIII, LXIII, LXIVn
Hidalgo moderno. Álbum descriptivo del Estado, de Zárate Ruiz y García y Alva, XLV
 HISTORIA DEL CUENTO HISPANOAMERICANO, de Luis Leal, XXVIII, LXIII
Historia de los indios de la Nueva España de Benavente, Ln
 LA HISTORIA Y LA PIEDRA, de Garzón Lozano, XXVIII, 4n

I

“LA IMPRENTA: ESENCIA Y PRESENCIA”, de Arreola Cortés, XXVIII, XLVIN
Infortunios de Alonso Ramírez, de Sigüenza y Góngora, Ln
 INTRODUCCIÓN A LA LITERATURA FANTÁSTICA, de Todorov, XXVIII, LXXVIN, LXXIX

J

JUDAS EN EL JOCKEY CLUB, de Beezley, XXVIII, 146n

L

Lanchitas, de Roa Bárcena, LIV
Leçons el modèles de littérature française; ou choix de morceaux en prose et en vers. Tirés des milleurs écrivains du XVII^e et du XVIII^e siècle, de Chapsal, 3n, 4n, 6
Leyenda de los soles, Ln
Libros del Chilam Balam, Ln
 LO BELLO ES SIEMPRE EXTRAÑO, de Zavala Díaz, XXIX, XLIX, LXVIII, LXXIVn

M

Manuel de pathologie interne, de Dieulafoy, 160n
 LOS MÁRTIRES DE SAN JUAN DE ULÚA, de Martínez Núñez, XXIX, 149n
 MEMORIAS, de Salado Álvarez, XXIX, XLn

MÉXICO FANTÁSTICO, de Ana María Morales, v, XXIX, LXXVIII
 MÉXICO PINTORESCO, de Rivera Cambas, XXIX, 155n
 “LA MIRADA COMO INVENCIÓN”, de Treviño García, XXIX, 32n
 EL MODERNISMO EN MÉXICO, de Clark de Lara y Curiel Defossé, XXX
 MODERNISMO. SUPUESTOS HISTÓRICOS Y CULTURALES, de Gutiérrez Girardot, XXX, LXXIn

N

Novelas morales, de Piña Izquierdo, Ln

O

OBRAS IV, de Cuéllar, XXX, 145n
 OBRAS VIII, de Cuéllar, XXX, 136n
 OBRAS VIII, de Gutiérrez Nájera, XXX, 150n
 OBRAS XI, de Gutiérrez Nájera, XXX, LVI
 ŒUVRES COMPLÈTES, de Musset, XXXI, 76n
El origen de las especies, de Darwin, 136n
Oro y negro, de Olaguíbel, LX

P

PANORAMA MEXICANO, de Ceballos, XXXI, XXXIXn, 135n
Popol vuh, Ln
La portentosa vida de la Muerte, de Bolaños, Ln
 “PRESENTACIÓN”, de Monterde, XXXI, XLVIIIIn
 EL PROYECTO INCONCLUSO, de Schulman, XXXI

R

“LAS RAÍCES DEL DECADENTISMO MEXICANO”, de Sol, XXXI, LXVIIIIn
 LA RECEPCIÓN E INFLUENCIA DE EDGAR ALLAN POE, de Hernández Roura, XXXI, XLIIIIn, XLIXn, 45n
Relación de Michoacán, Ln
 “EL RELATO FANTÁSTICO”, de Bessière, XXXI, LXXVn

EL RENACIMIENTO, XXXII, LIIIIn
 REPERTORIO MICHOACANO, de Ochoa Serrano, XXXII, XLVn
Ridentem dicere verum ¿quid vetat?, de Fernández de Lizardi, LI

S

Samuel, 34n
 SOCIOLOGÍA CRIMINAL, de Ferri, XXXII, 27n
Sor Filomena, de los hermanos Goncourt, 155, 155n

T

TOLUCA ANTIGUA Y MODERNA, de Zárate Ruiz, VII, XXI, XLII, XLIIIn
Le Tour du Monde en Quatre-Vingts Jours (La vuelta al mundo en 80 días), de Jules Verne, 33n
 TRADICIÓN Y MODERNIDAD, de Clark de Lara, XXXII, LXVIIIIn
Tratado de Álgebra elemental: escrito para uso de los alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria, de Contreras, 3n
Tratado de Trigonometría rectilínea: adoptado como texto en la Escuela Nacional Preparatoria, de Contreras, 3n
 TUBERCULOSIS, de Maradona Hidalgo, XXXII, 27n

U

“LA UNIDAD DE IMPRESIÓN”, de Poe, XXXII, LXIVn

V

20 cuentos de literatos jaliscienses, LXI
 VICISITUDES Y AMARGURAS, de Vicenteño Bravo, XXXII, 116n
Vida de Adán y Eva, 25n
 “LA VIDA SOCIAL”, de González Navarro, XXXIII, 27n
Vingt mille lieues sous les mers (Veinte mil leguas de viaje submarino), de Jules Verne, 33n

Voyage au Centre de la Terre (Viaje al centro de la Tierra), de Jules Verne,
33n

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN.....	IX
ADVERTENCIA EDITORIAL.....	XIII
CLAVES BIBLIOGRÁFICAS.....	XXI

ESTUDIO PRELIMINAR

CAPÍTULO I. DE LA <i>REVISTA AZUL</i> A <i>SAVIA MODERNA</i>	XXXV
CAPÍTULO II. APROXIMACIONES AL CUENTO.....	XLIX
CAPÍTULO III. ENTRE EL DECADENTISMO Y LA LITERATURA FANTÁSTICA.....	LXVII
CONCLUSIONES.....	LXXXVII

OBRA NARRATIVA

1896, 1898

1. Historias vulgares. ¡Pobre!.....	3
-------------------------------------	---

1897

2. Cuento blanco.....	11
-----------------------	----

1898

3. ¿Quién soy yo?.....	17
4. La defunción de la Muerte.....	23
5. Cuentos del manicomio. Amnesia.....	31
6. Cuentos del manicomio. ¿Homicida?.....	39

1899

7. Cuentos del manicomio. Walpurgis (?).....	49
8. Cuentos del manicomio. Adulterio.....	57
9. Dos veces muerto.....	65
10. Amor de gato.....	73
11. ¡Miedo!.....	79
12. Una venganza.....	87

1900

13. La cabeza del muñeco.....	95
14. Cuentos del manicomio. El creador de hombres.....	101
15. El tuerto.....	109
16. La cabeza parlante.....	115
17. La bruja.....	123
18. Gusanos.....	133

1901

19. El río hondo.....	139
-----------------------	-----

1902

20. La oveja. Cuento para niños.....	145
21. Cuentos del manicomio. ¿Farsante?.....	149

1904

22. Cuentos de manicomio. Los que no llegan a San Hipólito. La enfermera.....	155
---	-----

1906

23. La muerte artificial.....	159
-------------------------------	-----

APÉNDICE

El último cuento de Edgard Poe. Mi pesadilla.....	171
---	-----

ANEXO.....	175
------------	-----

ÍNDICES

I. ÍNDICE DE PERSONAS.....	LXXXIX
II. ÍNDICE DE OBRAS.....	XCIV